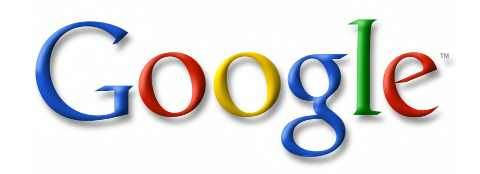
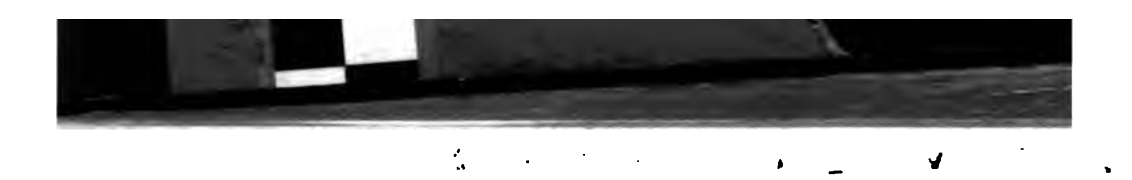






SEIS AÑOS

DE LA

HISTORIA DE CHILE

SEIS AÑOS

DE LA

HISTORIA DE CHILE

(23 DE DICIEMBRE DE 1598—9 DE ABRIL DE 1605).

MEMORIA HISTÓRICA

ESCRITA EN CUMPLIMIENTO DE LOS ESTATUTOS UNIVERSITARIOS

POR

CRESCENTE ERRÁZURIZ,

Miembro académico de la Facultad de teología y ciencias sagradas de la Universidad de Chile y correspondiente de la Real Academia Española

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO I.

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50

1908

A la venerada memoria del segundo Arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso, en muestra, por demás pequeña, de profunda gratitud y cariño, dedica esta obra

EL AUTOR.

INTRODUCCION

La historia del mundo no registra caso semejante al que viene en Chile ofreciendo la interminable guerra de Arauco. Unas cuantas tribus de indios mal armados, casi desnudos, sin gobierno organizado, divididos entre sí, faltos de cuantos recursos suministra la civilización, han conseguido resistir al empuje de hombres acostumbrados á dominarlo todo y saben mantener su independencia, defendida en constante y cruda guerra de tres siglos y medio.

Considerando las empresas llevadas á cabo por los conquistadores de América, el alma llena de admiración, casi de espanto, se imagina que esos hombres de acero no obedecían á las leyes de nuestra débil naturaleza. Nada era capaz de atemorizarlos, acostumbrados á vencerlo todo en el continente descubierto por Colón: á sus innumerables pobladores, que, más ó menos belicosos y valientes, hubieron de resignarse humildes á la dominación, y á la natura-

leza con sus ríos invadeables, sus altísimas cordilleras y sus inmensos desiertos.

Mas, los que en ninguna parte habían encontrado obstáculo insuperable, se vieron detenidos ante la barrera que á su marcha triunfal opuso un puñado de indígenas chilenos.

De ordinario, es verdad, no podían los indios de Chile medirse en batalla campal con los españoles y cedían ante la superioridad que dan la disciplina y las armas; pero se desquitaban con sorpresas de todos los instantes, con audaces ataques, con incansable guerra de montoneros. Y de este modo agotaban las fuerzas de su poderoso enemigo y le diezmaban una vez y otra sus ejércitos.

En más de una ocasión, sin embargo, pudieron creer los españoles haber conseguido el dominio definitivo y tan deseado de Arauco; y como nunca fué verosímil tal creencia en los años que precedieron inmediatamente á la época que vamos á estudiar.

Gobernaba á Chile, en fines del siglo XVI, un distinguido administrador y guerrero, don Martín García Oñez de Loyola, y se creía libre de cualquier intento de sublevación, ora por haber aumentado considerablemente las poblaciones y los fuertes, ora porque la colonia había gozado muchos años de paz casi absoluta, sólo interrumpida por ligeros ataques más bien conatos de salteos que gérmenes de insurrección. Las ciudades de Santa Cruz, Angol, La Imperial y Osorno en el valle del centro, Villarrica al pie de los Andes, y Arauco y Valdivia en la costa,

constituían la base de la ocupación; y numerosos fuertes las ponían en comunicación y hacían más y más difícil cualquiera revuelta. Así, á lo menos, debía juzgarse.

Desgraciadamente, el edificio de la conquista y colonización, que en tan sólidas bases parecía descansar, se levantaba en realidad sobre la arena. O bien los últimos años de casi completa paz hubiesen sido para los araucanos, como lo aseguraron después los españoles, años de paciente y fructuosa preparación á la guerra, y la muerte de Loyola y de sus compañeros sólo el primer paso, la manifestación de la revuelta; ó bien, al contrario, esa sorpresa de Curalaba diese á todo el país la voz de la rebelión para aprovechar la inesperada é inmensa ventaja de la muerte del Gobernador de Chile; es lo cierto que, desde la ribera norte del Bío-Bío hasta los últimos confines de tierra firme, se levantaron los indios como un solo hombre y pusieron desde el primer momento en extremos apuros á todas las ciudades australes. Más aún, los alrededores de Chillán siguieron el ejemplo de los araucanos y ya no hubo seguridad alguna desde el sur del Maule.

Chile no ha visto jamás sublevación semejante; nunca los indios estuvieron más á punto de concluir con la dominación y de reducir á cenizas cuanto se había trabajado por colonizar y civilizar en el reino.

Esos años pueden llamarse años de llanto y de luto para Chile. Una en pos de otra vió sus ciudades australes abandonadas por los españoles, incapaces

de defenderlas, ó destruidas por los victoriosos araucanos: á Santa Cruz recien fundada, á Arauco y á Angol, á La Imperial y Valdivia, rivales en importancia, á Villarrica, la pintoresca, y á la floreciente Osorno; en poder de los rebeldes y reducidas á espantosa exclavitud á centenares de esposas é hijas de los amos de ayer; diezmados y más que diezmados, concluídos á manos de los araucanos, á los soldados que antes miraban con tanto desprecio á los indios; en fin, dominada exclusivamente por éstos una de las más ricas y extensas porciones de Chile.

En los ciento y cien combates que rápidamente tuvieron lugar durante esos aciagos días, en las porfiadas resistencias de los sitiados españoles y en los audaces ataques de los araucanos á las ciudades, las cuales al fin consiguieron destruir, encontramos innumerables muestras de un heroísmo quizás nunca superado.

A quien cuenta hoy por decenas de millares los ejércitos que sabe Chile armar y por cientos de miles los soldados que figuran en las grandes guerras contemporáneas, la impresión primera no despertará admiración, viendo llamar entonces poderoso ejército á la reunión de cuatrocientos ó quinientos hombres; pero nó el número de los combatientes, su valor y pujanza, constituye la gloria de un ejército y honra al pueblo que tales soldados tiene. Y para conocer hasta dónde llegó el heroísmo de los que en Chile defendieron entonces sus hogares contra el araucano, basta á la historia recordar la ruina de

Villarrica. En ella combatieron sus pobladores contra numerosísimo y victorioso ejército, y tambien contra el hambre y la sed; extenuados, casi sin esperanza y sin auxilio alguno, vieron trascurrir los meses y los años y fueron en larga agonía sintiendo agotarse sus fuerzas; pero no dejaron de empuñar las armas hasta que la más terrible de las muertes vino á helarles las manos. Murieron los unos de hambre y los otros, más felices, en la pelea y murió hasta el último, dando así pruebas de un heroísmo que, á haber tenido por teatro á Grecia ó Roma, sería siempre celebrado en todo el universo. I ese no es, por cierto, el solo ejemplo de indomable denuedo que por aquellos días encontramos en Chile: los hallamos á cada instante y en los diversos lugares donde son atacados los españoles por un enemigo, que se manifiesta digno émulo del conquistador en lo valiente y en lo cruel tal vez lo supera.

Fué aquella, en verdad, una lucha á muerte y sin cuartel y sus peripecias siempre terribles y sombrías, á menudo heroicas, merecen ser estudiadas con particular detenimiento.

Las glorias de esos hombres son las nuestras, ya que de ellos descendemos; y en sus grandes hechos y en su energía á toda prueba encontraremos sin dificultad el pronóstico de lo que sus hijos, en más vasto campo, han sabido hacer para levantar tan alto en la América á este Chile, entonces el último y más pobre rincón de la tierra.

No poco tiempo fluctuó la colonia entre la muer-



te y la vida: el anciano Pedro de Vizcarra fué tan impotente para dominar la rebelión como el enérgico y temido don Francisco de Quiñones; y García Ramón, el legendario vencedor de Cadeguala, casi no dejó huella de su paso en los pocos meses de su primer gobierno.

Y las ciudades australes en horrible agonía iban desapareciendo una á una del mapa de Chile, y los tres mencionados Gobernadores, por más deseos que tuvieran de socorrerlas, no podían hacer nada en su favor: sin fuerzas suficientes para llegar á ellas y librar á sus infelices habitantes, se habían limitado á efectuar en el territorio enemigo entradas más ó menos importantes y todas, á la larga, igualmente infructuosas.

¿Constituían esas entradas ó grandes «malocas», como se llamaban, el plan de guerra de los gobernadores interinos? Probablemente nó.

Por primera vez se comenzaba á oponer al plan de poblaciones y fuertes, adoptado invariablemente como medio de pacificación desde Pedro de Valdivia hasta García Oñez de Loyola, el de las entradas al territorio enemigo con el objeto de talar las mieses y destruir las habitaciones de los rebeldes y obligarlos, si posible era, á pasar los Andes y abandonar para siempre el patrio suelo. O bien creyeran realmente más eficaz este sistema de guerra, ó bien buscaran en las malocas un medio de enriquecerse, gran número de vecinos se mostraron sus partidarios y en la corte de España se le adoptó por algu-

nos años. Llegó á creerse la mejor campaña contra los araucanos el penetrar conjuntamente con tres divisiones de ejército en su territorio, por la costa, por el valle central y por la falda de los Andes, á fin de no dejar refugio ni guarida á los indios de guerra y arrasarles sus habitaciones y destruirles sus sembrados.

Pero si momentáneamente predominó esta opinión en los consejos del rey de España, jamás fué la de los militares distinguidos que se encontraron á la cabeza de la guerra de Arauco. Y, en verdad, si ocasionaban muchos males á los indígenas esas entradas, la experiencia demostró que ellas no eran medio propio de someter, ni aun de escarmentar á los araucanos: á un ejército no le era dado penetrar en los innumerables parajes escogidos por los indios, ya muy sobre aviso, para sus siembras: apenas si en su marcha podía talar lo que, por su vecindad á los caminos, se hallaba al alcance de la mano: en cuanto á las habitaciones, su destrucción no importaba gran pérdida á los indígenas, que en el acto levantaban en sitio más escondido sus miserables «rucas»; por fin, ni familias ni guerreros se presentaban en su tránsito al ejército: todos tenían cuidado de ocultarse.

Aunque los tres Gobernadores interinos que sucedieron á don Martín García Oñez de Loyola limitaran á tales excursiones sus campañas, ello no significa que prefirieran ese medio al de la ocupación. No podían hacer otra cosa y era menester escar-

mentar á los rebeldes, volver el ánimo á los españoles, abatidos con tantos reveses, y ver modo de llegar á las ciudades australes y librar á sus habitantes. A ninguno se le ocultó ante la sublevación de 1598 y las enormes proporciones que fué tomando, la imposibilidad de mantener las ciudades de ultra Bíobío; pues el corto número de soldados que había en la colonia, bastaba apenas á defender el norte de ese río. Y aún el gran número de aquellas ciudades, no correspondiente al del ejército, había sido, á juicio de los más inteligentes capitanes, el origen primero de tantas desgracias. Por eso, los gobernadores querían despoblar por de pronto muchas de ellas, sin abandonar la idea de repoblarlas, cuando tuvieran tropas bastantes para hacerlo con seguridad; por eso, Vizcarra despobló á Santa Cruz y Quiñones á La Imperial y Angol; por eso, García Ramón sólo aspiró, aunque inútilmente, á penetrar hasta Villarrica y Osorno y, despoblándolas también, á libertar á sus desgraciados habitantes y concentrar más acá del Bíobío todas las fuerzas españolas.

Alonso de Rivera, el más ilustre capitan venido á Chile después de Valdivia, llevó aún más adelante la idea de concentrar las fuerzas y de ir extendiendo poco á poco, por medio de los fuertes, la línea de dominación, sin dejar jamás á la espalda á un sólo hombre de guerra á quien temer. La llevó hasta un grado que sus adversarios y muchos que no lo eran calificaron de atrocidad; fingiendo á las veces lo con-

trario, resolvió desde el principio abandonar á su tremenda suerte á las ciudades de Osorno y Villarrica, que aún subsistían cuando él se hizo cargo del gobierno; socorrerlas habría sido á su juicio debilitar notablemente y aún exponer lo que al norte había pacificado. Equivalía tal resolución á condenar á muerte á los heróicos defensores y á los infelices habitantes de aquellas ciudades, y, si por juzgarla necesaria la adoptó, era bien dura y Rivera no se resignó á confesarla.

No acertaríamos á decidir si hubiera sido posible obrar de otro modo; pero ciertamente ese Gobernador manifestó en lo demás conocer muy á fondo los recursos de la guerra y obtuvo lo que ninguno de sus tres antecesores. Sin duda, no recuperó cuanto la gran sublevación de 1598 había arrebatado á la España y á la civilización: vasta extensión se vió obligado á dejar en poder de los indígenas; pero, á lo menos, mantuvo desde el principio la línea del Bíobío; sofocó por completo hacia el norte la insurrección; dejó esta parte del reino en plena paz y seguridad, é iba adelantando paulatinamente la línea de fuertes, sobre todo en la costa, en donde llegó fundándolos hasta Paicabí, cuando separado del gobierno de Chile fue enviado al de Tucumán.

Cual si tantos cuidados y tantas desgracias no bastaran á la colonia en esos calamitosos años, diversas expediciones de corsarios trajeron la desolación á estas costas; y una de ellas, la de Simón de Cortes, al retirarse despedazada, dejó impresas sus

huellas en la lejana provincia de Chiloé con infames y sangrientas crueldades.

Mientras peligraba la existencia misma de la colonia, es decir, durante los gobiernos interinos de Vizcarra, Quiñones y García Ramón, época que abraza el primer volumen de esta obra, nadie vió en Chile sino la guerra. Se buscaría inútilmente en los más minuciosos documentos rastro alguno de pensamiento no relacionado con ella: la guerra de Arauco, las necesidades militares de los diversos pueblos y sus medios de defensa constituyen la única historia de ese primer período: Chile era un campamento.

Las ventajas obtenidas sobre los araucanos por Alonso de Rivera, hicieron renacer pronto la tranquilidad: las ciudades, y especialmente Santiago, respiraron; la agricultura y el comercio, siquiera poco á poco, volvieron á proporcionar medios de subsistencia y espectativas de fortuna á los colonos; la sociedad cobró nueva vida; sin la continua zozobra de la guerra, los ánimos se dieron á todos los cuidados y á todos los negocios.

Con la vida social comenzaron también las distintas pretensiones, las reyertas y los choques entre las autoridades y entre éstas y los particulares. Alonso de Rivera, carácter imperioso y dominante, engreido de su suficiencia ni admitía contradicción ni toleraba á quien pensase de diversa manera que él: sin duda, el más distinguido de los guerreros, era á un mismo tiempo el más despótico de los Gobernadores.

Su orgullo hubo de estrellarse á las veces con otros no menos indomables, y en cierta ocasión tan lejos llegaron las cosas que el Gobernador estuvo á punto de ser envenenado por una encumbrada señora de Santiago.

Nadie ignora cuán ásperos fueron los choques entre la autoridad civil y la eclesiástica. Don fray Juan Pérez de Espinosa, quinto Obispo de Santiago, no era hombre á quien Alonso de Rivera pudiese atemorizar, y cuando el Gobernador, concluído su primer Gobierno de Chile, se fué al Tucumán, estaba bajo el peso de la más formidable de las censuras eclesiásticas: era escomulgado vitando.

Tales son, en cuadro sinóptico, los principales acontecimientos desde la muerte de Loyola hasta que Alonso García Ramón vino por segunda vez á gobernar el reino; es decir: desde fines de 1598 hasta principios de 1605, época que abraza esta relación.

Más aún de lo que le debimos al escribir Los Orígenes de la Iglesia Chilena, debemos en esta Memoria á la generosa amistad de los señores don Diego Barros Arana y don Benjamín Vicuña Mackenna, que han puesto por completo á nuestra disposición sus riquísimas colecciones de documentos; los cuales nos han suministrado casi todo el material de esta obra. Si no los hubiéramos conocido incidentalmente, para otro trabajo aún no publicado,

ni siquiera habríamos venido en cuenta de que esta época es tan desconocida como interesante. Los señores Vicuña y Barros no nos han reservado cosa alguna y sus inestimables volúmenes de manuscritos han estado en nuestro poder todo el tiempo que hemos querido: reciban la sincera expresión de nuestra gratitud.

Habría sido hacer demasiado pesada la lectura de este libro el ir anotando los errores de cada cronista de Chile ó siquiera advertir lo que ellos han callado: si alguien desea saberlo, no tendrá gran trabajo en recorrer las pocas páginas que á estos seis años dedican nuestros cronistas. Debemos, empero, hacer una salvedad respecto al padre Diego de Rosales y á Fernando Alvarez de Toledo: sus obras nos han servido para completar la narración de sucesos, acerca de los cuales no dan entera luz los documentos de la época, y que, por suerte, encontramos referidos en ellas: los últimos días de la desgraciada Villarrica, por ejemplo, no los conocemos en sus pormenores sino por Rosales. Y seguimos en esas ocasiones con confianza á los mencionados cronistas, porque en otras muchas la conformidad de sus relatos con los documentos inéditos está mostrando cuán bien informados solían hallarse.

Noviembre de 1880.

CAPITULO I.

MUERTE DE LOYOLA Y RECIBIMIENTO DE VIZCARRA.

Estado del reino.—Establecimiento y despoblación del fuerte de Lumaco.—Preparativos bélicos de los indios.—Sublevación de Longotoro.—Sale de La Imperial el Gobernador á sofocarla.—Plan de ataque de Pelantaro.—Sorpresa de Curalaba.—Muerte de Loyola y sus compañeros.—Despojos cogidos por el enemigo.—Terrible impresión que en Chile causa el desastre del 23 de diciembre de 1598.—Los oficiales reformados.—Recibimiento de Vizcarra.—Títulos que éste tenía para hacerse cargo del Gobierno.

Don Martín García Oñez de Loyola, del hábito de Calatrava, después de felices sucesos en la guerra, había logrado pacificar por completo la parte de Chile situada al norte del Bíobío. Y si bien al otro lado de este río no había seguridad ni siquiera para que los vecinos de Angol beneficiarán tranquilamente las viñas de los alrededores, á causa de los continuos ataques de los indios (1), no se podía

(1) Carta de García Oñez de Loyola, escrita en Concepción el 12 de enero de 1598.

decir que hubiese guerra: esos enemigos eran partidas de ladrones y no rebeldes capaces de presentar batalla. En esto se apoyaban muchos y principalmente los amigos del Gobernador para creer que aquellas provincias se hallaban ya sometidas para siempre (2). Las únicas tribus por todos exceptuadas de esta supuesta sumisión eran las que ocupaban las cercanías de La Imperial y Purén (3); lejos de cesar en la lucha, acababan de obligar á García Oñez de Loyola á abandonar el fuerte de Lumaco.

Á fines del siglo diez y séis comenzaban las vegas de Lumaco á adquirir la nombradía que después tuvieron en la guerra de Arauco: servían de impenetrable asilo á los indígenas que en aquellas islas ocultaban los ganados y aun dejaban con seguridad á sus mujeres é hijos mientras ellos cambatían al español.

Para quitar á los indios este reparo, don Martín levantó un fuerte en las inmediaciones de las vegas. Mientras estuvo en él Loyola, los indígenas disimularon el despecho que tal establecimiento les ocasionaba; pero no bien salió con doscientos hombres de caballería y mil indios amigos á sofocar una revuelta en la provincia de Tucapel (4), atacaron el fuerte en grandísimo número y pusieron á su guarnición, compuesta de no menos de ciento ochenta soldados, en la imposibidad de moverse "más de lo que alcanzaban

(2) Cartas escritas al Rey por Fray Antonio de Victoria, Provincial de Predicadores, el 12 de marzo de 1599; por los Oficiales Reales, el 9 de enero y por el Cabildo de Santiago el 30 de abril del mismo año; información levantada en Santiago por Domingo de Erazo el 24 de enero de 1600.

(3) Interrogatorio puesto el 6 de diciembre de 1599 por Quiñones á Vizcarra y absuelto afirmativamente por el último; poder dado el 27 de marzo de 1599 por el Cabildo de La Imperial á don Bernardino de Quiroga.

(4) Carta de Alonso de Rivera al Rey, fechada en Córdoba el 20 de marzo de 1606.

los arcabuces dende la muralla" (5). El Gobernador fué en auxilio de los sitiados; pero tanta era la pujanza de los enemigos, que juzgó no se podía mantener esa importante posición y desamparó el fuerte (6), por lo menos, hasta recibir de España refuerzos que le permitieran restablecerlo.

Este era el único serio contratiempo padecido por Loyola en la guera; mas, aunque único, bastó á impedir la completa pacificación del reino y aumentó las alarmas de cuántos no lo veían todo color de rosa.

Muchos, en efecto, especialmente entre los guerreros, no participaban de la opinión de que los indios estuvieran leal y definitivamente sometidos (7). No faltaba razón á los pesimistas, y los hechos parecen haberse encargado de manifestar que la sumisión de los indígenas era habilísimo y continuado ardid.

Si hemos de creer lo que después de los sucesos escribía al Rey el Cabildo de Santiago (8), esos seis años de paz fueron para los indios tiempo de secreta preparación á la guerra: aumentaron considerablemente sus ganados; poco á poco y por medio de incesantes cambios se proporcionaron gran cantidad de armas y caballos; y así, ejercitados en el manejo de las primeras y diestros jinetes, estaban á fines del siglo XVI, respecto de los españoles (9), en condiciones

---

(5) Id. id.

(6) En la citada carta atribuye Alonso de Rivera á la falta de infantería la necesidad en que se vió Loyola de abandonar el fuerte de Lumaco. Censura vivamente el que toda su guarnición fuera de caballería.

(7) Citada carta del Cabildo de Santiago al Rey, fechada el 30 de abril de 1599.

(8) Id. id.

(9) Siguiendo la manera de hablar entonces usada, que facilita mucho la narración, llamamos españoles no sólo á los que por su origen lo eran, sino también á los criollos descendientes de los conquistadores. En contraposición á los indios, llevaban en toda Amé-

muy distintas de las en que éstos los habían encontrado sesenta años antes.

El ojo experto de los antiguos militares notaba semejantes cosas y más de un capitán llamó á ellas la atención del Gobernador, quien pudo aún convencerse, según el documento á que nos vamos refiriendo, de que los indios intentaron más de una vez asesinarlo por medio de mensajeros enviados á él en mentida prenda de amistad. Ora no creyese en la efectividad de tales intentos, ó juzgara prudente disimular ó perdonar, Loyola nada hizo á fin de precaverse contra los denunciados planes de sublevación.

Así estabán las cosas cuando el Gobernador, recibió en La Imperial, una carta del capitán Vallejo, corregidor de Angol, con alarmantes noticias. Le avisaba que, habiéndose apartado dos soldados del fuerte Longotoro á coger frutilla, habían sido asesinados por los indios, y que este asesinato, convenida señal de rebelión, acababa de poner en armas á toda aquella comarca.

Fernando Alvarez de Toledo lo refiere en su *Purén Indómito* (10), y agrega que el indio portador de la carta, burlando la confianza de quien lo enviaba, preparó la ruina

---

rica el nombre de españoles los hijos de la raza latina súbditos del Rey de España, y hasta hoy somos conocidos con esta designación entre los indios cuantos descendemos de conquistadores ó colonos.

También, y aunque en esto nos separemos de lo entonces usado para acomodarnos al lenguaje de los siglos posteriores, llamaremos muchas veces araucanos, no sólo á los indios de la provincia de Arauco sino también á todos los de tierra firme al sur de Bíobío.

(10) Canto I. Purén Indómito, de tan escaso mérito como poema, es inapreciable como crónica. Comparando los más insignificantes pormenores referidos en él con los documentos de la época se conoce la rigurosa exactitud con que relata Alvarez de Toledo: por eso no trepidamos en seguirlo cuando apunta circunstancias calladas por los demás.

del Gobernador. Llamábase el mensajero Navalburi, y, en lugar de llenar su cometido, llevó noticia y carta al cacique Pelantaro, á quien todos consideraban entre los indios el jefe principal.

Resuelto Pelentaro á sublevarse, vió en esto excelente oportunidad de comenzar con un audaz hecho de armas que, acertado, produciría en el país conflagración general: Hernándo Vallejo llamaba urgentemente al Gobernador y si, como debía esperarse, Loyola acudía con presteza á él, iría con corto número de soldados y Pelantaro podría sorprenderlo y despedazarlo en el camino, advertido por el mismo Navalburi del día de la partida. En consecuencia, ordenó al infiel mensajero llevar la carta al Gobernador, y lo que éste resolviera se lo avisase á él.

Don Martín García salió de La Imperial para Angol el 21 de diciembre de 1598, acompañado de cincuenta soldados españoles (11), de Francisco Rodríguez de Gallego, que

---

(11) Hablando del número de soldados españoles que acompañaron á Loyola, el Cabildo de Santiago y los Oficiales Reales, en carta de 9 de enero de 1599 dirigida al Rey, dicen que eran cuarenta; varios Religiosos de Valdivia, en una relación de septiembre de 1599 enviada á Quiñones, los hacen subir á cincuenta y siete; por fin, Alonso de Rivera, en un resumen hecho el 25 de febrero de 1602 de las pérdidas que había padecido Chile desde la muerte de Loyola, afirma que eran sesenta.

Para estar por el número cincuenta nos apoyamos en las mejores autoridades.—Es el número que señalan: 1º Fernándo Alvarez de Toledo, en el citado canto de PURÉN INDÓMITO; 2º Fray Antonio de Victoria en carta al Rey de 12 de marzo de 1599; 3º El Cabildo de La Imperial, en el poder dado á don Bernardino de Quiroga el 27 de marzo de 1599; y 4º El capitán Gregorio Serrano en una RELACIÓN enviada por él al Virey del Perú. Esta RELACIÓN, que comienza con la muerte de Loyola y concluye el 1º de marzo de 1599, es un diario de los sucesos que van ocurriendo, y puede considerarse el más exacto y curioso resumen de aquel período. Como veremos, Serrano fué comisionado por Vizcarra para visitar

hacía las veces de secretario (12), de un sacerdote secular, de tres Religiosos franciscanos (Fray Juan de Tovar, Provincial de la orden en Chile, su secretario Fray Miguel Rosillo y el Hermano Fray Melchor de Arteaga) y de trescientos indios amigos. Dejó instrucciones á Andrés Valiente, según dice Alvarez de Toledo, para que el 27 del mismo mes enviara el resto de la tropa á Angol al mando de Pedro Olmos de Aguilera.

---

las ciudades y fuertes del sur y pudo, por lo tanto, dar los más minuciosos pormenores. Es el documento que más nos ha servido para estudiar lo referente al Gobierno interino de Vizcarra.

En el número de los indígenas que acompañaban á Loyola, seguimos lo afirmado por el Cabildo de La Imperial: habiéndo salido el Gobernador de esa ciudad, nadie podía conocer más bien las cosas.

Cuanto á la fecha de la muerte de don Marín García Oñez de Loyola, que la mayor parte de los cronistas suponen equivocadamente á fines de noviembre de 1598, no cabe duda. Podemos citar en apoyo de nuestro aserto, entre otros documentos y autoridades, la Relación de Gregorio Serrano; la carta de los Oficiales Reales de 9 de enero de 1599; la información de Domingo de Erazo de 24 de enero de 1600; el testimonio dado á favor de Quiñones por el Cabildo de Concepción el 24 de agosto del mismo año 1600; y Alvarez de Toledo, que nos da también la fecha de la salida de La Imperial:

"Partióse lunes, día señalado,
"Del incrédulo santo y benemérito,
"El que metió la mano en el costado
"Del maestro á quien antes no dió crédito."

El mismo nombra el lugar donde Loyola alojó la primera noche.

(12) Encontramos el nombre del secretario del Gobernador en un testimonio dado por el escribano Damián de Jeria, en cumplimiento de una orden de Alonso de Rivera, el 8 de julio de 1602. Dice Damián de Jeria que Rodríguez de Gallego "servía la secretaría como mi teniente."

El Gobernador debió de salir tarde el día 21, porque en la noche alojó con su comitiva en un sitio llamado Parlachaca, sólo una legua distante de La Imperial. Navalburi, que hasta ese momento estaba con Loyola, envió de ahí á Millategua con el convenido aviso á Pelantaro (13).

La noche siguiente don Martín y su escolta, muy ajenos del peligro que los amenazaba, sin suponer ni siquiera la posibilidad de una sublevación en los alrededores, se entregaron al sueño en el sitio denominado Curalaba, junto á la Quebrada Honda, descuidando las más elementales precauciones; descuido que, tendremos ocasión de verlo, era mal tan común como inexplicable entre los españoles de Chile: á pesar de constante y dolorósa experiencia, parecían no querer convencerse de que los indios se atreviesen á atacarlos.

Pelantaro no había reunido un ejército para presentar combate al Gobernador. Decidido á pedirlo todo á la sorpresa, escogió sólo trescientos hombres de los más denodados y, dividiéndolos en tres partidas, dos de las cuales puso al mando de Anganamón y Guaiquimilla, reservándose él de la tercera (14), con cabal conocimiento del terreno, ordenó el ataque simultáneo por tres puntos diversos.

La madrugada del 23 de diciembre de 1598 presenció un

---

(13) PURÉN INDÓMITO, citado canto.

(14) Alvarez de Toledo y Gregorio Serrano mencionan la división hecha por Pelantaro de su pequeña tropa. Serrano nombra sólo dos de los capitanes de esas partidas: el mismo Pelantaro y Anganamón, y Alvarez de Toledo da también el nombre del tercero: Guaiquimilla.

Seiscientos dice Alvarez de Toledo que fueron los indios que acompañaron á Pelantaro y Anganamón en el ataque de Curalaba. No lo seguimos en esto porque cuantos mencionan el número de asaltantes están contestes en decir que eran trescientos: Gregorio Serrano, el Padre Victoria y el Cabildo de Santiago en la Rela-

sangriento drama, cuyas consecuencias habían de ser incalculablemente funestas al porvenir de Chile.

Dormían los españoles y los indios amigos cuando cayeron sobre el campamento los enemigos, sembrando por todo la muerte y el espanto.

Los indios amigos perecieron casi todos y los pocos que salvaron de la matanza debieron la vida á su presteza en tomar la fuga.

No más serenos los españoles que no habían sido muertos en sus lechos, para librar de los terribles asaltantes se echaron al río, ahí muy caudaloso; lo cual equivale á decir que "murieron ahogados ó hechos pedazos" (15).

En medio de la general confusión casi nadie pensó en defenderse y un solo tiro de arcabuz se dejó oir: Araujo se llamaba el soldado que lo disparó y muy luego pagó con la vida su intento de resistencia (16).

Don Martín García Oñez de Loyola era conocido por su denuedo y, ya que vencer no podía, quiso, á lo menos, vender cara la vida y trabó encarnizado combate, ayudado por dos españoles, llamados Galleguillos y Juan Guirao, que acudieron en su auxilio y murieron con las armas en las manos, como el bizarro y desgraciado Gobernador (17).

La sorpresa de Curalaba no fué, pues, un combate: fué tre-

---

ción y las cartas ya citadas. Y, de seguro, la inclinación de los españoles habría sido la de aumentar y no la de disminuir el número de los asaltantes.

(15) Citada carta del padre Victoria. Alvarez de Toledo calcula en quince ó veinte el número de españoles que para huir se arrojaron al río y perecieron ahogados.

(16) Alvarez de Toledo, citado canto I.

(17) Alvarez de Toledo. El padre Victoria, refiriéndose á lo asegurado por uno de los que consiguieron escapar de aquella matanza, dice que siete españoles se pusieron al lado de Loyola y murieron con él.

En febrero de 1608 algunos indios, al someterse al Gobernador

menda matanza, de la cual sólo escaparon con vida cuatro españoles: un soldado herido, llamado Guzmán, y el capitán Escalante, prisioneros y muy luego asesinados en medio de las orgías con que los vencedores celebraban el triunfo (18);

Alonso García Ramón, le entregaron en prenda de fidelidad, la cabeza de don Martín García Oñez de Loyola, que hasta entonces habían conservado como trofeo de guerra. Eso, á lo menos, aseguraron ellos y eso creyó Alonso García. (Carta escrita por éste al Rey y fechada el 9 de marzo de 1608 en el estero de Vergara).

Rosales en el capítulo XVIII del libro V, dice que Quiñones, después de despoblar La Imperial, "hizo diligencia por buscar el cuer-
" po del Gobernador Martín Oñez de Loyola para darle decente
" sepultura porque hasta entonces estaba tendido en el campo, he-
" cho pasto de las aves y expuesto á las injurias de los tiempos,
" después de haber sufrido la de los bárbaros, y hallados sus hue-
" sos los llevó á la Concepción, dándoles honorífica sepultura, los
" cuales, llevándolos después á Lima, en una récia tempestad los
" echaron á la mar, que aún después de muerto le siguieron las
" tempestades á ese buen caballero."

Sumamente inverosímil nos parece que se descubriese y reconociese el cadáver de Loyola, diez y siete meses después de la muerte del desgraciado Gobernador; pues la despoblación de La Imperial se verificó en abril de 1600.

Si llegaron á encontrarse los insepultos cadáveres de las víctimas de Curalaba, ¿cómo pudo distinguirse de los demás el de Loyola? Lo probable es que los indios lo despedazaran, como solían hacer con los de los españoles importantes, para repartir los mutilados restos entre las diversas provincias que luego lanzaron el grito de rebelión.

Juzgamos que nadie creía lo referido por Rosales tanto por no encontrarlo mencionado en ninguno de los minuciosos documentos que hablan del viaje de Quiñones cuanto por lo que acabamos de decir de la cabeza de Loyola. No habría dado crédito á los indios García Ramón, si el cadáver de Loyola hubiera sido encontrado y enterrado ocho años antes.

(18) De Escalante hablan Gregorio Serrano y Alvarez de Tole-

el clérigo Bartolomé Pérez (19), natural de la provincia de Valdivia, también prisionero, que gracias á su perfección en hablar el araucano pudo alcanzar piedad y pronto consiguió ser rescatado; y Bernardo de Pereda, vecino de La Imperial, á quien dejaron en el campo por muerto: sacando fuerzas de flaqueza, se arrastró hasta la ciudad y curó de las heridas (20).

"Tomaron los indios, dice la citada relación de Serrano, " cuatrocientos caballos, los ochenta regalados, cincuenta " y seis cotas y otras tantas sillas... cuarenta lanzas, diez y " séis arcabuces, tres vajillas de plata, siete mil pesos de " oro de Valdivia que traía el Gobernador suyos; tomaron " otros dos mil pesos de oro á su secretario y capitán Ga- " lleguillos... y gran suma de ropa de Castilla y de la tie- " rra... Perdiéronse en este día todos los libros de las enco- " miendas, que los Gobernadores antepasados habían he- " cho, y ansí mismo se perdieron muchas cédulas de Su " Majestad é algunas se han rescatado."

Desde la muerte de Pedro de Valdivia no había caído sobre Chile desgracia comparable á ésta. Y, atendiendo á las circunstancias en que acaecía y á lo preparado de los indios para resistir á los españoles, la tragedia del 23 de diciembre de 1598 iba á tener consecuencias harto más desastrosas que la del 1º de enero de 1554.

La terrible noticia se esparció en todo el país con esa velocidad sorprendente y casi inexplicable con que suele difun-

---

do. Este último es el único en mencionar lo de Guzmán. PURÉN INDÓMITO, canto III.)

(19) Relación de Gregorio Serrano. Alvarez de Toledo apellida Vallejo al clérigo que quedó en poder de los indígenas y dice que fué canjeado por un indio llamado Millacalquín.

(20) Dice Alvarez de Toledo (canto IV) que Bernardo de Pereda recibió veintitrés heridas; que tardó setenta días en andar diez leguas y que llegó á La Imperial tan desfigurado que sus más cercanos parientes no podían reconocerlo.

dirse el conocimiento de las grandes desgracias. A Santiago llegó, según lo asegura el minucioso y exacto Gregorio Serrano, el 27 de diciembre, es decir, cuatro dias después de haber sucedido: la trajeron dos de los indios amigos que habían escapado de la matanza.

La muerte de don Martín García Oñez de Loyola y de sus compañeros, era desgracia capaz de amedrentar á los más valientes. Después de tanta lucha y de tan numerosos desengaños; después que los Gobernadores, unos en pos de otros, habían esperado y prometido concluir con la guerra de Chile; cuando, en fin, durante seis años había reinado la paz al parecer más profunda y no había habido ni leve pretexto para la rebelión de los indígenas, la muerte del Gobernador y de cincuenta militares escogidos no podía menos de llenar de estupor y espanto al reino. ¿Qué iba á ser de Chile? ¿Hasta dónde llegaría la pujanza del indígena y cuáles serían su confianza y audacia, pues se atrevía á comenzar la guerra con un hecho que lo dejaba en la necesidad de continuarla á sangre y fuego, ya que le era imposible aguardar cuartel? ¿Cómo, por otra parte, resistirían los españoles, escasos en número y diseminados por tantas partes, á un enemigo numeroso, valiente y soberbio con su gran victoria? Cada cual se hacía estas reflexiones al saber el inmenso desastre del 23 de diciembre y ellas infundían en todos los ánimos el mayor desaliento (21), mal tal vez tan grave como el desastre mismo.

(21) En la citada Relación que varios Religiosos de Valdivia hicieron al Gobernador Quiñones, en septiembre de 1599, se lee:—"Y " estas adversidades no se deben sentir tanto como otras mayores " que se esperan, resultantes de un temor desconsiderado que reina " en los corazones de muchos con plática ajena de la nación espa- " ñola, en decir que ya los indios son tan buenos como los españo- " les, razón por cierto abominable, y que se debe desterrar, pues el " enemigo no es más de lo que se sabía ni tiene más fuerza de la " que los españoles le han dado por mal gobierno."

Más motivos de dolor que las otras ciudades tenía Santiago: los cincuenta soldados de la guardia de don Martín García Oñez de Loyola que acababan de morir con el desgraciado Gobernador, pertenecían á la compañía de oficiales reformados, lo más escogido del ejército. Llamábanse entre nosotros oficiales reformados los que, á causa de los cambios, tan frecuentes en el ejército de Chile, quedaban sin mando; pero conservaban su graduación y un sueldo superior al de los demás soldados. La mayor parte de ellos, si no todos, eran vecinos de Santiago, tenían aquí sus familias y no salían á la guerra sino en ciertas y raras ocasiones. Por lo mismo, la muerte de esos cincuenta hombres traía el luto á un sinnúmero de familias y aumentaba en modo indecible el malestar en que todo el reino y principalmente Santiago se encontraba sumido.

Santiago, no obstante, debía proveer á la salvación de Chile; porque, al fin y al cabo, cualesquiera que fuesen sus desgracias y miseria, era la capital de la colonia y estaba habituada á no ahorrar padecimiento en bien del pro común Por eso, todas las miradas se dirigieron desde el primer momento al Cabildo de Santiago, siempre digno representante de los vecinos de la capital y que, haciendo valer sus servicios, pretendía y ocupaba en el reino lugar muy superior al que realmente le correspondía; los capitanes ó comandantes de Angol, Concepción, Santa Cruz y Arauco, cual si se hubieran puesto de acuerdo, se dirigieron á él, comunicándole la terrible noticia de Curalaba, como él mismo lo dice en su carta de 9 de enero de 1599. De este modo, á los quince días de la catástrofe se sabían en Santiago por diversos y autorizados conductos los pormenores de lo ocurrido.

No era tiempo de ocuparse en llorar las propias desgracias y las ajenas: urgía precaverse, en cuanto fuera posible, contra los grandes peligros que amenazaban á la colonia y comenzar para ello por nombrar reemplazante al desgracia-

do García Oñez de Loyola en el gobierno de Chile, mientras proveía el Virey del Perú.

En verdad, la designación de la persona no fué dudosa: el Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de Chile, Pedro de Vizcarra, residía en la capital y su nombre salió en el acto de los labios de todos.

¿Eligió el Cabildo á Vizcarra ó asumió éste el mando por no haber en la colonia autoridad superior á la suya?

Pedro de Vizcarra se hizo cargo del gobierno de Chile, apenas llegó á Santiago la noticia de la muerte de Loyola: he ahí el hecho. En lo demás, cada cual se atribuía a sí propio el origen del poder de Vizcarra y hasta los Oficiales Reales, en su carta de 9 de enero de 1599, se suponen autores del nombramiento del Gobernador interino: "Luego que " se supo, dicen, la muerte del Gobernador, *hicimos nom-* " *brar* por tal al licenciado Pedro de Vizcarra, Teniente Ge- " neral nombrado por Vuestra Majestad, por convenir así " al servicio de Vuestra Majestad, quietud y buen gobier- " no de esta tierra, aunque él tiene tanta edad que podría " suceder faltarnos muy en breve, que sería gran confusión".

Cuando todos pretendían nombrar á Vizcarra y añadían nuevos títulos á los que poseía para ser Gobernador, alguien lo acusa al Rey de haber usurpado el puesto: "Se hizo " recibir por Gobernador y Capitán General sin tener poder " ni facultad para ello". Testigo á todas luces honorable y muy respetado en la colonia, el padre Fray Antonio de Victoria (22) que así acusaba á Vizcarra, es, sin embargo, sospechoso, porque, como tendremos oportunidad de notarlo mejor, carecía de imparcialidad, y se hallaba fuertemente impresionado contra el sucesor interino de García Oñez de Loyola.

---

(22) Citada carta de 12 de marzo de 1599.

Quien, á juicio nuestro, está en toda la verdad en lo relativo al nombramiento, es el mismo Pedro de Vizcarra. En una provisión dada á favor de Luis de las Cuevas el 8 de febrero de 1599 (23), manifiesta haber entrado á gobernar por el derecho con que para ello se juzgaba y en virtud del nombramiento del Cabildo, aceptado por él á "mayor abundancia". "Por cuanto por la muerte del Gobernador de este " reino, don Martín García Oñez de Loyola, mi antecesor, " *conforme á derecho* y á los títulos del Rey, Nuestro Señor, " que tengo de lugar Teniente de Gobernador y Capitán Ge- " neral de este reino, yo sucedí en el dicho gobierno y en " todas las facultades, provisiones y cédulas reales y privi- " legios en todas materias de gobierno, concedidas y perte- " necientes al dicho Gobernador Loyola. Demás de que, no " obstante, no (24) ser necesario, el Cabildo, Justicia y Ge- " gimiento de la ciudad de Santiago, como cabeza de este " reino, luego como se extendió en la muerte de dicho Go- " bernador, me nombró por tal Gobernador y Capitán Ge- " neral de este reino, é yo, para mayor abundancia, lo " acepté é hice el juramento entre tanto que por Su Majes- " tad otra cosa se provea...... etc".

La conducta observada por Pedro de Vizcarra en esta emergencia, era la única racional y prudente. Por cargado de títulos y razones que se encontrara el Teniente General para asumir el mando después de la muerte de García Oñez de Loyola sin el nombramiento del Cabildo de Santiago, siempre deseoso de autoridad, habría sido imperdonable falta entrar en competencias en aquellos críticos momentos: importaba, nó saber á quién tocaba nombrar Gobernador interino, sino salvar á la colonia. Y para conseguirlo, se

---

(23) Documento citado por Gay, historia tomo II, página 247.

(24) En la copia publicada por Gay, en lugar de *no* se lee *yo*. Nos ha parecido evidente error.

necesitaba robustecer en cuanto fuera posible la autoridad y procurar de todos modos que reinase perfecta unión y concordia entre las corporaciones y los ciudadanos: la más pequeña división habría podido llegar á ser la total ruina de Chile. Aceptando "para mayor abundancia", el nombramiento hecho por el Cabildo de Santiago, Vizcarra afianzaba su autoridad y daba pruebas de consideración y deferencia á una corporación, cuyo decidido apoyo tánto importaba en esos momentos para la salvación del reino.

CAPÍTULO II

LOS PRIMEROS DIAS DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE

Carácter del nuevo Gobernador.—Lo que necesitaba Chile en su mandatario.—El padre Victoria i el Gobernador interino.—Mercedes que hace el Rey á la viuda é hija de Loyola.—Las informaciones del nuevo Gobernador.—Justas quejas de los vecinos de Santiago y real cédula que los declara libres de contribuír á la guerra de Arauco.—Cómo se cumplió la real cédula.—Generosa conducta del vecindario de Santiago.—Enviados de Chile á Lima y Buenos Aires.—Inoportunos cambios de empleados.—Desgracias ocurridas hasta el día en que sale Vizcarra para Concepción.

¿Era Pedro de Vizcarra el hombre que en tan críticas y difíciles circunstancias necesitaba Chile?

Desde largos años fiel servidor del Rey y universalmente respetado, se manifestó siempre imparcial y justiciero, y, cosa que lo honra sobre toda ponderación, después de concluir su gobierno interino, continuó gozando de la confianza de sus sucesores y sirviéndoles con lealtad. Pero á estas cualidades preciosas, sin duda, en un magistrado, y que en tiempos ordinarios habrían hecho de Vizcarra un excelente Go-

bernador, unía defectos notables, si se consideran las premiosas necesidades de la colonia.

Más que buenos servicios y experiencia en los negocios, había menester entonces el Gobernador de Chile ánimo entero, energía no común y entusiasta ardor: su principal misión consistía, durante aquellos aciagos momentos, en levantar el corazón de los colonos, por extremo amilanados con la muerte de Loyola y sus compañeros; en vencer las innumerables dificultades que en todas partes se presentaban á cada instante; en sacar recursos de un país empobrecido hasta la miseria; en organizar, finalmente, desde luego vigorosa resistencia, capaz de poner á raya la creciente audacia del indígena. Y nada de esto debía aguardarse de un anciano que, aunque cuarenta años atrás había no sin lucimiento cargado armas en Nicaragua y Quito, más deseaba morir sosegado en cómodo destino que coger laureles en peligrosas y sangrientas lides (1).

Cuando dos meses después de recibirse de Gobernador interino llegó él á Concepción, un hombre, siempre su decidido adversario, el Padre Fray Antonio de Victoria, lo acusó de perder, en levantar informaciones contra el desgraciado García Oñez de Loyola, un tiempo precioso que debía á la defensa de la colonia. Escribiendo al Rey, se expresa así el

(1) En su carta al Rey, fecha en Concepción el 21 de septiembre de 1600, dice Vizcarra: "Yo, en decisión de mis causas y militando " como celoso del servicio de Vuestra Majestad y peregrinando " siempre y consumiendo mi salario con deuda, no falto á la ayu- " da de los Gobernadores á satisfacción general. Y suplico á Vues- " tra Majestad se sirva de mandar se tenga memoria de quien tan- " tos años en paz y guerra y cargos de justicia y veinte en la chan- " cillería de los Reyes y en éste, de que he dado buena cuenta, ha " servido, para hacerme la merced que he suplicado de promover- " me donde el resto de la vida con alguna quietud pueda continuar " el servicio de Vuestra Majestad."

12 de marzo de 1509: "El cual (Pedro de Vizcarra) por ser " viejo y poco soldado y no amigo del Gobernador muerto " por haberle reprendido su mal proceder en su oficio, sólo " se ha ocupado en hacer informaciones contra el muerto " Gobernador, con testigos buscados para este propósito; " cosa bien excusada, pues en ello no se sirve á vuestra real " persona ni trae provecho á este afligido reino con la muer- " te del Gobernador Loyola, y tan gran victoria como el " enemigo tuvo".

Quien escribía esas líneas, íntimo y entusiasta amigo de don Martín García Oñez de Loyola, creyó con profunda indignación que se pretendía hacer responsable de las funestas consecuencias de su desastrosa muerte á la propia víctima, uno de los más ilustres Gobernadores de Chile, y cuyas cenizas, calientes aún, tenían derecho á ser vengadas y no injuriadas.

Evidentemente Fray Antonio de Victoria infirió inmerecido agravio al Gobernador interino: Vizcarra era incapaz de cebarse en la memoria de un hombre cuya muerte lloraba en esos momentos todo el reino y mucho más incapaz de buscar falsos testigos á fin de calumniar á la supuesta víctima de su odio.

Para afirmar que el Gobernador interino no abusó de su poder ni procuró, cosa tan común entonces y tan fácil para quien de propia autoridad levantaba informaciones, acriminar al que ya no podía defenderse, no sólo nos apoyamos en el general aprecio que siguió honrando á Vizcarra, sino también en la conducta de Felipe III con la familia de Loyola. Trató á la viuda é hijas del desgraciado Gobernador como acostumbraba tratar á los deudos de sus más beneméritos servidores, lo cual no habría ciertamente sucedido si Vizcarra hubiese calumniado la memoria del muerto con testigos buscados á propósito. Doña Beatriz de Coya (así se llamaba á la viuda de Loyola) y su hija se encontra-

ban en Concepción cuando acaeció la muerte de su esposo (2) y padre, y eran muy consideradas aquí en Chile y más aún en Lima, por los puestos que había ocupado don Martin, y por ser doña Beatriz hija de un príncipe indígena, descendiente de los incas del Perú, de donde le venía el apellidarla Coya ó princesa. Mas, aunque todo parecía retenerlas en América, prefirieron partir para España, donde fueron perfectamente recibidas por el Rey, que dió á la madre valiosísimas encomiendas en el Perú, y creó para la hija el marquesado de Oropeza y la casó con don Juan Henríquez de Borja, de la ilustre casa de Gandía.

Así, pues, si Vizcarra levantó información acerca del estado del reino, no hizo uso de malos medios para atacar la memoria de su antiguo jefe, ni se manifestó enemigo de él: cumplió una formalidad entonces muy en uso y mirada como salvaguardia por los que entraban á gobernar. Esas informaciones eran una especie de inventario que les había de servir para cuando á su turno entregaran á otro el gobierno, y por lo mismo, se empeñaban en rebajar el valor de lo que recibían y en poner las cosas en el peor estado posible: disminuirían, con esto, sus pérdidas, si eran desgraciados en el mando; harían resaltar los beneficios, si eran dichosos.

De todos modos, ¿no habría sido preferible que el Gobernador descuidara un poco sus propios intereses y los sacrificara al bienestar general, consagrado por entero á promover este bienestar durante aquellos terribles días? ¿No sería preferible que hubiese desaparecido por completo el legulego para dejar sólo al guerrero, de cuya fuerte y decidida mano tanto había menester la colonia; que en lugar de levantar informaciones se hubiese ocupado en armar soldados?

---

(2) Relación de Gregorio Serrano.

Pero más que reflexiones sobre el carácter de Vizcarra viene ahora la relación de los sucesos.

Antes de salir de Santiago, el Gobernador debía reunir algunas fuerzas para acudir en socorro del sur. ¿Sería posible conseguirlo?

Las continuas quejas elevadas al Rey por los vecinos de la capital de Chile, acerca de la iniquidad de hacer pesar sobre ellos el mantenimiento de la guerra de Arauco, de obligarlos á sostenerla personalmente y con sus encomendados, dejándolos así en la imposibilidad de atender á sus faenas, que precisamente necesitaban más trabajo cuando comenzaban las operaciones de la guerra, habían sido, finalmente, escuchadas por el monarca. Acababa de llegar á Chile una real cédula de 17 de octubre de 1597, en la cual, reconociéndose los enormes sacrificios hechos por los vecinos, se les declaraba libres de obligación tan gravosa para ellos y tan funesta para la prosperidad de la colonia.

Si la real orden hubiera sido acatada y cumplida, Santiago se habría encontrado entonces más holgada y con mayores fuerzas, adquiridas en algunos meses de reposo; pero desgraciadamente, era muy común que la voz del Rey no llegase á ser obedecida. Así, en en ese mismo año 1598 el Virey del Perú había enviado para la guerra de Chile ciento cincuenta y seis hombres, que llegaron á nuestras playas casi todos sin caballos y una buena parte sin armas ó mal armados; fué menester proporcionarles una y otra cosa y esta obligación pesó sobre los vecinos de Santiago. Poco después, en víspera de la catástrofe de Curalaba, en octubre ó noviembre, obedeciendo á las reiteradas órdenes de García Oñez de Loyola, los santiagueses en un esfuerzo supremo equiparon sesenta hombres, los cuales habían llegado ya á la frontera y fueron en aquella ocasión de grande auxilio (3).

---

(3) Carta de los Oficiales Reales al Rey, fechada el 9 de enero de 1599.

¿Qué nuevo sacrificio iba á hacer la capital de Chile cuando el reino no tenía á dónde volver los ojos sino á ella?— Bien poca cosa, en verdad, y fué menester todo el generoso é inagotable entusiasmo y desprendimiento de Santiago para que el Gobernador encontrara algunos recursos.

Reunió Vizcarra setenta soldados, una parte de los cuales envió á principios de enero al Sur capitaneados por Alonso Cid Maldonado (4) y él mismo salió con los demás para Concepción el 12 de dicho mes (5). "Y no ha sido de " poca importancia, dicen en su citada carta los Oficiales " Reales, lo que esta ciudad ha servido á Vuestra Majestad " en esta ocasión, por hallarse las cajas reales tan pobres " que ni aún el año pasado no habemos podido cobrar á " cuenta de nuestro salario cada uno cien pesos para ayu- " da de sustentar nuestras familias."

---

(4) Alvarez de Toledo, en el canto II de PURÉN INDÓMITO da el nombre de este capitán.

(5) Los Oficiales Reales, en la citada carta, dicen: "Con mucha " dificultad se han aderezado cincuenta soldados, que parte de " ellos han ido al socorro y los demás saldrán de esta ciudad den- " tro de tres días."

Contra éste tenemos el aserto de Gregorio Serrano que hace subir á "setenta hombres" los que consiguió reunir en Santiago y sacar para el sur Pedro de Vizcarra. Seguimos á Serrano porque escribía inmediatamente después de la salida de estas tropas de Santiago, y los Oficiales Reales escribían antes que salieran. Según la carta, también de fecha 9 de enero del Cabildo de Santiago, el Gobernador pensaba llevar cuantos soldados alcanzara á reunir: " Se han despachado, dice, más gente de socorro; y, en haciendo " este despacho, parte con el Gobernador la más que se ha podi- " do apercibir."

En tres días pudo reunirse mayor número que el calculado por los Oficiales Reales, pues no sólo era en la ciudad, sino también en los términos de ella, como dice Serrano, donde había mandado Vizcarra buscar cuanta gente fuera posible. Al último pudieron llegar de fuera de la ciudad más de los que se esperaba juntar.

Mientras se reunían estos hombres y dos días antes de salir de Santiago, Vizcarra envió á Lima al regidor don Luis Jufré (6) para avisar al Virey lo sucedido, manifestarle el peligro inmenso de la colonia y pedirle prontos y eficaces recursos. Con idéntico objeto, aprovechando la estación que dejaba expedito el camino de la cordillera, mandó para el Gobernador de Buenos Aires á otro de los regidores, cuyo nombre vanamente hemos buscado en crónicas y documentos.

Envió, en fin, "al capitán Gregorio Serrano, á que viese " todas las fronteras y los soldados, armas y municiones " que había en ellas" (7). No pudo ser más feliz esta elección, ya que el capitán visitador nos ha conservado preciosísimas noticias de la sublevación, en un relato dirigido al Virey.

También "comenzó desde la dicha ciudad de Santiago á " hacer encomiendas de indios y proveer todos los oficios " de justicia y guerra, dándoles de Teniente de Capitán Ge- " neral, Maestre de Campo, proveedores generales, capita- " nes, corregidores, administradores, protectores y demás " oficios y ministros del Reino, haciendo acuerdos de ha- " cienda con los Oficiales Reales para gastos de la guerra " y echando derramas y distribuyendo por libranzas suyas " la dicha hacienda y la que había en las cajas de Su Ma- " jestad" (8). Esto afirma el mismo Vizcarra y nos parece muestra típica del hábito que había en la colonia de cambiar por completo el personal de la administración cuando entraba nuevo Gobernador. En ninguna ocasión menos que

(6) Relación de Serrano y Alvarez de Toledo, en Purén Indómito, lugar citado, y carta del Cabildo de Santiago al Rey, fecha 10 de enero de 1599.

(7) Relación de Gregorio Serrano.

(8) Interrogatorio presentado á Vizcarra por Quiñones y afirmado y ratificado con juramento por aquél.

entonces se debían haber hecho variaciones de importancia en el Gobierno y en el Ejército: era Vizcarra Gobernador interino y no lo sería, según las probabilidades, sino los pocos meses que tardara en llegar del Perú el sucesor; entraba á reemplazar al mismo á quien había servido de asesor y segundo, al hombre con quien debía haber estado en comunidad de miras, y no era de suponer que considerase inadecuados á sus subalternos; finalmente, en esas circunstancias podía ser funesto desorganizar el Gobierno con cambios transitorios, como el poder del que los decretaba.

Vizcarra debía de estar íntimamente unido con los Jufré ó Jofré, como después se llamaron; pues no sólo envió á don Luis á Lima, sino que á don Francisco le dió, con el título de Teniente de Capitán General, la verdadera dirección de la guerra (9).

Lo referente al Gobierno de Chile, desde el Maule para el Norte, lo dividió en materias de justicia y de guerra: dejó lo primero á cargo del licenciado Francisco Pastene y lo segundo al de Gaspar de la Barrera, primo del Gobernador y perteneciente, según dice Rosales (10), á una distinguida familia española.

En los diez y séis días trascurridos entre el domingo 27 de diciembre, en que llegó á Santiago la noticia de la muerte de Loyola, y el martes 12 de enero, en que Pedro de Vizcarra salió de la capital para Concepción, los sucesos funestos se habían multiplicado para la colonia.

La muerte de Loyola así como sembró espanto y desola-

---

(9) Relación de Gregorio Serrano y provisión dada por Vizcarra en favor de Luis de las Cuevas y publicada por Gay.

(10) Libro V, capítulo 9.

Que Francisco de Pastene desempeñó en Santiago el oficio de Teniente General lo confirma una petición hecha al Gobernador de Chile á nombre de la ciudad de Santiago por su Procurador el 4 de enero de 1600.

ción entre los españoles, fué la voz de alarma, el clarín de guerra para los indígenas. Lo vamos á ver: hubieran ó nó dado antes la paz, todas las tribus se levantaron casi á un tiempo y todas atacaron á las ciudades ó los fuertes, en cuyas comarcas acababan de morar tranquilas. Desde luego, muchos fortines, más bien alojamientos para las tropas que amenaza para los indígenas, y en donde había uno, dos ó tres soldados, fueron destruidos por los rebeldes, con el objeto de dificultar el camino á los españoles y de comenzar la guerra aumentando el número de prósperos sucesos que, referidos en otras provincias, tomaban mayores proporciones y animaban más y más á los indios.

Hecho eso, se fueron sobre las ciudades y no retrocedieron ante la necesidad de ponerles sitio, puesto que habría sido absurdo caminar á su asalto, defendidas como se hallaban por la mosquetería y la artillería. Los Oficiales Reales, en la citada carta de 9 de enero de 1599, comunicaban al Rey esas noticias ya sabidas en Santiago:—"Han quedado tan engreídos estos indios, decían, que hoy ha venido segundo aviso que tienen puesto cerco sobre San Felipe de Arauco, tan encomendado por Vuestra Majestad, y sobre Santa Cruz de Oñez, poblada por el Gobernador Martín García en las faldas de Catiray."

Urgía, pues, el viaje al Sur del Gobernador y éste lo verificó con bastante presteza para su edad: salido de Santiago el 12, entraba en Concepción á los diez días, el 22 de enero (11), después de haber visitado á Chillán.

---

(11) Relación de Gregorio Serrano.

CAPÍTULO III.

FUERZAS DE LAS CIUDADES AUSTRALES I PRIMEROS ATAQUES CONTRA ELLAS.

Destrucción del fuerte de Longotoro.—Proyectos de Vizcarra.—Chillán; sus recursos.—Concepción.—Angol.—Arauco.—Santa Cruz: es llamado y acude en su defensa Francisco Jufré.—Socorros pedidos por Loyola al Virey del Perú y enviados por éste.—El 22 de enero en Concepción.—Cerco de Arauco: socorro de esta plaza.—Reparte Vizcarra los pertrechos venidos del Perú.—Cambio de Corregidores.—Progresos de la insurrección en enero y febrero de 1599.—Ataca y derrota Pelantaro á Francisco Jufré en las cercanías de Angol.—La ropilla de Loyola.—Marcha el toqui contra Arauco.—Inconvenientes de los largos cercos para los indios.—Extratajema de Pelantaro.—Derrota de Urbaneja y sus cuarenta compañeros.—Pericia y serenidad de Julián Gómez.—Muerte de Urbaneja.

Los pocos días de su viaje bastaron para que Vizcarra, al llegar á Concepción, fuera recibido con la noticia de nuevas desgracias. La mayor de éstas era la destrucción del fuerte de Longotoro, situado en las cercanías de Angol. Desde que, con la muerte de dos de los defensores de ese

fuerte, habían dado la señal de rebelión, los indios comarcanos no cesaron en sus ataques á Longotoro y el 16 de enero de 1599 consiguieron matar también al jefe de la guarnición y á otro soldado. Y todos los defensores del fuerte habrían perecido, si Vallejo no hubiera ido de Angol en su socorro. Con su llegada puso en fuga á los asaltantes; pero no juzgó cuerdo mantener el fuerte: lo despobló y llevó á algunos de sus soldados para aumentar con ellos la guarnición de Molchén (1), y los otros fueron á Angol.

Conoció pronto Vizcarra que su acción no debía extenderse más allá de la ciudad de Angol. El corto número de sus soldados le bastarían apenas para defenderse; pero, aún suponiendo que hubiera tenido alguna tropa para favorecer á La Imperial, Villarica, Valdivia ú Osorno (2), ¿cómo hacerlo cuando los rebeldes con sus ejércitos interceptaban todos los caminos? Resolvió aguardar que mejores tiempos le permitieran emprender más ó que los apuros de alguna ciudad lo obligaran á mayores sacrificios y cir

---

(1) En la Relación de Gregorio Serrano, se lee, quizás por error de copia, que los españoles muertos en Longotoro fueron doce. Aseguran que fueron dos, Alonso de Rivera en su citado Resumen y Alvarez de Toledo en el Canto V del PURÉN INDÓMITO. Por eso preferimos tomar de este último los pormenores del hecho.

(2) No incluímos entre estas ciudades á Cañete; porque siendo la más desguarnecida, sus defensores, desde el primer anuncio de la sublevación, desesperaron de mantenerse en ella y se refugiaron en Arauco.

No están acordes los cronistas en señalar la época de la despoblación de Cañete; pero el absoluto silencio de los muchos y minuciosos documentos que hemos consultado, nos induce á creer á los que la fijan en los primeros días de la sublevación. Ese mismo silencio está indicando la escasísima importancia de Cañete, entonces quizás un pequeño fuerte. No se concibe de otro modo que nadie deplore entre los españoles la pérdida de esa ciudad, al ver cuánto se escribió y discutió acerca de la pérdida ó despoblación de cada una de las otras.

cunscribirse en los primeros días á la defensa de Arauco, Santa Cruz, Concepción y Chillán. Á estos puntos redujo también su inspección el comisionado, capitán Gregorio Serrano, y las noticias dadas por él nos permiten entrar en pormenores acerca de los soldados y pertrechos de guerra que en cada uno de ellos había. Parecerían excesivas estas minuciosidades en una historia, si ellas no contribuyesen á dar exacta idea de la pequeñez de los recursos con que en aquella época se contaba para contrarrestar la pujanza del araucano y á manifestar, por lo tanto, una de las principales causas de la continuación de la guerra.

En Chillán, entre soldados y vecinos, podían juntarse cuarenta hombres de armas; pero sólo había veintidós arcabuces y escaseaban muchísimo la pólvora y el plomo, de manera que no servían gran cosa esos pocos arcabuces ni los dos cañones de fierro colado del fuerte. En cambio había en "ganados y comidas gran abundancia, por tener las campiñas muy aparejadas para ello." Por de pronto no ofrecía peligro Chillán, pues los indios de la comarca permanecían de paz, lo cual era harta felicidad, ya que la escasez de recursos no permitía guarnecer como habría sido preciso aquella plaza, considerada por los militares "la frontera de más importancia en este reino" (3).

El capitán José de Castro mandaba en Concepción á sus ochenta defensores soldados y vecinos. En esa ciudad "había cinco piezas de artillería (medias naranjas), cuatro " botijas de pólvora, tres barras de plomo, ciento cincuenta " rolletes de mecha, cincuenta arcabuces, veintidós mosque- " tes y muchas comidas, así de ganados como de trigo... Es " rica de un muy buen puerto, en el cual estaba una nao " muy buena y tres barcas de Su Majestad grandes y de " remo con que se avituallaba á Arauco" (4).

---

(3) Relación de Gregorio Serrano.

(4) Id. id.

"En Angol había ciento nueve hombres y por capitán " Hernando Vallejo: los cuarenta eran casados. Había se- " senta arcabuces, veinte lanzas, veintidós mosquetes, dos " piezas de artillería que trajo don Alonso Sotomayor, de " España, una botija de pólvora, una barra de plomo, dos- " cientos rolletes de mecha, muchos ganados y todo género " de comidas, por ser poblado antiguamente." Notable pérdida para Angol había sido la destrucción del fuerte de Longotoro, establecido por don Alonso de Sotomayor con el fin de proteger á los indios de paz que se redujeran en las cercanías y defender las sementeras de la campiña vecina (5). De los veintidós soldados de Longotoro,—nueve armados de arcabuces y los demás de lanzas,—diez pasaron á aumentar la guarnición de Angol, que llegó así á ciento diez y nueve hombres.

El conocido Maestre de Campo Miguel de Silva era el castellano de Arauco, la cual encerraba dentro de sus murallas "noventa y cinco soldados, setenta arcabuces, veinti- " cinco lanzas, trece piezas de artillería, las tres naranjas, " las tres medias culebrinas y las demás versillos. Tenían " botija y media de pólvora, treinta rolletes de mecha, un " quintal de plomo, doscientos caballos, ciento cincuenta " vacas, trescientos carneros de Su Majestad y dos mil ove- " jas de los vecinos" (6).

Si hemos de calcular la importancia de las plazas por la de sus jefes, pondremos en primer lugar á Santa Cruz, mandada por el Teniente General Francisco Jufré.

Este guerrero era considerado uno de los primeros militares de Chile y ya había ocupado el alto puesto á que de nuevo lo llamó la amistad de Pedro de Vizcarra. Refiere Alvarez de Toledo que tuvo, por cosas de poco momento, un disgusto con García Oñez de Loyola y se retiró á una

---

(5) Relación de Gregorio Serrano.

(6) Id. id.

estancia á inmediaciones de Chillán, donde se encontraba cuando acaeció la desastrosa muerte del Gobernador. Y tanta era la importancia de Jufré que, apenas se supo en Chillán la funesta noticia, los vecinos lo llamaron para ponerse en sus manos. Juzgó que sobre todo urgía acudir en auxilio de Santa Cruz, y se preparaba á verificarlo cuando de ella llegó Tomás de Olavarría con cartas de la ciudad pidiéndole socorro.

Difícil era en aquellos días reunir muchos soldados, y el Teniente General hubo de partir con sólo trece (7). Encontró á Santa Cruz en mejor estado de lo que se imaginaba, gracias á la previsión de su Corregidor Martín de Irízar. Junto con saber la muerte de Loyola, prendió Irízar al cacique principal de Mareguano, para dejar sin jefe á los indios y guardar valioso rehén (8). Con esto salvó quizás á una ciudad considerada tan importante que, en medio de sus apuros, el Gobernador interino había enviado á ella refuerzo al mando del capitán Juan de León (9).

La guarnición de Santa Cruz quedó formada de cien hombres, ochenta de los cuales tenían arcabuces y treinta

(7) Rosales, libro V, capítulo XI, dice que Jufré fué acompañado de ocho soldados. Seguimos á Alvarez de Toledo, que da el nombre de los compañeros de Jufré:

"Chávez, Antonio Pérez de Aguilera,
Figueroa, Hernández y Serrano,
Verdugo, Mansilla, Juárez, y de Herrera,
Mateo de Pineda el Sevillano;
Martín Muñoz, y Plaza, que adoquiera
La hace con su brazo y fuerte mano,
Pedro de Silva, el animoso y fuerte,
Que él solo ha dado á muchos indios muerte" (Canto II).

(8) Purén Indómito, Canto II.
(9) Rosales, libro V, capítulo IX.

eran vecinos del pueblo. donde estaban casados. Las demás armas y pertrechos de guerra reunidos con los que pudo llevar allá "el capitán Alonso Cid Maldonado, pro-
" veedor general del reino" (10), consistían en "treinta lan-
" zas, cuatro piezas de artillería (medias naranjas), media
" botija de pólvora, cuarenta rolletes de mecha y un quin-
" tal y medio de plomo". Tenía de víveres "trescientos car-
" neros, cien vacas de Su Majestad y cinco mil ovejas de
" los vecinos". Por desgracia, como la sublevación sobrevino cuando iba á comenzar la cosecha, se encontró la ciudad sin trigo, y bien difícil le había de ser recojerlo (11).

Se ve que si las guarniciones, relativamente respetables, ponian á cubierto á las ciudades de los inmediatos ataques de los rebeldes, ciudades y fuertes corrían no poco peligro de quedar antes de mucho sin pólvora ni balas y, por lo tanto, a merced del enemigo.

Felizmente para la colonia, la falta de municiones y pertrechos de guerra no era consecuencia de la trajedia de Curalaba, sino un hecho anterior, para cuyo remedio no se habían descuidado las autoridades de Chile.

En efecto, Loyola, viendo que no llegaban de España estos pertrechos, envió al capitán Jerónimo de Benavides para que, con la mayor urgencia, los solicitara del Virey del Perú.

Llegado a Lima Benavides, hizo presente a don Luis de Velasco, invocando en su apoyo el testimonio de don Gabriel de Castilla, antiguo Maestre de Campo de Chile y residente entonces en la ciudad de los Reyes, la suma necesidad del solicitado socorro, consistente en un barco para el servicio de nuestras costas, mejor y más grande que el que en ellas había, pólvora, municiones, instrumentos de la-

(10) Citados "Borradores de una relación de la guerra de Chile".
(11) Relación de Gregorio Serrano.

branza y ropa; "pues la hambre y desnudez que aquellos " presidios. no las padecen tales ninguno de los que sirven " á la corona de España" (12).

El Virey reunió a los Oidores y á los Oficiales Reales de Lima y confirió con ellos acerca del particular y "fueron su " señoría y todos de parecer que su señoría el señor Visorey " mande y ordene que se compren y envíen todas las cosas " contenidas en la dicha petición en que se pide se socorra " por ahora á aquella provincia y reino por la orden que á " su señoría pareciere, excepto el navío que piden, y que lo " que en ello se gastare, lo libre y mande pagar de la real " hacienda y que se despache con la brevedad que fuere po- " sible".

Esta resolución fué tomada en Lima el 16 de noviembre de 1598 (el 30 de enero de 1599 la misma Junta acordó enviar á Chile el navío pedido por Benavides) y, como en el acta se dice, salió luego para nuestras playas el socorro, que no pudo llegar á ellas más oportunamente.

El 22 de enero de 1599 fué para la ciudad de Concepción el primer día de contento desde la noticia de la sorpresa de Curalaba y en él debió de creerse que pronto terminarían las desgracias de la colonia. En ese día vió entrar á Pedro de Vizcarra con el refuerzo por él reunido y llegar a sus playas " el navío de Diego Sans de Alaisa con cien botijas de pólvo- " ra, cincuenta quintales de plomo y hasta cinco mil pesos de " ropa de paño de Méjico, i fierro, rejas i azadones i otras " menudencias que de socorro envió el señor Visorey" (13).

(12) Presentación hecha al Virey por el contador Jerónimo de Benavides, leída en la sesión que celebró en Lima el Consejo de don Luis de Velasco el 16 de noviembre de 1598.

(13) Relación de Gregorio Serrano.

Los que deseen saber en qué consistían las demás "menudencias" lean las siguientes líneas de la citada presentación de Benavides al Virey:

"V. E. se sirva de hacerle merced (á Chile) de socorrerle en en-

Era muy buena suerte de Pedro de Vizcarra tener estas cosas y setenta hombres: podía siquiera acudir á los más urgente, y tal consideró ante todo el socorro de Arauco. Ahí Miguel de Silva había comenzado, al saber la muerte del Gobernador, por reducir la ciudad al fuerte para defenderse con facilidad y, en seguida, reunió á los caciques de los alrededores en número de diez y siete, les comunicó la noticia y recibió de ellos la promesa de permanecer siempre fieles y amigos (14).

Pero tales promesas, lo sabía demasiado el castellano, eran vanas y casi siempre falaces: el 16 de enero se sublevó toda la provincia y se reunieron no menos de tres mil araucanos para sitiar el fuerte. Con sus trece piezas de artille-

---

" viar un navío que sea de mayor porte que el de allá, por ser de-
" masiado pequeño, y cient botijas de pólvora, cincuenta quinta-
" les de plomo, trescientas hachas de hasta rica, doscientos azado-
" nes, cincuenta barretas, mil herraduras batidas, que han de ser-
" vir de lampas, doscientas rejas de arar, cincuenta quintales de
" fierro, tres ó cuatro paños azules, cincuenta docenas de cuchi-
" llos, cien docenas de peines, treinta docenas de tijeras y doscien-
" tos o trescientos pesos para algunas cosas. Todo esto es muy
" necesario para sustentar las poblaciones que están hechas y dar
" estas menudencias á los caciques é indios Catirais y Coyunches
" que sirven al Gobernador con mil lanzas siempre que las ha me-
" nester". En fin, pedía que el navío trajese "por lastre dos mil
" arrobas de sal."

(14) Purén Indómito, Canto II.

"Fué el primero que vino, Quintigüeno
General de los bravos araucanos,
Que mucho tiempo amigo fué, y aún bueno
Con grande lealtad de los hispanos:
Tarucán, el señor de aquel terreno
El segundo llegó con dos hermanos.
Huenterai, y Leviande eran sus nombres,
Caciques ricos y famosos hombres,
Guache, Alpen y Buri también vinieron

ría y setenta arcabuces, los defensores de la plaza mantuvieron constantemente á los araucanos lejos "de las paredes" y no perdieron un solo hombre en los nueve días del asedio. Vizcarra mandó municiones por mar y cuando esto vieron los araucanos, levantaron el cerco (15).

Muy amenazada debió de juzgar el Gobernador interino á Santa Cruz cuando de los setenta soldados reunidos en la capital envió allá treinta, y diez al fuerte de Jesús, vecino á aquella ciudad (16). En seguida "repartió por todas las fronteras la munición y socorro á los soldados" (17).

Apenas los cabildos "de algunas de las ciudades de arriba" supieron la llegada de Vizcarra á Concepción, se dirigieron á él para pedirle el socorro que acabamos de ver les envió luego y... que les cambiara corregidores "por estar mal con los oficiales del muerto". Y Vizcarra, siguiendo el camino por él ya adoptado, accedió á peticiones que le presentaban la oportunidad de colocar en buenos puestos, aunque fuera pocos meses, á sus parciales (18).

Dábase por contento el Gobernador con impedir que las ciudades cayeran en poder de los rebeldes y no podía pensar en sujetar las provincias sublevadas. Por momentos se hacía más crítica la situación de los españoles, los cuales pronto pudieron conocer que la rebelión iba á ser general y que todos los indios se preparaban á la guerra. Si bien ter-

---

Poqueñan el vallente y Pichincura,
Andalí, Quindelefe con él fueron.
El bravo Navalgualo y Pincuncura,
Ante, Maulén, Pillán allí acudieron.
Navalande el soberbio, Tapancura
El último tras de éstos llegó solo
El nieto del antiguo Colocolo."

(15) Relación de Gregorio Serrano.

(16) Id. id.

(17) Id. id.

(18) id. Id.

minó el mes de enero sin que todas las tribus de ultra Bío-bío se declarasen enemigas, los primeros días de febrero presenciaron el pronunciamiento de cuantos todavía se llamaban amigos: "A los cuatro de febrero se alzó la comarca " de Angol, alzándose todo lo que trajo de paz don Alonso " de Sotomayor, hasta el río de la Laja. A los seis del di" " cho se alzó Catiray, Mareguano, Millapoa, Talcamávi- " da, y todo lo que estaba de paz de la otra banda del Bío- " bío" (19).

No perdían tiempo los rebeldes, y al día siguiente de haberse sublevado, el 7 de febrero, ya estaban á la vista de Santa Cruz, mandados por Pelantaro y en número de mil doscientos, cuatrocientos de los cuales eran de caballería. (20). Según cuenta Rosales, Pelantaro comenzó por atacar á los indios amigos de Catiray y por tomarles prisioneros sus mujeres é hijos. Es probable que por mostrar á los amigos que se les defendía saliese Francisco Jufré de los muros de la ciudad, donde tantas ventajas tenía sobre los asaltantes, para escarmentar en campo raso á los pureneses, y arrebatarles los prisioneros.

Reunió al efecto doscientos indios amigos y con cincuenta soldados españoles presentó batalla á Pelantaro.

Hemos tenido ocasión de notarlo, uno de los mayores males de aquellos días fué el pánico que entre los españoles difundieron las victorias de los indígenas. Así, en esta batalla no todos los militares respondieron á la pujanza de los rebeldes con valor y hubo muchos "que anduvieron muy ruines", por más que con su ejemplo y derramando su propia sangre procuró alentarlos Francisco Jufré. No estaban los jefes habituados á las derrotas ni á abandonar el campo y Jufré

(19) Relación de Gregorio Serrano.

(20) Rosales dice que Pelantaro llegó á Santa Cruz con ochocientos indios. Seguimos á Gregorio Serrano en todo este hecho de armas.

hizo prodigios por librarse de esta vergüenza; pero viéndose "con muchas heridas", cansada su gente y muerto gran número de indios amigos, se hubo de resignar y se retiró á la ciudad, dejando á Pelantaro dueño del campo y orgulloso con la victoria. El triunfo le había costado al vencedor cien hombres caídos en la refriega, cuarenta caballos y cinco cotas que le tomaron los españoles.

En la batalla se hacía notar un purenés ostentosamente vestido: llevaba "la ropilla de Loyola con el hábito de Calatrava". De seguro era, si nó el que dió muerte al desgraciado Gobernador, uno de los que á ello contribuyeron, y los españoles habían de hacer sumo empeño por tomarlo y quitar á los rebeldes aquellos despojos, que servirían siempre para darles mayor avilantez: consiguieron aprisionar al indio. ¡Pobre consuelo de una derrota!

Un soldado, herido de gravedad, murió á poco de esta jornada, en la cual aprisionó Pelantaro á otro español llamado Juan Gago, á quien hizo matar algunos días después (21).

Con la noticia de la victoria se unieron al toqui otros dos mil hombres, probablemente cuantos en los alrededores había capaces de tomar armas, y así reforzado su ejército, se dirigió Pelantaro contra la plaza de Arauco, á la que, sin embargo, no pensó sitiar. Fortificadas y vitualladas las posesiones españolas, poco les importaban los cercos de los indios, los cuales ni llegaban á las murallas por temor á las armas de fuego, ni mucho menos podían prolongar su estadía junto á una ciudad.

---

(21) Serrano no menciona la muerte sino el cautiverio de Gago; pero Rosales (que lo llama Alonso Gallo) la afirma. Preferimos su aserto por estar conforme con el de Rivera, que dice al Rey el 10 de mayo de 1601 que en este encuentro murieron dos españoles. Probablemente, cuando Serrano escribió su relación se ignoraba el fin del prisionero

La irregular organización de los ejércitos indígenas los hacía inadecuados para continuar un sitio en regla. Acostumbraban vivir con lo que cada cual llevaba y con los recursos que les iba suministrando el país recorrido: ni una ni otra cosa eran de larga duración, cuando se reunían algunos miles de hombres en lugar no preparado á recibirlos: no había quien cuidara de proporcionar el común sustento, ni siquiera posibilidad de conseguirlo. Por eso, á los pocos días de comenzar un cerco se veían obligados á levantarlo y se retiraban á sus respectivas comarcas, citándose para la próxima reunión y, á lo más, dejando cierto número de guerreros que hostilizaran á los españoles con ataques imprevistos y guerrillas para impedirles comunicarse con otras ciudades y mantenerlos en alarma hasta la vuelta del grueso del ejército indígena.

Á esta última clase de guerra pertenecen de ordinario lo que los españoles llamaban sitios de una ciudad: ocupados los alrededores de ella por diversas y numerosas partidas que los hostilizaban y expiaban los movimientos de sus defensores, sin cercar realmente á la ciudad, la colocaban casi en la misma condición de una plaza sitiada, sobre todo si distante de las demás posesiones españolas no podía comunicarse con ellas. Así debe entenderse de los numerosos sitios de las ciudades australes, siempre que fueron largos y continuados.

Conociendo tales cosas Pelantaro, no pensó en renovar la infructuosa tentativa del mes anterior y prefirió pedir á la astucia lo que no debía aguardar de la fuerza. Dividió su ejército en tres partidas y emboscó cada una de ellas en diverso lugar, no sin haber dejado notar á los del fuerte la aproximación de algunos enemigos para que los persiguieran.

Cayeron los españoles en el lazo, y á hacer una corrida y á recoger provisiones de los alrededores salió, el 11

de febrero, el capitán Luis de Urbaneja con cuarenta soldados.

En mejores tiempos cuarenta españoles bastaban para derrotar á gran número de indios, y Urbaneja hubo de ir sin cuidado á la cabeza de su destacamento; pues debía de contar con que sólo se encontraban en los alrededores partidas insignificantes de enemigos.

De repente, cuando hacía sus provisiones, se vió rodeado de mil indios de á pié y cuatrocientos de á caballo. Pelantaro había escogido el sitio más favorable y oponía más de treinta araucanos á cada español: la derrota de éstos no fué dudosa un instante: pronto caían muertos siete y los otros quedaban en situación verdaderamente desesperada. Para colmo de desgracia, Urbaneja, que no había cesado de pelear con gran denuedo, cayó prisionero.

Esto habría sido la señal de rendición ó de desordenada fuga, es decir, de la muerte para los demás españoles, si entre ellos no se hubiera encontrado un soldado heroico, Julián Gómez; ante la inminencia del peligro, "se hizo capitán", organizó con admirable serenidad y destreza la retirada y consiguió salvarse él y salvar á sus compañeros; que, aunque casi todos heridos, lograron llegar con vida al fuerte á dar noticia de esta nueva victoria de los rebeldes (22).

El capitán Luis de Urbaneja no sobrevivió mucho tiem-

---

(22) En todos estos pormenores seguimos á Gregorio Serrano. Alvarez de Toledo, en PURÉN INDÓMITO, cuenta del modo siguiente esta función. Había salido un día Urbaneja á recorrer los alrededores de Arauco, lo que dió motivo á los indios para estar preparados y emboscarse. Al día siguiente sale de nuevo por la ladera del Carampangue; los indios lo dejan pasar y se forman después para atacarlo por la espalda; desde el fuerte ven esto y disparan un cañonazo para advertir á Urbaneja, que en el acto vuelve sobre sus pasos. Intenta y consigue romper á los araucanos y que

po á los que murieron en aquella batalla: asesinado por los indios en celebración de la victoria, sus mutilados restos sirvieron probablemente á los vencedores para aumentar el entusiasmo de los que sólo de oídas habían podido conocer estos inesperados triunfos (23).

Aún sin la influencia moral, la pérdida de siete soldados y un reputado capitán era en aquella circunstancia enorme para los españoles; y en compensación no pudieron vanagloriarse los vencidos de haber muerto muchos indígenas, pues de ello no dice una palabra el minucioso narrador de estas desgracias.

---

pasen por medio de ellos diez y nueve de los españoles; pero son muertos él y otros siete de sus compañeros.

Como se ve, en lugar de cuarenta, eran veintisiete, según Alvarez de Toledo, los soldados de Urbaneja.

Alvarez de Toledo confirma el número de los muertos, cuyos nombres da: fueron, sin contar á Luis de Urbaneja, Juan Ramírez, Juan Rodríguez, Andrés Hurtado, Arévalo, Mendoza, Gutiérrez, Collasos.

Alonso de Rivera, en su resumen de 25 de febrero de 1602, dice que con Urbaneja murieron ocho soldados. Lo mismo afirma Martín de Irízar Valdivia; Francisco Galdames de la Vega y Francisco Hernández Ortiz dicen que los muertos fueron diez. (Pareceres dados á Rivera en febrero de 1601).

En la información levantada por don Francisco de Quiñones en Concepción el 8 de noviembre de 1599, el noveno testigo, capitán Antonio de Avendaño, respondiendo á la pregunta tercera, dice que los indios mataron al capitán Luis de Urbaneja con siete ú ocho soldados españoles.

(23) "Hacen los indios de las calaveras vasos para beber, pin-
" tados de varios colores, teniéndolo á gran blasón, especialmente
" si la cabeza ha sido de algún español señalado, como una que yo
" vi, que vino á nuestro poder en la provincia de Paicabí, que ha-
" bía sido de un valiente capitán que mataron los indios, llamado
" Urbaneja, de que estaba hecho un vaso labrado por de fuera de
" varios colores, como esmaltes, con el cual bebía un cacique te-
" niéndolo por grandeza". ("Desengaño y reparo de la guerra del

reino de Chile", por el Maestre de Campo Alonso González de Nájera, tomo 48 de la colección de documentos inéditos para la Historia de España, página 112).

La facilidad con que hombres tan experimentados en los embustes de los indios, como García Ramón y González de Nájera, creían las relaciones de aquellos en lo referente á los restos de Loyola y de Urbaneja, está manifestando cuán habituados estaban los españoles á presenciar actos de ferocidad, semejantes á los referidos.

En aquella guerra á sangre y fuego todo era terrible: la crueldad y ferocidad de los españoles y de los araucanos, con los que caían en poder de cualquiera de los combatientes; el trato dado por los primeros á los yanaconas y á los prisioneros, y la tremenda suerte á que se veían reducidas entre los indios las cautivas españolas.

CAPITULO IV.

DESPOBLACIÓN DE SANTA CRUZ.

Va Pelantaro á Angol.—Ataca y derrota á Gonzalo Gutiérrez y Francisco Hernández Ortiz.—Destruye Nabalburi el fuerte de Molchén, después de dar muerte á siete españoles.—Despojos que cogieron los indios.—Intenta Pelantaro ir con mayores fuerzas contra Santa Cruz.—Desventajas de esta ciudad para sostener un sitio.—Pide Jufré á Vizcarra que la despueble.—Dudas del Gobernador.—De acuerdo con el consejo de guerra, ordena su despoblación.—Cómo la llevó á cabo Francisco Jufré.—Despoblación del fuerte de Jesús.—Ataques que después dirigen contra Vizcarra los Gobernadores Quiñones y Rivera por la despoblación de Santa Cruz.—Injusticia de esas acusaciones.—Lo que valía la opinión de los oficiales subalternos de Chile.

Por más que el adagio diga "Non bis in idem," le había salido demasiado bien á los indios la estratajema de Arauco, para no tentar su repetición en otra parte.

En efecto, doce días después de aquel hecho de armas, el martes 23 de febrero, estaba Pelantaro emboscado en el valle de Marvel, en las cercanías de Angol. Para la guerra de asechanzas y sorpresas era más engorroso que útil el nu-

meroso ejército y esta vez no llevaba consigo el toquí sino mil hombres, seiscientos de ellos de caballería.

No perdió mucho tiempo en esperar. A recoger leña salieron de Angol, con buen número de indios amigos, diez españoles mandados por Gonzalo Gutiérrez. Cuando se apartaron como una legua de la ciudad, se les presentó Pelantaro y los acometió con ímpetu. La resistencia era imposible y Gonzalo Gutiérrez, sin hacer frente al enemigo ni cuidarse de los indios amigos, huyó con los diez españoles al vecino pueblecillo de Vichilemo para defenderse tras las tapias de los ranchos. La cercanía de la ciudad permitió á Francisco Hernández Ortiz reunirse á Gutiérrez con otros treinta soldados.

A mayor número y mandados por Jufré acababa de destrozar Pelantaro delante de los muros de Santa Cruz y no trepidó en atacar á Hernández Ortiz, le mató cuatro españoles, lo obligó á retirarse hácia Angol y lo persiguió casi hasta el pie de sus murallas (1).

Hemos dicho que en el fuerte de Molchén había catorce españoles de guarnición, y debemos agregar que, á pesar de la sublevación de las comarcas vecinas, los indígenas de los alrededores de Molchén permanecían tranquilos. Pero esa tranquilidad era aparente y ordenada por nuestro co-

---

(1) Alonso de Rivera, en su citado resumen de 25 de febrero de 1602, dice que fueron cinco los españoles muertos en este encuentro. Seguimos exclusivamente á Gregorio Serrano en nuestro relato.

Alvarez de Toledo está de acuerdo con Serrano en casi todo: notaremos, sin embargo, algunas variantes. Según él, no fué Pelantaro sino Nabalburi quien dirigió la expedición; Gutiérrez salió no con diez sino con once españoles; perecieron en el primer encuentro cuatro indios amigos; los enemigos se apoderaron de los caballos de los españoles y éstos se refugiaron en las bodegas y casas de Gamboa, cosa que no estaría en oposición con la rela-

nocido el cacique Nabalburi para adormecer la vigilancia de los del fuerte y sorprenderlos.

Muy luego se les presentó la ocasión y la aprovecharon. El jefe español envió á siete de sus soldados á un reconocimiento y, completamente confiados en los indios que siempre entraban y salían como amigos en el fuerte, se entregó al sueño con los demás. Los indios fueron entrando cargados de haces de leña, hasta que viéndose en número suficiente, se arrojaron sobre los españoles, los degollaron á todos y pusieron fuego al fuerte. Los otros siete que, de lejos, divisaron las llamas, huyeron á Angol (2).

En seguida los indios "robaron más de tres mil pesos de " plata y ropa de Diego Yañez de Saravia y don Juan Ro- " dulfo (Lisperguer) y luego dieron en la bodega de Andrés " López de Gamboa, Artaño y Bernal y otras y las abraza- " ron y rompieron las tinajas y robaron lo que en ellas ha- " bía. Y, corriendo la campaña á tiro de pieza del pueblo,

---

ción de Serrano, si esas bodegas se hallaban en el pueblecillo de Vichilemo.

En cuanto á la salida de Hernández Ortiz, advierte que este capitán mandaba en Angol por haber ido Vallejo á Concepción en demanda de auxilios, y en lugar de treinta hombres dice que fue acompañado de treinta y tres. Añade que antes de dispersarse los victoriosos indígenas destruyeron las bodegas de Juan Alvarez de Luna.

(2) En la copia que hemos tenido de la relación de Gregorio Serrano está incompleto lo relativo á la toma del fuerte de Molchén. Por lo mismo, nos hemos guiado por lo que refiere Alvarez de Toledo en el lugar citado. Su relato está confirmado por Alonso de Rivera que, en la citada carta de 25 de febrero de 1602, dice al Rey que en esta ocasión murieron siete españoles en Molchén.

Antonio de Avendaño, en la citada información de 8 de noviembre de 1599, en respuesta á la pregunta tercera, dice que en Molchén murieron diez soldados: "Asi mismo, se llevaron el fuer- " te de Molchén, dos leguas de Angol, matando diez soldados " que en él estaban"

" llevaron nueve mil ovejas, mil vacas y cien yuntas de bueyes." (3). Con el pánico infundido por los triunfos de los indios, no se atrevieron los españoles á mandar partida alguna contra los que así devastaban los alrededores de la ciudad y se limitaron á habilitar un fuerte, que junto á la ciudad "había hecho don Alonso de Sotomayor. Y, aunque " no le hizo cubos, abrieron troneras y con el artillería y " mosquetes se defendieron." Los rebeldes contentos con el mencionado "despojo, se retiraron á Purén" (4).

No se retiraron, sin embargo, á descansar sino á prepararse para la empresa más audaz de cuantas hasta entonces habían acometido, á lo cual los convidaban estos triunfos parciales, que tanto entusiasmo causaban entre ellos: intentaban volver con mayores fuerzas y atacar á la ciudad de Santa Cruz.

Cuando esto supo Francisco Jufré y que ya había reunidos más de cinco mil indígenas, despachó un mensajero á Vizcarra, pidiéndole decretara la despoblación y el abandono de Santa Cruz, antes que llegara á atacarlo el enemigo. Para pedir esto se fundaba en "que no se podía sustentar " cargado de mujeres y niños y sin bastimentos y que no po- " día ser socorrido." La situación de la ciudad era muy crítica no sólo por la falta de víveres, sino principalmente por la de agua; pues el pueblo, situado en una altura, tenía suma dificultad para proveerse de ella. Pelantaro pensaba muy bien al escoger á Santa Cruz: era quizá la única ciudad que no podría resistir sino muy pocos días un asedio; la única, por tanto, verdaderamente expuesta.

Vizcarra había atendido al mantenimiento de Santa Cruz con especial cuidado, desde su llegada al sur y debía de sentir sobremanera verse en la necesidad de despoblarla; pero

(3) Relación de Gregorio Serrano.

(4) Id. id.

tampoco quería cargar con la responsabilidad de negarse á la petición de Jufré: al día siguiente podrían destruirla los indios, y los muertos y los cautivos los pondrían los enemigos del Gobernador en el cargo de la cuenta de él.

En consecuencia, reunió una especie de consejo de guerra, compuesto "de los capitanes y gente de experiencia" para discutir lo que debiera hacerse en esa circunstancia.

Á nadie se ocultaba el funesto efecto moral que causaría el abandonar al enemigo una ciudad floreciente: fundada cinco años antes por el Gobernador Loyola y decididamente protegida por él, la ciudad de Santa Cruz había alcanzado en tan corto tiempo prosperidad relativamente grande; tenía el no escaso número de ochenta vecinos y contaba con dos conventos de Religiosos franciscanos y mercenarios. Y al mal efecto moral debía agregarse la mucha falta qne iba á hacer para facilitar las comunicaciones con las ciudades australes, cosa á que se prestaba admirablemente por su situación. "La ciudad de Santa Cruz (dice Rivera en las " instrucciones que da á su apoderado Domingo de Erazo " el 15 de enero de 1601) la pobló el año de noventa y cua- " tro el Gobernador Martín García de Loyola doce leguas " de la Concepción y catorce de San de Bartolomé y ocho " de Arauco, á la otra parte del río de Bíobío en la provin- " cia de Millapoa y Mareguano en términos de gente muy " belicosa, que serían tres mil indios. Y los tuvo de paz, " juntamente con los de esta parte del río que son los coyun- " ches, el tiempo que duró su población. En cuya comarca " se fundaron muchas estancias y heredades de viñas, se- " menteras y ganados, que de todo acudía en abundancia. Y " tiene en sus contornos muchas minas de oro y se labran " las de Quilacoya." Pero todas estas consideraciones desaparecían, si en realidad estaba en inminente peligro de ser tomada; porque pérdidas materiales y mal efecto moral serían incomparablemente superiores si los indígenas se apo-

deraban de ella. Además, tales como las cosas iban poniéndose, no era posible quizás mantener con escasas fuerzas tantas ciudades y sería preciso concentrar la gente en menos puntos para rechazar al enemigo cada día más pujante. Teniendo presente esto y las razones aducidas por Francisco Jufré y la autoridad del parecer de ese distinguido y respetado jefe, el consejo opinó que debía hacerse como proponía el Teniente General.

Inmediatamente comunicó Vizcarra á Jufré lo resuelto y le encargó "que él y los capitanes que consigo tenía, viesen " lo que más convenía al servicio de Dios y del Rey. Y con " esto á los 7 de marzo se despobló Santa Cruz y se fortifi- " caron junto á La Laja, donde entra en Bíobío (5)", en el lugar donde ahora está San Rosendo.

Entre Concepción y este punto, en Talcamávida, había un fuerte denominado Jesús, que, mientras se llevaba á cabo la despoblación de Santa Cruz, era atacado por una partida de rebeldes. El comandante se hallaba ausente y la plaza, al mando del teniente Hernando de Andrade, resistió tenaz y heroicamente durante diez y séis horas, hasta que, sabedor Jufré del peligro, le envió un refuerzo de catorce hombres, á las órdenes del teniente Delgado, con los cuales puso en fuga al enemigo. Mas esa victoria no podía ser de importancia; pues los rebeldes eran demasiado numerosos en los alrededores para no volver pronto á tomar desquite de su derrota. Por lo mismo, Jufré determinó despoblar también ese fuerte y al efecto envió á él nuevo destacamento capitaneado por Pedro de León con suficiente número de caballos para trasladarlo todo á su campo, como se hizo.

Apenas hubo reunido la gente, el 9 de marzo, dos días

(5) Relación de Gregorio Serrano. Todos los pormenores de la despoblación de Santa Cruz están tomados de la mencionada relación.

después de haberse situado en la confluencia del Laja y el Bíobío, abandonó Jufré definitivamente esas comarcas y "se retiró á Chillán sin perder artillería ni municiones" (6).

Este poblar un fuerte á la orilla del Laja para despoblarlo á los dos días, atribuído por Serrano á la general sublevación, fué, según dice Alonso de Rivera al Rey, en carta escrita en Córdoba el 20 de marzo de 1606, sólo un ardid empleado por Jufré á fin de engañar á los vecinos de Santa Cruz, que no se habrían conformado con la despoblación de la ciudad, despoblación que era para ellos la ruina más completa. "La ciudad de Santa Cruz se despo-" bló por decir no la podían socorrer, porque estaba tres " cuartos de legua de la otra parte del río de Bíobío. Y el " capitán que la despobló fué con engaño, diciendo á los ve-" cinos y moradores que haría una palizada sobre el río de " Bíobío y que allí tendrían el socorro seguro. Y después " que los tuvo fuera, los pasó de esta otra parte del río, di-" ciendo que allí estaría mejor la palizada; luego se fué sin " hacer nada; que fué esta la total ruina del reino de Chile " y se ha quedado sin castigo".

Si nó pidiendo castigo como Rivera, á lo menos con igual energía condena la despoblación de Santa Cruz el inmediato sucesor de Vizcarra, don Francisco de Quiñones, en carta al Rey fechada en Concepción el 15 de julio de 1599, es decir, cuatro meses después de haberse llevado á cabo aquella medida: "Sobre todas las desgracias que han sucedido, dice, " la de mayor daño ha sido el haberse despoblado la ciu-" dad de Santa Cruz, que estaba en sitio y comarca que ha-" cía frente á toda la guerra que correspondía á las ciuda-" des de Angol, San Bartolomé y la Concepción. Y luego

---

(6) Alvarez de Toledo, de quien tomamos los pormenores del ataque y despoblación del fuerte de Jesús, lo designa en el canto VII con el nombre de Talcamávida. Las últimas palabras copiadas son de Gregorio Serrano.

" que faltó aquel escudo y frontera que la tenían delante,
" cayó sobre ellas el enemigo y quemó todas las heredades,
" estancias de ganados y sementeras de que se sustenta-
" ban".

Podemos juzgar, por lo en este capítulo apuntado, del ningún fundamento con que atribuía Quiñones á la despoblación de Santa Cruz la libertad en que los indios quedaron de talar los campos. Esa libertad la habían adquirido con sus victorias y, lo acabamos de ver, los españoles no podían impedirles hacer uso de ella hasta junto á los muros de Angol.

En la información levantada por Quiñones el 8 de noviembre de ese año 1599, encontramos también una pregunta referente á la despoblación de Santa Cruz. Es la undécima y dice así: "Si saben que la total destrucción deste
" reino é peligros, daños é riesgos que han tenido las ciuda-
" des de Angol, San Bartolomé y Arauco y las demás de
" este reino ha sido la despoblación que el licenciado Pedro
" de Vizcarra y su general Francisco de Jufré hicieron de la
" ciudad de Santa Cruz y fuerte de Jesús". Naturalmente los diez testigos, que eran los principales jefes del ejército, estuvieron contestes en la afirmativa, como debíamos suponer cuando el Gobernador los llamaba á declarar. ¡Y probablemente, más de uno de esos oficiales había formado parte del Consejo que por unanimidad opinó en favor de la medida por ellos ahora condenada! Para quien estudia nuestra historia con algún detenimiento, esos tristes ejemplos de adulación al poderoso y de falta de dignidad y de carácter, no son por desgracia escasos en aquellos años.

La importancia que capitanes tan inteligentes, como Quiñones y Rivera, atribuyeron después á la ciudad de Santa Cruz, habla muy alto en favor del tino y de los conocimientos militares de don Martín García Oñez de Loyola, que la fundó y procuró por todos los medios á su alcance

darle vida y prosperidad; pero el que esos y otros muchos militares deploraran la ruina de Santa Cruz, no legitima el ataque contra la conducta de quien la mandó despoblar. Para formular cargo fundado contra Vizcarra sería preciso probar, nó que esa ciudad era plaza importantísima, sino que pudiéndola defender la abandonó. En efecto, ¿qué había de hacerse, si el mantenerla era imposible? Por eso, las citadas lamentaciones de los Gobernadores manifestarán muy bien el pesar que les ocasionaba la pérdida de tan útil ciudad; pero no eran justas cuando se convertían en reproches contra Vizcarra.

Colocó la cuestión en el verdadero aspecto para deducir la culpabilidad ó inocencia de su antecesor don Francisco de Quiñones, cuando escribió al Rey el 15 de julio de 1599: "Aunque hasta agora no he podido verificar si la despobla- " ción de Santa Cruz procedió de legítimas causas ó preci- " pitación de ministros, procuraré enterarme de ello por la " reputación que se aventura, con los enemigos y amigos, " de semejante alteración y movimiento". Pero si de ello se enteró, como debió de enterarse, pues hablaba en Concepción con cuantos acababan de presenciar las cosas y con los que las habían aconsejado y ordenado, guardó para sí propio su conocimiento y por él, á lo menos, no lo supo el Rey: en adelante se limitó Quiñones á deplorar en sus cartas la despoblación de Santa Cruz, sin decir si á su juicio había sido ó nó necesaria. Ese silencio favorece, según creemos, á Pedro de Vizcarra, ya que entre las desgracias del Gobernador saliente era en Chile una de las mayores la animosidad con que el sucesor lo atacaba. Tal animosidad de que, por cierto, no se vió libre Vizcarra, lo habría constituído reo de mui graves cargos hechos ante el Rey por Quiñones, si éste hubiera juzgado que su antecesor pudo mantener la ciudad de Santa Cruz.

Pedro de Vizcarra creyó imposible obrar de otra manera

y fué de todos los jefes el que más resistió á las despoblaciones. Según Rosales asegura, no contentos los oficiales con la de Santa Cruz, quisieron la de otras plazas "y aun-" que se hicieron algunas consultas para despoblar el casti-" llo de Arauco, nunca quiso venir en ello el Gobernador " Vizcarra" (7). Y lejos de despoblar esa plaza, mandó "en la nave de Angulo al capitán Recio" para llevarle más pertrechos y bastantes víveres, "trigo, carneros y cecinas", lo que Recio hizo muy bien (8). Del mismo modo envió á él buena parte de la gente de Santa Cruz y del fuerte de Jesús y con la demás reforzó á Angol y á Chillán (9).

(7) Libro V, capítulo XI.

(8) Relación de Gregorio Serrano.

(9) Carta de Pedro de Vizcarra al Virey, fechada en Concepción el 17 de abril de 1599 y copiada en el acta de la sesión que el Consejo celebró en Lima el 18 de junio de ese año.

CAPITULO V.

LA IMPERIAL EN EL GOBIERNO DE VIZCARRA.

Importancia de La Imperial.—Anganamón y Andrés Valiente.—Obliga el primero al segundo á ordenar una salida.—Desobedece sus instrucciones Olmos de Aguilera y muere á manos de los indios.—Sorpresa de Maquegua.— Lleva á ese fuerte auxilio Hernando Ortiz.—Sublévanse los indios, destruyen el fuerte y matan la guarnición.—Sesión del Cabildo de La Imperial en 27 de marzo de 1599.—Envía por socorros á don Bernardino de Quiroga. Qué auxilio había podido enviar Vizcarra.—Asalto y destrucción del fuerte de Boroa.— Sale Valiente á combatir al enemigo; es derrotado y muere.—Traición de los indios de Toltén y muerte de Liñán de Vera y sus compañeros.—El Jueves Santo en La Imperial: inmensa desesperación.— Redúcense los defensores de la ciudad á una sola manzana.—Pásanse al enemigo los indios de paz.—Va á La Imperial Anganamón y la incendia después de larga orgía.—Viaje de don Baltasar de Villagrán y de Fray Juan de Lagunilla.— Descripción del padecimiento de los habitantes de La Imperial, hecha por testigos de vista.

Por desconsoladora que fuese la necesidad de abandonar á los enemigos una plaza tan importante como Santa Cruz,

era poco en comparación de los temores que á todos ocasionaba la suerte de las demás posesiones australes. Si esceptuamos á Arauco y Angol, las ciudades del sur estaban incomunicadas con Concepción y habia menester de la feliz audacia de algún aventurero para hacer llegar allá, pasando por entre los rebeldes, una carta ó un mensaje cualquiera. Por eso podemos decir ahora cuál era el estado de esas ciudades, mucho más bien de lo que el Gobernador interino habría podido hacerlo entonces.

La primera de las ciudades del sur, sede de obispado como Santiago, y segunda capital del reino en el ánimo de su fundador Pedro de Valdivia, era La Imperial: situada en la confluencia de dos ríos, el Cautín y el de Las Damas, había visto aumentarse su prosperidad y conseguido tener "obrajes de paños, cordellates, bayetas, vergas y fresadas y tenerías" (1). En resumen, tanto en calidad de plaza militar como en la de población importante, era la primera de las ciudades australes: comencemos, pues, por ella el relato de las desgracias sobrevenidas á aquella parte de Chile.

Muy cerca de La Imperial había perecido García Oñez de Loyola, y, por lo mismo, fueron los términos de ella los primeros en soportar las consecuencias de la catástrofe y los primeros en presenciar la sublevación de todas las vecinas *reguas* ó tribus.

Colocada en el corazón de lo que desde ese momento ha sido "la tierra de guerra", en medio de las más belicosas tribus indígenas, La Imperial vió levantarse en el acto una nube de enemigos que, hoy cercándola y hostilizándola, mañana con guerrillas, ataques imprevistos y continuas alarmas, no le dejaban punto de reposo y la ponían á cada ins-

---

(1) Instrucciones dadas por Alonso de Rivera á Domingo de Erazo el 15 de enero de 1601.

tante en mayor peligro. Por mucha superioridad que las armas y la disciplina dieran sobre los indígenas á los españoles y por mucho que les sirvieran para su defensa las fortificaciones y las casas de la ciudad, siendo tanto el número de los enemigos y tan reducido el de los defensores, hasta las ventajas alcanzadas en los encuentros parciales solían ser motivos poderosos de inquietud; porque no se obtenían sin alguna pérdida y no había para la ciudad pérdida insignificante. Y si esto eran los triunfos, ¿qué serían los descalabros? Y, por desgracia, los habitantes de La Imperial pudieron referir más desastres que victorias.

Los dos jefes más famosos de los indios eran Pelantaro y Anganamón. Pelantaro, toquí ó supremo jefe de la guerra (2), dirigía la campaña en los alrededores de Arauco, Angol y Santa Cruz. Anganamón se quedó organizando el ataque contra La Imperial; pero no estuvo siempre solo, pues más de una vez veremos á su lado al toquí, sobre todo después de la despoblación de Santa Cruz.

Andrés Valiente, uno de los más renombrados militares de la colonia, Corregidor de La Imperial, cuando vió lo general de la sublevación creyó conveniente no exponer sus fuerzas en salidas que, como acabamos de decir, eran funestas aún siendo felices. Para mejor defenderse llenó las calles de estacadas, fortificó en lo posible algunas casas, reunió en la antigua morada del Obispo Cisneros á mujeres y niños y resolvió aguardar órdenes ó socorro del Gobernador. La audacia de Anganamón lo hizo apartarse antes de mucho de su prudente reserva. El jefe purenés había reunido cuatrocientos indígenas de caballería y seiscientos infantes, y, viendo que perdía su tiempo, pues Andrés Valiente no salía

(2) Muchos cronistas dicen que el toquí general era Paillamaco: en ningún documento hemos encontrado cosa alguna que confirme tal aserto. Los contemporáneos creían que el jefe principal era Pelantaro y Anganamón su primer teniente.

del pueblo, comenzó, cual si estuviera en pacífica posesión del territorio, á recorrer la campiña hasta el pie de las murallas de La Imperial y á recoger el ganado. Sobre todo deseaba obligar á los españoles á salir á defenderlo y aprovecharse entonces de la ocasión para atacarlos en campo abierto ó en emboscada, pero fuera de las fortificaciones y con ventajas.

En verdad, Andrés Valiente no había de permitir que les llevasen los ganados y dejasen á La Imperial en la casi imposibilidad de sustentarse: ordenó una salida á fin de impedir tan grave daño.

Esto acaecía el 18 de enero (3) y, por desgracia, Andrés Valiente no pudo "por estar malo" mandar él mismo la expedición, para lo cual comisionó á dos capitanes muy conocidos, con orden de no pasar el río en la persecución del enemigo (4). Los capitanes eran Pedro Olmos de Aguilera, jefe de la más relacionada é influyente familia de La Imperial, y Hernando Ortiz, á los cuales dió cuarenta hombres para escarmentar al indígena.

Con esa fuerza, relativamente respetable, Pedro Olmos de Aguilera, despreciando como pusilanimidad la recomendación del Corregidor, ó engañado con alguna estratagema del enemigo, se dejó arrastrar lejos de la ciudad y pagó con la propia vida y con la de seis ú ocho (5) de sus soldados,

---

(3) Rosales, libro V, capítulo X, dice que este hecho de armas acaeció el 30 de enero: seguimos la relación de Gregorio Serrano, de la cual no nos apartaremos sino en los pormenores que más adelante haremos notar.

(4) Rosales refiere esta particularidad.

(5) Gregorio Serrano dice que fueron seis soldados y dos capitanes los muertos; Alonso de Rivera, en su citado resumen de 25 de febrero de 1602, cree que con Pedro Olmos de Aguilera murieron ocho soldados y lo mismo aseguran Francisco Galdames de la

su imprudente arrojo. Hernando Ortiz (6) y los demás soldados huyeron en desorden á La Imperial, adonde fueron á sembrar la consternación, porque su derrota no sólo significaba la pérdida de los ganados y el luto de muchas familias, sino que también les hacía prever terribles padecimientos, si el Gobernador no les enviaba el deseado socorro. Mientras tanto, los pureneses celebraban su triunfo, se repartían los ganados y distribuían por las comarcas vecinas, como muestras de la victoria, las cabezas de los españoles muertos en la refriega, de las cuales era bien conocida de todos los indios la del capitán Pedro Olmos de Aguilera.

Pocos días después, sorprendió Anganamón el fuerte de Maquegua, donde el capitán Martín Monje mandaba á unos cuantos españoles y á seiscientos indios. Los asaltantes entraron en él á media noche, pegaron fuego á la ranchería, y antes que los del fuerte pudieran organizar la resistencia, degollaron á doscientos indios y cautivaron muchas mujeres y niños (7).

La noticia de sus victorias había doblado el número de

Vega, Martín de Irízar Valdivia y Francisco Hernández Ortiz en sus PARECERES dados á Rivera en febrero de 1601.

Según Alvarez de Toledo, que refiere este episodio con algunas variantes (la más importante de las cuales es asegurar que Pelantaro mandaba á los indios), Pedro Olmos de Aguilera tuvo una razón muy especial para pedir con reiteradas instancias se le permitiera salir contra los indios: era dueño de las vegas que aquellos estaban devastando y quizás á eso deba atribuirse el que no respetara las órdenes de Valiente.

(6) Gregorio Serrano supone que fueron muertos los dos capitanes y seis soldados: contra nuestra costumbre nos separamos de él, porque vamos á ver figurar al capitán Hernando Ortiz (Hernani dice la copia de la Relación de Serrano que tenemos á la vista), á quien él juzga muerto.

(7) Rosales, lugar citado.—PURÉN INDÓMITO, canto IX.

los soldados del jefe purenés y, sin embargo, Andrés Valiente creyó necesario exponer á algunos de sus hombres en otra salida; pues era menester reparar el fuerte de Maquegua é infundir aliento en los indios amigos, que tan caro estaban pagando el no tomar parte en la insurrección. Comisionado al efecto Hernando Ortiz, pudo creer conseguido el objeto de su expedición y regresó tranquilo á La Imperial (8). Pero los indios de Maquegua, no bien había vuelto la espalda Ortiz, se sublevaron y dieron muerte á Martín Monje y á seis soldados que estaban con él (9): mayores ventajas y seguridad les proporcionaba la rebelión que él ser nominalmente protegidos por los ya impotentes españoles.

Como los mencionados, se sucedían los encuentros y pasaban los días, y la inquietud se aumentaba con la absoluta carencia de noticias y con la disminución de los defensores de La Imperial, de los pertrechos de guerra y de los víveres.

Tres meses después de la muerte de Loyola, á fines de marzo de 1599, los habitantes de La Imperial decían con espanto que, fuera del Gobernador y sus cincuenta compañeros, habían visto perecer en diarios combates junto á los

---

(8) Alvarez de Toledo, en el canto VII del PURÉN INDÓMITO, refiere que Ortiz, á la cabeza de setenta españoles, llegó hasta Piulaguén, donde lo destruyó todo y dio muerte á la india Millarea, mujer preferida de Anganamón.

(9) Rosales dice que los indios mataron en Maquegua á siete soldados y á Monje; pero Alonso de Rivera, en el citado resumen, que seguimos, afirma que por todo fueron siete los muertos. El mismo número fija Martín de Irízar, mientras Francisco Galdames de la Vega y Francisco Hernández Ortiz aseguran que murieron ocho fuera de Monje: los tres últimos hablan de esto en sus citados PARECERES.

muros de la ciudad cerca de otros cincuenta guerreros españoles y gran número de indios amigos (10).

No podía prolongarse semejante situación, y el Cabildo de la ciudad se reunió el 27 de marzo para ver modo de procurar algún remedio. Formaban la Corporación, á más del Corregidor Valiente, Lorenzo Barba, Alcalde ordinario, Gaspar Alvarez, Diego Galdames y Alvaro Loaysa, Rejidores, y Juan de Esquivel, Alguacil mayor. Estos, á lo menos, se hallaron presentes en la reunión (11), á la cual no es de suponer que en semejantes circunstancias dejase de concurrir algún cabildante.

En ella estuvieron todos de acuerdo en que no pudiendo con sus propias fuerzas sostenerse mucho tiempo La Imperial, era preciso pedir auxilio á las otras ciudades. Sin saber el triste estado de cada una, y asustados con sus propios peligros, aquellos hombres creen poder "pedir que los " capitanes é corregidores de las ciudades de arriba *acudan " con todos los vecinos é soldados de las dichas ciudades " ó que sean subordinados, á ésta*". Y, para mostrar cuán fundados eran sus temores y cuán desprovistos se hallaban de todo lo necesario, resuelven "pedir y suplicar luego " provean de socorro de jente bastante, é arcabuces, é " pólvora, é plomo, é demás pertrechos e socorros de ropa " para los pocos soldados que hay, que están desnudos é " pobres. E la tierra tan pobre é necesitada é alborotada é " combatida de los enemigos, y que de los de paz, visto que " no tenemos fuerza de gente para socorrerlos, se espera al" zamiento general, ruina é perdición deste reino. E que

---

(10) Así lo expresa el poder dado el 27 de marzo de 1599 á don Bernardino de Quiroga y sustituído por éste en el padre Fray Juan de Bascones, provincial de San Agustín.

(11) Poder del Padre Bascones, citado en la nota precedente.

" luego sea socorrida de gente é arcabuces é munición é per-
" trechos esta ciudad, antes que se pierda, por aguardar
" cada día juntas, como diversas veces han venido sobre
" esta ciudad y sus términos, y se duerme en cuerpo de
" guardia, aguardando al enemigo" (12). Para solicitar esos socorros comisionaron á uno de los principales vecinos de La Imperial, á don Bernardino de Quiroga (13), que consiguió llegar á Concepción; pero no obtuvo el deseado refuerzo, que en aquellas circunstancias no podía otorgarle el Gobernador interino.

Cuanto estaba en su mano en favor de La Imperial, había hecho Vizcarra antes de que ella se lo pidiese: á mediados de febrero, cuando repartió entre todas las ciudades los pertrechos de guerra, tan oportunamente venidos del Perú, mandó al Sargento Mayor Luis de las Cuevas á llevar su parte á Valdivia, Osorno, Villarica y La Imperial y dejar en la última unos cincuenta hombres. Y aún este auxilio tenía por objeto en el ánimo del Gobernador el que aquellas poblaciones contribuyeran con dinero al armamento general del reino, para lo cual recomendó al enviado comenzar el viaje por Valdivia, y al terminarlo y volver por tierra, avisar á Argol, la ciudad más vecina de Concepción de las de ultra Bíobío, á fin de que fuese una escolta á asegurar su regreso (14).

Grande fué el desengaño de los que esperaban socorro, cuando vieron llegar al enviado del Gobernador: "Promete-
" mos á Vuestra Señoría (dicen meses más tarde algunos
" Religiosos de Valdivia, hablando de las cosas de La Impe-
" rial) prometemos á Vuestra Señoría, en Dios y en nues-

(12) Id. id.

(13) Id. id.

(14) Provisión firmada por Vizcarra el 8 de febrero de 1599 en favor de Luis de las Cuevas, copiadas por Gay, tomo II de la Historia, pág. 251.

" tras conciencias, que el socorro que el Licenciado Vizcarra
" envió fué de más daño que provecho, por no ser de más de
" cuarenta y ocho hombres, y esos tan inútiles y desarma-
" dos que se reían los indios dellos" (15).

Once días después de haber partido de La Imperial el mensajero, el 8 de abril, que ese año era el Jueves Santo, asaltaron "el fuerte de Boroa Onangalí y Anganamón y
" Pelantaro con mil indios de á caballo y mataron ocho
" españoles que allí estaban y todos los indios amigos" (16).

Andrés Valiente quiso hacer un escarmiento, y poniéndose á la cabeza de cuarenta de sus mejores soldados, verificó una salida.

Ora lo indujeran en error falsas noticias, de indios que se llamaban amigos y eran traidores, acerca del número de los rebeldes; ora, prevenidos Anganamón y Pelantaro de la salida de los españoles, pudieran aguardarlos emboscados y sorprenderlos (17); ora calculara mal el Corregidor, lo cierto es que Andrés Valiente y cuarenta soldados españoles perecieron á manos de los indios y no salvaron sino dos hombres que, echándose á nado, lograron llegar á la ciudad (18) y otros tres que huyendo llevaron á Villarica la funesta noticia (19). Y como rara vez una desgracia viene

---

(15) Relación dirigida á Quiñones desde Valdivia por algunos Religiosos en septiembre de 1599.

(16) Relación de Gregorio Serrano.

(17) Muchos creyeron que Andrés Valiente debió su derrota y muerte á la traición de los indios amigos:

" Si (mataron) en La Imperial al Capitán Andrés Valiente, fué
" por tener los enemigos de las puertas adentro y confiado dellos
" le tomaron vivo y á su gente, sin poderse socorrer unos á otros."
(Citada relación hecha á Quiñones por algunos Religiosos de Valdivia.)

(18) Alvarez de Toledo y Rosales, lugares citados.

(19) Seguimos la relación de Gregorio Serrano, pero debemos

sola, cuando todos estaban sumidos en la desesperación otra no menos funesta les quitó hasta la más remota esperanza de socorro.

La única ciudad que respondió al llamamiento de don Bernardino de Quiroga en favor de La Imperial, fué Valdivia: á pesar de sus grandes apuros, creyó necesario privarse de algunos hombres y mandárselos; pues no se le ocultaba que la ruina de aquella ciudad sería probablemente señal de destrucción de las demás.

---

notar las variantes con que, al narrar este suceso en el canto IX de PURÉN INDÓMITO, lo refiere Alvarez de Toledo.

Según él, se trasladó Valiente con la mayor parte de los soldados á Boroa y, dejando ahí algunos, fué en socorro de un fuerte mandado por el Capitán Villanueva. Apenas salió, los indios atacaron á Boroa; avisado Valiente, vuelve y los dispersa. Desde Boroa consulta á las autoridades y los vecinos de La Imperial, y reunidos en cabildo abierto, todos le piden que regrese cuanto antes á la ciudad.

Tarda, sin embargo, dos días en salir del fuerte. Cuando ya se acerca á La Imperial, los de esta ciudad disparan un cañonazo á fin de ponerlo en guardia contra los indios de Cautín, que se habían levantado y lo esperaban reunidos.

Valiente cree que lo llaman para resistir á Anganamón, y sin aguardar á sus soldados, sigue adelante y se encuentra muy pronto rodeado de enemigos. Herido, no tiene otro recurso que echarse al río para pasarlo á nado y llegar á La Imperial; pero muere ahogado.

A medida que sus soldados van llegando dispersos, van también pereciendo: sólo salvan Cristóbal Conde, que, aunque herido, pudo pasar el río á nado, y dos ó tres que huyendo llegaron á Villarica.

Entre el ataque de los indios á Boroa y la derrota y muerte de Valiente median, según Alvarez de Toledo, algunos días. Serrano dice expresamente que el ataque de Boroa fué el 8 de abril, Jueves Santo, día señalado también por Alvarez de Toledo como el de la muerte de Valiente. Hay, pues, contradicción entre los dos relatos y por eso seguimos al más autotizado y no aceptamos los pormenores que se leen en PURÉN INDÓMITO.

Valdivia no pudo enviar sino veintidós hombres al mando del Capitán Liñán de Vera, los que, llegados á la mitad del camino, á Toltén, fueron asesinados todos, sin exceptuar uno solo, por los indios. Como casi siempre, los españoles se dejaron sorprender y el descuido ocasionó la muerte de ellos.

Parecería imposible ese descuido ante las continuas sorpresas de los indios, si en esta ocasión no hubiera existido especialísima circunstancia para confiar en la amistad de los de Toltén: había "más de cincuenta años que sustenta-" ban la paz, siendo todos cristianos y tan dóciles y políti-" cos como ingas del Perú" (20).

---

(20) Relación de Gregorio Serrano. Como en lo relativo á la muerte del Corregidor de La Imperial, hemos seguido á Gregorio Serrano en la de Liñán de Vera y sus compañeros.

Cuanto al número de los que murieron con Valiente, hay muchas opiniones: Alonso de Rivera, en su citado resumen, lo fija en cincuenta y cinco; la presentación del Cabildo de Santiago al Gobernador, del 4 de enero de 1600 y Rosales lo hacen subir á sesenta hombres; las declaraciones de la citada información de 8 de noviembre de 1599 varían entre cuarenta y cuarenta y tantos; por fin, en los PARECERES dados á Rivera en febrero de 1601, Galdames de la Vega y Hernández Ortiz dicen que con Valiente perecieron cincuenta y seis; Irízar Valdivia, que cincuenta y cinco.

Hemos seguido á Serrano con tanto más razón cuanto, á juicio nuestro, esa discordancia es más aparente que real: en efecto, probablemente unos se refieren sólo á los compañeros de Andrés Valiente y los otros juntan á éstos los que murieron con Liñán de Vera.

Para concluir con lo de Liñán de Vera, notemos las variantes que acerca de este episodio encontramos en Alvarez de Toledo. Dice que llevaba trece soldados é iba á La Imperial á pedir pólvora y plomo para Valdivia; que, después de haber andado doce leguas en diez horas y de haber llegado al río Queule, hizo pasar en dos barcas á siete de sus soldados y él con los otros, no alcanzando á pasar, pernoctó en la otra ribera. Mientras tanto, los que

Se concebirá fácilmente en qué inmenso dolor quedó sumida La Imperial después de la muerte de sus mejores soldados y perdida toda esperanza de ser auxiliada.

La muerte de Andrés Valiente había acaecido el Jueves Santo y los sitiados comenzaron por trasladar, en medio del llanto y de los sollozos de hombres y mujeres, el Santísimo Sacramento, de la Catedral á la capilla de la casa que había sido del Obispo Cisneros, donde hizo los oficios el presbítero Pedro de Guevara, á quien hemos de encontrar más tarde de Provisor y Gobernador del Obispado. Ya no se creían seguros contra los ataques de los indios y, como la antigua casa del Obispo Cisneros estaba convertida en fortaleza, quisieron comenzar por dejar el Santísimo sin peligro de profanación.

En seguida el Capitán Hernando Ortiz, que había sucedido á Valiente en el mando de la ciudad, pasó lista á fin de saber con cuántos hombres contaba, y vió que entre españoles é indios había seiscientos; pero habría sido no conocer el carácter de los últimos el suponer que no se aprovecharían de las derrotas de los españoles para abandonarlos y pasar á figurar entre los enemigos. Ahora bien, descontados los indios, los defensores de La Imperial, si aceptamos el cómputo más alto, eran noventa (21), incluyendo entre ellos clérigos, frailes, ancianos y enfermos, porque en

---

habían pasado se alojaron con toda confianza en casa del cacique amigo, y fueron asesinados en la noche.

Liñán de Vera, al ver esto, no tuvo más que volver á Valdivia.

Este relato es evidentemente erróneo; pues, si bien no dan pormenores acerca de la manera como acaeció, muchísimos documentos hablan de la muerte de Liñán de Vera y ninguno supone que librara con vida.

(21) Alvarez de Toledo; Gregorio Serrano dice que eran sesenta.

aquellas circunstancias el deber ponía las armas en manos de todos.

Imposible con tan corto número defender toda la ciudad y, por mucho que tal resolución les doliera, los españoles se circunscribieron á vivir en la manzana de la casa del señor Cisneros y limitaron á la defensa de ella, en caso de ataque, sus aspiraciones. Por lo difícil de alojar ahí á los indios amigos, y quizás también por temer de ellos una traición, los dejaron en lo demás de la ciudad, después de encerrar en la improvisada ciudadela las provisiones que les fué posible reunir. Ello equivalía casi á dejarles puerta franca para irse al enemigo, lo que verificaron en la misma noche, llevándose en su fuga cuanto pudieron.

Las noticias que comunicaron á Anganamón lo movieron á presentarse al día siguiente ante La Imperial y, como no encontró resistencia alguna, á entrar á saco en ella. Hallaron los indios abundante licor en la tienda de Francisco Gómez Macuelas, y ahí, á la vista de los españoles, se dieron á larga y bulliciosa embriaguez. Abatidos los sitiados no pensaron atacarlos y, por su parte, los indios los dejaron tranquilos en su cárcel, y, después de la orgía, pusieron fuego á la abandonada ciudad hasta reducirla á cenizas (22).

Gregorio Serrano, en su citada Relación, confirmando cuanto llevamos tomado de Alvarez de Toledo, dice que después los indios "robaron toda la campaña de La Imperial, " de donde llevaron ganados de ovejas, vacas, bueyes y ca- " ballos, quemaron estancias, y, en resolución, el mismo " pueblo (recogido y encerrado en las casas de don Agustín

(22) Los pormenores de lo sucedido en La Imperial después de la muerte del Corregidor Andrés Valiente los tomamos de Alvarez de Toledo, canto IX, por ser el más circunstanciado y no estar en oposición su relato con ninguna de las noticias que dan los otros documentos.

" de Cisneros, Obispo que fué de esa ciudad, porque todo lo " demás se lo han quemado los indios) está por horas " aguardando el martirio". Y agrega que los sitiados no tienen sino doce caballos y unos pocos hombres y "éstos vie- " jos y desarmados, porque los buenos se les han muerto y " no tienen comida ni pueden tomar agua ni pueden ser so- " corridos, porque no hay fuerzas en el reino para ello. Y lo " último es rogar á Dios por ellos".

En su desesperada situación los vecinos de La Imperial pensaron en pedir de nuevo auxilio al Gobernador y hubo dos hombres bastante audaces, don Baltasar de Villagrán (23) y Fray Juan de Lagunilla, que se ofrecieron á pasar por entre los rebeldes y traer á Vizcarra el grito de dolor y angustia de aquellos desgraciados. El Viernes Santo, mientras los indios se embriagaban, salieron ellos en dirección á Angol y anduvieron toda la noche. Durante el día se ocultaron en los bosques y volvieron en la noche á emprender el camino; pero, cuando distaban solo cuatro leguas de Angol, sucedió que el caballo de Villagrán, estenuado del todo, no tuvo ya fuerzas para continuar la marcha. Fray Juan de Lagunilla hubo de ceder abnegadamente su cabalgadura á Villagrán y de ocultarse en una espesura á esperar que vinieran en su busca de Angol. Llegó á esta ciudad don Baltasar de Villagrán en la mañana del Domingo de Resurrección, que, por cierto, no fué allí Domingo de Pascua con las noticias recibidas, é inmediatamente el capitán Juan Ortiz de Araya, de orden de don Juan Rodulfo Lisperguer, salió con algunos soldados en demanda del

---

(23) Alvarez de Toledo llama á este guerrero Baltasar de Osorio; Serrano y otros documentos le dan el nombre que hemos apuntado.

Tomamos de Alvarez de Toledo los pormenores del viaje de los mensajeros. Serrrano se limita á decir de ellos "que milagrosamente llegaron á Angol".

Padre Lagunilla. Lo encontraron donde se había ocultado y prendieron á dos indios que, habiendo descubierto sus huellas, andaban en su persecución..

De Angol siguieron los enviados á Concepción, llevando carta de Lisperguer en apoyo de la petición de La Imperial De esta ciudad habían escrito al Gobernador el capitán Francisco Galdames de la Vega y el "chantre y provisor de La Imperial" (24) don Alonso de Aguilera. Según este último, en tal extremo de desesperación se hallaban los habitantes, "que hay algunos Religiosos y mujeres que de temor " de los indios se quieren pasar á ellos" (25). Después de recibir estas noticias, escribía Vizcarra al Virey el 17 de abril de 1599: "Si se dilata este mes el socorro que de V. " E. se espera, está en evidente contingencia revelarse todos " los indios de arriba y de todo el reino y ser necesario nue- " va conquista".

Todos los españoles estaban de acuerdo con el Gobernador en que la toma de La Imperial sería para el reino la suprema desgracia. Por eso los Religiosos, al dirigir en septiembre de 1599 desde Valdivia una representación á Quiñones, sucesor de Vizcarra, casi olvidaban sus propios peligros para encarecerle la obligación de acudir prontamente al socorro de La Imperial, y pintaban las calamidades que sobre Chile traería la destrucción de esa ciudad con colores dignos de reproducirse.

"La ciudad Imperial está en tan conocido peligro como " á todos es notorio. Si no se socorre con tiempo, el enemi- " go ha de cargar sobre ella con todas sus fuerzas para lle- " varla, y lo hará con gran facilidad, que de ninguna ma- " nera se puede sustentar mucho tiempo un pueblo reducido

(24) Es raro que no se hable de carta de Hernando Ortiz que, según Rosales y Alvarez de Toledo, á quienes seguimos, sucedió á Valiente en el mando de La Imperial.

(25) Relación de Gregorio Serrano.

" y encerrado en una cuadra de sitio. Y perdida esta ciu-
" dad será reventar un volcán de fuego, que con llamas de
" tan gran victoria abrace los ánimos de todos los indios de
" paz para que tomen las armas y, ayudados de sus vecinos,
" hagan lo mismo de cuatro ciudades que de suyo están
" indefensas y ejecuten en los miserables moradores sus
" acostumbradas crueldades. Pues que será ver mujeres
" tan nobles i delicadas, doncellas recojidas, monjas de
" gran santidad desnudas é infamadas y ultrajadas de la
" más cruel, torpe y mala nación del mundo y entregadas
" á su perpetua servidumbre; qué dolor padecerán las mí-
" seras madres, que por desdicha parieron, cuando vean
" los patios de sus casas, sus tocas y vestidos regados con
" sangre de sus inocentes hijos, que por serlo pensaron ha-
" llar remedio en el regazo de sus desdichadas madres, de
" donde serán con brevedad despojados y á sus ojos despe-
" dazados. Y cuando alguno haya tan perverso y malo
" que no se conmueva á semejante lástima, mire y abra los
" ojos y considere que todo el pensamiento del reino está
" pendiente de las fuerzas que el señor Gobernador juntase
" para esta santa y forzosa empresa. Y si por defecto de
" no acudir al señor Gobernador unánimes y conformes
" con todas nuestras fuerzas posibles le sucedicse cualquier
" desgracia, absolutamente quedaba el enemigo señor de
" todo el reino, conforme al estado de las cosas presentes.
" Y así, para negocio que tanto importa y que va por to-
" dos, tengo por infame, traidor y alevoso contra Dios,
" contra el Rei y su patria al hombre que á semejante oca-
" sión pretendiere excusarse; antes, si se pudiere, habían de
" procurar las personas eclesiásticas á tan conocido peli-
" gro tomar las armas y ayudarse unos á otros, pues no
" se pretende ofender sino defendernos y la defensa es per-
" mitida á todos estados de derecho natural, especialmen-
" te contra apóstatas, sacrílegos que siendo cristianos han

" quemado y robado los templos, muerto los sacerdotes y
" profanado las cruces é imájenes de Nuestro Señor Jesu-
" cristo y su bendita madre, de quien deben confiar que,
" haciendo de su parte cada uno lo que es obligado, alcan-
" zaıá victoria para honra y gloria de su Divina Majestad
" y remedio de sus casas, vidas y haciendas".

CAPITULO VI.

FIN DEL GOBIERNO DEL LICENCIADO VIZCARRA.

Sorpresa de los indios á Angol.—Proezas de Vallejo y Lisperguer. —Desaliento de los habitantes de Angol.—Va don Juan Rodulfo Lisperguer por refuerzos á Concepción, y los lleva.—Los indios junto á Concepción.—Victoria obtenida sobre ellos por Luis de las Cuevas.—Victoria obtenida por Vizcarra.—Cruel tratamiento que éste dió á los prisioneros.—Indignación y desquite de los indios.—Terrible estado de la colonia al terminarse el gobierno interino de Vizcarra.—Injusticia con que sus sucesores lo culpan de las desgracias de su gobierno.—Noble conducta con que responde Vizcarra á sus detractores.—Vizcarra sigue siendo Teniente General hasta 1604.

Entre todas las ciudades australes la única que al principio tuvo las alegrías del triunfo, fué la de Angol, mandada entonces por Hernando Vallejo y después por Tomás Durán (1), á quienes sirvió de segundo don Juan Rodulfo Lisperguer, y que tenían á sus órdenes capitanes tan famo-

(1) Rosales dice que el Corregidor de Angol era el capitán Tomás Durán, puesto ahí por Pedro de Vizcarra en lugar de Vallejo al hacer los cambios de Corregidores. En contra tenemos el testimonio de Gregorio Serrano, testimonio irrecusable, pues Serrano visitó

sos como Alvaro Núñez de Pineda, padre del autor del Cautiverio Feliz.

Después de los ataques referidos, los indios se dirigieron contra Angol, de una manera que estaba á las claras manifestando hasta dónde llegaba la audacia adquirida con tantas victorias.

"A los veinte de marzo, dice Gregorio Serrano en su cita-
" da Relación, vinieron sobre Angol cuatrocientos indios
" de á caballo y se entraron por el pueblo como si no hu-
" biera españoles en el mundo, y con gran desvergüenza se
" entraron en las casas." Debieron de ser aquellos, terribles momentos de angustia; pero, gracias á la serenidad y al valor de Lisperguer y Vallejo, fueron muy cortos. Los dos nombrados capitanes consiguieron reunir cincuenta soldados y con ellos pusieron en precipitada fuga á los asaltantes, después de haberles muerto algunos hombres dentro de la población (2). Sin pensar que podía ser un medio audaz de sacarlos de la ciudad y obedeciendo sólo á su indignación, Vallejo y Lisperguer persiguieron á los fujitivos por más de dos leguas, y les "mataron más de doscientos cincuenta caballos" y tuvieron la suerte de volver á Angol sin haber perdido en la refriega ni en la persecución un solo hombre: á pesar de eso, los pobres habitantes, sabedores ya del peligro de vivir en sus propias casas, quedaron sumamente acobardados y viviendo todos en el fuerte (3). A

personalmente la plaza. Nombra en los acontecimientos que vamos á relatar á Hernando Vallejo como Corregidor de Angol.

Tomás Durán, á quien encontraremos de Corregidor al tiempo de la despoblación de Angol, no debió de ocupar este puesto sino algo después de los sucesos que referimos.

(2) La Relación de Gregorio Serrano dice que los españoles mataron en Angol muchos indios; pero en la carta que al Rey escribió don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599 se lee que los muertos fueron ocho ó nueve.

(3) Relación de Gregorio Serrano.

los pocos días, en otro encuentro con los indios, les tomó Lisperguer como treinta prisioneros.

Aunque pequeña, esta nueva ventaja algo reanimó á la guarnición de Angol, de lo cual se aprovechó don Juan Rodulfo para efectuar una salida á la cabeza de sesenta soldados de á caballo con el fin de atacar una junta en Molchén: la sorprendió, degolló "más de doscientas piezas de indios é indias y les tomó "alguna cantidad de comida" (4).

Y ahí concluyeron los prósperos sucesos de los defensores de Angol. Muy luego los rebeldes se apoderaron de uno de los fuertes de la ciudad, y, dejando á los españoles la no mucha satisfacción de decir que lo habían tomado por traición (5), les quemaron gran parte del pueblo y redujeron á los defensores de él á situación casi tan angustiosa como la de las otras poblaciones australes. Decimos *casi*, porque la cercanía de Angol á Concepción y el número relativamente grande de sus guerreros, le permitió oponer más fuerte resistencia á los ataques de los araucanos (6). Aprovechándose de esa cercanía el audaz don Juan Rodulfo Lisperguer, cuando vió reducido el pueblo á tan deplorable estado, pasó por medio de las provincias sublevadas y llegó á Concepción á pedir socorro á Vizcarra. Hizo éste un supremo es-

---

(4) Citada carta de don Francisco de Quiñones.

(5) "Si en Angol llevaron un fuerte fué con traición de los mismos de paz y sobre seguro." (Relación de algunos Religiosos de Valdivia, fecha en septiembre de 1599.)

(6) "Hallé cercada la ciudad de Angol, que está veinte leguas " de esta ciudad (Concepción) y el río de Bíobío en medio y rebe- " lados todos los indios de paz de su comarca. Y cuando esta re- " lación doy á Vuestra Majestad, la tienen cercada nueve ó diez " mil indios. Estos cercos destos suelen durar diez ó doce días. " Hay en ella ciento y diez soldados, que se han defendido otras " veces honradamente, y así no me da cuidado lo que toca al cer- " co." (Carta de Quiñones al Rey, fecha 18 de febrero de 1600).

fuerzo y Lisperguer volvió á Angol, llevando el auxilio que por entonces la libraba de peligro inminente (7).

Las victorias obtenidas por los indios al otro lado del Bíobío les dieron ánimo para traer á éste la guerra, y el 6 de abril de 1599 la ciudad de Concepción pudo creer llegado su turno, al ver sobre ella una partida de seiscientos rebeldes. Vizcarra mandó en el acto al alférez real Luis de las Cuevas, con cuarenta hombres al encuentro de los asaltantes. Se trabó el combate á menos de una legua de la ciudad y Cuevas "lo hizo valerosamente, desbarató á los indios y mató y prendió algunos" (8).

O bien volvieran á juntarse los dispersos ó no fuesen sino una parte de las fuerzas enemigas, lo cierto es que el día

---

(7) En la nota 151 del tomo I de Carvallo y Goyeneche encontramos lo siguiente en un certificado que Vizcarra dió en Santiago el 15 de marzo de 1602 á don Juan Rodulfo Lisperguer: "Por ha- " ber quedado con la muerte de mi antecesor don Martín García " Oñez de Loyola en mucho riesgo la ciudad de Los Infantes, " nombré de sargento mayor para comandante de ella á don Juan " Rodulfo Lisperguer, el cual me vino desde ella á pedir á la Con- " cepción con mucho riesgo por el mes de marzo socorros de tro- " pa y municiones y, habiéndoselos dado, volvió con ellos y man- " tuvo la ciudad."

(8) Relación de Gregorio Serrano.

Gay cree que Cuevas salió á la cabeza de ciento sesenta lanzas, apoyado en una relación de méritos del mismo Cuevas "justifica- " da en juicio contradictorio por testimonio del capitán don Ro- " drigo de Arana que se halló presente, de don Juan Pérez de Cá- " ceres, id., y de don Gabriel Vallejo, el cual concluye diciendo: "Y " que fué una victoria de las buenas y de importancia con que res- " piraron los de Concepción, pues se les hizo á los enemigos re- " pasar el Bíobío, con los ciento sesenta soldados susodichos, " siendo el enemigo de dos mil."

Es harto más desinteresado y creíble el relato de Gregorio Serrano en que nos apoyamos para reducir á modestas proporciones la batalla dada por Cuevas y los resultados de ella; además

siguiente, 7 de abril, recibió noticia Vizcarra de "cómo en
" las minas de Quilacoya había más de setecientos indios
" juntos, que habían pasado de la otra parte de Bíobío
" para dar en la Concepción." Esta vez el Gobernador no encomendó á nadie el cuidado de escarmentar á los rebeldes y, poniéndose él mismo al frente de ochenta soldados, partió inmediatamente hacia el lugar en donde aquellos estaban reunidos, calculando llegar allá á media noche para sorprenderlos á la venida del día. Todo sucedió como lo deseaba Vizcarra, y "al cuarto del alba dió sobre los in-
" dios y los desbarató y mató más de cien indios y prendió
" cuarenta y los trujo á la Concepción" (9).

No debemos juzgar la culpabilidad de los que en aquellas circunstancias tomaban medidas crueles contra los indígenas por lo que acerca de esas medidas pensamos tres siglos después, con toda frialdad y en el sosiego de nuestro estudio. Los guerreros y los vecinos de Chile estaban empeñados en una guerra sin cuartel; eran á cada instante víctimas de la traición y de las crueldades de los indios; junto con la vida de los guerreros estaban en peligro la libertad y la honra de sus esposas é hijas, á las cuales todos los días ultrajaba un enemigo brutal: la ira, la venganza y las demás pasiones se juntaban, pues, al deseo de atemorizar al indígena para aconsejar y disculpar toda clase de castigos.

Más tarde, lo veremos, Chile pedía al Rey, como uno de los medios más apropiados para dominar á los araucanos, el declarar esclavos á cuantos se tomara en flagrante rebe-

---

en Concepción no habría podido reunir Vizcarra ciento ochenta hombres para mandarlos al encuentro del enemigo.

Los cronistas hablan de otra batalla ganada por el Maestre de Campo Paez de Castillejo en las inmediaciones de Concepcion; es probablemente la que luego referimos como dada por Vizcarra, siguiendo nosotros siempre á Gregorio Serrano.

(9) Relación citada.

lión, y el Rey lo concedía; pero en los primeros días de la insurrección, no anduvieron con tantos miramientos, los españoles consideraron esta medida como represalia y á nadie, probablemente, se le ocurrió que se debía siquiera consultar al Rey en el particular. Como si fuera la cosa más sencilla y más puesta en el orden, Vizcarra proveyó un auto dando por esclavos á cuantos indios se cogiesen con las armas en las manos. Gregorio Serrano, al hablar de semejante resolución, agrega: "ninguna cosa hay más justa que ésta." Y esa aprobación se extendía también á la manera bárbara como dejaban para siempre constancia de la declaración de esclavitud: cual si los indígenas fueran bestias, Vizcarra llevó á los cuarenta indios prisioneros á Concepción, "donde fueron castigados y herrados en la cara" (10).

Con estas inhumanidades creía aterrorizar el Gobernador interino á los indios; pero obtuvo resultado muy diverso. La indignación de los rebeldes no conoció límites y muy pronto los alrededores de Concepción y especialmente las mencionadas minas de Quilacoya cayeron en poder de ellos. Cuando mes y medio después de los sucesos referidos, concluyó Vizcarra su gobierno, estaban sublevadas las dos "riberas del Biobío y perdida la labor de las minas de Qui- " lacoya y quemadas todas las estancias y molinos de esta " ciudad (Concepción), que caían hacia sus comarcas" (11). Se comprende, según esto, el pánico general y el "que " la gente de este pueblo y Religiosos "se encerrasen" de no- " che en el convento de San Francisco del temor del enemi- " go" durante el último tiempo del corto y desgraciado gobierno del Licenciado Pedro de Vizcarra (12).

(10) Relación de Gregorio Serrano.

(11) Interrogatorio presentado por Quiñones á Vizcarra y absuelto afirmativamente por el último el 6 de diciembre de 1599. Lo mismo, gran parte de los documentos ya citados.

(12) Id. Lo mismo se lee en la correspondencia de don Francis-

Tales apuros no eran, por desgracia, exclusivos de este ó aquel pueblo: todo el sur se encontraba poco más ó menos lo mismo, si no peor. Véase cómo resumía el estado de la colonia el Cabildo de Santiago el 30 de abril de 1599, en carta dirigida al Rey:

"El daño que hemos recibido es como se recelaba, per-
" diendo con algunos capitanes muchos soldados, habién-
" donos acometido el enemigo casi á un mismo tiempo en
" las fronteras de La Imperial, Arauco, Angol y Santa
" Cruz, fuertes de Jesús y de La Candelaria, donde nos han
" muerto la tercia parte de la gente que en ellos había y
" despobládose y retirádose la ciudad de Santa Cruz y
" fuerte de Jesús y de La Candelaria sin otros fuertezuelos
" de poca gente que estaban entre los indios de paz para
" asegurarlos. Y se han levantado y muerto la gente de-
" llos, de donde y las demás fronteras han tomado los ene-
" migos muchas armas, caballos, gran suma de ganados y
" bastimentos, talando los campos y heredades, señoreán-
" dose de la campaña por la gran fuerza de caballería que
" tienen y de que usan con mucha destreza y nuevo modo
" de pelear que entre nosotros con nombre de amigos han
" aprendido."

En verdad, la trasformación del sur de Chile, durante el gobierno de Vizcarra, había sido tan completa como terrible. En un abrir y cerrar de ojos los campos, ayer cultivados pacíficamente, se habían convertido en teatro de sangrientas lides; los encomenderos, que cifraban sus riquezas en el número de indígenas á ellos encomendados, en lo extenso de sus tierras y en sus abundantes ganados, se veían sin indígenas, pues todos se habían sublevado ó se preparaban

---

co de Quiñones con el Rey. El 18 de febrero de 1600 le escribe: "En " esta ciudad de la Concepción estaba toda la gente metida en " San Francisco y quemadas todas las estancias de su comarca." Lo propio repite en la del 20 de febrero de ese año.

á sublevarse, sin ganados, robados por los rebeldes los que antes poseían, y en peligro de no conservar tampoco sus campos, que, hablando propiamente, en ese momento estaban ya en poder del enemigo; las ciudades, aisladas unas de otras y con la terrible incertidumbre de si las desgracias ajenas vendrían á hacer todavía más dolorosas las propias y mayor el propio peligro; muertos, fuera de los compañeros del infeliz Loyola, más de cien soldados, cuya falta era incalculable en aquellas críticas circunstancias.

Pero estas cosas, resultado de la sublevación general, no debían, sin notoria injusticia, ponerse á cargo del anciano Gobernador interino, que dejó de serlo el 28 de mayo con la llegada del sucesor. Para concluir con Vizcarra, y aunque adelantemos los sucesos, digámoslo aquí: habría sido honrado y digno, por parte de Quiñones, evidenciar eso en una declaración, que sobre los desgraciados sucesos de su gobierno interino le hizo prestar, y también que no tenía la culpa de no encontrarse "en las cajas de Su Majestad ha-" cienda alguna ni otra ninguna (cosa) de que poderse ayu-" dar, ni las prevenciones necesarias de caballos, bastimen-" tos, pertrechos y municiones para la guerra, excepto mil " fanegas de trigo, poco menos que en un navío de Santia-" go halló Su Señoría en el puerto de esta dicha ciudad " (Concepción) y las municiones que habían quedado de las " que envió dicho señor Visorey del Perú" (13).

Lejos de obrar así, procuró echar sobre Vizcarra toda la responsabilidad, y como Quiñones obró con Vizcarra, obraron los que vinieron después con Vizcarra y con Quiñones.

¿Cómo pudo continuar desempeñando Pedro de Vizcarra el destino de Teniente General durante el gobierno de don Francisco de Quiñones, de Alonso García Ramón y de Alonso de Rivera? Prueba de la moderación de su carácter y de

---

(13) Citado interrogatorio de Vizcarra.

cuanto merecía el aprecio que le tenían todos, es no sólo ese hecho, sino principalmente su digna conducta con los mismos que tan injustos se manifestaban hacia él.

Cuando, meses después del interrogatorio de Quiñones y al propio tiempo en que lo culpaba García Ramón, escribe Vizcarra al Rey el 21 de septiembre de 1600, habla de sus dos sucesores no sólo sin censurar la conducta de ellos, sino alabándolos, especialmente al último, por sus acertados gobiernos.

A pesar de eso, García Ramón quiso deshacerse de él, quizás para elevar á un amigo, y el 19 de enero de 1601 escribió desde Concepción al Cabildo de Santiago: "Visto lo " mucho que el Teniente General ha trabajado después de la " desgraciada muerte de Martín García de Loyola y " la suma pobreza en que se há y sus honrados años y acor- " dándome que Vuestra Señoría me pidió le sirviese, he te- " nido por bien se vaya á descansar".....,probablemente gozando su sueldo; lo cual no podemos saber por estar roto el manuscrito en la parte en que hemos puesto puntos suspensivos.

Ora no alcanzara á dejar Vizcarra su destino ó lo repusiese Rivera inmediatamente en él, seis meses después lo volvemos á encontrar desempeñándolo y en momento en que pudo vengarse de García Ramón.

Había concluído el gobierno de éste, y Alonso de Rivera, queriendo, como todos los Gobernadores, manifestar que su predecesor le entregaba el reino en pésimo estado, levantó una información y tomó él mismo la primera declaración que, lo veremos, fué tremenda contra García. Hubiese de salir de Santiago ó juzgase suficiente lo hecho para perder á su predecesor, Rivera cometió las demás declaraciones á su Lugarteniente Pedro de Vizcarra. El bondadoso anciano actuó con rara imparcialidad: oyó á los amigos del ex-Gober-

nador y destruyó por completo, á nuestro juicio, el mal efecto de la declaración tomada por Rivera.

Pedro de Vizcarra no estaba ya para prestar sus servicios en un puesto tan laborioso como el que desempeñaba y él y Rivera lo hacían presente al Rey. "Tengo avisado á " Vuestra Majestad, escribía Alonso de Rivera el 5 de fe" brero de 1603, de que el Teniente General Pedro de Viz" carra es muy viejo y no está ya para el oficio que ejerce. " Y así Vuestra Majestad le podría ocupar en otras cosas de " su real servicio, porque sus letras y bondad lo mere" cen (14) y dar este oficio á otro que sea para él, pues " para el buen gobierno, conservación y aumento de este " reino, es de tanta consideración".

La misma súplica hacía cuatro dias antes, el 1º de febrero, Pedro de Vizcarra, fijándose especialmente en las "vacantes de plazas de Audiencia, Alcalde del Crimen de los Reyes".

(14) No siempre había hablado Rivera con alabanzas de Vizcarra: "Este gobierno, dice al Rey el 10 de marzo de 1601, lo tuvo " á su cargo el Licenciado Pedro de Vizcarra, Teniente General, en " cinco meses; y demás de haber criado por ostentación una gran " confusión de capitanes......, hizo otro mayor daño en haber en" comendado en personas que no tienen méritos cuantos indios le " pidieron, unos que no están descubiertos y otros por conquistar " y otros que tienen los dueños vivos; de manera que no dejó por " ningún camino cosa reservada de que poder echar mano para " entretener á tanta gente benemérita y afligida de necesidad y " trabajos graves. Y como quiera que él no tuvo facultad para " encomendar indios, más de la administración de la justicia como " Teniente de este reino y hombre letrado, la audiencia de los Re" yes algunas de sus encomiendas que en grado de apelación han " ido á ella las ha dado por nulas y ningunas. Lo mismo conviene " al servicio de V. M. que yo haga para descargo de su real con" ciencia y algún premio de los que lo merecen. Y así estoy deter" minado de reparar este inconveniente deshaciendo sus encomien" das, excepto las que hubiese en personas beneméritas".

Sólo un año más tarde se realizaron los deseos del Gobernador. El 17 de diciembre de 1603 llegó á Concepción el Licenciado Fernando Talaverano Gallegos (15), Teniente General, en reemplazo de Vizcarra, y el 2 de febrero de 1604 recibió de manos de éste la vara, signo de autoridad (16)

(15) Carta escrita por Talaverano al Rey el 8 de marzo de 1604.

(16) Id. Testimonio dado por Jinez de Toro Mazote del recibimiento de Talaverano.—Acta del Cabildo de Santiago del 2 de febrero de 1604.

CAPITULO VII

VENIDA Á CHILE DE DON FRANCISCO DE QUIÑONES

Don Luis de Velasco y la guerra de Chile.—Don Luis Jufré en Lima. —El consejo del Virey.— Ofrécese don Francisco de Quiñones para venir á Chile.—Quién era el nuevo Gobernador interino.— Triste estado del Perú.— Pequeño socorro que puede enviar el Virey.— Sacrificios que Quiñones y sus hijas hacen para equipar los soldados.— Su viaje á Chile; furiosa tempestad; indomable energía del Gobernador.—Llegada á Talcahuano; cumplimiento de un voto.

Las noticias que don Luis Jufré llevó á Lima llenaron de inquietud al Virey del Perú.

Don Luis de Velasco se había dado siempre con atención á los negocios de Chile y manifestado dispuesto á coadyuvar enérgicamente á la pronta terminación de la guerra de Arauco. Buena prueba de ello fué su presteza en conceder lo que le pidió García Oñez de Loyola por medio del contador Jerónimo de Benavides: el barco que traía á nuestras costas ese oportunísimo socorro se cruzó en alta mar con el que de acá llevaba la funesta noticia de la muerte del desgraciado Gobernador. Don Luis Jufré, el enviado del Cabildo de Santiago y del sucesor interino de Loyola, zarpó de

Valparaíso en los primeros días de enero de 1599 y llegó al Callao á mediados del siguiente mes, con la noticia de la tragedia de Curalaba. Aunque Jufré sólo había salido de Santiago pocos días después de saberse en ella la muerte de Loyola, la rapidez con que unas á otras se habían sucedido las desgracias sobrevenidas á la colonia, le permitió llevar gran número de noticias; y eso mismo mostraba que, por lo menos en esta ocasión, el pánico de los primeros momentos no había dado á la sublevación proporciones mayores de la que en realidad tenía: la imaginación había quedado corta, aún en la excitación del miedo, al calcular las terribles consecuencias de la muerte del Gobernador y sus compañeros. No había perdido unos cuantos hombres el ejército de Chile: la existencia misma de la colonia estaba en serio é inminente peligro.

Inmediatamente el Virey reunió á los consejeros que se habían ocupado en dictaminar sobre los asuntos de Chile para que, oyendo la exposición que Benavides y Jufré hacían, proveyeran al pronto remedio de tantos males.

Los procuradores de Chile expusieron que, aunque había aquí más de seiscientos excelentes soldados, era éste un número insignificante, atendiendo á la necesidad de dividirlos en las diversas ciudades y á la imposibilidad de reunir doscientos para rechazar un ataque de los indios. Y además esos soldados "están tan pobres que ellos y sus hi-
" jos y mujeres no tienen ni alcanzan una vara de lienzo
" para cubrir sus carnes y ansí han sido socorrido siempre
" no sólo de vestidos sino á veces de comida, rejas, azado-
" nes y hierros para ayuda del beneficio de su labranza y
" sementeras, con que sustentan sus familias con grandísi-
" ma escaseza" (1). Por lo mismo urgía y urgía muchísimo

(1) Presentación de Jufré y Benavides leída en la reunión celebrada en Lima el 18 de febrero de 1599.

enviar á Chile "toda la gente que se pudiese llevar" y un fuerte socorro en dinero para la tropa, fuera de doce mil pesos para los sueldos de empleados superiores del ejército y de los fuertes.

Pedían los procuradores ciento cincuenta arcabuces y mosquetes, trescientas espadas, doce cañones pequeños, pólvora, plomo y cuerdas; el pago adelantado de un año de sueldo al piloto y marineros que habían de venir en el navío destinado á Chile; y la situación de la paga para la gente de guerra, "porque es sin comparación más barato " que vivir de remiendos y limosnas." Se unía á esto una minuciosa memoria de los útiles y de la ropa que era preciso traer para socorro de los soldados, en la cual no se olvidaba ni el jabón, ni el "hilo para coser", ni los "botones de alquimia", ni los "sombreros finos negros y pardos".

Todos los consejeros fueron de parecer "que Su Señoría " (el Virey) dé orden cómo de las cosas contenidas en la di- " cha memoria se compren las que aquí se pudieran hallar " hasta que venga la flota, y lo que así se comprare se en- " víe á las dichas provincias de Chile para socorro de la " dicha gente de guerra. Y que asimismo mande Vuestra " Señoría que se envíe á los Oficiales Reales de aquella tierra " el dinero que le pareciere ser necesario para las cosas que " dicen los dichos procuradores que pueden comprar allá. " Y que para enviar con el Gobernador que ha de ir alguna " gente, Su Señoría dé orden cómo se levante la que se pu- " diere y le pareciere. Y que todo el dinero que para los di- " chos efectos fuese necesario se gaste y pague de la Real " Hacienda de la caja real de esta ciudad por los dichos " Oficiales Reales" (2). Por este parecer, al cual arregló sus resoluciones don Luis de Velasco, se conoce que el Virey de

(2) Acta de la reunión celebrada en Lima el 18 de febrero de 1599.

Lima y sus consejeros dieron la merecida importancia á los sucesos de Chile. Sabían muy bien cuán delicada cosa era ante los ojos del Rey de España decretar un gasto costeado por las cajas reales para mostrarse tan largos, si las circunstancias no hicieran olvidar, en presencia del gran peligro, otro cualquiera orden de consideraciones.

No menos que enviar á Chile soldados y bastimentos urgía el proveer al gobierno de la colonia, y desde el primer instante creyó preciso don Luis de Velasco en esas críticas circunstancias echar mano "de persona de validad y expe-" riencia de las cosas de la guerra" (3). La persona designada fué don Francisco de Quiñones, que no es un desconocido para nosotros, pues lo hemos visto desempeñar en Lima en 1583 el importante cargo de Corregidor y ahogar con energía las maquinaciones dirigidas por el Obispo Lartaun y sus secuaces contra el ilustre santo Toribio de Mogrovejo, con cuya hermana, doña Grimanesa de Mogrovejo, era casado don Francisco de Quiñones (4).

Quiñones, "verdadero hijodalgo", se había dedicado á la carrera de las armas desde sus primeros años; había "servido en los Estados y guerra de Italia y en todas las " jornadas que se han hecho en Constantinopla, donde fué " preso y rescatado" (5). Vino después al Perú, y tanto por sus estrechos vínculos de parentesco con el grande y

(3) Nombramiento de don Francisco de Quiñones. Documentos de Gay, volumen I.

(4) Los Orígenes de la Iglesia chilena, capítulo XXVI.

(5) Nombramiento de don Francisco de Quiñones.

Alvarez de Toledo, en el canto VII del Purén Indómito se extiende mucho en hablar de la nobleza de la alcurnia de Quiñones y los altos hechos de él.—Cuenta que:

" ...... en los Gelfes echó el resto.
" Que puso espanto á Marte y á Belona.

santo arzobispo de Lima, como por sus relevantes prendas personales, desempeñó los primeros destinos, gozó de la confianza y del aprecio de los Vireyes y formó siempre parte del consejo de ellos. Era llamado principalmente en las circunstancias críticas, cuando se había menester de un carácter fuerte, enérgico, entero y de una voluntad inquebrantable; pues tales dotes lo caracterizaban. En los momentos en que llegaba á Lima la noticia de la muerte de Loyola, don Francisco de Quiñones ocupaba uno de los más altos puestos del ejército: era Maestre de Campo Gene-

---

" Y asombro y miedo al turco bravo y fiero
" El esfuerzo de aqueste caballero."

Después de defender con heroísmo tres galeras en esa desgraciadísima jornada, gravemente herido fué hecho prisionero por los turcos.

En seguida, hablando de sus muchos servicios como Corregidor de Lima, añade:

" Limpióla de ladrones holgazanes
" Que fué siempre enemigo de ladrones,
" De mozos perniciosos araganes,
" Rompedores de poyos y cantones,
" De inquietos, vagabundos y rufianes,
" Blasfemos, arrogantes, fanfarrones:
" Al malo castigaba su malicia,
" Usando de equidad y de pulicia.

" También mostró valor extraordinario
" En el gobierno de la infantería,
" Siendo Maestre de Campo y Comisario
" General de la gran caballería:
" Y cuando del pirata inglés corsario
" El Virey don Martín nueva tenía,
" Por General le enviaba con la plata
" Del Rey á Panamá, y contra el pirata."

ral del Perú y Comisario de la caballería (6). Lejos, pues, de ganar viniendo á Chile, iba á tomar á su cargo una comisión odiosísima y sumamente delicada y no podía tener en mira sino hacerse de nuevos méritos ante el Rey. Tan convencido estaba Quiñones de esto y de su suficiencia para dominar á los rebeldes indígenas de Chile, que no dudó en ofrecerse él mismo á don Luis de Velasco para venir de Gobernador (7), como quien hace generoso sacrificio. Y el Virey así lo creyó y se apresuró á aceptar el ofrecimiento que tal hombre le hacía de venir "con su persona y la de don " Antonio de Quiñones, su hijo mayor, criados y amigos" (8).

En verdad, Quiñones fué uno de los hombres de más importancia que en aquella época vió Chile y el único que, como decimos, creía no recibir favor sino hacerlo y verdadero sacrificio al tomar á su cargo un gobierno tan deseado por otros. "Sólo por el riesgo en que (Chile) se hallaba, dice al " Rey en 20 de febrero de 1600, determiné venir á reportar la furia y avilantez con que el enemigo deseaba despoblar este reino, como, sin duda, lo hubiera hecho."

Para conocer la angustiosa situación del Virey cuando le hizo su generosa oferta don Francisco de Quiñones, debe tenerse presente que en aquellos días el Perú se hallaba afligido por desgracias de todo género. El mismo Quiñones resume el estado de las cosas en carta dirigida al Rey el 15 de julio de 1599:

"A cuyo reparo (de Chile) y dificultades, con ser naturalmente las mayores que jamás tuvo esta guerra, me puse,

---

(6) Carta de don Francisco de Quiñones al Rey fecha en Concepción el 15 de julio de 1599 é información comenzada por él mismo el 8 de noviembre de ese año.

(7) Nombramiento de Quiñones.

(8) Id. id.

" considerando las que juntas en un tiempo pusieron al
" Virey el cuidado que á cada ocasión sola obligaba á mu-
" cho, no siendo las defensas de aquel reino de la disposi-
" ción que requería la necesidad y peligro de Tierra Firme
" por el enemigo que se había alojado en Puerto Rico y el
" que hubo nueva que había aparecido en la costa de Mé-
" jico con cinco velas, abriendo nuevo camino y derrota,
" sin que se pudiera entender en la parte que había de dar
" el primer golpe, siendo el de mayor daño en la plata de
" Vuestra Majestad y particulares que estaba de partida.
" Y todos con el recelo que obligaba su peligro y la confu-
" sión de alguna gente liviana que en la provincia de las
" Charcas comenzó á sembrar malos rumores, y los indios
" de este reino á sacudir el yugo que del dominio real y su-
" jeción cristiana tan pesado les ha parecido siempre. Y
" habiendo acudido el Virey al socorro de Panamá de la
" manera que lo pidió don Alonso de Sotomayor y al des-
" pacho de la plata como convino y á las centellas de Po-
" tosí con la sangre de cabezas locas, sólo quedaba este
" reino sin la que le cortaron los indios á su Gobernador,
" alborotando con ella toda la tierra."

Por estas causas, no disponía el Virey de las fuerzas necesarias para sofocar la insurrección de los araucanos. Así se explica el que en las más premiosas circunstancias recurriera á arbitrios, de otro modo por demás mezquinos y difíciles de conciliar con la idea del poderío y de las riquezas del virreinato del Perú; y sólo así se comprende que poco antes de la muerte de Loyola, en el mismo año 1598, el pobre vecindario de Santiago hubiera debido echar mano de sus escasos recursos para equipar ciento cincuenta y seis hombres, enviados de Lima á Chile en extrema desnudez. Conociendo como pocos estas cosas, sabía muy bien don Francisco de Quiñones cuán pequeño auxilio debía esperar de don Luis de Velasco; pero difícilmente habría su-

puesto que el refuerzo destinado á sujetar á los victoriosos araucanos apenas alcanzaría al reducidísimo número de cien hombres (9).

Los muertos en Curalaba pasaban de cincuenta y más de otros cincuenta habían perecido ya á manos de los indios cuando don Luis Jufré salió de Chile. La mayor parte de esos soldados españoles habían sido oficiales y todos eran hombres tan ejercitados en el manejo de las armas como conocedores del país. ¿Qué vendría, pues, á hacer el nuevo Gobernador con un número de soldados inferior al que los rebeldes habían muerto en los primeros días de la insurrección? ¿Cómo pretendería ni siquiera reemplazar á hombres valientes y avezados en la guerra de Chile con soldados del Perú, esto es, con hombres cuya inferioridad todos reconocían?

Don Francisco de Quiñones creyó preciso traer por lo menos y mientras se reunía mayor socorro, trescientos hombres y el Virey lo facultó para que enganchase ese número; pero, "aunque por su señoría y por el dicho don
" Francisco de Quiñones y el Maese de Campo y capitanes
" que nombró se procuró levantar el dicho número de gen-
" te, no se pudo hacer, así por la poca devoción que todos
" tenían de ir á aquella tierra como por otros socorros que

(9) Todos los cronistas, menos Rosales, dicen que don Francisco de Quiñones trajo un refuerzo de quinientos hombres; Rosales, siempre mejor informado, afirma que llegó con "ciento y treinta hombres, socorro de ropa y municiones." La verdad es la que nosotros apuntamos: "Yo entré en ella (en la tierra de Chile " con cien hombres de socorro," dice Quiñones en su relación de 18 de febrero de 1600. Y no sólo el mismo don Francisco repite en otra carta ese aserto, sino también el ayuntamiento de Concepción en un testimonio que el 24 de agosto de 1600 dió para manifestar cuanto había hecho este Gobernador en favor de la colonia.

" se han enviado: el que se envió á la ciudad de Panamá y la
" gente que llevó la armada de Su Majestad, en que fué la
" plata de su real hacienda y de particulares, para lo que
" han salido desta ciudad (Lima) en tan poco tiempo más
" de setecientos hombres. Y por lo que convenía la asisten-
" cia y presencia del dicho Gobernador en aquella tierra, le
" mandó salir con la gente que se podía levantar" (10).

Con razón reputaba el Virey más urgente en Chile que los soldados la presencia de un jefe experto y enérgico, capaz de impedir la desorganización y de contener los funestísimos efectos del pánico: lo primero era venir; traer gente, sólo lo segundo.

A pesar de ser tan corto el refuerzo reunido por Quiñones, casi no pudo traerlo. No había en el Callao barco alguno del Rey capaz de transportar al Gobernador y sus cien soldados, y Quiñones sólo encontró uno pequeño, en el cual, según dice, no cabían con desahogo más de cincuenta hombres: en él, sin embargo, metió ochenta. Con éstos estaba resuelto á salir cuando "otro navío viejo acertó á estar de partida al mismo viaje" y el Gobernador repartió su gente entre los dos (11). De capitanes de este refuerzo venían Pedro Fernández de Olmedo y Domingo de Erazo, enviado que había sido este último á España por el Gobernador Loyola, cuya muerte supo en Lima al volver de la metrópoli.

Con el cargo de capitán y sargento mayor de la gente del navío tomó parte en la expedición "el general" don Juan de Cárdenas y Añasco, que había estado mucho tiempo en Chile y militado en la guerra de Arauco, aunque de

---

(10) Acuerdo tomado en Lima por el Virey y su consejo el 18 de junio de 1599.

(11) Citada carta de Quiñones al Rey fecha de 15 de julio de 1599.

ordinario anduviese en el mar. Por fin, lo hemos dicho, también acompañaba á Quiñones su hijo mayor don Antonio, al cual lo traía el Gobernador sin sueldo alguno (12) y para que adquiriese méritos: le dió en Chile más de una riesgosa comisión, y don Antonio las desempeñó lucidamente.

Antes de partir, Quiñones obtuvo doce quintales de pólvora, otros doce de plomo, ocho de cuerdas y cuatro piezas de artillería, provista cada una de cien balas (13). Y fué lo único; pues, ni por ser tan pocos sus hombres, consiguió que se les proveyera convenientemente. Le prometió sí el Virey enviar con la mayor brevedad á Chile bastante tropa y cuantos recursos pudiese reunir (14).

Don Francisco debía de calcular ya los sacrificios de todo género á que había de resignarse, y contaba con pedir por ellos al Rey de España el correspondiente premio (15). Hizo, pues, de su propio peculio los gastos más indispensables, y en proveer á los cien hombres empleó más de cincuenta mil ducados, generosidad de que comenzaron á dar el ejemplo las hijas del nuevo Gobernador: le ofrecieron "patrimonio y dote en semejante ocasión; pues en ello se "servía á Dios y á Vuestra Majestad," dice al Rey doña Grimanesa de Mogrovejo, al referirle los abnegados hechos de su esposo y de sus hijos (16).

(12) Información levantada por don Francisco de Quiñones el 8 de noviembre de 1599 en Concepción.

(13) Acuerdo del Virey y su consejo, de 30 de marzo de 1599.

(14) Acuerdo del Virey y su consejo, de 18 de junio de 1599.

(15) "En ello se servía á Dios y á Vuestra Majestad, de cuyo poder, por mano de Vuestra Majestad tenía satisfacción de conseguir muy aventajado premio y favor." Carta de doña Grimanesa de Mogrovejo al Rey, fechada en Lima el 26 de abril de 1600.

(16) Id. id. En carta al Rey, fechada en Concepción el 20 de febrero de 1600, dice Quiñones que ha gastado de su propia hacienda más de cuarenta mil pesos.



El 12 de mayo de 1599 (17) salieron por fin del Callao los dos barcos que traían á Chile al Gobernador y el deseado refuerzo. Desde la partida, el tiempo se les presentó contrario, y tan recio fué el mar, que el barco en donde venía Quiñones "á los ocho días de navegación rindió los árbo-"les, de manera que no pudo hacer fuerza de velas ni gober-"nar el timón" (18).

No era éste sino el principio de las desventuras de los navegantes. Muy pronto se desencadenó furiosa tormenta, "que duró (dice en su declaración don Juan de Cárdenas y "Añasco) cuatro días con sus noches: la más tempestuosa "que este testigo ha visto en todo el tiempo de quince años."

Fué menester aligerar los barcos y resolverse al dolorosísimo sacrificio de arrojar al mar muchas de las cosas que tan necesarias eran en Chile y tanto había costado obtener; pero no bastó, y la tempestad cada vez más recia infundió pavor hasta á los más habituados á exponer la vida en semejantes peligros, y llegó momento, dice el mismo testigo, en que "mucha gente de mar y tierra previnieron tablas y "otros remedios para salvarse en ellos, con estar más de trescientas leguas dentro de la mar."

En estas circunstancias, todos los navegantes, inclusos los capitanes Fernández de Olmedo y Erazo y el capellan, se dirigieron á don Juan de Cárdenas y Añasco y le pidieron

---

(17) Citado acuerdo de 18 de junio de 1599.

(18) Carta de Quiñones al Rey, Concepción y 15 de julio de 1599. De esa carta y principalmente de la información comenzada por el mismo don Francisco el 8 de noviembre de ese año, tomamos lo referente á los peligros que corrieron en el mar el Gobernador y sus compañeros. La primera pregunta de la información versa sobre el viaje á Chile y da muchos pormenores, que todavía más completos se leen en la respuesta del primer testigo, don Juan de Cárdenas y Añasco.

que obtuviese de Quiñones el "que mudase de ruta é arriba-"se á algún puerto de sotavento." Don Francisco respondió con negativa categórica.

Pero, apurando cada vez más la tempestad y con ella el terror y la desesperación de los viajeros, se reunieron todos y por escrito presentaron á Quiñones un requerimiento, haciéndole ver la inminencia del peligro, la casi imposibilidad de seguir, antes de reponer las averías de los barcos, el derrotero fijado y pidiéndole que lo cambiase y salvara así tantas vidas cómo estaban á punto de perderse. Mal conocían á Quiñones los que pensaban intimidarlo ú obligarlo á variar de resolución: oyeron por toda respuesta que había recibido orden de llegar á Concepción, sin pasar á puerto alguno, y que la cumpliría ó moriría en la demanda. Y para no dejar esperanza á los firmantes y quizás para recordarles, si lo habían olvidado, en qué manos se encontraba la autoridad, mandó "al maestre y piloto de la dicha nao to-"mase su derrota á esta dicha ciudad de la Concepción, so " pena de la vida;" después de lo cual hizo un llamado á los sentimientos religiosos de los navegantes, les habló de los peligros de que el auxilio de Dios los había librado en otras ocasiones y los animó á confiar en la protección del cielo.

Largos hubieron de parecer los cuatro día con sus noches que duró la tempestad, pero al fin pasaron y los ánimos se traquilizaron un poco con la vuelta del buen tiempo, aunque no por eso dejaba de ser afligente la situación de los compañeros del Gobernador. Se habían separado los barcos y el uno ignoraba la suerte de los que en el otro venían y todos se encontraban en nave pequeña y desarbolada y, según calcula Quiñones en la citada carta de 15 de julio de 1599, á no menos de "cuatrocientas leguas de la costa con "tiempos contrarios y gente afligida, que deseaba reparar "trabajos y peligros arribando á cualquier punto." Después

de muchas penalidades y de padecer "extraordinaria necesidad" llegaron, por fin, al puerto de Talcahuano el 28 de mayo de 1599 (19).

Los navegantes, tan perseguidos en el mar por la tempestad, la encontraron todavía en tierra cuando hubieron fondeado.

Según refiere uno de los testigos de la citada información, Blas Zamorano, era tal el viento norte, que nadie podía salir ese día de su casa en Concepción: á pesar de la ansiedad con que todos aguardaban el deseado refuerzo del Perú y al nuevo Gobernador, y á pesar de estar viendo entrar un barco en la bahía, nadie pudo llegar al vecino puerto. Zamorano fué uno de los que quisieron hacerlo y aun montó á caballo para ir allá; pero se vió obligado á abandonar semejante proyecto. Levantóse al otro día muy de mañana y partió á ver los recién llegados; y en el camino se encontró con Domingo de Erazo, acompañado de otros muchos que por encargo de Quiñones "venían á dar trescien-
" tos patacones de limosna á los conventos de esta ciudad,
" para que los Religiosos ofreciesen sacrificios y diesen gra-
" cias por haberlos escapado de las tormentas que habían
" tenido; é (dijeron) que no se desembarcaría Su Señoría
" del señor Gobernador hasta que se repartiese dicha li-
" mosna."

Volvió con ellos Zamorano y cuando los vió comenzar el reparto del voto en el convento de Santo Domingo, tornó á dar la noticia á Quiñones, que solo entónces puso pié en tierra después de su peligrosísimo y largo viaje.

(19) Cuantos cronistas determinan el día de la llegada de Quiñones á Chile, dicen que fué el 18 de mayo. Aseguramos nosotros que fué el 28 del mismo mes, apoyado en los siguientes documentos: interrogatorio de Quiñones á Vizcarra; relación de Quiñones, fechada el 18 de febrero de 1600; y declaración de cada uno de los numerosos testigos de la citada información de 8 de noviembre de 1599.

CAPITULO VIII

ESTADO DEL REINO Á LA LLEGADA DE QUIÑONES

Resumen hecho por Quiñones de las desgracias de la colonia.—Id. de la miseria del Ejército y de los vecinos.—Generoso desprendimiento del nuevo Gobernador.—No había peores soldados que los venidos del Perú.—Los informes de Quiñones.—Aboga en favor de los pobres indios amigos.—Conspiración de los indios de Santiago y La Serena.—Cuán indefensas estaban estas ciudades. —Lo que pide el Procurador de Santiago.—Sacrificios que acababa de hacer la capital.—Los confiesa y agradece el Gobernador. —El ejército que pedía Quiñones para pacificar á Chile.—Motivos que debía tener presentes el Rey para acceder á su pedido.

Fácil es imaginarse el contento con que sería recibido Quiñones en Concepción, ya que según opinaban algunos, si hubiera llegado ocho días más tarde, habría encontrado destruída la ciudad (1).

Conocemos los males sobrevenidos á la colonia en los últimos cinco meses; no estará de más, sin embargo, valorar

(1) Declaración de don Juan de Cárdenas y Añasco en la información de 8 de noviembre de 1599.

exactamente la falta de recursos con que se halló el nuevo Gobernador al llegar á Chile y el estado de los vecinos y moradores de nuestras ciudades. Á fin de conseguirlo mejor, cederemos á cada instante la palabra á testigos de vista y comenzaremos por copiar el resumen de la sublevación y victoria de los indígenas hecho al Rey por el mismo Quiñones. Podríamos tomarlo de muchas de sus cartas casi en idénticos términos: con los siguientes encabeza la información que mandó levantar el 8 de noviembre de 1599:

"Habiendo (Quiñones) llegado á esta ciudad de Concep-
" ción halló á todos los moradores de ella amendrentados
" del enemigo con las armas en las manos y quemadas las
" estancias y robadas; la ciudad desproveída de todo género
" de bastimentos; y el fuerte de Arauco, castellano y solda-
" dos de él cercados del enemigo y sin bastimento; y despo-
" blada la ciudad de Santa Cruz y fuerte de Jesús por el Li-
" cenciado Pedro de Vizcarra, Teniente General de este reino
" y por su general Francisco Jufré; y perdido el fuerte Bíobío
" del pasaje de la ciudad de Angol; y la dicha ciudad quema-
" da, y los moradores de ella recogidos en dos cuadras de
" tierra y cercados del enemigo; y llevados por él los fuertes
" de Longotoro y Molchén; y pasados á cuchillo los caudillos
" y soldados de ellos; y por el consiguiente quemadas y asola-
" das las ciudades Imperial y Rica y los moradores de ellas
" hechos fuertes en casas particulares; y cercadas del enemi-
" go las ciudades Valdivia, Osorno y Castro; y alzados y re-
" belados todos los naturales de paz de todas las ciudades
" de suso referidas y aunados con los de guerra; y muertos
" en este dicho reino más de doscientos capitanes y soldados
" de los mejores y más granados de él, así en compañía del
" Gobernador Martín García de Loyola como en la rota del
" Capitán Andrés Valiente, Corregidor de La Imperial, y en
" otras *guazavaras* y recuentros que los españoles habían
" tenido con los dichos rebelados; y toda la tierra, de esta

" ciudad para arriba, que son seis ciudades en ciento y más " leguas asoladas y arruinadas, sin fuerzas de españoles y " armas; y generalmente todo este reino en el más miserable " estado que tuvo desde su principio; y, sobre todo, sin un " indio de paz con quien cultivar la tierra, que era el sus- " tento de los moradores de este reino: está perdido".

Si por este cuadro se conoce á cuán poco lisongero estado habían los indios reducido á la colonia, se ve, si es posible, aún más triste y aflictiva la situación al echar una mirada al ejército y á los vecinos de las ciudades del norte, únicas que podían considerarse realmente en pie.

" La miseria de toda esta soldadesca, como á Vuestra " Majestad por otras relaciones tengo escrito, no sabré " encarecerla; porque unos andan sin zapatos y los más " sin camisas y en general pocos traían vainas " en las es- " padas ni tenían con qué comprarlas. Y todo nace de no " haber paga situada. Y si se hiciese cuenta de lo que se " gasta en los socorros de ropa que se traen con lo que se " podría gastar en esta paga situada, (no) viene á ser " mucha más cantidad lo que en esto se gastara que lo que " se consume en los socorros de ropa, siendo de tan poco " fruto los que á los soldados se hacen. Y con esta paga " descargará Vuestra Majestad su real conciencia y se evi- " tarán cien mil cuentos de agravios que en este reino se " hacen. Y ellos se quejan de que Vuestra Majestad no les " paga y asimismo del Virey y del que gobierna. Y certifico " á Vuestra Majestad con la verdad que debo tratar que es " con sobra de razón; porque tal miseria y desnudez no en- " tiendo la hay en ninguna parte del mundo como la que " estos soldados tienen, y el reino está de suerte que ya no " puede suplir ningun género de necesidades de éstas (2)."

(2) Relación de 18 de febrero de 1600.

Para reparar en algo semejante indigencia repartió Quiñones "el poco socorro que trujo por cuenta de Su Majestad" y dió á los soldados "toda la ropa de su recámara " y más de diez mil pesos de ropa de Castilla que trajo para " el gasto de su casa y criados." Y á pesar de esos generosos sacrificios, las necesidades del ejército no disminuyeron sino en muy pequeña parte (3).

Casi no es menester advertirlo: quien tales sacrificios hacia, no tenía ni pensamiento de cobrar "el poco salario " que Su Majestad le tiene señalado, antes sustenta su casa " á su propia costa con el gasto y lustre que es notorio" (4), dice el Gobernador interino. Y tal rasgo, sin tomar otra cosa en cuenta, manifiesta, á juicio nuestro, cuán distinto personaje de los otros Gobernadores de Chile era don Francisco de Quiñones.

De la desnudez y pobreza de los soldados resultaban males gravísimos á la colonia en las numerosas deserciones y en los muchos que se pasaban al enemigo. Á fin de minorar estos últimos inconvenientes, Quiñones pedía al Rey que mandase tropas de España "y no del Perú; porque como es " tierra tan abundante y entran en una de tanta miseria " procuran luego huirse, como lo hacen, y otros se van con " los indios de guerra; y, á la cuenta que aquí tengo, son " más de sesenta mestizos, españoles y mulatos los que " andan con sus arcabuces entre los indios, y como la- " drones de casa dan aviso de nuestras flaquezas, que no " son pocas" (5).

Según hemos dicho, estaba muy lejos de librarse ciudad alguna de la miseria general, y cada año nuevos documentos y nuevos datos manifiestan la suma pobreza de aquella época tan aciaga:

(3) Pregunta 6ª de la información de 8 de noviembre de 1599.

(4) Id., pregunta 9ª.

(5) Relación de 18 de febrero de 1600.

"Hasta los propios vecinos y moradores es menester " vestir y socorrerlos, dice el mismo Quiñones (6), y es tan " extrema la pobreza de este reino que muchas mujeres y " doncellas principales de beneméritos no salen á la iglesia " por no tener manto ni con qué cubrir su desnudez; y no " por defecto de la tierra, que es muy rica y fértil y la mejor " de las Indias, sino por los daños y continuos gastos de la " guerra, que ha consumido y acabado las vidas y hacien- " das de entrambas repúblicas de españoles y naturales."

La situación tan excepcional de don Francisco de Quiñones, primero y único Gobernador de Chile que apreciaba en nada su destino, miraba su estadía aquí casi como un destierro y sólo había venido por servir al Rey y obtener después el premio, le daba completa independencia para informar al monarca acerca de las necesidades del reino y de los medios de satisfacerlas: "En todas las relaciones, exclama " una de las muchas veces que repite este pensamiento, que " he dado á Vuestra Majestad y que daré el poco tiempo " que aquí estuviere, no soy más interesado que de una pu- " ra verdad, y mi venida á este reino no ha sido con más " pretensión de sólo servir á Dios y á Vuestra Majestad y " sin perjuicio de tercero avisar lo que fuere verdad" (7).

Y pues esa completa independencia y su carácter y antecedentes daban tanta autoridad á sus palabras, sus informes á la Corte debían ser más apreciados y atendidos que cuantos de ordinario llegaban allá. De ello hubieron de felicitarse los desgraciados vecinos de las ciudades de Chile, hablando de los cuales dice al Rey que ni con mucho pagaría la deuda hacia ellos contraída por la Corona si les mandara millón y medio de ducados.

Del propio modo clama contra la injusticia de obligar á

---

(6) Carta al Rey, de 20 de febrero de 1600.

(7) Relación de 18 de febrero de 1600.

los indios amigos del Norte, que durante tanto tiempo se han mostrado súbditos fieles, á ir á combatir á los rebeldes del Sur. A consecuencia de eso no tenían ni podían tener doctrinas arregladas endonde se les instruyera en las cosas de la fe. Y tratando después del servicio personal se expresa como sigue: "Asimismo hay en este Reino un servicio " personal que es de tal suerte que los indios de paz, que es" tán dados á personas particulares, tienen el dominio so" bre ellos que yo puedo tener sobre un esclavo, porque los " oficiales trabajan para sus amos, llevándoles el jornal y " apremiándoles á las demás cosas de servidumbre como á " esclavos. Yo tengo de esto tanto escrúpulo que me obli" ga á dar á Vuestra Majestad aviso de ello, que es de don" de ha de manar el remedio" (8).

Semejantes palabras, extrañas en labios de un Gobernador de Chile, eco ordinariamente de los intereses y pasiones de los encomenderos, honran sobremanera á Quiñones y justifican la frase, no exenta, al parecer, de soberbia, en que pide al Rey el nombramiento de otro Gobernador en su reemplazo: "Por otras he suplicado á Vuestra Majestad, " se sirva de mandar proveer este oficio; y *cuando de mi ve" nida á él no resultare otro efecto que la relación y verda" dero aviso de sus cosas, merecen las mías que Vuestra " Majestad las honre y favorezca.*"

Estas cosas, la miseria tan grande de los españoles que los tenía hasta sin armas, las exacciones con que los indígenas se veían abrumados, el ejemplo de los del Sur y el entusiasmo despertado por sus victorias entre todos los naturales de Chile, eran poderosísimos incitantes á la revuelta. Y, si no nos engañan muchos documentos, fueron causa de que se formase una conspiración general en el Norte del Reino, conforme á la cual habían de sublevarse los indios

(8) Relación de 18 de febrero de 1600.

de las comarcas de Santiago y La Serena, atacar y destruir estas ciudades y consumar así la ruina de la dominación española (9). La llegada tan oportuna de Quiñones con refuerzos vino á impedir, según se asegura, el que se llevara á cabo la conspiración (10).

Imposible averiguar hoy si realmente los ya tan escasos y humillados indígenas de Santiago sintieron por un momento hervir su sangre de antiguos guerreros y se propusieron, en unión con los de La Serena, tomar de nuevo las armas con que en otras ocasiones habían combatido á los dominadores de su patria. Es imposible saber si fué efectivo tal pensamiento ó solo existió en la mente de los españoles que dieron valor á circunstancias insignificantes. De todos modos, si la conjuración no existió, los indios dejaron escapar la ocasión más oportuna y favorable. Y había motivo sobrado para que los españoles se asustasen y viesen fantasmas por las razones antes apuntadas, á las cuales se debe agregar el haberse sacado para la guerra casi todos los hombres capaces de cargar armas de Santiago y La Serena.

El Procurador General dirigiéndose al Gobernador del Reino, meses después de estos sucesos y cuando la noticia de la destrucción de Valdivia renovaba los temores de los vecinos de la capital, se expresa así:

"Con cuyo suceso (la toma de Valdivia) es muy evidente " que el enemigo ha cobrado mayor avilantez y ánimo que " nunca para intentar graves daños hasta acabar de des- " truir á las demás ciudades que están en pie. Y como tam- " bién tiene inteligencia de las fuerzas de cada una para

(9) Se habla de este proyecto de sublevación en las cartas de Quiñones fechas á 15 de julio de 1599 y á 20 de febrero de 1600, en la declaración de Vizcarra y en la petición que la ciudad de Santiago hace al Gobernador de Chile el 4 de enero de 1600.

(10) Id. id.

" acudir á la ofensa de la más importante y flaca, sabe que
" la dicha ciudad de Santiago es la principal de todas y que
" con el apercibimiento de gente que se hizo este verano
" quedó indefensa y en notorio peligro de perderse, por no
" haber en la dicha ciudad treinta hombres de provecho
" que puedan subir á caballo para la defensa de ella ni vein-
" te arcabuces y cotas, siendo más de tres mil los indios
" beliches de su comarca, repartidos en las estancias, chá-
" caras y haciendas y en el servicio de las casas. Los cuales
" y los propios naturales tienen hechas las ceremonias é ri-
" tos ordinarios de alzamiento para asolar la dicha ciudad,
" como lo averiguó el Licenciado Francisco Pastene, te-
" niéndola á cargo después de la muerte del dicho Martín
" García de Loyola, en el primer castigo que sobre ello se
" hizo en el valle de Quillota, donde averiguó la conjuración
" que llaman *de la cabeza*, que entre ellos es el homenaje y
" conjuración de guerra á fuego y sangre. Y para su ejecu-
" ción sólo aguardan la ocasión que se ofreciese más á pro-
" pósito de descuido ó alguna desgracia y ruina tan nota-
" ble como la de Valdivia, y especialmente habiendo salido
" toda la gente á pie y de provecho de la dicha ciudad, de-
" jándola sola y sin defensa, siendo su sitio y traza tan ex-
" tendido que conforme á ello requería quinientos hombres.
" Y por ser las fuerzas que Vuestra Señoría tiene tan cortas
" para ningún efecto y la dicha ciudad de Santiago la prin-
" cipal del Reino y su fundamento y cabeza, conviene que
" Vuestra Señoría la mande reparar y defender, porque de
" sola su conservación pende el poder sustentar la posesión
" desta tierra hasta que Su Majestad y el señor Visorey del
" Perú la socorran con fuerza suficiente, como Vuestra Se-
" ñoría diversas veces con verdadera relación les ha dado
" cuenta y lo tiene pedido" (11).

(11) Petición que la ciudad de Santiago hace al Gobernador de de Chile el 4 de enero de 1600.

El mismo documento hace extensivas estas reflexiones á La Serena, y concluye pidiendo á Quiñones que, pues la ausencia de los vecinos, llevados para la guerra, es la causa principal de tal estado de cosas, mande que "por mar y tie- " rra vuelvan al reparo y defensa de las dichas ciudades el " número que fuese suficiente, antes que los dichos indios " conjurados ejecuten su determinación y mal intento de " arruinar la cabeza y principal fundamento de este Reino."

A esta petición se unieron en una solicitud al Gobernador los vecinos de Santiago que militaban á las ordenes de Quiñones (12).

Perfectamente conocía éste la deplorable situación de Santiago y La Serena; pero tales eran y tan urjentes las necesidades del Reino y la escasez de soldados, que, conociéndolas, no había trepidado al llegar á Chile en exigir á aquellos pobres vecindarios un sacrificio más, sacrificio al parecer imposible para quien no supiese su inagotable gene-

(12) He aquí ese documento, en donde leemos los nombres de los vecinos de Santiago que estaban en el campo del Gobernador:

"Nos, los vecinos y moradores de la ciudad de Santiago, que al " presente nos hallamos militando en esta frontera de la Concep- " ción en compañía del señor Gobernador don Francisco de Quiño- " nes, por lo que á nosotros y al bien general de la dicha ciudad y " su conservación y defensa toca, aprobamos y confirmamos lo " que en esta petición y escrito pide Domingo de Erazo, Procura- " dor General de este Reino, en nombre de la dicha ciudad de San- " tiago, por ser lo susodicho lo que al servicio de Su Majestad y " defensa de la dicha ciudad conviene, como cabeza y la más prin- " cipal y necesaria del Reino, y lo firmamos de nuestros nombres. " Don Luis Jufré.—Luis de las Cuevas.—Don Francisco de Zúñiga. " —Martín de Zamora.—Alonso de Córdoba.—Don Juan de Quiro- " ga.—Don Pedro Ordóñez Delgadillo.—Tomás de Olavarría.—Pe- " dro Guajardo.—Andrés de Fuenzalida Guzmán.—Jerónimo de " Guzmán.—Juan Ortiz de Cárdenas.—Rodrigo de Araya.—Jeróni- " mo Zapata de Mayorga.—Don Antonio Morales.—Don Juan de " Rivadeneira.—Gregorio Serrano.—Juan de Mendoza.—Hernando

rosidad: había comisionado al Maestre de Campo don Luis Jufré para llevar á Concepción los soldados que esas ciudades pudiesen nuevamente proporcionar y ellas á fuerza de heroísmo suministraron ciento treinta hombres de armas. Quiñones apreciaba debidamente tales hechos y recibió con la debida consideración la súplica que se le presentó en audiencia pública y, al proveerla, declaró que, á pesar de los grandísimos apuros y del apretado cerco de las ciudades australes y de tener "menos de ciento cincuenta hombres " de provecho para acudir á tantas obligaciones" estaba pronto á socorrer como pudiese á Santiago y La Serena, aunque para obrar así él hubiera de "encerrarse en las ca" sas fuertes de San Francisco de esta ciudad" (Concepción).

Y pasado el pánico de esos momentos, continuó reconociendo la justicia de las quejas de aquellos vecinos y procurando aliviarles su suerte: no olvidó nunca la generosidad con que habían acudido á su llamamiento ni desatendió súplicas que, bien lo sabía, tenían por fin proveer á heroicas ciudades de los hombres más indispensables para su seguridad.

Cuando Quiñones habla de esto al Rey, el 18 de febrero de 1600, en la carta cuyos son los datos recién apuntados, insiste en que tanto para la defensa de Chile como para concluir con "los agravios y molestias que á los vecinos y " moradores de este Reino se hacen," es menester enviar de

---

" Alvarez de Toledo.—Don Diego Bravo de Saravia.—El Licencia" do Francisco Pastene.—Pedro Cortés.—García Gutiérrez Flores. " —Francisco de Rivera Figueroa.—Don Manuel de Carvajal. - " Diego Sánchez de la Cerda.—Francisco Hernández de Herrera.— " Francisco Bravo.—Don Pedro de la Barrera Chacón.—Don Fran" cisco Ponce de León.—Francisco Hernández.—Francisco de Soto. " —Don Gonzalo de los Ríos.—Francisco Hernández Lancha.— " Juan Hurtado."

España "mil hombres bien armados y que traigan todas " sus sillas, porque el traerlas es una de las cosas de más " momento, á los cuales se les podía señalar una paga sufi- " ciente, que á mi parecer bastaría doce pesos corrientes de " á nueve reales cada mes. Y con los mil hombres y la gente " que aquí hay, se podrían hacer dos campos y con la paga " que digo sería causa de que la gente asistiese con volun- " tad". Este refuerzo de mil hombres lo considera Quiñones en diversos lugares de su correspondencia suficiente para terminar la guerra y habla también repetidas veces de su plan de formar con ellos dos campos (13) "divididos con- " forme á la disposición de la tierra, que la divide una cor- " dillera y sierra inespugnable de montañas y quebradas. " Y cuando un campo sólo entrase en la tierra llana de la " una parte de esta sierra, los indios se pasarían á la otra, " juntándose todos con la seguridad y aspereza de ella á " hacer los daños, que tan larga experiencia ha mostrado, " consumiendo sin provecho tanta hacienda y vasallos " como á Vuestra Majestad ha costado esta guerra, por " no haber metido de una vez dos campos suficientes por " entrambas vertientes de la cordillera, que en la una caen " los Estados de Arauco y Tucapel y en la otra las provin- " cias de Mareguano y Purén con los términos de la ciudad " de Angol y camino real de La Imperial. Y podían sujetar " al enemigo sin dejarle otro recurso á donde acudir fuera " de la obediencia de Vuestra Majestad".

Pero por muy necesario que Quiñones juzgara el refuerzo de los mil hombres, estaba resuelto, si de cualquier modo tenía desahogo, á no aguardarlo para "enviar á sus casas " los ciento treinta hombres que tengo de Santiago y Co-

---

(13) Cartas de 18 y 20 de febrero de 1600. El aparte que copiamos en el texto pertenece á la última.

" quimbo; que no es justo retenellos más por el mucho " daño que sus haciendas y casas reciben" (14).

Y para mejor manifestar el inminente peligro de la colonia recuerda al Rey que "pasan de sesenta mil indios " los que están de guerra y en tres juntas hay en campo " más de veinticinco mil y entre ellos diez ó doce mil de á " caballo y la tierra que del todo está alzada y declarada " son veinte y cien leguas" (15). ¿Cómo dominar tan tremenda sublevación cuando "para cualquier reparo á que se " desease acudir no podría, dice, sacar conmigo cuarenta " hombres sin dejar el pueblo (Concepción) en notable peli- " gro de perderse contra un enemigo que donde quiera pue- " de juntar dos mil picas y caballos, tan valientes y dies- " tros como los mejores españoles?" (16).

"Si Vuestra Majestad no le ayuda (á Chile) á levantar " presto con su poderosa mano, ha de perecer sin remedio, " porque en cien leguas de tierra poblada no ha quedado " de paz tan sólo un indio" (17). Además, el Rey y sus Ministros por la honra de España y la seguridad de América no podrían consentir en "la perdición de un Reino tan im- " portante y principal, llave de todas las Indias, con la oca- " sión tan grave para remover la envidia y los ánimos de " todos los naturales á la imitación de los sucesos de esta " tierra" (18).

Insistiendo de nuevo en los mil hombres, que tan suficientes le parecían á él como escasos habían de ser juzgados

---

(14) Carta de 18 de febrero de 1600.

(15) Id. id.

(16) Carta de Quiñones al Rey, de 15 de julio de 1599.

En la pregunta 5ª de la información de 8 de noviembre de 1599 se asegura también que el enemigo "cada vez que quiere echa más " de mil hombres á caballo y tres y cuatro de á pie y toda la gente " muy diestra y de mucha experiencia en la guerra".

(17) Carta de 20 de febrero de 1600.

(18) Id. id.

después por los otros Gobernadores, llegaba hasta señalar el camino por donde habían de venir: "después que entré en " este Gobierno me enteré del viaje más cómodo que po- " drían traer y es por Buenos Aires; porque esta comunica- " ción está ya tan abierta y de suerte que andan gran can- " tidad de carretas por ella; y así por donde conviene que " esta gente venga es por este camino. Y de esto estoy muy " enterado" (19).

(19) Id. id. Casi con las mismas palabras había pedido esto en su carta de 15 de julio de 1599.

CAPITULO IX

QUIÑONES ENVIA SOCORROS Á ARAUCO Y LA IMPERIAL

Quiñones no participa de las ilusiones que á todos infundió su llegada.—Lo único que cree poder hacer.—Sitian á Arauco los indios. —Envía socorro Quiñones al mando de Cárdenas y Añasco.—Estratagema para facilitar la entrada de ese socorro.—El último esfuerzo de los sitiados: auducia de Pedro Rodríguez Villa Gutiérrez.—Encuentra los barcos de Añasco.—Consigue entrar éste á la plaza.—Retíranse los sitiadores.—Refuerzos del Perú y de Santiago.—El mensajero de La Imperial.—Envía allá Quiñones á Pedro de Recalde.—Frústrase la expedición.—Envía otro barco, que debía llegar á Valdivia.

Aunque bien pocas fuerzas acompañaban á Quiñones, la presencia de éste llevó no escaso aliento á los desgraciados habitantes de Concepción: después de tanto tiempo como se reunían para dormir en el convento de San Francisco, convertido por las necesidades de la guerra en fortaleza, pudieron en fin habitar tranquilos de día y de noche en sus casas (1).

(1) Citada información de 8 de noviembre de 1599: declaración de Pedro Fernández de Olmedo.

Don Francisco de Quiñones se complacía mucho en los buenos efectos de su llegada y procuraba animar más y más á los soldados y á los vecinos, amilanados con tantas desgracias; pero no se forjaba ilusión alguna y conocía claramente su impotencia para emprender ataque serio contra los indígenas victoriosos, mientras sólo dispusiera de tan miserables fuerzas. Á donde quiera que volviese los ojos no divisaba sino necesidades y necesidades premiosas. ¿Qué haría no pudiendo remediarlas todas? ¿A cuál acudir?

No estuvo mucho tiempo indeciso: lo único tal vez posible, y tambien una de las cosas más importantes, era socorrer á Arauco, reducida ya á sólo el fuerte y próxima á sucumbir al sinnúmero de indígenas que la sitiaban. Nadie ponía en duda la precisión de mantener esa plaza, y el hambre había llegado en ella á tal extremo, que obligaba á los sitiados á comer "rocines y cueros y adargas é celadas, que las cocían" (2).

Se calculaba en más de tres mil el número de los indígenas (3) que sitiaban á Arauco y se necesitaba fuerza respetable para romper el cerco é introducir víveres y demás socorros. El Gobernador comisionó para dirigir la expedición al mismo don Juan de Cárdenas y Añasco, que acababa de venir con él al mando de la gente de mar; y le dió ochenta españoles y otros tantos indios amigos (4) para llevarla á cabo. No era, sin duda, gran número; pero ni eso se podía

---

(2) Id. declaración del "general" don Juan de Cárdenas y Añasco.

(3) Es el número que calculan casi todos los testigos de la mencionada información.

(4) La pregunta de la citada información y las respectivas respuestas en los pormenores relativos á la expedición, no mencionan el número de indígenas que iban en ella. Rosales, que á don Juan de Cárdenas y Añasco, lo llama don Juan de Anasco, los hace subir á ochenta. Le tomamos este dato.

exigir á Quiñones, que, para darlos sin peligro de Concepción, ó más bien á fin de precaver á los habitantes de esta ciudad contra el peligro en que quedaron, se vió obligado á convertir de nuevo en fortaleza "el convento de San Francisco con " alguna palizada y artillería" (5). Buena parte de las municiones y de la ropa traídas del Perú fué mandada á Arauco, y también gran cantidad de leña y animales, lo cual se llevó en "un navío de la armada y tres barcos de cerco" (6). Para repartir el socorro se comisionó al proveedor don Francisco Flores de Valdés escribano público y secretario del Cabildo de Concepción (7); Quiñones le ordenó comenzar la repartición por el más pobre (8).

A fin de contribuir al éxito de la expedición de Cárdenas, el Gobernador reunió cuantos hombres pudo, salió á algunas correrías por los alrededores y en una de ellas hizo pasar el Bíobío á un corto número de soldados, los cuales destruyeron y arrasaron rancherías y sementeras y apresaron cerca de cuarenta mujeres y niños. Efectuó esta diversión cuando calculó que sólo faltaban á Cárdenas uno ó dos días para llegar á Arauco, con el objeto de que, sabiendo los araucanos la noticia del ataque dirigido contra sus casas, sus bienes y sus familias, acudiesen en su defensa é hicieran más fácil el socorro de la plaza sitiada con la disminución de los sitiadores. La estratagema surtió el deseado efecto: muchos indios dejaron el asedio para ir contra un enemigo ya tranquilo y resguardado en Concepción (9).

Mientras tanto, Cárdenas y Añasco llegaba á Arauco y llegaba á tiempo que los sitiados echaban mano del último

---

(5) Citada carta de Quiñones al Rey, fecha 15 de julio de 1599.

(6) Información de 8 de noviembre de 1599.

(7) Id. declaración de Blas Zamorano.

(8) Id. pregunta 4ª

(9) Id., id. 8ª

arbitrio para proporcionarse auxilios y ponerse en comunicación con los del norte. Habían construído "un barquillo con dos tablas" y, burlando la vigilancia de los indios, lograron que saliera en él "á la ventura" un hombre audaz, llamado Pedro Rodríguez Villa Gutiérrez. Felizmente Rodríguez divisó muy pronto los barcos mandados por Cárdenas y consiguió llegar á ellos. Llevaba cartas para el Gobernador en las que angustiosamente se le pedía socorro: según dijo el mensajero, á lo sumo podía resistir Arauco diez ó doce días.

Llegó Cárdenas al puerto, desembarcó, dejando en las naves la gente necesaria para defenderlas de un golpe de mano, y con el grueso de la fuerza presentó batalla y dispersó á los araucanos, matándoles algunos guerreros, y entró á la plaza las provisiones que iban á salvar la vida y á dar fuerzas á los que ya se veían en la última extremidad.

Don Juan de Cárdenas y Añasco permaneeió un mes en Arauco, haciendo corridas por los alrededores y proporcionando escoltas para con toda seguridad proveer la plaza de leña y yerba: en una palabra, Arauco, que estaba á punto de perecer, quedó, gracias al oportuno auxilio enviado por don Francisco de Quiñones, perfectamente abastecido y pertrechado para más de seis meses (10).

Los indígenas no acostumbraban mantener largos sitios y se apresuraron á levantar éste: hallábase la guarnición de la plaza bien provista, no había esperanzas de que se rindiera por hambre, y ellos habían perdido en el combate á su pricipal jefe, muerto de un balazo por el soldado Gonzalo Rubio.

Concluída tan felizmente su comisión, Cárdenas, conforme á las órdenes del Gobernador, designó á don Lope Rui

(10) Todos los datos apuntados los tomamos de la mencionada información.



de Gamboa por castellano de Arauco, pues al bizarro jefe Miguel de Silva le pensaba dar Quiñones otra ocupación (11) y volvió con las naves á Penco.

El Gobernador, al recibir la noticia del buen éxito de la expedición de don Juan de Cárdenas, pudo creer que no sería esa la única felicidad con que inaugurara su gobierno: muy luego comenzaron á llegar refuerzos y él y Concepción salieron de angustias.

En cumplimiento de sus promesas, envió el Virey varias partidas de tropas. La primera de ciento cincuenta hombres á las órdenes de don José de Rivera (12), llegó á Valparaíso en septiembre de 1599 (13) y á Concepción, en dos compañías, una, la menos numerosa, al mando del Capitán don Lope de Valenzuela, y la otra, mandada por el Capitán don José de Rivera, á mediados de diciembre del mencionado año (14).

---

(11) Citados "Borradores de una relación de la guerra de Chile".

(12) Relación de Quiñones al Rey, fecha 18 de febrero de 1600. Rosales, único cronista que habla del refuerzo traído por Rivera, dice equivocadamente que era de ciento ochenta hombres.

(13) Citada relación de 18 de febrero de 1600.

(14) En la información de 8 de noviembre, varios testigos dicen que el Gobernador no ha podido partir en socorro de las ciudades del Sur por no haber llegado á Concepción don José de Rivera. El primer testigo, don Juan de Cárdenas, añade que sólo ha llegado la partida del Capitán don Lope de Valenzuela; el 25 del mismo mes, escribe Quiñones al Virey: "Don Jusepe no ha llegado á esta ciudad por haber arribado con una tempestad á Santiago. Estará de aquí á tres ó cuatro días". En fin, para seguir paso á paso este refuerzo en su viaje, volvamos á citar la información mandada levantar por Quiñones el 8 de noviembre: demoró más de un mes en terminarse, de manera que el penúltimo testigo, el capitán don Antonio de Avendaño, declara el 9 de diciembre, y á propósito de este refuerzo afirma que aún no entraba en Concepción el capitán don José de Rivera con su gente; pero que desde "cuatro ó cinco días llegó cerca de aquí".

En los mismos días ó poco después llegó á Concepción el Maestre de Campo don Luis Jufré con ciento treinta soldados, supremo y heroico sacrificio con que los vecinos de Santiago y la Serena respondían á la petición de Quiñones (15).

Si el Gobernador olvidó sus apuros con estos refuerzos, los acontecimientos se encargaron muy pronto de traérselos á la memoria.

Lo primero fué el arribo á Concepción de un barco construído por los desgraciados habitantes de La Imperial y mandado por el audaz Capitán don Pedro de Escobar Ibacache, quien pedía con suma instancia socorros para aquella ciudad (16); y tal debió de pintar la situación, que Qui-

---

(15) Relación de 18 de febrero de 1600. En ella menciona Quiñones el refuerzo de ciento treinta hombres llevado de Santiago y La Serena por don Luis Jufré; pero no expresa la fecha en que llegó.

(16) Carta de Quiñones al Rey, fecha á 29 de noviembre de 1599.—Alvarez de Toledo, PURÉN INDÓMITO, canto XX.—Lo mismo encontramos y con más minuciosidades en un expediente de "Filiación, probanza y ejecutoria de la nobleza de don Pedro de Escobar Ibacache," seguido en 1624 y que posee entre sus papeles de familia el señor presbítero don Juan Escobar Palma. Dice así: "Estando pereciendo la ciudad Imperial de el dicho reino con
" continuos cercos y hambre, tomaron por último remedio los
" de ella hacer un barquillo de árboles frutales y mandaron al di-
" cho Maese de Campo don Pedro de Escobar Ibacache se em-
" barcase en él con nueve soldados y sin marinero ni piloto ni él
" haber puesto pies en mar en su vida, y sin más provisión que
" yerbas y agua, y que descubriese la barra, cosa que en tiempo
" de la más sosegada paz no habían podido hacer pilotos. Día
" del señor San Francisco, á 4 de octubre, con grandísimo riesgo
" así de el mar como de los enemigos que de las riberas de el río
" les combatían lo que podían, se arrojó por la barra el dicho
" Maese de Campo y salió por ella, habiendo estado ya casi per-
" didos, y trajo aviso al Gobernador don Francisco de Quiñones
" del aprieto en que estaba la dicha ciudad."

ñones consiguió aprestar "en pocas horas el navío del " Capitán Pedro de Recalde y otros barcos pequeños" con los alimentos que fué posible reunir y los despachó "con or- " den de que entrasen primero los barcos y tanteasen y mi- " rasen la boca del río y puerto para ver si podía entrar el " navío."

Al leer en carta de Quiñones al Rey de 25 de noviembre de 1599, las precauciones ordenadas por él á los barcos para entrar á La Imperial y acostumbrados ya á ver como las desgracias llovían sobre la colonia, sería de creer que el navío de Pedro de Recalde se hubiese perdido por falta de prudencia y que Quiñones quisiese librarse de la responsabilidad de ese siniestro. No hubo ni cosa parecida; pero no por eso pudieron felicitarse de la expedición los desgraciados habitantes de La Imperial.

Apenas se hizo la flotilla á la vela, el mar y los vientos le fueron tan adversos, que después de muchos días de esfuerzos inútiles, "los barcos se volvieron al puerto" de Concepción, y Recalde pasó con su navío á la isla de Santa María, donde entonces acostumbraban ir los buques á refrescar las tripulaciones.

Por ahora dejemos ahí á Recalde, que más á la larga hemos de referir en capítulos siguientes sus aventuras en esa isla.

Cuando don Francisco de Quiñones vió llegar á Concepción los pequeños barcos que en compañía del navío de Recalde había enviado con socorro á La Imperial, y supo el fracaso de la expedición, sólo pensó en despachar otra; pues las noticias recibidas le mostraban la necesidad extrema de aquella plaza y no quería el enérgico anciano que, por falta de diligencia, fuera á ser destruída durante su gobierno por los enemigos la más importante posesión austral de Chile. Y en su ansia de enviar pronto el auxilio, ni siquiera esperó el navío de Recalde, aunque en él viniese la mayor

parte de los víveres y pertrechos, que con dificultad había reunido para auxiliar á La Imperial.

En verdad, si, como veremos, hubiese aguardado la vuelta de Recalde, no habría partido de Concepción el deseado socorro: ¿habría, sin embargo, perdido con ello La Imperial? Al parecer, extraña fatalidad se oponía á que los habitantes de aquella ciudad fuesen socorridos y tornaba inútiles los esfuerzos de Quiñones.

Temiendo éste que se frustrara otra vez el envío de las naves, les señaló nuevo rumbo: "despachó un navío y un " barco con vituallas y alguna gente," dándoles orden de ir á Valdivia, de donde debían seguir por tierra á La Imperial (17). La expedición, al mando de don Pedro de Escobar Ibacache (18), llegó al puerto de Valdivia; pero lo que allí supo le impidió pensar siquiera en seguir su viaje á La Imperial.

---

(17) Testimonio dado por la ciudad de Concepción á favor de Quiñones el 24 de agosto de 1600.

(18) Alvarez de Toledo, canto XX, del PURÉN INDÓMITO y agrega:

"Que fueron á don Pedro acompañando
"Fray Juan Tobar, García de Alvarado
"Y el padre fray Gregorio de Mercado."

A don Pedro de Escobar Ibacache lo nombra Alvarez de Toledo en ésta y otra ocasión don Pedro de Ibacache.

CAPÍTULO X

INCENDIO DE CHILLÁN

Rumores de conspiraciones de los indios.—Avísase á Quiñones que Millachine se ha retirado de Chillán para favorecer á los rebeldes.—¿Es cierta ó nó esta noticia?—Versión de los españoles.—Versión de los indios.—Lo que parece probable en cada una de estas versiones.—Proyecto de sublevación de los amigos de Millachine en Chillán.—Precauciones que ordena el Gobernador.—No las cumple Jufré.—El amanecer del 13 de septiembre.—Incendio de Chillán.—Muertos y cautivos.—Doña Leonor de la Corte.—Ruinas de Chillán.—Segundo asalto de Chillán: es rechazado por los españoles.—Pedro Cortés y don Antonio de Quiñones mandan diversas expediciones contra los indios.

Desde el principio, sólo aspiró Quiñones, según dice al Rey en carta de 15 de julio de 1599, á mantener las posesiones aún en pie, es decir, sencillamente á defenderse. Y eso continuó siendo el máximum de sus deseos, aún después de haber recibido los refuerzos mencionados en el capítulo anterior: para tomar la ofensiva, el Gobernador creía indispensables los mil soldados que tantas veces había pedido al Rey.

La situación parecía haber, sin duda, mejorado notablemente: los caciques de las cercanías de Concepción ofrecían la paz, y Quiñones antes de aceptarla, los obligaba á reedificar las estancias que acababan de destruir (1), y esos mismos indígenas acudían tranquilos á sus obligaciones antiguas y aún á sacar oro de las minas de Quilacoya (2); pero el Gobernador era demasiado prudente para confiar en amistades cuya lealtad y constancia estaban en razón directa de la pujanza de los españoles. Y si hubiera querido olvidarlo, muy á menudo le habrían refrescado el recuerdo los rumores, fundados unas veces y otras infundados, de conspiraciones fraguadas por los indígenas, hoy en los términos de Santiago y la Serena, mañana en los de Chillán ó Concepción.

Justamente alarmado por tales peligros en medio de su escasez de recursos, supo un día que varios caciques de los alrededores de Chillán, y entre ellos Millachine, famoso por su valor y su influencia, se habían retirado á la espesura de los bosques. Esta noticia la enviaba el Capitán Diego Serrano Magaña, Corregidor de Chillán, el cual creía urgente tomar medidas enérgicas, pues divisaba en la fuga de los caciques el principio de la sublevación.

¿Era cierta la noticia y fundado el temor?

Indígenas y españoles daban á esta pregunta respuestas muy diferentes.

Para saber la de los últimos nos basta copiar á Rosales:

"Fué ocasión esto para que se le imputase (á Millachine " ó Millachiñe, como lo llama ese historiador en el capítu- " lo XIII del libro V, que vamos citando) que se había mu- " dado para dar entrada á las juntas del enemigo y tener " allí más secreta comunicación con él, y fué causa para

---

(1) Carta de Quiñones al Rey, fecha 15 de julio de 1599.

(2) Id id.

" que el Gobernador le mandase maloquear á él y á los de
" su comarca, como á enemigos encubiertos. Salió á ello
" el Corregidor Diego Serrano Magaña con cincuenta caba-
" llos y, hallando aquella gente en la montaña, la prendió
" y llevó á la ciudad de Chillán. Pero receloso el Goberna-
" dor de que la culpa no mereciese tan riguroso castigo,
" envió al Capitán Alonso Cid Maldonado á que examinase
" bien y justificase la maloca. Y cuando llegó ya estaba
" hecha y halló variedad de opiniones en su justificación.
" Y no habiendo hecho ninguna hostilidad hasta entonces,
" se debía tener por neutral y hacer diligencias para asegu-
" rarla antes de hacer la guerra.

"Fué preso en esta maloca el cacique Millachiñe, lo cual
" causó grandísimo sentimiento en todos sus parientes y
" hicieron un parlamento, saliendo de él determinados á
" tomar la venganza. Y así, dentro de un mes y aunque el
" Gobernador dió libertad á toda esa gente, movido de la
" poca justificación que halló para su cautiverio, como te-
" nían la espina atravesada en el corazón, hicieron una
" junta para dar en la ciudad de Chillán que había sido la
" causa, juramentándose de no desistir de su intento hasta
" lavar sus manos en la sangre de los vecinos en las mis-
" mas pilas del bautismo"

Esta explicación no justifica, sin duda, á los españoles; pero sería defensa si se la compara con la que daban los indios cinco años más tarde (3). Según ellos los pacíficos habitantes de Yumbel, reducidos la mayor parte en los alrededores del fuerte de Santa Lucía, aunque soportaban muchísimos vejámenes de parte de los españoles, no pensaban en sublevarse, cuando Diego Serrano Magaña (4) ideó una

(3) Autos de las paces y perdón general dados por Alonso García Ramón en 1605.

(4) Designan á Diego Serrano Magaña como Corregidor de Chillán en esta época Rosales y la relacion hecha al Rey sobre el esta-

trama infernal. Hizo correr la voz de que se preparaba una gran *maloca* contra las reguas ó tribus rebeldes de las cercanías y citó para tomar parte en ella á todos los indios amigos, y éstos acudieron al lugar de la reunión sin recelo ni concierto, cada cual por su lado y á distinta hora. Cuando iban llegando, Serrano les hacía atar las manos á la espalda y poner en lugar seguro. De este modo logró apresar cerca de cien hombres "y otras muchas piezas", antes que los demás conocieran la celada. Entre los presos se contaban el cacique Millachine y sus cuatro hermanos, todos los cuales habían dado repetidas pruebas de fidelidad. Asegurados los prisioneros, avisó Serrano á Quiñones que se preparaba una revuelta, pidió y obtuvo permiso para hacer una corrida, salió á ella y volvió con los prisioneros, tomados, según decía, con las armas en las manos; los cuales fueron vendidos como esclavos, al mismo tiempo que su infame apresador era premiado por Quiñones. Llena de indignación, toda la provincia resolvió levantarse y vengar la injuria recibida.

Tales fueron las diferentes versiones con que españoles é indígenas referían los sucesos: ¿Quiénes decían la verdad? Probablemente ninguno la decía completa.

Cuanto á los españoles, evidentemente su relato es falso. No habría tomado la autoridad tantas precauciones ni practicado tantas averiguaciones en favor de los indios, si no hubiese sucedido algo semejante á lo que éstos refie-

---

do en que encontró Rivera el reino y publicada en el segundo volumen de documentos de Gay. Alvarez de Toledo en el canto XIV del PURÉN INDÓMITO, añade que Serrano era yerno de Francisco Jufré y que éste al ser nombrado Teniente General, le dió el puesto de Corregidor de Chillán, que entonces ocupaba el Capitán Nicolás Cerra.

"Soldado viejo, práctico y de tomo,
"De más de treinta cursos en la guerra".

ren. Demasiado sabemos cómo se acostumbraba tratar á esos infelices y cuánto se aplaudían las medidas más crueles y rigurosas, para no ver, por entre la división de los pareceres sobre la justicia de la corrida y en la casi reprobación de la conducta de Diego Serrano Magaña, que éste daría á los indígenas fundadísimos y excepcionales motivos de queja.

Por otra parte, también parece evidente que los caciques incriminados dejaron sus habitaciones de los alrededores de Chillán para favorecer algún plan de ataque, que si ellos no habían formado, á lo menos conocían y no querían frustrar ni estorbar.

Como la conspiración, caso de ser efectiva, podía tomar grandes proporciones, el Gobernador no creyó prudente confiar á otro el esclarecimiento del asunto; y así, apenas Diego Serrano prendió á los indios, dió orden Quiñones para que le llevaran los principales caciques y los interrogó por sí mismo. Los reos confesaron haber abandonado el lugar que antes ocupaban á fin de dejar paso expedito á los caciques que iban á atacar á Chillán, á los cuales, por otra parte, no podían resistir ni habían querido auxiliar (5).

(5) Si hemos de juzgar por la relación de Alvarez de Toledo en el lugar citado, los españoles estaban convencidos de la inocencia del cacique Millachine. Añade aún circunstancias más favorables á los indígenas que las expresadas por éstos en el documento á que nos hemos referido.

El Capitán Serrano, después de cometer, según Alvarez de Toledo, toda clase de crueldades contra los indios de los alrededores de Chillán, puso presos á los caciques principales, y, entre ellos, á don Juan Millachine (Millachingue lo llama el autor de Purén Indómito). En estas circunstancias llegó á Chillán Francisco Jufré con la gente de la despoblada Santa Cruz, mandó poner en libertad á los prisioneros y agasajó en su propia casa á Millachine.

Va éste á sus tierras, donde su cuñado Navalande le insta á que se subleve. No teniendo fuerzas para resistir á las de su cuñado,

Quiñones lo comunicó inmediatamente á Francisco Jufré, que mandaba en Chillán, y le ordenó repetidas veces tomar diversas medidas de precaución, como concluir el fuerte; no dejar nunca que los caballos de la tropa paciesen fuera de la ciudad expuestos á una sorpresa del enemigo, sino dentro de los muros y atados; no tolerar que con pretesto alguno saliesen del pueblo los soldados ni aún á las estancias de los alrededores, mientras no disminuyera el peligro, entonces al parecer tan amenazador (6). Probablemente, conocido en Chillán el mal proceder de Diego Serrano Magaña, no se dió crédito á las declaraciones de los prisioneros en lo del proyectado ataque á la ciudad, y á eso, sin duda, debe atribuirse el que las órdenes de Quiñones no fuesen obedecidas ni tomadas las precauciones por él prescritas: con licencia del Comandante Jufré y del mismo Corregidor Serrano salieron muchos soldados á atender los trabajos de sus estancias (7), el fuerte no se concluyó y los caballos

---

vuelve á Chillán y pide á Jufré que le señale á él y á su gente un lugar para fortificarse, bajo el amparo de las tropas españolas. Viene en ello Jufré y comisiona á Diego Serrano para que escoja el lugar.

Algunos días después va á Concepción Diego Serrano á saludar al nuevo Gobernador, lo engaña con supuestas conspiraciones de los indios de Chillán y le arranca orden de prisión contra Millachine y demás denunciados por él.

De regreso á Chillán, busca á Millachine, lo convida para salir juntos contra Navalande y los dos convienen en reunirse la siguiente mañana. A medida que los indios van llegando al lugar de la cita, Serrano los va aprisionando. En seguida reúne el ganado, la ropa y cuanto aquéllos poseían y lo pone en lugar seguro y á los prisioneros los marca y los vende como esclavos.

(6) El 6 de diciembre de 1599, Quiñones hizo declarar á Jufré que había recibido de él estas órdenes de palabra y por escrito. La declaración nos suministra las particularidades que vamos apuntando.

(7) Citada declaración. En ella se afirma que por orden de

continuaron, como antes, paciendo libremente en el campo.

La situación de Chillán y su importancia para mantener las comunicaciones entre Santiago y Concepción eran causa de que de ordinario hubiese ahí una fuerte guarnición, fuerte, por lo menos, con relación á los escasos recursos de la colonia. Así, en esos días tenía Chillán cien soldados para su defensa (8): número tan importante de tropa debió de contribuir no poco á la incredulidad con que se recibió la noticia de la conjuración y del asalto proyectado.

Por desgracia para la colonia, los anuncios eran ciertos y el asalto se verificó.

En la madrugada del 13 de septiembre, dos horas antes de amanecer, despertó Chillán al pavoroso estruendo de los alaridos con que dos mil indios (9) procuraban aumentar el terror de los españoles, á quienes sorprendían en indisculpable descuido. Parapetados en las fortificaciones y en las casas, los cien soldados españoles habrían resistido y rechazado en otra cualquiera circunstancia á los asaltantes; pero la sorpresa dió á éstos gran superioridad y las llamas del incendio, por ellos puesto á las pajizas habitaciones y propagadas con rapidez, concluyeron de esparcir el pánico, que en tales casos es la derrota segura. Los más afortunados se refugiaron en el centro de la ciudad, dejando lo restante abandonado á la voracidad de las llamas, y á los habitantes que no alcanzaron á seguirles en poder de los enemigos.

Quiñones no habían salido de Chillán más soldados que el Capitán Nicolás Cerra, José de Castro y el Alcalde Diego Arias, á los cuales tenía presos en Concepción.

(8) Los citados AUTOS de las paces dicen que había en Chillán "al pie de cien soldados" en septiembre de 1599, y Quiñones, en carta al Rey de 18 de febrero de 1600, cree necesario dejar de guarnición en Chillán noventa hombres.

(9) "Habrá cuatro meses", decía Quiñones en la citada carta "de 18 de febrero de 1600, que dos mil indios, dos horas antes

Casi todas las casas de Chillán y el convento de la Merced, que eran de paja, desaparecieron en aquella aciaga noche.

Reunidos, al fin, los españoles en el fuerte, lograron oponer seria resistencia á los asaltantes que, satisfechos con su victoria, esparciéndose por los campos, "hicieron cuanto " quisieron, llevándose los ganados, abrazando las estan " cias y cautivando los yanaconas" (10).

Esa noche Chillán perdió cuarenta y tantos españoles: siete muertos, de los cuales sólo podemos designar al Vicario Comendador de la Merced, y los demás cautivos, en la mayor parte mujeres, lo que aumentaba la consternación general (11). Por suerte, casi todos los cautivos fueron rescatados en pocos meses, según sabemos, no sólo por Qui-

---

" que amaneciese dieron sobre Chillán". Esto colocaría el asalto á mediados de octubre, si no viéramos que la larga relación firmada el 18 de febrero ha sido escrita poco á poco, casi como diario minucioso. Así, por ejemplo, en un aparte manifiesta Quiñones vivos deseos de ver llegar el refuerzo que debía traer don Gabriel de Castilla y en otro posterior refiere su llegada. En la incertidumbre seguimos á Rosales, que asigna el 13 de septiembre como el día del ataque. Pero si lo seguimos en la fecha, nó así respecto al número de los asaltantes, que, según él, fueron cuatrocientos. Aceptamos el apuntado por Quiñones; pues no nos parece creíble que sólo cuatrocientos indios asaltasen una población en que había cien soldados españoles.

(10) Rosales, lugar citado.

(11) La muerte del Vicario Comendador de la Merced consta de varias declaraciones de una información hecha en Santiago en agosto de 1600 por orden de Alonso García Ramón. Para los demás pormenores, nos hemos apoyado, entre otros, en los siguientes documentos:

El 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al Rey: "Los indios, to- " mando la gente de aquella ciudad (Chillán) con algún descuido " les quemaron las más casas de paja y el Monasterio de la Merced " que también lo era y prendieron un fraile lego que en él había, el

ñones (12), naturalmente inclinado á disminuir las desgracias acaecidas durante su gobierno, sino también por el

---

" cual se huyó y se vino á Angol, donde está; prendieron y mataron cosa de treinta y cuatro personas, según tengo relación, y de éstas se han rescatado las de más momento".

Por su parte, los indígenas afirman en los AUTOS de las paces que los asaltantes "se llevaron todas las mujeres, que muy pocas escaparon, y mataron muchos españoles y sacerdotes, pegando fuego á la ciudad toda".

En la información sobre el estado de Chile, levantada en Santiago á petición del Procurador de ciudad el 2 de septiembre de 1600, se asegura que en el asalto de Chillán los indios, "sin la gente que mataron, cautivaron é prendieron otras cuarenta ánimas, pocas más ó menos, de las cuales se sirven en el mayor cautiverio que se puede imaginar, trayéndolos desnudos y descalzos, rotos é hambrientos é maltratados en todo género de servicios".

Alonso García Ramón escribe al Rey en carta de 17 de octubre de 1600: "Los indios tomaron tanta avilantés que vinieron sobre la (ciudad) de San Bartolomé de Gamboa, la cual abrazaron de noche, matando tres soldados y cuatro mujeres, llevándose otras treinta y tres y muchos niños cautivos y frailes, reparándose la demás gente en el fuerte que había".

Por fin, en el PARECER que el mismo García Ramón da á Alonso de Rivera el 18 de febrero de 1601 dice que el enemigo "abrazó la ciudad de Chillán, llevándose della más de cuarenta mujeres y niños cautivos de los cuales, por la misericordia de Dios se han rescatado casi todos".

Alvarez de Toledo nombra también entre los muertos á un clérigo Salinas. Añade que al día siguiente de la destrucción de Chillán llegó á ella el Capitán Tomás de Olavarría con veinte hombres que llevaba de Santiago. No pudieron salir en persecución de los indios hasta veintiséis horas después de la retirada de éstos. Dieron muerte á siete indios y libraron una cautiva, llamada doña Bernardina de Toledo; pero no se atrevieron á seguir en la persecución.

(12) En su carta al Rey, fechada á 25 de noviembre de 1599, don Francisco de Quiñones dice á este respecto: "De las mujeres y personas que en la ciudad de Chillán tomaron, ha sido Dios ser-

Casi todas las casas de Chillán y el convento de la Merced, que eran de paja, desaparecieron en aquella aciaga noche.

Reunidos, al fin, los españoles en el fuerte, lograron oponer seria resistencia á los asaltantes que, satisfechos con su victoria, esparciéndose por los campos, "hicieron cuanto " quisieron, llevándose los ganados, abrazando las estan " cias y cautivando los yanaconas" (10).

Esa noche Chillán perdió cuarenta y tantos españoles: siete muertos, de los cuales sólo podemos designar al Vicario Comendador de la Merced, y los demás cautivos, en la mayor parte mujeres, lo que aumentaba la consternación general (11). Por suerte, casi todos los cautivos fueron rescatados en pocos meses, según sabemos, no sólo por Qui-

---

" que amaneciese dieron sobre Chillán". Esto colocaría el asalto á mediados de octubre, si no viéramos que la larga relación firmada el 18 de febrero ha sido escrita poco á poco, casi como diario minucioso. Así, por ejemplo, en un aparte manifiesta Quiñones vivos deseos de ver llegar el refuerzo que debía traer don Gabriel de Castilla y en otro posterior refiere su llegada. En la incertidumbre seguimos á Rosales, que asigna el 13 de septiembre como el día del ataque. Pero si lo seguimos en la fecha, nó así respecto al número de los asaltantes, que, según él, fueron cuatrocientos. Aceptamos el apuntado por Quiñones; pues no nos parece creíble que sólo cuatrocientos indios asaltasen una población en que había cien soldados españoles.

(10) Rosales, lugar citado.

(11) La muerte del Vicario Comendador de la Merced consta de varias declaraciones de una información hecha en Santiago en agosto de 1600 por orden de Alonso García Ramón. Para los demás pormenores, nos hemos apoyado, entre otros, en los siguientes documentos:

El 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al Rey: "Los indios, to- " mando la gente de aquella ciudad (Chillán) con algún descuido " les quemaron las más casas de paja y el Monasterio de la Merced " que también lo era y prendieron un fraile lego que en él había, el



ñones (12), naturalmente inclinado á disminuir las desgracias acaecidas durante su gobierno, sino también por el

" cual se huyó y se vino á Angol, donde está; prendieron y mata-
" ron cosa de treinta y cuatro personas, según tengo relación, y
" de éstas se han rescatado las de más momento".

Por su parte, los indígenas afirman en los AUTOS de las paces que los asaltantes "se llevaron todas las mujeres, que muy pocas escaparon, y mataron muchos españoles y sacerdotes, pegando fuego á la ciudad toda".

En la información sobre el estado de Chile, levantada en Santiago á petición del Procurador de ciudad el 2 de septiembre de 1600, se asegura que en el asalto de Chillán los indios, "sin la
" gente que mataron, cautivaron é prendieron otras cuarenta áni-
" mas, pocas más ó menos, de las cuales se sirven en el mayor cau-
" tiverio que se puede imaginar, trayéndolos desnudos y descalzos,
" rotos é hambrientos é maltratados en todo género de servicios".

Alonso García Ramón escribe al Rey en carta de 17 de octubre de 1600: "Los indios tomaron tanta avilantés que vinieron sobre
" la (ciudad) de San Bartolomé de Gamboa, la cual abrazaron de
" noche, matando tres soldados y cuatro mujeres, llevándose otras
" treinta y tres y muchos niños cautivos y frailes, reparándose la
" demás gente en el fuerte que había".

Por fin, en el PARECER que el mismo García Ramón da á Alonso de Rivera el 18 de febrero de 1601 dice que el enemigo "abrazó la
" ciudad de Chillán, llevándose della más de cuarenta mujeres y
" niños cautivos de los cuales, por la misericordia de Dios se han
" rescatado casi todos".

Alvarez de Toledo nombra también entre los muertos á un clérigo Salinas. Añade que al día siguiente de la destrucción de Chillán llegó á ella el Capitán Tomás de Olavarría con veinte hombres que llevaba de Santiago. No pudieron salir en persecución de los indios hasta veintiséis horas después de la retirada de éstos. Dieron muerte á siete indios y libraron una cautiva, llamada doña Bernardina de Toledo; pero no se atrevieron á seguir en la persecución.

(12) En su carta al Rey, fechada á 25 de noviembre de 1599, don Francisco de Quiñones dice á este respecto: "De las mujeres y
" personas que en la ciudad de Chillán tomaron, ha sido Dios ser-

Casi todas las casas de Chillán y el convento de la Merced, que eran de paja, desaparecieron en aquella aciaga noche.

Reunidos, al fin, los españoles en el fuerte, lograron oponer seria resistencia á los asaltantes que, satisfechos con su victoria, esparciéndose por los campos, "hicieron cuanto " quisieron, llevándose los ganados, abrazando las estan " cias y cautivando los yanaconas" (10).

Esa noche Chillán perdió cuarenta y tantos españoles: siete muertos, de los cuales sólo podemos designar al Vicario Comendador de la Merced, y los demás cautivos, en la mayor parte mujeres, lo que aumentaba la consternación general (11). Por suerte, casi todos los cautivos fueron rescatados en pocos meses, según sabemos, no sólo por Qui-

---

" que amaneciese dieron sobre Chillán". Esto colocaría el asalto á mediados de octubre, si no viéramos que la larga relación firmada el 18 de febrero ha sido escrita poco á poco, casi como diario minucioso. Así, por ejemplo, en un aparte manifiesta Quiñones vivos deseos de ver llegar el refuerzo que debía traer don Gabriel de Castilla y en otro posterior refiere su llegada. En la incertidumbre seguimos á Rosales, que asigna el 13 de septiembre como el día del ataque. Pero si lo seguimos en la fecha, nó así respecto al número de los asaltantes, que, según él, fueron cuatrocientos. Aceptamos el apuntado por Quiñones; pues no nos parece creíble que sólo cuatrocientos indios asaltasen una población en que había cien soldados españoles.

(10) Rosales, lugar citado.

(11) La muerte del Vicario Comendador de la Merced consta de varias declaraciones de una información hecha en Santiago en agosto de 1600 por orden de Alonso García Ramón. Para los demás pormenores, nos hemos apoyado, entre otros, en los siguientes documentos:

El 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al Rey: "Los indios, to-" mando la gente de aquella ciudad (Chillán) con algún descuido" " les quemaron las más casas de paja y el Monasterio de la Merced" " que también lo era y prendieron un fraile lego que en él había, el

ñones (12), naturalmente inclinado á disminuir las desgracias acaecidas durante su gobierno, sino también por el

---

" cual se huyó y se vino á Angol, donde está; prendieron y mataron cosa de treinta y cuatro personas, según tengo relación, y " de éstas se han rescatado las de más momento".

Por su parte, los indígenas afirman en los AUTOS de las paces que los asaltantes "se llevaron todas las mujeres, que muy pocas escaparon, y mataron muchos españoles y sacerdotes, pegando fuego á la ciudad toda".

En la información sobre el estado de Chile, levantada en Santiago á petición del Procurador de ciudad el 2 de septiembre de 1600, se asegura que en el asalto de Chillán los indios, "sin la " gente que mataron, cautivaron é prendieron otras cuarenta áni" mas, pocas más ó menos, de las cuales se sirven en el mayor cau" tiverio que se puede imaginar, trayéndolos desnudos y descalzos, " rotos é hambrientos é maltratados en todo género de servicios".

Alonso García Ramón escribe al Rey en carta de 17 de octubre de 1600: "Los indios tomaron tanta avilantés que vinieron sobre " la (ciudad) de San Bartolomé de Gamboa, la cual abrazaron de " noche, matando tres soldados y cuatro mujeres, llevándose otras " treinta y tres y muchos niños cautivos y frailes, reparándose la " demás gente en el fuerte que había".

Por fin, en el PARECER que el mismo García Ramón da á Alonso de Rivera el 18 de febrero de 1601 dice que el enemigo "abrazó la " ciudad de Chillán, llevándose della más de cuarenta mujeres y " niños cautivos de los cuales, por la misericordia de Dios se han " rescatado casi todos".

Alvarez de Toledo nombra también entre los muertos á un clérigo Salinas. Añade que al día siguiente de la destrucción de Chillán llegó á ella el Capitán Tomás de Olavarría con veinte hombres que llevaba de Santiago. No pudieron salir en persecución de los indios hasta veintiséis horas después de la retirada de éstos. Dieron muerte á siete indios y libraron una cautiva, llamada doña Bernardina de Toledo; pero no se atrevieron á seguir en la persecución.

(12) En su carta al Rey, fechada á 25 de noviembre de 1599, don Francisco de Quiñones dice á este respecto: "De las mujeres y " personas que en la ciudad de Chillán tomaron, ha sido Dios ser-

Casi todas las casas de Chillán y el convento de la Merced, que eran de paja, desaparecieron en aquella aciaga noche.

Reunidos, al fin, los españoles en el fuerte, lograron oponer seria resistencia á los asaltantes que, satisfechos con su victoria, esparciéndose por los campos, "hicieron cuanto " quisieron, llevándose los ganados, abrazando las estan " cias y cautivando los yanaconas" (10).

Esa noche Chillán perdió cuarenta y tantos españoles: siete muertos, de los cuales sólo podemos designar al Vicario Comendador de la Merced, y los demás cautivos, en la mayor parte mujeres, lo que aumentaba la consternación general (11). Por suerte, casi todos los cautivos fueron rescatados en pocos meses, según sabemos, no sólo por Qui-

---

" que amaneciese dieron sobre Chillán". Esto colocaría el asalto á mediados de octubre, si no viéramos que la larga relación firmada el 18 de febrero ha sido escrita poco á poco, casi como diario minucioso. Así, por ejemplo, en un aparte manifiesta Quiñones vivos deseos de ver llegar el refuerzo que debía traer don Gabriel de Castilla y en otro posterior refiere su llegada. En la incertidumbre seguimos á Rosales, que asigna el 13 de septiembre como el día del ataque. Pero si lo seguimos en la fecha, nó así respecto al número de los asaltantes, que, según él, fueron cuatrocientos. Aceptamos el apuntado por Quiñones; pues no nos parece creíble que sólo cuatrocientos indios asaltasen una población en que había cien soldados españoles.

(10) Rosales, lugar citado.

(11) La muerte del Vicario Comendador de la Merced consta de varias declaraciones de una información hecha en Santiago en agosto de 1600 por orden de Alonso García Ramón. Para los demás pormenores, nos hemos apoyado, entre otros, en los siguientes documentos:

El 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al Rey: "Los indios, to- " mando la gente de aquella ciudad (Chillán) con algún descuido " les quemaron las más casas de paja y el Monasterio de la Merced " que también lo era y prendieron un fraile lego que en él había, el

ñones (12), naturalmente inclinado á disminuir las desgracias acaecidas durante su gobierno, sino también por el

" cual se huyó y se vino á Angol, donde está; prendieron y mata-" ron cosa de treinta y cuatro personas, según tengo relación, y " de éstas se han rescatado las de más momento".

Por su parte, los indígenas afirman en los AUTOS de las paces que los asaltantes "se llevaron todas las mujeres, que muy pocas escaparon, y mataron muchos españoles y sacerdotes, pegando fuego á la ciudad toda".

En la información sobre el estado de Chile, levantada en Santiago á petición del Procurador de ciudad el 2 de septiembre de 1600, se asegura que en el asalto de Chillán los indios, "sin la " gente que mataron, cautivaron é prendieron otras cuarenta áni-" mas, pocas más ó menos, de las cuales se sirven en el mayor cau-" tiverio que se puede imaginar, trayéndolos desnudos y descalzos, " rotos é hambrientos é maltratados en todo género de servicios".

Alonso García Ramón escribe al Rey en carta de 17 de octubre de 1600: "Los indios tomaron tanta avilantés que vinieron sobre " la (ciudad) de San Bartolomé de Gamboa, la cual abrazaron de " noche, matando tres soldados y cuatro mujeres, llevándose otras " treinta y tres y muchos niños cautivos y frailes, reparándose la " demás gente en el fuerte que había".

Por fin, en el PARECER que el mismo García Ramón da á Alonso de Rivera el 18 de febrero de 1601 dice que el enemigo "abrazó la " ciudad de Chillán, llevándose della más de cuarenta mujeres y " niños cautivos de los cuales, por la misericordia de Dios se han " rescatado casi todos".

Alvarez de Toledo nombra también entre los muertos á un clérigo Salinas. Añade que al día siguiente de la destrucción de Chillán llegó á ella el Capitán Tomás de Olavarría con veinte hombres que llevaba de Santiago. No pudieron salir en persecución de los indios hasta veintiséis horas después de la retirada de éstos. Dieron muerte á siete indios y libraron una cautiva, llamada doña Bernardina de Toledo; pero no se atrevieron á seguir en la persecución.

(12) En su carta al Rey, fechada á 25 de noviembre de 1599, don Francisco de Quiñones dice á este respecto: "De las mujeres y " personas que en la ciudad de Chillán tomaron, ha sido Dios ser-

Casi todas las casas de Chillán y el convento de la Merced, que eran de paja, desaparecieron en aquella aciaga noche.

Reunidos, al fin, los españoles en el fuerte, lograron oponer seria resistencia á los asaltantes que, satisfechos con su victoria, esparciéndose por los campos, "hicieron cuanto " quisieron, llevándose los ganados, abrazando las estan " cias y cautivando los yanaconas" (10).

Esa noche Chillán perdió cuarenta y tantos españoles: siete muertos, de los cuales sólo podemos designar al Vicario Comendador de la Merced, y los demás cautivos, en la mayor parte mujeres, lo que aumentaba la consternación general (11). Por suerte, casi todos los cautivos fueron rescatados en pocos meses, según sabemos, no sólo por Qui-

---

" que amaneciese dieron sobre Chillán". Esto colocaría el asalto á mediados de octubre, si no viéramos que la larga relación firmada el 18 de febrero ha sido escrita poco á poco, casi como diario minucioso. Así, por ejemplo, en un aparte manifiesta Quiñones vivos deseos de ver llegar el refuerzo que debía traer don Gabriel de Castilla y en otro posterior refiere su llegada. En la incertidumbre seguimos á Rosales, que asigna el 13 de septiembre como el día del ataque. Pero si lo seguimos en la fecha, nó así respecto al número de los asaltantes, que, según él, fueron cuatrocientos. Aceptamos el apuntado por Quiñones; pues no nos parece creíble que sólo cuatrocientos indios asaltasen una población en que había cien soldados españoles.

(10) Rosales, lugar citado.

(11) La muerte del Vicario Comendador de la Merced consta de varias declaraciones de una información hecha en Santiago en agosto de 1600 por orden de Alonso García Ramón. Para los demás pormenores, nos hemos apoyado, entre otros, en los siguientes documentos:

El 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al Rey: "Los indios, to- " mando la gente de aquella ciudad (Chillán) con algún descuido " les quemaron las más casas de paja y el Monasterio de la Merced " que también lo era y prendieron un fraile lego que en él había, el

ñones (12), naturalmente inclinado á disminuir las desgracias acaecidas durante su gobierno, sino también por el

" cual se huyó y se vino á Angol, donde está; prendieron y mata-
" ron cosa de treinta y cuatro personas, según tengo relación, y
" de éstas se han rescatado las de más momento".

Por su parte, los indígenas afirman en los AUTOS de las paces que los asaltantes "se llevaron todas las mujeres, que muy pocas escaparon, y mataron muchos españoles y sacerdotes, pegando fuego á la ciudad toda".

En la información sobre el estado de Chile, levantada en Santiago á petición del Procurador de ciudad el 2 de septiembre de 1600, se asegura que en el asalto de Chillán los indios, "sin la
" gente que mataron, cautivaron é prendieron otras cuarenta áni-
" mas, pocas más ó menos, de las cuales se sirven en el mayor cau-
" tiverio que se puede imaginar, trayéndolos desnudos y descalzos,
" rotos é hambrientos é maltratados en todo género de servicios".

Alonso García Ramón escribe al Rey en carta de 17 de octubre de 1600: "Los indios tomaron tanta avilantés que vinieron sobre
" la (ciudad) de San Bartolomé de Gamboa, la cual abrazaron de
" noche, matando tres soldados y cuatro mujeres, llevándose otras
" treinta y tres y muchos niños cautivos y frailes, reparándose la
" demás gente en el fuerte que había".

Por fin, en el PARECER que el mismo García Ramón da á Alonso de Rivera el 18 de febrero de 1601 dice que el enemigo "abrazó la
" ciudad de Chillán, llevándose della más de cuarenta mujeres y
" niños cautivos de los cuales, por la misericordia de Dios se han
" rescatado casi todos".

Alvarez de Toledo nombra también entre los muertos á un clérigo Salinas. Añade que al día siguiente de la destrucción de Chillán llegó á ella el Capitán Tomás de Olavarría con veinte hombres que llevaba de Santiago. No pudieron salir en persecución de los indios hasta veintiséis horas después de la retirada de éstos. Dieron muerte á siete indios y libraron una cautiva, llamada doña Bernardina de Toledo; pero no se atrevieron á seguir en la persecución.

(12) En su carta al Rey, fechada á 25 de noviembre de 1599, don Francisco de Quiñones dice á este respecto: "De las mujeres y
" personas que en la ciudad de Chillán tomaron, ha sido Dios ser-

nada sospechoso testimonio de Alonso García Ramón (13).

Los *Borradores de una relación de la guerra de Chile*, ya citados, refieren que entre estas cautivas hubo una respetada y honrada excepcionalmente por los indios: "Dígase, " observa, en honor del hacer bien que, entre algunas per- " sonas que en esta ocasión cautivaron, fué una señora " principal, llamada doña Leonor de la Corte, que por sal- " var sus hijos quedó ella en poder de los enemigos; que, " con hacer á los demás mal tratamiento, al fin como bár- " baros, conociendo á esta señora y que en el tiempo de la " paz los agazajaba y acariciaba, tuvieron este reconoci- " miento: que en los días que estuvo cautiva no sólo no la " maltrataron, pero la regalaron y sirvieron y le dejaron " todas las criadas que la servían en su casa. Y cuando " se rescató la acompañaron todos los caciques hasta el " lugar del contrato: ¡tanto puede el hacer bien, aunque sea " á bárbaros!"

Quiñones, apenas supo la ruina de Chillán, se apresuró á enviar á los vecinos de esa ciudad cuantos recursos pudo reunir, la mayor parte sacados de su propio peculio (14)

Mas de un año después del incendio, Chillán, según afirma un testigo de vista, estaba reducido á "una porción de " fuerte mal reparado y extendido. Es de dos tapias de alto " y la dicha tapia bardada por encima de la grandeza de dos

---

" vido sean rescatadas todas, sino tres ó cuatro y esas de bien " poca consideración y en toda esta semana me han prometido se " rescatarán".

(13) Véase el aparte del PARECER de 18 de febrero de 1601, citado en la nota 11.

(14) Alvarez de Toledo, lugar citado:

" Mas con la caridad y amor piadoso
" De que su alma estuvo guarnecida,
" Envió luego un número copioso
" De ropa á la ciudad desguarnecida,

" cuadras y tiene cuatro traveses muy pequeños en medio " de las cortinas, sin ningún foso. Y por de dentro tiene las " casas arrimadas á la propia muralla, sin distancia nin- " guna para poderlas rondar ni defender, ni troneras sino " la de los cubos. Y la propia caída (que) tiene por de den- " tro tiene por de fuera, sin más prevención para la defensa; " que ha sido milagro de Dios sustentarse, así por la mala " disposición para defendello como por el descuido en que " viven los de dentro" (15).

Para concluir con lo referente á Chillán durante el corto gobierno de don Francisco de Quiñones, añadiremos que á mediados de enero de 1600 volvieron á atacarla los indios. En esta vez eran tres mil los asaltantes y se prometían, en vista de su número, concluir con el fuerte á que la antigua ciudad había quedado reducida. De nuevo dieron el asalto favorecidos por las tinieblas de la noche; pero los defensores de Chillán habían pagado demasiado caro el descuido para que los centinelas se volviesen á dormir. Dada la voz de alarma, resistieron con tanto mayor facilidad, cuanto por una parte, se encontraban reunidos en el fuerte, y, por

---

" Con orden que la parta un religioso
" Á la gente que más quedó perdida,
" De manera que á toda gente alcance
" Conforme á lo perdido en aquel trance.

" Pero lo que envió fué tan bastante
" De su casa el magnánimo Quiñones
" Que le dieron á cada militante
" Dos camisas, juvón, capa y valones
" Sayo, medias, sombrero y lo restante
" Aforro, tafetán, seda y botones,
" Y á todas las señoras de la tropa
" Chapines, tocas, manto, saya y ropa".

(15) Citada relación sobre el estado en que Alonso de Rivera encontró á Chile.

otra, eran aún más numerosos que en la anterior ocasión: ciento sesenta soldados formaban casi un ejército en aquellos días de amargo recuerdo para la colonia. Los mandaba el Maestre de Campo Miguel de Silva, á quien don Francisco de Quiñones había traído de Arauco para confiarle este cargo, y, como segundo, el Corregidor Diego Serrano (16).

Cuando con la luz del día pudieron los españoles salir del fuerte, atacaron al enemigo, lo pusieron fácilmente en fuga, le mataron más de cien hombres y presenciaron la muerte de otros muchos, que se arrojaron al río y perecieron ahogados (17).

Este hecho de armas fué de grandísima consideración en aquellas circunstancias y con razón sobrada decía Quiñones, en el documento recién citado, que "si allí sucediera la " menor desgracia del mundo, se habría alzado hasta Santiago".

Para aprovechar la victoria, el Gobernador mandó á Pedro Cortés, á la cabeza de sesenta hombres de caballería, á que, recorriendo las riberas del Itata, cortara las comidas á los rebeldes, los atemorizara y les impidiese volver á reunirse en otra de esas juntas que tan en peligro habían puesto al reino. Como siempre, Cortés cumplió honrosamente la comisión recibida y volvió victorioso al Gobernador (18).

---

(16) Id. id. y "Borradores de una relación de la guerra de Chile".

(17) Relación de Quiñones, fechada el 18 de febrero de 1600. De ella tomamos los datos acerca del segundo ataque de Chill[illegible]

Los citados "Borradores, etc." refieren que, habiendo [illegible] guel de Silva á una maloca, se [illegible] ecisado á retirarse [illegible] y fué perseguido por los ind[illegible] en la noche dier[illegible] quemaron á San Francisc[illegible] rechazados "[illegible] bajo". Hemos creído mu[illegible] le el testimo[illegible] pues los "Borradores" su[illegible] exactos

(18) Relación de Quiñ[illegible]

No fué el único escarmiento: algunos días antes, habiéndose notado en la provincia de Rere diversos síntomas de revuelta, se supo que los indios fraguaban una conspiración y preparaban una gran junta, y casi al mismo tiempo que ya habían comenzado á reunirse, y Quiñones envió contra ellos á su hijo don Antonio. Partió don Antonio á la cabeza de ciento treinta buenos soldados y "obró con tal valentía " que deshizo la junta y no dejó casa que no quemase, ni " sembrado que no talase de los de Rere y Cuyunco" (19).

Estos castigos eran, sin duda, una felicidad para la colonia; porque daban ánimo á los amilanados guerreros y algo contenían el ímpetu de los indios; pero el escarmiento sólo surtía efecto en unas cuantas tribus y por poco tiempo. Las otras continuaban sus ataques y las mismas derrotadas hoy, cobraban nuevos ánimos mañana al ver que en resumidas cuentas, aún derrotadas, habían quedado señoras del campo. Las de los alrededores de Chillán, con mirar los humeantes escombros de la antigua ciudad, conocerían que las armas españolas iban siendo cada día más impotentes.

---

(19) Rosales, lugar citado.



CAPÍTULO XI.

RUINA DE VALDIVIA.

Importancia de la ciudad de Valdivia.— Ventajas que sus defensores obtuvieron sobre los indios.—Imprudente confianza.— Lo que eran para los españoles los indios de paz.— Denúnciase al Teniente Pérez un próximo ataque de los indios.—Precauciones que toma.—Llega Gómez Romero y desprecia los avisos recibidos. Sorpresa y asalto de Valdivia en la noche del 24 de noviembre.—Destrucción completa de la ciudad.— Muerte de más de cien soldados españoles; cautiverio de más de cuatrocientos niños y mujeres.— Llega á las ruinas de Valdivia el Coronel del Campo.—Consigue rescatar á sus dos hijos.—Don Pedro de Escobar Ibacache resuelve volverse á Concepción para dar aviso á Quiñones de lo ocurrido.—Impresión que causa la noticia.

En todos los documentos de la época se considera á la ciudad de Valdivia una de las principales del sur. Para creerlo así tenían en vista, fuera de su prosperidad y de la riqueza relativamente grande de sus vecinos, que por ahí iban de ordinario los socorros á las otras ciudades australes y que su hermosísimo puerto había de ser el abrigo más codiciado por piratas y corsarios para sus naves. Perdida

Valdivia se hacía sumamente difícil socorrer á las otras ciudades; si los indios llegaban á apoderarse de ese puerto podía temerse que pronto se convirtiera en apeadero de corsarios, los cuales ocasionarían á España incalculables males en el Pacífico.

No es de extrañar, pues, que Valdivia tuviera en esos días las mejores y más bien armadas tropas de Chile (1): pasaban de ciento cincuenta el número de los soldados que la defendían contra los indígenas (2). Esta fuerza y la ciudad estaban á cargo del Capitán Gómez Romero (3) y ocupaba el puesto de Sargento Mayor ó segundo jefe don Alonso de Valenzuela (4).

---

(1) Petición que al Gobernador hace la ciudad de Santiago el 4 de Enero de 1600. Véase el aparte citado más abajo de la nota 3.

(2) En la nota 11 se verá por qué avaluamos en más de ciento los guerreros muertos en Valdivia. A ellos deben agregarse treinta soldados que, como también veremos, salvaron por estar fuera de la ciudad, los pocos que lograron huir y los prisioneros: quedamos, parece, cortos en asignar á Valdivia ciento cincuenta defensores.

(3) Petición de la ciudad de Santiago al Gobernador, de 4 de enero de 1600: "Ha tenido ocasión el enemigo para intentar nue-" vos daños ansí en San Bartolomé de Gamboa como últimamente " á 24 de noviembre del año próximo pasado arruinando la ciu-" dad de Valdivia, con tan notable desgracia de muertes y prisión " de más de cuatrocientas personas, por el descuido y mal gobier-" no del Capitán Gómez Romero que la tenía á cargo con muy su-" ficiente fuerza de la mejor gente de este reino, artillería, armas y " municiones".

Alvarez de Toledo, Purén Indómito, canto X, dice que Vizcarra había mandado como Maestre de Campo de todo el sur á Gómez Romero y como Sargento Mayor al Capitán Valenzuela, con órden de ir en socorro de La Imperial; pero que Gómez Romero, enervado por los placeres en Valdivia, no cumplió con la obligación de acudir á la Imperial.

(4) Algunos cronistas llaman á este Oficial Francisco de Va-

Durante algún tiempo resistieron los defensores de Valdivia con fortuna los ataques de los enemigos y especialmente el 4 de noviembre de 1599 obtuvieron una ventaja muy notable: los indios habían creído sorprenderlos en esa noche y concluir con la ciudad, y fueron, al contrario, despedazados (5).

Esto y diversas correrías, en que dispersaron y maltrataron á los rebeldes (6), infundieron en los soldados españoles imprudente confianza: llegaron á despreciar por completo á los enemigos. En verdad, casi no comprendemos ahora cómo podían abrigar tales sentimientos los que estaban palpando la audacia y la pujanza del indígena en el terrible estado á que su sublevación había reducido á Chile. Pero el hombre se habitúa al peligro como á todo lo demás y habituado y despreciando al enemigo, deja de tomar contra él las mismas precauciones que hasta entonces le han servido para vencerlo.

Así sucedió á los defensores de Valdivia y bien caro pagó Chile tan imprudente confianza.

Los españoles hacían pesar terriblemente su dominación sobre los naturales, reduciéndoles á la especie de esclavitud que se llamaba servicio personal obligatorio; pero, en cambio, tenían dentro de las ciudades casi tantos espías cuantos encomendados. Perfectamente conocían esto: "Son tan " grandes traidores los indios de paz, dice Alonso de Rive-

---

lenzuela. Seguimos al dominicano Fray Baltasar Verdugo de la Vega, que en una probanza de méritos hecha ante Talaverano Gallego el 1º de febrero de 1607, lo llama don Alonso de Valenzuela.

(5) En la relación de estos triunfos parciales seguimos á la generalidad de los cronistas.

(6) Alvarez de Toledo, canto XVII del PURÉN INDÓMITO, dice que en una de esas correrías Gómez Romero estableció un fuerte en los llanos y dejó en él al Capitán Gonzalo Hernández con cuarenta soldados.

" ra, que ningún secreto hay en nuestra tierra que no se lo
" digan (á los de guerra) y enseñen con el dedo, como que
" son ladrones de casa: destas (traiciones) se dejan de cas-
" tigar porque sería menester ahorcar á casi todos los in-
" dios de la frontera y aun á muchos de la tierra adentro
" y espantallos que se vuelvan á levantar, que según los
" tratos que tienen con los enemigos y cada día se descu-
" bren, es menester un español para cada indio y todo esto
" se les sufre porque al fin son de mucha importancia" (7).

Debe suponerse mayor este mal en una plaza rodeada de enemigos como Valdivia y cuando todo el Reino estaba en rebelión. Había, sin embargo, algunos yanaconas fieles y ellos dieron parte á diversos guerreros de que se tramaba una conspiración para apoderarse de la ciudad, pasar á cuchillo á los soldados y destruir á Valdivia hasta los cimientos. Cuando esto se descubrió estaba Gómez Romero en las inmediaciones de Osorno, y en Valdivia mandaba, en calidad de teniente, el Capitán Andrés Pérez.

No despreció Pérez el aviso, indagó y descubrió sin gran trabajo que los indios conspiraban y tenían el proyecto de apoderarse de Valdivia. Dió muerte en el acto á los más culpados y se ocupó en fortificar la ciudad, cerrando con gruesos maderos las entradas de las calles y escogiendo como punto cental y guarneciendo especialmente el Convento de San Francisco, transformado así en fortaleza. En seguida envió un mensajero á Gómez para ponerlo al corriente de acontecimientos de tanta gravedad.

Volvió á Valdivia Gómez Romero y pensó de manera muy distinta. Despreció los temores de Andrés Pérez y deshizo los parapetos y fortificaciones (8). En vano se empeñó

(7) Carta de Alonso de Rivera al Rey, fecha en Arauco el 13 de abril de 1604.

(8) Carvallo y Goyenechea, dice que fué el Sargento Mayor quien dió crédito á la conspiración y procuró salvar la ciudad. Seguimos

Pérez por convencer al Maestre de Campo de la efectividad del peligro y no pudiendo obtener cosa alguna en pro de la seguridad del pueblo, se ocupó en salvar á los únicos sobre que mandaba en absoluto, á los miembros de su familia, á los cuales hizo embarcar en un buque; pues había tres, pertenecientes á otros tantos comerciantes llamados Villarroel, Gallano (9) y Diego de Rojas anclados en la bahía, los cuales, después de los trágicos sucesos que vamos á referir, se fueron el primero al Perú, y los otros dos á Valparaíso. Algunas familias que, como Pérez, prestaron fe á los denuncios siguieron su ejemplo y fueron también á refugiarse en los barcos (10). Tal, á lo ménos, refieren los cronistas, y debemos convenir en que, si así pasaron las cosas, hasta los mismos que recomendaban la prudencia se olvidaron de ella en la noche del 24 de noviembre, designada por los indígenas para el grande asalto de la ciudad de Valdivia: los defensores dormían tranquilos en sus respectivas casas y

---

á Alvarez de Toledo al nombrar á Andrés Pérez y suponemos que don Alonso de Valenzuela no era ya Sargento Mayor ó Gómez Romero había dejado á Pérez con el mando de la ciudad.

(9) Antolín Sáez Gallano llama Alvarez de Toledo al dueño de uno de los barcos.

(10) Córdova y Figueroa y Carvallo y Goyeneche son los que más hablan del criminal descuido del Comandate de Valdivia. Ello concuerda con el relato de Alvarez de Toledo y con diversos documentos: "al descuido y mal gobierno" de Gómez de Romero se refiere el aparte citado en la nota 3; el 18 de febrero de 1600 dice Quiñones al Rey: "Habían dado cosa de cuatro mil indios sobre " ellos y, tomándoles con más descuido de lo que fuere justo, les " pasaron á cuchillo, perdiendo gran cantidad de mujeres y cria- " turas;" Francisco del Campo, en su citado informe, dice á Quiñones: "Pensaron tomarlos (los indios á los defensores de Osorno) " como tomaron á los de Valdivivia, en su casa."

Àl fijar el número de asaltantes, varían los cronistas entre tres y cinco mil: seguimos á Quiñones, documento citado en la nota precedente.

probablemente dormían también ó fueron sorprendidos los centinelas, pues cuatro mil (11) indios pudieron entrar á la ciudad y tomar los puntos principales, antes que persona alguna diera la voz de alarma. Los mismos asaltantes la dieron, en el momento oportuno, con sus alaridos de combate, de tan terrible efecto para los que por ellos eran despertados. Salieron de sus casas con precipitación y mal armados los soldados españoles y cada uno se encontró con numerosos enemigos que le hicieron imposible la menor resistencia. No hubo combate, sino carnicería y la más grande hecha hasta entonces por los indígenas chilenos en sus conquistadores: no libró capitán ni soldado de cuantos se encontraban esa noche en Valdivia, si exceptuamos el corto número de los que en medio de las tinieblas pudieron escaparse al ojo ejercitado del indio y llegar á las naves, y éstos, según se refiere en los *Borradores de una relación de la guerra de Chile*, no pasaron de tres ó cuatro (12).

---

(11) Casi todos los cronistas nombran como Capitanes de esta función á Pelantaro y Paillamaco; pero Alvarez de Toledo, en el canto XVIII del PURÉN INDÓMITO, atribuye esta gloria á Calleuman, suegro de Pelantaro y añade que el alma de la expedición fué el español Jerónimo Bello, que en La Imperial se había pasado á los indios.

(12) "Sólo se escaparon unos pocos hombres y mujeres, que se " echaron al navío que estaba surto en dicho río junto á las casas, " por ser el río tan bueno que los navíos echan planchas de ellos á tierra." (Parecer de Antonio de Avendaño, dado á Alonso de Rivera en febrero de 1601.)

Alvarez de Toledo, entre los salvados, fuera de varias mujeres, cita á los capitanes San Juan y Buitrago, que, heridos consiguieron llegar nadando á los barcos, y al Teniente Andrés Pérez, librado por una india cuando iba á ser asesinado en una de las orgías de los vencedores. Pasó varios días oculto en unos pantanos y y salvó casi milagrosamente á pesar de sus muchas heridas. Si esto es efectivo y si Pérez llegó á contar los sucesos anteriores á

De todas las tropas á las órdenes del imprudente y desgraciado Gómez Romero, sólo libraron treinta hombres, que, al mando del capitán Gaspar Viera, habían quedado cerca de Osorno, en uno de los fuertes del llamado valle de Valdivia (13): á eso debieron su salvación.

En la horrenda noche del 24 de noviembre murieron en Valdivia, á manos de los asaltantes, más de cien guerreros españoles y fueron reducidos á exclavitud más de cuatrocientas personas, casi todas mujeres y niños (14). Hablamos, se entiende, de cautivos españoles, pues los indios

---

la ruina de Valdivia, no sería, por cierto, muy imparcial la versión que le atribuye á él la menor parte en la previsión y prudencia.

También dice Alvarez de Toledo que salvaron en una embarcación el padre Fray Antonio de Vivero (a) y los otros Religiosos de San Francisco: no serían ellos más de uno ó dos, si hemos de conformar éste con los otros datos ya apuntados.

Entre los muertos cita Córdova y Figueroa, refiriéndose á las crónicas de la orden de la Merced, al Comendadar Fray Luis de la Peña y diez y séis Religiosos mercenarios. Extraño y mucho nos parece que en Valdivia hubiera ese número de Religiosos en un solo convento.

(13) Citado informe de Francisco del Campo.

(14) Entre otros documentos la petición de la ciudad de Santiago, de 4 de enero de ese mismo año, da la fecha de la destrucción de Valdivia.

Todos los documentos están conformes en decir que subieron de cuatrocientos los cautivos llevados por los indígenas.

En cuanto al número de muertos hay variedad de opiniones. Citemos las principales y demos el fundamento de la que adoptamos.

En la información mandada levantar en Santiago el 2 de septiembre de 1600 sobre el estado de la colonia, en la primera pre-

---

(a) En la tan citada relación que algunos Religiosos de Valdivia habían dirigido al Gobernador de Chile, encontramos la firma de "Fray Antorio de *Riveros*" i no Viveros, como lo llama Alvarez de Toledo.

amigos prisioneros debieron ser muy pocos y su cautividad un hecho pasajero y casi momentáneo, bien diferente, por cierto, de la tremenda desgracia que verdadera y perpetua exclavitud imponía á las infelices mujeres españolas.

---

gunta se lee: "Que en la ciudad de Valdivia cuando la asolaron " que demás de ciento cuarenta hombres que en ella mataron, " prendieron y cautivaron más de cuatrocientas ánimas, entre " mujeres, doncellas y niños".

Poco más ó menos dice lo mismo Alonso García Ramón en carta al Rey fechada en Santiago el 17 de octubre de 1600: "Dieron " los indios una noche en la ciudad de Valdivia, puerto de mar, la " cual destruyeron hasta los cimientos, quemando iglesias é imá- " genes, sin que quedase cosa en pie y mataron ciento cincuenta " soldados, frailes y clérigos, y llevaron cautivas más de cuatro- " cientas mujeres y niños, de los cuales se sirven con la mayor " crueldad que se puede imaginar".

En contra de estos testimonios que elevan como á ciento cincuenta el número de los soldados muertos, hay otros más numerosos y no menos importantes que lo reducen á poco más de ciento á los cuales seguimos.

Respondiendo á la citada pregunta de la información de 2 de septiembre de 1600, dice el canónigo Tesorero Calderón: "En la " (ciudad) de Valdivia ha oído decir que mataron al pie de cien hom- " bres, antes más que menos, vecinos é capitanes é soldados viejos " al tiempo que la destruyeron y asolaron, y llevaron asimismo " más de cuatrocientas ánimas sin las que se resgataron, así vie- " jas, casadas, doncellas é todo género de españoles; en la cual de- " solación é destrucción ha oído decir este que declara cómo los " enemigos quemaron los templos con el Santísimo Sacramento de " la Eucaristía é quemando los crucifijos é haciendo pedazos las " imágenes que en ellos había por oprobio que de ellas hacían los " enemigos é matando los sacerdotes, frailes y clérigos: todo lo " cual sabe de personas que se hallaron en la asolación de la " dicha ciudad de Valdivia, que se escaparon de la dicha destruc- " ción y están en esta ciudad".

Alonso de Rivera, en el ya citado resumen de 25 de febrero de 1602, dando cuenta de los soldados que faltaban en Chile, dice: "En Valdivia ciento y treinta y cuatro hombres: los ciento y cinco

Tal fué el desastroso fin de una de las más florecientes ciudades de Chile y la terrible noticia con que, á su llegada al puerto, se encontraron los barcos enviados por segunda vez por Quiñones en ausilio de La Imperial.

Antes que ellos y sólo once días después de la destrucción de Valdivia, el 5 de diciembre de 1599 (15), había llegado á los humeantes escombros de esta ciudad el Coronel Francisco del Campo, á quien enviaba el Virey del Perú al frente de un lucido refuerzo de doscientos sesenta y cinco hombres (16).

El Coronel del Campo, desde mucho tiempo conocido en

" que mataron en su asolamiento; uno que se ahogó yéndose al " navío; seis que cautivaron los indios; seis que mataron con Fa- " gundes, yendo á socorrer La Imperial; trece en Calle-Calle; dos " que se fueron á ellos; uno que se ahogó de los del Coronel".

Por fin, en los PARECERES que sobre el estado de Chile dieron varios capitanes por orden de Alonso de Rivera en febrero de 1601, don Luis Jufré y Fernando de Cabrera, afirman que los muertos fueron "más de cien hombres"; Martín de Irízar Valdivia, ciento cinco; Francisco Galdames de la Vega y Francisco Hernández Ortiz, ciento ocho.

(15) Relación de Quiñones al Rey, fechada el 18 de febrero de 1600.

(16) Id. id. Rosales asegura que el Coronel vino con doscientos ochenta hombres y el mismo Francisco del Campo, en el citado informe á Quiñones dice que trajo doscientos treinta: "Yo con la " gente que truje á Osorno, que fueron doscientos treinta, no la " pude poblar". Creemos que ó bien se refiere el Coronel al número de soldados que le quedaban, después quizás de reforzar las guarniciones de algunos de los fuertes del valle de Valdivia, ó hay error de copia, por más que ese número se encuentre expresado dos veces en el documento. De todos modos, hay equivocación en las cuentas que de los soldados hace Francisco del Campo en ese informe: "De los doscientos treinta hombres que truje dejé en " Chiloé cuarenta y cinco y diez que me mataron y treinta que se " han muerto de su enfermedad y otros diez y ocho que atullidos, " vienen á faltar setenta hombres", en lugar de ciento tres.

Chile como valiente y diestro Capitán, se hallaba en Panamá (17) cuando el Virey del Perú lo llamó para confiarle esta comisión. Conforme á las órdenes recibidas, el Coronel se dirigió á Valdivia sin tocar en puerto alguno sin comunicarse siquiera con el Gobernador (18), pues su principal encargo era acudir á la defensa de las ciudades australes, de cuya angustiosa situación había dado cuenta al Virey don Francisco de Quiñones. Contribuía, sin duda, á aumentar en el Coronel el deseo de llegar á Valdivia su inquietud por la suerte de su esposa é hijos que estaban en esa ciudad (19), donde antes había creído poderlos dejar sin peligro alguno.

Por mucho que se apurara, llegó tarde y junto con la ruina de Valdivia supo el cautiverio de dos hijos suyos, aprisionados por los indios en la destrucción de la ciudad. Tuvo, á lo menos, el consuelo de rescatarlos pocos días después de su llegada y de ponerlos en una de las naves al lado de su esposa, que en ella había conseguido salvar en la aciaga noche del 24 de noviembre.

Se concibe que, en vista de tales sucesos, don Pedro de Escobar Ibacache, comandante del pequeño refuerzo enviado por Quiñones á La Imperial, sólo pensase en volver á Concepción: era insuficiente su tropa para llegar á su destino después del inmenso entusiasmo despertado entre los indígenas por la nueva y más importante victoria; encontraba en la rada de Valdivia numerosa fuerza especialmente encargada de la defensa de las ciudades australes;

(17) Rosales, libro V, capítulo XIII.

(18) Relación de Quiñones al Rey, fechada á 18 de febrero de 1600.

(19) Así lo dicen la mayor parte de los cronistas: el hecho parece confirmado con encontrar después en los barcos á la mujer del Coronel, á la cual no es probable que hubiese traído en su arriesgada expedición.

urgía sobremanera poner cuanto antes en conocimiento del Gobernador de la colonia la destrucción de Valdivia; por fin, el pequeño refuerzo de que ayer se había desprendido Quiñones para auxiliar á La Imperial le sería imperiosamente necesario mañana. ¿Quién podía, en efecto, calcular hasta dónde iba á llegar la audacia de los indios y cuáles empresas acometerían, contando principalmente con sorprender á los españoles, que ignoraban los recientes y gravísimos acontecimientos? ¿No llegarían acaso á atacar á la misma Concepción y no sería menester acudir en socorro de Quiñones?

Cuadraba también la vuelta de las naves al coronel del Campo para que el Gobernador, conociendo los proyectos que él pensaba realizar, pudiera por su parte combinar su plan de ataque ó darle nuevas órdenes. Por de pronto, iría en socorro de Osorno, contra la cual parecían dirigirse los victoriosos indígenas; después reforzaría á Villarrica, y, si le era posible, repoblaría la destruída Valdivia. La última por cuyo ausilio se inquietaba era La Imperial, porque nuevos refuerzos que el Virey preparaba en el Perú al salir Francisco del Campo habían de llegar pronto á Quiñones y ponerle en posibilidad de acudir en defensa de Angol y La Imperial, más cercanas que las otras á Concepción y hasta las cuales se llegaba por tierra sin dificultad.

Inmediatamente volvieron, pues, los barcos á Concepción y sus tripulantes fueron los primeros en dar á Quiñones la abrumadora noticia de la ruina de Valdivia (20). Nunca tal vez se había recibido otra más funesta y es de presumir la consternación que en todo Chile sembraría: ya lo hémos visto, en esos instantes ni Santiago se creyó segura y los más valientes divisaron por todas partes cons-

---

(20) Testimonio dado en favor de Quiñones por la ciudad de Concepción el 24 de agosto de 1600.

piraciones y sublevaciones de indígenas y ruinas de ciudades. Si antes cada cual temblaba y no sin razón por la propia suerte y por la suerte de la colonia, ¿qué no sería al saberse la fatal noticia de la destrucción de Valdivia, de la muerte de más de cien guerreros, del cautiverio de cuatrocientas personas?

El anciano Gobernador conoció entonces cuán abrumador peso se había echado sobre los hombros al aceptar el cargo que desempeñaba. En adelante no oculta al Rey que ya no aspira á la gloria de pacificar á Chile sino á la paz y sosiego que tanto le faltaban aquí:

"Y cuando de mi venida á él (este Reino) no resultare " otro efecto que la relación y verdadero aviso de sus co- " sas, merecen las mías que Vuestra Majestad las honre y " favorezca con la quietud que mi edad y trabajo requieren " y las de Chile un hombre más mozo y ágil, de manera " que el impedimento de la vejez no le obligue á hacer falta " en él." (21).

A esto habían quedado reducidos los grandes proyectos y esperanzas de don Francisco de Quiñones: concluía, como Vizcarra, por pedir ocupación menos peligrosa y más tranquila.

---

(21) Carta de don Francisco de Quiñones al Rey, fecha á 20 de febrero de 1600.

CAPITULO XII.

LOS CORSARIOS EN SANTA MARIA.

La isla de Santa María.— Entra á ella un corsario.— Los temores de Recalde.— Justa alarma de Quiñones.— Envío de correos á Santiago y disposiciones que toma el Gobernador.— Los ingleses en América — Cuán fácil habría sido impedir el corso en el Pacífico.— Envía Quiñones á Antonio Recio á la isla de Santa María.—Comunica Recio con el corsario.— Inadmisible explicación de los del buque sospechoso.— Otro buque á la vista.— Temores y esperanzas.—Vuelve Recio á la isla. —Resuelve ir en persona á los buques fondeados en esa bahía.

Dejamos á Recalde cuando se dirigía con su buque á la isla de Santa María; á la cual, dijimos, acostumbraban llevar los marinos las naves para refrescar sus tripulaciones.

La isla de Santa María está á los 37 grados, muy cerca de la punta de Lavapié en Arauco y enfrente de Lota y Coronel. Si se quiere tener idea de lo que entonces eran sus habitantes, encomendados, como los demás indígenas, á un particular (1), óigase á Rosales:

(1) Carta de Alonso García Ramón al Rey, fechada el 31 de enero de 1605.

A menos de notar expresamente otra cosa, debe entenderse que

"Yo he estado en ella hartas veces, y he doctrinado, con- " fesado y casado á ley de bendición aquellos indios, que " son muy domésticos y han recibido muy bien nuestra " santa fe y se acomodan á las costumbres cristianas mejor " que los araucanos que están en tierra firme enfrente de " esta isla. Y sirven al Rey estos indios en las fragatas que " conducen bastimentos al tercio de Arauco, y cuando es- " tán en la Concepción acuden á oir misa y á confesarse " como españoles, lo cual no hacen los demás indios de las " reducciones de Arauco y Talcamávida; y en todo son es- " tos indios domésticos, tratables y de naturales dóciles, é " inclinados á las cosas de la religión cristiana".

Añade que la isla "es llana y rasa; extiéndese tres leguas " en longitud y dos en latitud; refréscanla clarísimos y dul- " ces manantiales y arroyuelos que la fertilizan y conser- " van en perpetua amenidad y verdura; rinde colmadísimas " cosechas de trigo, cebada, maíz, papas y cuanto en ella " se siembra. Críase el ganado ovejuno muy gordo y sa- " broso, por comer yerbas que participan de salitral. El " mar que la rodea es fecundísimo de pescado y maris- " co...... Forma un puerto de mediana capacidad al oriente " y en la punta delicada está muy abrigado del norte".

A esta isla había ído Recalde y en ella estaba cuando á principios de noviembre vió cierta mañana que un buque se acercaba al puerto. Eran bien escasos para no ser bien conocidos cuantos entonces surcaban los mares de Chile, y Recalde no conocía el que iba acercándose á la isla. Tanto la de Santa María como La Mocha estaban siendo desde algunos años apeaderos de corsarios y de piratas, por lo

---

tomamos los datos y las palabras textuales citadas en este capítulo, de la carta de Quiñones al Virey, fecha á 25 de noviembre de 1599, en cuanto se refiera á la estadía de los corsarios en Santa María y á lo que con este motivo hicieron las autoridades de Chile.

que el capitán Pedro de Recalde, viendo que el tal navío "no era desta navegación, safó anclas y se hizo á la vela y le ganó el barlovento" para ir inmediatamente á Concepción y avisar de ello á Quiñones. Pero el capitán del buque desconocido, cuya presencia justamente inquietaba al español, parecía querer entrar en comunicación con Recalde y, no consiguiéndolo en su nave, saltó con cuatro mosqueteros á un bote y se acercó al navío de Recalde no lo suficiente para hablar, pero sí para que éste se imaginara reconocer en él á "un enemigo" y se apresurara más por llegar á Concepción.

El 5 de noviembre "á las nueve del día" supo Quiñones este suceso, origen, sin duda para la colonia, de nuevas alarmas y quizás de complicaciones todavía más temibles que la guerra de Arauco. Según las probabilidades, ese buque era corsario, no venía solo y podía aliarse con los indígenas para concluir con los españoles tan extenuados ya. Con tales proporciones vió este peligro el Gobernador, que "en una hora" despachó un mensajero "á Santiago con " orden al Cabildo y Oficiales Reales de que dentro de *dos* " *horas* mandasen un navío al Perú" para comunicar la noticia al Virey, único que en las circunstancias podía favorecer pronta y eficazmente la colonia, si llegaban á verificarse los fundados temores del Gobernador. También ordenaba á las autoridades de la capital que enviasen al puerto de Valparaíso alguna fuerza para oponerse al desembarco de los ingleses, si lo intentaba el navío visto por Recalde ó alguno de los que, sin duda, lo acompañaban.

El día siguiente, 6, "á la una del día, (dice Quiñones al Virey en otra carta que inmediatamente volvió á escribir y para cuyo envío parece haber mandado otro mensajero á Santiago) "llegó aquí un soldado que había quedado en la " isla, el cual vino en un barquillo que estaba en ella para " el socorro de Arauco. Y dice que el navío del inglés es

" cierto y que está dando fondo en la dicha isla.....abriendo
" las portaloñas y poniendo la artillería".

Con este soldado fué de Santa María á Concepción "el Vi-
" cario de Arauco", según agrega Quiñones en carta de la misma fecha, dirigida á los Oficiales Reales de Santiago. Les habla también de que los extranjeros habían querido desembarcar en la isla, pero se habían retraído al ver el son de guerra en que se aprestaban á recibirlos: "Llegó el navío
" y surgió para querer echar gente en tierra y con los in-
" dios de la isla hicieron (los españoles) apariencia en un
" escuadrón con treinta de á caballo y otros cincuenta ó
" sesenta de á pié con mucha gana y voluntad de pelear
" con ellos. Déjalo (el soldado) aderezado y sacando la ar-
" tillería, que la traía por lastre, y poniéndola en las por-
" tañuelas. Dice es un navío muy grande y de tres gabias
" y que da gran muestra de no venir solo, porque nunca se
" quita un hombre del tope".

Quiñones suponía ingleses, y así los llama siempre, á los recién llegados á Santa María, como que en la América bañada por el Pacífico eran entónces palabras sinónimas ingleses y corsarios, pues á esa nacionalidad pertenecían cuantos corsarios habían arribado á estas playas: Francisco Drake, Tomás Cavendish y Ricardo Hawkins.

Con enviar á Santiago el aviso habíase hecho lo más urgente; pero no podía el Gobernador descansar, ni su inquietud se disminuiría sino cuando se enterase de la fuerza y de las intenciones del supuesto corsario. Daba ciertamente alguna esperanza el que con solo cuatro arcabuceros se hubiese atrevido á acercarse al navío de Recalde: no podía pretender tomarlo con esos hombres y parecía, por lo mismo, venir de paz. Pero, por otra parte, eran demasiado famosas las traiciones de los "piratas", como de ordinario llamaban en América á los que venían á atacar nuestras costas, para fiarse en cosa alguna de cuantas hiciesen.

Urgía, pues, salir de dudas y ver modo de apoderarse del navío, caso de ser enemigo.

Aunque Quiñones no tuviera á su disposición ningún buque de guerra, la empresa no era irrealizable y podía ser muy sencilla. El estrecho de Magallanes, única vía de comunicación descubierta hasta entónces entre el Atlántico y el Pacífico, era camino no sólo tan peligroso, como lo sabemos, para estos buques, que encontraban á menudo su pérdida á la entrada ó salida, sino sumamente desconocido. Los pocos viajes hechos hasta aquella fecha habían sido una serie de peligrosísimas aventuras, casi convertían en héroes de novela á los audaces navegantes que los llevaron á cabo, y habían durado un tiempo que hoy nos parecería imposible emplear en venir de Europa. Un año, ó poco menos, de navegación, un año de privaciones sin descanso alguno, pues los navegantes no tenían dónde hacer escala ni les convenía, arribando á un puerto del Atlántico, exponerse á que los precediera al Pacífico la noticia de su venida, era sobrado tiempo para extenuar una tripulación, metida en embarcaciones tan pequeñas y malas que hoy apenas se atrevería el más valiente á usarlas en el cabotaje. Por eso, todos los Gobernadores y los hombres inteligentes de Chile pedían al Rey con instancia algunos galeones, tripulados con doscientos marineros y soldados, asegurándole que, con solo defender el archipiélago de Chiloé y las islas de La Mocha y Santa María desde diciembre hasta marzo, concluirían con las más poderosas escuadras enemigas; pues las tripulaciones, extenuadas por las enfermedades, el hambre y el cansancio, venían en imposibilidad absoluta de ofrecer resistencia, mientras no tomaban vigor y fuerza en algunos de los puntos mencionados (2).

---

(2) Hablan del miserable estado en que los corsarios y piratas llegaban á nuestras costas, de la facilidad de concluir con ellos

Bien sabía todo esto Quiñones y cuán preciso era aprovecharse de ello é impedir el desembarco de los enemigos en Santa María; pero le faltaban recursos: carecía de naves, de artillería y de soldados. No dejó, sin embargo, de tentar algún medio y buscó entre los oficiales, de ordinario tan valientes en esta tierra de guerreros, á uno de los más conocidos como atrevido y diestro en ardides para engañar al enemigo. Antonio Recio se llamaba este capitán, escogido por el Gobernador para ir en el acto á la isla en un miserable barquichuelo é impedir el desembarco de los piratas. Cumplió la primera parte de su comisión el capitán Recio con tanta destreza como fortuna, y, sin ser visto del buque sospechoso, estuvo muy luego en Santa María, reunió y armó á los naturales para que, con los españoles residentes allí y los pocos compañeros de Recio, resistieran "al enemigo" si intentaba desembarcar y envió á preguntar "al navío inglés" el objeto que á esta lejana playa lo traía.

En el acto contestó el señor del buque. Aseguraba en su carta que no había motivo alguno para desconfiar de ellos ni temerlos: como los de Chile "eran vasallos del Rey Don Felipe", vasallos no españoles, pero sí fieles flamencos; comerciantes, venían "con gran cantidad de mercaderías y "las querían vender y rescatar por algún refresco de que te- " nían necesidad".

Tal respuesta, escrita en una mala jerga, mitad portugués y mitad español, no era á propósito para tranquilizar

---

cuando llegaban, del magnífico apeadero que las islas les ofrecían y de la necesidad de mantener en Chile galeones y tropa de mar, don Francisco de Quiñones en carta al Rey de 20 de febrero de 1600; Alonso García Ramón en cartas de 20 de agosto y 17 de octubre de 1600 y 31 de febrero de 1605; Alonso de Rivera en uno de los memoriales que presentó al Virey en Lima el 17 de noviembre de 1600; la citada información de septiembre de 1600 y el memorial del Padre Biscanes, que conoceremos después por menudo.

á un hombre entendido como el capitán Antonio Recio. Demasiado conocía éste, en verdad, las leyes y los invariables usos de España: no acostumbraba la metrópoli hacer participantes de su comercio de las Indias á los países que, como Flandes, estaban en Europa bajo su dominación, por lo menos hasta el punto de permitirles formar una expedición sin españoles y dejarlas partir para América de un puerto que no fuese de España. El suponer eso equivalía á suponer una revolución y, aún suponiéndola, todavía el buque, si, como decía su capitán, venía á comerciar, había de traer el correspondiente permiso para autorizar tamaña infracción á los usos establecidos, y el capitán habría comenzado por presentar esa autorización.

La carta del marino no dejó, pues, á Recio duda acerca del carácter de los tripulantes del buque: eran claramente enemigos, piratas, ingleses.

Ya estaba conseguido uno de los fines con que lo había mandado el Gobernador: podía sacar á éste de dudas y mostrarle un peligro real en la llegada del buque; el cual difícilmente estaría sólo y según todas las probabilidades no había hecho sino adelantarse á los otros, y quizás estaba aguardándolos para asaltar á alguno de nuestros puertos. Se necesitaba instruir pronto á Quiñones, pero también sería utilísimo impedir el desembarco en la isla á los navegantes. Y, pues la fuerza no estaba de su lado, Recio acudió, como único recurso, al ardid.

Contestó que él, simple capitán con el mando de cien españoles y trescientos indios, estaba resguardando la isla y no tenía autoridad para permitir el comercio y mucho menos el desembarco. Pero deseoso de servir á los flamencos, que debían de venir extenuados por los padecimientos de viaje tan largo, iría en el acto á pedir órdenes al Gobernador Quiñones, que estaba un paso de ahí, y traería pronto su respuesta.

Inmediatamente se embarcó, "en el barquillo en que había do" y salía del puerto cuando vió confirmada parte de sus sospechas al divisar que entraba á la isla Santa María otro buque.

Puede suponerse la inquietud de Quiñones y la alarma de los españoles: les sobrevenía la última de las desgracias á ellos, ya agobiados por la guerra, por la falta de recursos, por toda clase de penalidades.

Como á la llegada de la primera nave, al saber el arribo de la segunda "con la misma brevedad" envió Quiñones "aviso al señor Visorey y ansi mismo á la ciudad de Santiago". En seguida ordenó al capitán Recio volver á la isla: había traído noticia del arribo de dos navíos y de que eran enemigos; pero no bastaba. A más de procurar de todos modos su no desembarco, era preciso "saber el desinio que este enemigo traía", lo cual porńa "en gran cuidado" á Quiñones.

Probablemente en medio de sus inquietudes tanto el Gobernador como el capitán tuvieron ciertos deseos y esperanzas, que, si bien aquél no había de confesar nunca al Virey de Lima, eran muy naturales, atendiendo al estado de la colonia, y explicarían la audaz conducta que, como vamos á ver, observó Antonio Recio. Para no repetir lo dicho acerca de la extrema pobreza de Chile, nos limitamos á transcribir la enérgica y cruda expresión con que unos meses más tarde resumía esa miseria Alonso García Ramón (3): "Toda esta gente está en cueros vivos", exclamaba al informar al Virey por primera vez del estado en que encontraba á este desgraciado reino. Eso supuesto y supuesta también la absoluta carencia de provisiones que debía de haber entre los tripulantes de los buques y sabiendo su de-

---

(3) Citada carta de Alonso García Ramón al Virey, de 20 de agosto de 1600.

seo de obtenerlas en trueco de mercaderías, ¿no sería posible conseguir de ellos que no atacasen nuestras costas, y en cambio de víveres, sin los cuales no podían subsistir, dejasen algunas de las cosas de que tanto había menester la colonia? Si tales eran los deseos de Quiñones, no los había de confesar nunca ni al Virey ni al Rey, pues la Corte de España no podía admitir semejantes compromisos que, repitiéndose, habrían puesto en serio peligro sus posesiones de América; pero si no había él de confesarlo, nosotros lo podemos sospechar y las apariencias parecen justificar esas sospechas.

En efecto, Antonio Recio volvió inmediatamente á Santa María y, una vez allí, se fué á la playa, á un punto desde donde pudieran verlo los de las embarcaciones, "poniéndo-" le su bandera y seña é visto por ellos vino lancha á ver lo " que quería". Difícilmente se habría imaginado el capitán del buque lo que Recio quería, pues era nada menos que embarcarse en la lancha é ir audazmente al enemigo. Según dice Quiñones, daba Recio este paso y se exponía, por lo menos, á ser tomado en rehenes, para evitar que el corsario desembarcase y saquease la isla, como parecía determinado á hacerlo: "y el Antonio Recio se embarcó en ella porque le "fué forzoso y verles con determinación de saquear la isla".

¿Cómo pensaba impedir el desembarco? No lo dice el documento; pero no divisamos otro medio de explicar la audacia de Antonio Recio fuera del insinuado: ofrecerles alimentos en cambio de objetos utilísimos para la colonia y de la promesa de que seguirían su camino sin efectuar desembarco en nuestras costas. Poco se debía fiar en tales promesas: ellas constituirían, no obstante, una esperanza y además la visita permitiría á Recio observar de cerca las fuerzas del enemigo y la inminencia y gravedad del peligro.

Antes de referir cómo fué recibido, sepamos quiénes eran aquellos *ingleses* y las aventuras de su viaje.



CAPITULO XIII.

VIAJE DE LOS CORSARIOS HOLANDESES EN EL ATLÁNTICO.

A imitación de los ingleses resuelven los holandeses enviar expediciones de corsarios á América.—La primera expedición holandesa: buques que la componían y capitanes que los mandaban.—Fuerza, armas y tripulaciones de los buques.—Mercancías que traían.—Salen de Holanda.—Primeros inconvenientes del viaje.—Encuentro que tuvieron junto á las costas de España.—Muere Jacobo Mahu, jefe de la expedición, y le sucede Simón de Cordes.—En alta mar Cordes declara el fin del viaje.—Después de ocho meses, divisan la tierra de América.—Entra la flota en el Estrecho de Magallanes.

Lo repetimos, eran ingleses cuantos piratas ó corsarios habían venido á América, que no es fácil distinguir á las veces en cuál de esas dos categorías han de colocarse aquellos aventureros. Desde veinte y dos años, es decir, desde 1578, habían debido contar los colonos de Chile con este nuevo enemigo; el cual llegaba de Europa con las mismas armas que ellos usaban y venía á vigorizar más la resistencia del araucano, porque distraía de combatirlo á una parte de las fuerzas españolas y porque aún formaba alian-

za con los naturales para destruir el poder de España. Las fabulosas riquezas, arrebatadas á la metrópoli en sus colonias por algunos de aquellos audaces aventureros, y el odio al enemigo nacional indujeron á los holandeses á tomar á su cargo muchas de esas tan atrevidas como remotas expediciones.

Las naves fondeadas en la isla de Santa María á principios de noviembre de 1599 formaban parte de la primera expedición de corsarios salida para América de los puertos de Holanda.

Una compañía dirigida por un rico comerciante de Rotterdam, Pedro Verhagen, que le dió su nombre, preparó cinco grandes buques para una lejana expedición. La mayor de esas naves, que era la capitana (1), de porte de quinientas toneladas, se llamaba *La Esperanza* y tenía ciento treinta hombres de tripulación y veinte y seis piezas de artillería, "las seis de bronce y las demás de hierro; en las de " bronce dos y medio cuartagos, que tiran balas de veinte " á veinte y dos libras y de ahí para abajo; y las de hierro " echan balas de á diez libras y de ahí para abajo" (2). Mandaba la capitana y toda la flota Jacobo Mahu, uno de los capitalistas que más habían contribuído á la formación de la compañía armadora.

---

(1) Es preciso tener presente que los españoles llamaban capitana á la nave que hoy se llama almiranta, y almiranta á la que hoy es vice-almiranta.

(2) Declaraciones prestadas en Lima por los tripulantes del buque capturado en Valparaíso en 1599. Estas declaraciones nos sirven principalmente de guía en la narración del viaje de los corsarios. En ellas hemos encontrado multitud de pormenores que habríamos buscado inútilmente en las relaciones de este viaje. A las citadas declaraciones pertenecerán las palabras y los datos que apuntemos sin darles otro origen. Fueron seis los declarantes y nos ha parecido no hacer diferencia entre unas y otras declaracio-

La almiranta se llamaba *La Caridad* (3), poco más ó menos de trescientas toneladas, venía tripulada por ciento diez hombres y tenía diez y ocho ó veinte cañones, cuatro ó seis de bronce y los demás de hierro. Mandábala el segundo jefe de la escuadra, Simón de Cordes, rico comerciante, natural de Amberes, que por largos años había residido en Lisboa, donde se había casado. Era hombre como de cuarenta años de edad.

La tercera llamada *La Fe*, igual en porte, tripulación y armamento á la almiranta, estaba mandada por Gerardo Van Beuningen, de edad de treinta y cinco años, según parecía á los marineros.

La Fidelidad se llamaba la cuarta; de doscientas ochenta toneladas y con "diez y seis piezas de artillería, cuatro " de bronce y las demás de hierro y cinco ó seis cámaras; y " las de bronce tiran balas de catorce libras y de ahí abajo, " y las de hierro como de á ocho libras para abajo". Su tripulación era de noventa personas (4) y su capitán se llamaba Julián Van Bockholt.

La última nave, un filibote de ciento cincuenta tonela-

---

nes y sólo diremos á quien pertenecen en el caso que alguna circunstancia personal dé más valor al testimonio citado.

De las relaciones impresas de la expedición de Mahu y Cordes hemos utilizado mucho la de la célebre compilación de viajes del capitán Burney, que debemos á la amabilidad del señor Vicuña Mackenna y cuya exactitud hemos tenido cien oportunidades de comprobar.

(3) En cuanto á los nombres de las naves, su porte y el nombre de los capitanes, seguimos á Burney; porque en las declaraciones es casi imposible descifrar muchos nombres, despedazados por los copistas ó no entendidos de los que las tomaban por medio de intérpretes.

(4) En los datos sobre este buque seguimos á las declaraciones; porque los da el quinto declarante, Adrián Diego, que había servido de carpintero en "La Fidelidad".

das, se llamaba *El Ciervo Volante* (5) y traía "doce piezas, " dos de bronce, la una de cámara, y las demás de hierro; " las de bronce tiran balas de doce libras abajo é las de " hierro de cinco libras abajo; é trae siete cámaras de hie- " rro é sacó de su tierra cincuenta y seis hombres de mar é " guerra, entre capitanes, oficiales, marineros é grumetes". " Al emprender el viaje mandaba *El Ciervo Volante* un marino que había de ser después muy famoso, Sebald de Weert.

En aquel tiempo el porte, las tripulaciones y los armamentos de estos buques se consideraban de magnitud y guardaban consonancia con sus armas y municiones y la riqueza de sus cargamentos; de manera que uno de los tripulantes llegaba á decir: "De todo cuanto puede pasar por " la imaginación en cosas de mercaderías traen en las di- " chas naos y en tanta cantidad que, fuera de lastre, aguas " é bastimentos, vienen las naos llenas". Y hablando del más pequeño de esos buques, *El Ciervo Volante*, dice que " traía arcabuces, mosquetes, pistoletes, coseletes, celadas, " cascabeles, cuchillos.................. hierros, candados, tijeras " y otras cosas desta calidad.................. é vido una caja " con hasta doce piezas de holanda". Otro de los marineros dice casi lo mismo acerca de las mercaderías que traían las demás naves de la escuadra: "Son mercaderías de muchas " suertes, paños, lienzos, holandas, sedas é mercería é cosas " de hierro, mosquetes, arcabuces, municiones, artillería, " armas, cotas, coseletes, así para defensa de las dichas " naos é gente dellas como para vender donde hallaren sa- " lida. E todo ello es, con los navíos, de los mercaderes que " hicieron la dicha armazón". Agréguese á esto "paños de " Ruan é cantidad de cajones de vidrios". En cuanto á los pertrechos de guerra, fuera de los mencionados, traían "en

---

(5) Burney llama al filibote "El Buena Nueva" (The Good New). Creemos ciertamente preferible el testimonio de los tripulantes de la misma nave.

" todas las cinco naos doscientos quintales de pólvora, me-
" nos la que habían gastado por el viaje; porque los dichos
" doscientos quintàles los sacaron de su tierra. E para
" cada pieza de artillería que tienen sacaron de su tierra
" ochenta balas. Y que traen gran cantidad de cuerdas y es
" de manera que no les puede faltar. Y que traen muchos
" artificios de fuego en cada nao, como son flechas alqui-
" tranadas para desaparejar los navíos y las jarcias y
" otros artificios de fuego de diferentes maneras. Y que de-
" más de las dichas balas tienen otras menudas hasta en
" cantidad de quinientas de libra y media para abajo... E
" para cada una de las personas que vienen en las dichas
" naos, fuera de los capitanes, pajes é grumetes, traen pres-
" tos un mosquete é un arcabuz para cada uno, sin otros
" muchos que traen empacados para vender".

Tanta mercadería venía en cada nave, excepto la capitana y la almiranta, á cargo de un comisionado especial, con el tratamiento honorífico de capitán que, si no intervenía en el mando del buque, tenía cierta autoridad sobre sus hombres de guerra. En *La Fidelidad* este empleado era Baltazar de Cordes, sobrino de Simón de Cordes, el cual había de dejar en Chile un reguero de sangre y espantosas crueldades en recuerdo de su nombre.

Si hemos de creer á prisioneros, interesados cuando declaraban en presentarse ante las autoridades españolas como inocentes en cuanto se refería á atacar á las colonias americanas, los armadores de la expedición no dijeron á los tripulantes que las naves venían al estrecho de Magallánes: habría sido mucho más difícil encontrar marineros y los engancharon por engaño, diciendo que iban al Cabo de Buena Esperanza.

El 27 de junio de 1598 se hicieron á la vela en un pequeño puerto situado á tres ó cuatro leguas de Rotterdam, puerto denominado por los marineros en sus citadas de-

claraciones Engad y Ugad, y al que Burney da el nombr de Gorea.

Uno solo de los marineros fija la fecha exacta, conforn con el mencionado autor, de la partida de la escuadra: t(dos los otros se limitan á decir que fué después de la fiest de mayo, en la cual "suelen comúnmente en todos los est: " dos de Flandes poner un árbol que llaman La Maga y e " él cuelgan muchas frutas y aves y en particular papag: " yos é otras curiosidades é tiran con arcos al papagay(" y el que le derriba es rey aquel día. Y este es una maner " de regocijo que hacen como por la entrada del verano'

Diversos accidentes y, sobre todo, malos tiempos, reta daron desde el principio la navegación, y á fines de agost sólo habían llegado las naves á las islas de Cabo Verd En este trayecto y cuando iban no lejos de la costa de E paña y á la altura de Cádiz "descubrieron sobre tarde cu: " tro navíos y al día siguiente por la mañana no viero " más que dos. Y llegados á reconocer, hallaron que un " era de ingleses y el otro de flamencos, que le habían l(" dichos ingleses tomado, y decían que el dicho navío ven " de Leorna cargado de arroz y de mercaderías y much: " sedas y que traía mucho dinero é iba para Lisboa y d " cían que era un pillaje de mucho interés".

Los ingleses habían saqueado este navío "y lo tenía " preso é rendido cuando estos cinco navíos llegaron sob " ellos. Se decía que á la primera pieza que le habían tir " do los ingleses habían muerto al maestre. Y luego con " arribaron sobre ellos estos cinco navíos los hicieron am: " nar y echaron las chalupas de la capitana y almirant " pidiéndoles á los dichos ingleses que les diesen algun " cantidad de arroz por sus dineros del que habían robac " del dicho navío flamenco. Y se lo dieron y el General de " tos navíos les dió libranza á los ingleses de lo que mon " el dicho arroz á pagar en Flandes. Y en recibir el arr(

" y hacer la póliza y otras práticas que tuvieron, tardaron
" tres horas, antes de medio día; y hecho esto, cada uno
" siguió su viaje".

¿Cómo, siendo flamenco el mencionado navío que los ingleses habían apresado y flamenca la escuadra de Mahu y Cordes, lejos de sacarlo del poder de los apresadores, entró el general holandés en amigable trato conlos i ngleses y aún pasó á sus naves tres de los tripulantes de la apresada? A tal pregunta, hecha más tarde por el Virey del Perú, á seis prisioneros de estos tripulantes, dieron los interrogados distintas é inadmisibles respuestas: pobres soldados, ignoraban, sin duda, los motivos de la conducta de sus jefes. Teniendo en cuenta la estrecha amistad de ingleses y holandeses, es probable que los primeros no quitaran el buque á los holandeses sino á otros que antes lo hubieran apresado. Es esta, por lo demás, la única plausible explicación de uno de los declarantes.

"Con el dicho navío flamenco, al desembocar del dicho
" estrecho de Jibraltar, habían peleado turcos y, estando
" en la pelea, llegaron los dichos navíos ingleses y se lo qui-
" taron á los dichos turcos y no sabe por qué causa los
" dichos ingleses le llevaron y su armada no le defendió;
" por dó cree que hay constituciones entre la Reina de In-
" glaterra y los Estados de Flandes en que se ordena lo que
" en caso semejante se debe hacer. Y no entendió el inten-
" to de su General ni lo que acerca del dicho navío mandó
" y ordenó que se hiciera".

De las islas de Cabo Verde, siempre fingiendo que caminaba al cabo de Buena Esperanza, se dirigieron á la costa de Guinea. En esta travesía falleció el día 23 de septiembre (6) el jefe de la expedición Jacobo Mahu y, conforme á las instrucciones de los armadores, le sucedió en el mando

(6) Citada colección de Burney.

Simón de Cordes, comandante de la almiranta. Se trasladó en consecuencia á la capitana y á *La Caridad* en reemplazo de Cordes, á quien sustituyó en el puesto de segundo jefe, Van Beuningen, comandante de *La Fe*. A esta nave pasó el comandante del filibote, Sebald de Weert y de capitán de *El Ciervo Volante* quedó Diego Geraldo (7).

Lo hemos dicho, Jacobo Mahu era uno de los interesados en la expedición y el jefe de ella: teniendo en cuenta que Simón de Cordes, su sucesor, era un rico comerciante, debemos suponerlo en las mismas circunstancia de Mahu.

Los buques llegaron al cabo Lope González, donde permanecieron como un mes, renovaron los víveres é hicieron provisiones de agua y leña. Salieron de Lope González y navegaron mucho tiempo aún, sin saber que venían á América. Cuando por el rumbo no fué posible ocultar á la tripulación que iban apartándose de la costa de Africa, Simón de Cordes y los principales oficiales reunieron á los marineros y les dijeron que se dirigían al Pacífico; pero, añadieron, la expedición no era propiamente de guerra sino mercante; procurarían comerciar en las colonias españolas, para lo cual habían tomado en su patria tantas mercaderías y no harían uso de las armas si á ello no se vieran precisados.

Tal, á lo menos, aseguraron en Lima los marineros prisioneros, á los cuales convenía demostrar que no habían venido á América con fin alguno hostil. A esas palabras no les encontraríamos verosimilitud si no viéramos el acuerdo de todos los declarantes, hombres ignorantes y

---

(7) Dicke Gherrit, llama Burney al capitán de "El Ciervo Volante": el nombre que adoptamos es el que le dan los seis marineros en sus declaraciones. Estos declarantes eran subalternos del capitán y habían hecho con él el viaje; no debemos, pues, rechazar su testimonio.

rudos. Sea de ello lo que fuere, sean mentirosos ó verídicos los marineros, fueren sinceros ó nó los jefes, probablemente los armadores de la expedición tuvieron el doble propósito de comerciar en América y las Molucas, y de mandar una escuadra bastante fuerte para defender las mercancías y para apoderarse de los galeones reales si los encontraban y dar un asalto donde quiera que un rico botín les abriera el apetito. Así se explicaría el capital invertido en mercaderías y los grandes pertrechos de guerra. Y no basta suponer que las mercaderías eran traídas para comerciar con los indígenas y, aliándose con ellos, hacer causa común contra los españoles; porque sería limitar la expedición á las costas de Chile, único punto en donde los indios no estaban sometidos, y porque la clase de mercaderías escogidas por los holandeses manifiesta que tenían en mira principalmente, nó á los indígenas, sino á los españoles.

A principios de marzo divisaron los navegantes por primera vez tierra americana, á los ocho meses de haber salido de Holanda, después de soportar sucesivamente la tempestad y la calma chicha, no habiendo podido renovar sino muy escasamente los víveres y cuando el escorbuto había hecho morir á treinta de los tripulantes (8).

El 12 de marzo, encontrándose ellos cerca de la desembocadura del Río de la Plata, "el mar apareció colorado " cual si fuese de sangre. Examinaron el agua y encontra- " ron que estaba lleno de pequeños insectos colorados, " como gusanos, que al tomarlos en la mano saltaban co- " mo pulgas. Algunos son de opinión que en ciertas épocas " del año las ballenas arrojan de su cuerpo estos gusanos; " no tienen de ello certidumbre" (9).

---

(8) Citada colección de Burney.

(9) Recueil des Voyages à l'Etablissement de la Comp. des Indes Orient., vol. II, pag 296, (Rouen 1725), citado por Burney.

De ahí, "prosiguieron su derrota por hacerles buen tiem-
" po y llegaron todos cinco navíos juntos, unos á la vista
" de otros, á la boca de Estrecho y entraron por ella. Y,
" habiendo navegado como tres ó cuatro leguas, dieron
" fondo; porque las corrientes é vientos contrarios les for-
" zaron á ello. Surgieron en veinte brazas como á hora de
" vísperas, á seis días del mes de abril puntualmente deste
" año de 99 y estuvieron allí surtos toda la noche hasta
" otro día salido el sol" (10).

(10) El diario de viaje del Piloto Adams, citado por Burney, está conforme en el trayecto recorrido en el Estrecho con la declaración que nosotros copiamos. Aquel dice así: "El 6 de abril la flo-
" ta entró en el Estrecho de Magallanes y al caer la tarde de aquel
" día ancló cerca de la más pequeña de las dos islas de Penguines,
" catorce leguas más allá de la entrada".

CAPITULO XIV.

LOS CORSARIOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES.

Los primeros días de navegación en el Estrecho.—La Bahía de Cordes.— Los corsarios se detienen á invernar.— Primer encuentro con los naturales de América: mal augurio.—Opinión del piloto Adams.—Crudeza del invierno de 1599 en Magallanes.—Falta de vestidos y espantosa hambre — Se vuelve á ver indios.—Comienzan á morir los tripulantes á consecuencia de los padecimientos.— Precauciones contra el pánico.— Salida de la Bahía de Cordes.—Fundación de la orden *El León no Encadenado:* juramento de odio á España.— El amor patrio de acuerdo con el interés.— Síguese el viaje: salida al Pacífico — Un fuerte viento dispersa las naves.— Aventuras de *La Fe:* vuelve al Estrecho; aprisionamiento de una india; dásele libertad pero se le quita á su hijita; encuentro con Oliverio Van Noort.—Resuelve De Weert volver á Holanda.—Es el único que con su nave vuelve á ella.

Preferiríamos ser prolijos á callar algunas de las desconocidas particularidades ocurridas en su audaz viaje á la más importante flota que hasta entonces hubiera pasado el Estrecho de Magallanes, la primera también que hubiera zarpado de los puertos de Holanda. Por eso vamos á copiar la más minuciosa de las declaraciones prestadas en

Lima en lo referente al viaje, desde la entrada de los buques al Estrecho hasta su llegada á la que se llamó primero Gran Bahía, después Bahía Verde y, por fin, Bahía de Cordes, lugar en donde invernaron los navegantes:

"Luego que se hicieron á la vela navegaron como cator- " ce ó quince leguas aquel día con muy buen tiempo y siem- " pre iban sondando. Aquella noche surgieron en seis bra- " zas en una angostura que sería como una legua en ancho, " habiendo navegado aquel día unas veces por anchura de " dos y tres leguas y otras por más ó menos, hasta que lle- " garon al dicho paraje, donde surgieron como está dicho. " Al día siguiente por la mañana se levaron é navegaron " en aquel día hasta media noche como veinte leguas con " muy buenos tiempos, abriéndose y cerrándose el Estrecho " dos é tres leguas é más ó menos, como queda dicho. " A media noche surgieron todos los dichos cinco navíos " que nunca se perdían de vista y el día siguiente como á " medio día hicieron vela é fueron prosiguiendo el viaje. " Y habiendo navegado como legua y media llegaron á dos " islotes que estaban hacia el medio del Estrecho y allí sur- " gieron por aquella noche, y cazaron en las dichas islas " aquella noche dos bateadas de pájaros de los que allí ha- " bía, que eran como patos. Hasta llegar allí las costas son " pobladas por ambas partes de arboledas y verduras muy " apacibles y en que muy de ordinario hay agua dulce, que " viene por aquellas quebradas. Hasta aquí no vieron gen- " te alguna de la tierra y en este paraje algunos de los que " fueron á cazar los pájaros hallaron algunos *bujios* (ran " chos), en que había señales de que por ahí solía andar " gente aunque no la vieron como está dicho. De aquí se le- " varon al día siguiente al medio día y, siguiendo su viaje, " navegaron dos leguas hasta una bahía. Y desta mane- " ra iban surgiéndose y levándose poco á poco, así por ir " reconociendo si en alguna parte hallarían volatería, pes-

" quería, ú otro bastimento como porque llegaban á algu-
" nos parajes donde no se podía dar fondo, y dábanlo do
" les parecía paraje acomodado. Echaron algunas veces
" gente en tierra por la parte del norte para reconocer la
" tierra y ver si hallarían alguna gente de quien tomar len-
" gua de ella. Y navegando como dicho es, llegaron á una
" bahía que le pusieron por nombre Cordes del de su gene-
" ral, que estaría á más de la mitad del dicho Estrecho. En
" ésta invernaron todos los navíos juntos, tiempo y espa-
" cio de cuatro meses, á lo que se acuerda, por serles los
" tiempos contrarios y haber alguna corriente que les im-
" pedía navegar; y los meses que allí estuvieron fueron
" mayo, junio, julio y agosto, en que padecieron muy recios
" tiempos de fríos, vientos y granizos y nieves y aguaceros.
" Y por darles no más que seis libras de pan á cada perso-
" na para ocho días lo pasaban mal y sentían hambre;
" aunque algunas veces se ayudaban de pescado que pesca-
" ban y de raíces de yerbas que cogían, aunque esto duró
" poco, porque se acabó. De donde resultó enfermar la gen-
" y morirse mucha. Algunos días salieron á tierra de la
" parte del norte, en que sucedió ver gente de la misma tie-
" rra que les mató tres hombres, por descuido que tuvieron
" en resguardarse".

La última desgracia, si bien no de las mayores de su travesía, pudo mostrarles á los holandeses que no sólo los españoles eran de temer en la tierra americana.

No todos los que refieren el viaje se muestran tan persuadidos como este testigo de la imposibilidad de atravesar el Estrecho antes de que el invierno apretase. El piloto de la capitana, Adams, en cartas posteriores, culpa á Simón de Cordes por haber dejado pasar los vientos favorables que casi constantemente soplaron, según dice, hasta el 20 de abril y que los habrían sacado del Estrecho, "si no hubie-
" sen ocupado demasiado tiempo en hacer provisiones de

" agua y leña y en construir una chalupa, cosa que debió " haberse diferido para cuando estuvieran en latitud y es- " tación medias" (1). Y aún durante el invierno volvieron á tener buenos vientos para hacerse á la vela: "muchas ve- " veces, dice el citado piloto, tuvimos durante el invierno " buen tiempo para atravesar el Estrecho; pero nuestro " general no lo quiso". Por desgracia para los corsarios, como hemos visto, el invierno de 1599 fué en aquellos parajes por extremo crudo: "Hacían, dice uno de los viajeros, " tan recios tiempos de fríos, nieves é vientos é mares tan " grandes que era cosa temeraria: "Cuando soplaba el norte, y solía soplar tres y cuatro días consecutivos, sabían los holandeses que todo lo debían temer. "Frecuentemente " se convertía en huracán, por lo que los buques garraron " anclas y sus cables se deterioraron tanto que fué causa " de continua ansiedad y tuvieron mucho trabajo para " proveer á su seguridad.

"Entre las miserias que soportaron se contaban la esca- " sez de alimento y de vestido: la primera de estas necesi- " dades llegó á tal extremo que fué necesario mandar la " gente todos los días á la playa durante la baja marea, " aunque lloviera ó nevara, á buscar mariscos y recoger " raíces para la subsistencia. Las necesidades y la incle- " mencia del tiempo parecían hacer insaciables los estóma- " gos. El marisco, raíces y cuanto podía comerse lo devo- " raban en el estado en que lo encontraban, no teniendo " paciencia para aguardar á cocinarlo. El diario de Adams " dice que encontraron allí abundancia de almejas, algunas " de las de las cuales, se asegura, eran de un palmo de lar- " go y, cuando cocinadas, la carne de tres de las mayores " pesaba una onza" (2). Pero esto último no guarda con-

(1) Citada colección de Burney.
(2) Citada colección de Burney.

formidad con las declaraciones prestadas en Lima por algunos marineros; por lo demás, debemos creer que, si las hubo, duraron pocos días las almejas. A ellas quizás se refiere uno de los testigos cuando dice: "El pescado era muy " poco lo que se pescaba y era menudo, *que se daba á los* " *capitanes é principales oficiales de las naos* y la gente co- " gía yerbas delas costas, que picaban é cocían en mazamo- " rra para comer". Otro de los testigos habla de los poco sanos megillones, como único marisco de que pudieron disponer por algún tiempo, y agrega "que aunque traían len- " gua de que en aquellas islas é costas había muchos pája- " ros y los procuraron, no los hallaron y ansí padecieron " mucha necesidad; y que en algunas islas que están en el " dicho Estrecho oían aullar lobos marinos y echaron dos " barcos para tomar alguno é no pudieron, porque luego se " echaban á la mar".

Con la experiencia de lo belicosos de los naturales, los holandeses no se atrevían á exponerse entrando mucho en la tierra y así "un día, que creo fué de los de Pascua de Re- " surrección, echaron un barco á la costa de Chile en que " iban catorce ó quince hombres y saltaron en tierra con " intento de tomar algunos pájaros é vieron ciertos indios " en la tierra adentro correr desnudos y no se llegaron á " ellos ni les hablaron é no pudieron cazar pájaros y ansí " volvieron en la barca al navío".

Con todas estas cosas se multiplicaron las enfermedades y vino la muerte, no ya á diezmar las tripulaciones de los buques, sino á llevarse la mayor parte. De hambre y frío y de enfermedades por ellos producidas, murieron como doscientos marineros, si hemos de dar fe á los cálculos de los testigos. Los jefes llegaron á temer las consecuencias del pánico en los sobrevivientes, ya tan debilitados por los padecimientos, y procuraron ocultar el número de los fallecidos. Nos parece terrible en su sencillez la manera cómo re-

fiere esto uno de los desgraciados que, cual los demás, debió de estar esperando por momentos su turno en la lista que á las tripulaciones estaba pasando la muerte: "A los princi-
" pios, dice, cuando moría alguno y le echaban á la mar,
" disparaban una pieza y después, como morían muchos,
" dejaban de tirarlas por no poner miedo ni entristecer á la
" gente".

Entre los muertos se contó el capitán de *La Fidelidad*, Bockholt, y le sucedió en el mando el representante en ese buque de los armadores, Baltasar de Cordes, sobrino del general.

Tal fué la funesta mansión de los corsarios en la Bahía de Cordes, en la cual estuvieron hasta el 23 de agosto, día en que zarparon con viento NE. A la siguiente mañana sobrevino calma y anclaron en una bahía de la playa sur, donde, al decir de Burney, celebraron una extraña ceremonia, que manifiesta cuán distantes estaban de enfriarse con los hielos del Estrecho sus sentimientos de odio contra los españoles. El general Simón de Cordes, cual si los padecimientos soportados por él y su gente y la muerte de tanto compañero fuesen ocasionadas por los españoles, quiso cimentar más y más en el corazón de los jefes la guerra que sus compatriotas hacían á España, é ideó la institución de una orden de caballería, cuyos miembros debían comprometerse con juramento á defender la patria hasta con el sacrificio de la propia vida y á "esforzarse en lo posible por
" hacer triunfar las armas de Holanda en el país de donde
" el Rey de España sacaba esos tesoros, que durante tantos
" años había empleado en la opresión de los Países Bajos".

Como se ve Simón de Cordes era muy belicoso, á pesar de haber pasado su vida y hecho su fortuna en el comercio; pero, aún en medio de su patriótico ardor, asoma el antiguo mercader y, para hacer la guerra al jurado enemigo de la patria, busca la manera de arrebatar á España sus teso-

ros, no tan sólo á fin de desarmar al opresor de la Holanda, sino también para llenar con los dineros de aquél su propio bolsillo de comerciante. ¡Con qué placer habría quitado millones á la nación odiada y enriquecídose con sus despojos!

Por desgracia para Cordes y sus compañeros, si se les presentó á muchos ocasión de mostrar que eran crueles hasta la ferocidad tratándose de los súbditos del Rey de España, ninguno se hizo rico con los tesoros de América.

En la nueva orden de caballería, cuyo nombre fué *El león no encadenado*, entraron los seis principales jefes de la flota, á más de Simón de Cordes; es decir, los comandantes de los otros cuatro buques y los dos representantes de los armadores, sin contar á Baltasar de Cordes, ya comandante de *La Fidelidad.*

La bahía donde sucedía esto recibió el nombre de bahía de Los Caballeros.

Naturalmente, buscamos en vano el menor rastro de la orden de *El león no encadenado* en las declaraciones prestadas en Lima por los seis prisioneros que allá llegaron: empeñados en manifestar su ninguna hostilidad contra las colonias americanas, se habían guardado muy bien de hacer la más mínima alusión á cosa que tan á las claras probaba odio encarnizado.

" El 2 de septiembre el viento soplaba fresco del Este y
" volvieron las naves á emprender la marcha. En la tarde
" del 3, toda la flota; compuesta de seis naves (contando
" una chalupa llamada *La Postillón*, construída en el Es-
" trecho), entró en el mar del Sur. Los tres días siguientes
" navegaron en dirección de O. á N.; el viento se hizo en-
" tonces inconstante y el mar se puso borrascoso. El 7 una
" ráfaga violenta causó algunos perjuicios en el palo trin-
" quete del filibote, por lo que éste arrió todas las velas y
" disparó un cañonazo para dar aviso del desastre. Los na-

" víos más cercanos se dirigieron inmediatamente á prestarle auxilio y los otros recogieron velas para aguardarlo; sólo Simón de Cordes, por estar muy distante y por haber densa neblina, no oyó el cañonazo del filibote ni vió lo que pasaba, y creyendo que la flota lo seguía, continuó su viaje y se separó de los demás.

" El 10 arreció el viento del NO. y en la noche, por alguna equivocación ú omisión en las señales, los buques se separaron completamente unos de otros, de modo que para saber la historia del viaje sería preciso seguirlos uno á uno en su derrotero" (3).

Para concluir con el que no llegó á las costas de Chile en el Pacífico, digamos que *La Fe*, llevada por fuerte viento oeste, se halló el 26 de septiembre á la entrada del Estrecho. Hasta entonces iba en compañía de otro de los buques, *La Fidelidad*. En esa fecha "se encontraron cerca de la entrada occidental del Estrecho de Magallánes, y como soplaba fuerte viento del oeste, se se vieron al otro día obligados á entrar al Estrecho para guarecerse. No pudieron moverse de junto á la entrada del oeste hasta el 2 de diciembre; teniendo entonces viento del NE., partieron siempre con el propósito de entrar en el Pacífico; pero *La Fe* no pudo salir con ese viento de la bahía en que se hallaban, á la que llamaron Close Bay (Bahía Cerrada). Salieron al día siguiente de ella, pero no con viento favorable, para ir al Pacífico, i por algún accidente ó por diferencia

(3) Burney. En todo lo referente al viaje de *La Fe* que en seguida narramos, hemos tomado por guía al citado autor, el cual, por su parte, extracta el diario llevado en ese buque y publicado en Holanda. De él traducimos cuanto citamos textualmente en lo que queda de este capítulo.

Advirtamos, sin embargo que, como después lo notaremos, hay motivos para dudar de la exactitud de su relato cuando afirma que *La Fe* anduviese con *La Fidelidad* en su vuelta forzada al Estrecho.

" de maniobras al anclar, quedaron separados los buques " á una legua de distancia, con una punta de por medio que " les interceptaba la vista. El 8, una ráfaga (que debe de " haber sido del este) hizo garrar anclas á *La Fidelidad*, " que arrastrada por el Estrecho entró en el Pacífico", separándose para siempre de *La Fe*; sola ya, unió á sus demás desgracias la desmoralización de los marineros, que comenzarou á manifestar poca voluntad de seguir obedeciendo á su capitán Sebald de Weert.

El 12 de diciembre estaba éste todavía en el Estrecho, y mandó un bote á buscar víveres á tierra. Al dar vuelta á una punta, el bote vió tres canoas llenas de indígenas, los cuales huyeron precipitadamente, y habiendo llegado á tierra, se refugiaron en los cerros. En las canoas encontraron los holandeses "algunos penguines, cueros pequeños y úti- " les para pescar". Bajaron á tierra los corsarios y sólo capturaron á una mujer que no pudo huir por llevar á sus dos hijos, de los cuales uno no andaba todavía. He aquí la minuciosa descripción que de esta mujer hace el autor citado, siguiendo en todo el diario del buque:

" Era de estatura regular y de color cobrizo; llevaba el " cabello corto y largas las uñas; tenía arqueadas las pier- " nas (lo que los holandeses atribuyeron á la manera de " sentarse) y la boca ancha, lo cual era probablemente pe- " culiaridad individual; vestía un traje de pieles de animal " marino, que le colgaba por sobre los hombros, y lucía un " collar de conchas del mar. Cuando fué capturada y con- " ducida al buque, no hizo manifestación alguna de dolor " ni se le observó la más pequeña emoción, si no es cierta " traza de altanería. Rehusó comer alimentos cocidos al uso " europeo, por lo que le dieron algunas de las aves encon- " tradas en las canoas: las preparó para ella y sus hijos, " usando por cuchillo una concha; las cortó y limpió, sa- " cándoles las entrañas; en seguida comió y dió á sus hijos

" algunas partes crudas y otras apenas calentadas en el
" fuego".

"El mayor de sus hijos era una mujercita de cuatro años
" de edad; el otro era varón y sólo tenía como seis meses.
" En la repartición del alimento lo partía todo con las ma-
" nos y los dientes: la comida fué un espectáculo mui diver-
" tido para la tripulación, la cual extrañaba sobremanera
" que en medio de sus risas, la indígena conservara com-
" pleta indiferencia...... La pobre mujer tuvo que soportar
" la risa y la impertinente curiosidad, dos días que pasó
" siendo constante objeto de necia admiración y regocijo.
" El capitán ordenó, en fin, que la llevasen á tierra y le dió
" una capa, una gorra y algunas cuentas. Vistieron igual-
" mente al niñito con un traje verde y se lo dejaron á la
" madre; pero retuvieron la niña para llevarla á Amster-
" dam. Aquella mujer expresó en sus miradas el dolor y la
" rabia que sentía al ver que le robaban su hija; pero ma
" nifestó creer que le era inútil quejarse y con silenciosa re-
" signación salió del barco con el niño que le habían de-
" jado."

El 15 de diciembre se dirigió *La Fe* á la Bahía de Cordes y al llegar disparó un cañonazo, siempre con la esperanza de volver á juntarse con *La Fidelidad*, á la cual suponía en el Extrecho. Les pareció á los marineros que les contestaban el cañonazo y no se equivocaron; pues al otro día vieron llegar á ellos un bote. No era, sin embargo, de *La Fidelidad* sino de otra flota holandesa que venía á América mandada por Oliverio Van Noort.

El 20 de diciembre comenzaron á navegar unidos para salir al Pacífico; pero no navegaron mucho tiempo en conserva, pues el mismo día separó el viento á *La Fe* de las demás. Volvió De Weert á la Bahía de Cordes, adonde llegó también el 1º de enero de 1600 Oliverio Van Noort, que no había podido pasar de la Bahía de Los Caballeros. De

Weert se ocupó en construir un bote, pues acababa de perder el último en el Estrecho. Cuando lo concluyó, ya determinado á volver á Holanda, envió á pedir á Van Noort un poco de galleta para el viaje; pero nada consiguió. El 11 de enero salió De Weert de la Bahía de Cordes y se dirigió á las islas de los Penguines, en la entrada oriental del Estrecho y ancló junto á la más pequeña, donde tomaron y salaron "penguines." Los marineros encontraron una mujer patagona, herida y la única sobreviviente de toda su tribu, cruelmente asesinada, como veremos más adelante, por los hombres de Oliverio Von Noort. Según el diario de *La Fe*, esa patagona "era alta y corpulenta y tenía el " pelo corto, al reves de los hombres que, á uno y otro lado " del Estrecho, lo lleva extremadamente largo. Tenía pin- " tado el rostro y vestía una especie de capa de pieles bien " cosidas que le llegaba á las rodillas: al rededor de la cin- " tura, llevaba un pequeño cobertor, hecho de una piel." El capitán le dió un cuchillo á esa mujer; pero no se tomó el trabajo de pasarla al continente, aunque ella manifestó que lo deseaba.

El 21 de enero salió De Weert del Estrecho en dirección á Holanda y, seis meses después, el 13 de julio, llegó á Gorea: de los ciento nueve hombres de tripulación que de este puerto había sacado, volvían sólo treinta y ocho.

Por fatal que parezca el viaje de *La Fe*, esta nave fué la más feliz de la flota; otra ninguna volvió á Holanda.

Su comandante no tuvo empero mucho tiempo para felicitarse de su relativa buena suerte: "Sebaald Van Weert, " escapado felizmente de las penalidades de este viaje, tuvo " poco más tarde un fin desastroso. En 1602 partió para " la India oriental como vice-almirante de una flota ho- " landesa de quince naves, y el año siguiente fué pérfida- " mente asesinado por orden del Rey de Ceilán" (4).

(4) Nota de la Historia de Chile del señor Barros Arana, tomo 3º, pág. 308.

CAPITULO XV.

VIAJE Y AVENTURAS DE "LA ESPERANZA" Y "LA CARIDAD."

Instrucciones que tenían los capitanes para el caso de que se separaran las naves.—Rumbo que sigue la capitana.—La capitana en el archipiélago de Los Chonos.—Llega á la punta de Lavapié.—Los marinos quieren desembarcar y son rechazados por los araucanos.—Crítica situación de aquellos.—Su contento al ver que los indios van de paz.—Baja Simón de Cordes y es festejado por los indígenas.—Traición de éstos y muerte de Simón de Cordes y de más de veinte de sus compañeros.—Triste estado en que llegó la capitana á Santa María.—La almiranta en la Mocha.—Traición de los indios y muerte del capitán Beuningen y de veintisiete marinos.—Lo que los holandeses creían de estos ataques.—Lo que dijieron á Recio en su visita.—¿Quién era el sucesor de Simón de Cordes? ¿Era su hijo y homónimo ó un suplantador?—La visita de Antonio Recio.—Curiosa carta del corsario á Quiñones.—Cree éste que aquel va á pelear á sus órdenes contra los indios: gozo general en la colonia.—Desvanécense las ilusiones: partida de los corsarios y fin que tuvieron.

El 10 de septiembre se había separado Cordes de las otras naves de la flota y cuando lo conoció y perdió la es-

peranza de encontrarlas hizo rumbo á la costa de Chile. Previendo que una ó muchas naves podían dispersarse, había ordenado á los capitanes que, en tal caso, se dirigieran á la costa en la latitud 46°, aguardaran ahí un mes, y si no llegaban los otros á reunírseles, siguieran su camino hasta la isla de Santa María, en la cual esperaran igual tiempo, antes de continuar el viaje. Mientras iban en esa dirección, se juntó *La Caridad* con la capitana; pero "ocho ó diez días " después, durante la noche, dice el piloto Adams en una de " sus cartas, un fuerte viento hizo volar nuestro trinquete " y perdimos la compañía de la almiranta. Entonces, según " lo permitió el viento y el tiempo, seguimos hacia la costa " de Chile, á la cual llegamos, en el grado 46, el 29 de sep- " tiembre. Allí permanecimos veinte y ocho días." "Los in- " dígenas, dice en otra carta, son de natural pacífico y pu- " dimos refrescar nuestra gente. Nos trajeron carne de cor- " dero y papas en cambio de cascabeles y cuchillos; pero " pronto dejaron la costa y se internaron para no volver."

Partió la capitana á fines de octubre y muy pronto llegó cerca de la isla de Santa María. Antes de fondear, quiso Simón de Cordes renovar sus víveres en el continente, donde con razón creía encontrar provisiones y arribó á la parte más cercana á la isla mencionada, á la punta de Lavapié. La manera como lo habían recibido en el archipiélago de Los Chonos le hizo creer, sin duda, que todos los indígenas de Chile los mirarían bien, y sin más trámites envió á tierra una lancha para comprar víveres.

Por su desgracia había dado con los araucanos. Lejos de recibir amistosamente á los tripulantes de la lancha, los indios que, á la llegada del buque, se habían ido reuniendo en gran número en la playa, los dejaron desembarcar y los atacaron con encarnizamiento. Era el primer combate serio de los holandeses en América y, á estarnos á su relato, dieron muerte á más de cien indígenas con pérdida de sólo tres

de los suyos: "El general, queriendo saltar á tierra en la " punta de Lavapié con alguna gente á tomar algún re- " fresco, los indios que están de guerra, defendiéndoles no " saliesen á tierra, pelearon con ellos y les mataron cosa de " tres hombres y ellos más de cien indios" (1). Aunque no hubiese exajeración en el número de indios muertos, los corsarios, no podían pretender la victoria, ya que "con esto se retiraron á su lancha," sin haber obtenido los víveres que iban á buscar y tanto necesitaban. Probablemente, fué gran desgracia para los holandeses llegar á Arauco en medio de la general sublevación ocasionada por la muerte de don Martín García Oñez de Loyola; pues los araucanos, aún en el caso de saber que los tripulantes de *La Esperanza* eran enemigos de los españoles, estaban demasiado orgullosos con sus multiplicadas victorias para buscar auxilio de europeos contra el casi vencido conquistador.

Debieron de quedar en grandes apuros los holandeses y considerar menor desgracia la no pequeña de perder tres hombres, que lo crítico de la situación. Sin conocer el número de los indígenas, cuyo valor acababan de experimentar; sin poder manifestarles por falta de intérprete, que el objeto de su viaje se armonizaba con los intereses de los naturales de Chile; sin saber tampoco si el mismo recibimiento de Lavapié tendrían en la isla de Santa María, y con necesidad imperiosa de tomar víveres y de resfrescar la gente, debieron de encontrar bien amargos los momentos que sucedieron al placer poco antes tenido de llegar á tierra, después de tan larga y penosa travesía.

(1) Relación hecha al Rey por don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599. Seguiremos utilizando en el presente capítulo este documento, que tanto nos ha servido ya para estudiar lo referente á la permanencia de los corsarios en la isla de Santa María.

¿[illegible] otro esfuerzo para desembarcar en Lavapié? ¿[illegible] tentar fortuna en Santa María, donde á lo menos podrían esperar juntarse con las otras naves? Cuando se inclinaban á tomar este último partido, vieron con indecible contento á una canoa de los indígenas acercarse al buque y entendieron llenos de gozo que los araucanos estaban dispuestos á recibirlos bien, si les daban seguridades de no venir con intenciones adversas. Si sólo por señas se comunicaban araucanos y holandeses, éstos fueron, sin duda, muy elocuentes mímicos, ya que aquellos volvieron luego á las naves llevando "algún regalo".

La paz estaba hecha, y los nuevos amigos invitaron á sus huéspedes á saltar á tierra. Era cuanto deseaban los holandeses, y una buena partida, mandada por el mismo Simón de Cordes, desembarcó en Lavapié. Ya no temían, como en el Estrecho, á los naturales; ya no habían de soportar, como allá los rigores de la temperatura: pudieron creer concluídos los padecimientos y que comenzaban los prósperos sucesos.

Los araucanos se mostraron por extremo generosos en la abundancia de alimentos que ofrecieron á sus huéspedes para festejar en un banquete su amistad. Hacía demasiado tiempo que los navegantes estaban condenados al ayuno y no se contuvieron, como habrían debido hacerlo hombres cautos y prudentes al tratar con salvajes, cuyas costumbres y carácter no conocían: se entregaron á la bebida y, con los festejos de los indígenas, fueron poniéndose en estado de no poder resistir un ataque de éstos. Eso aguardaban los araucanos: cuando vieron "el descuido que el general con " sus soldados tenía dieron sobre él y degollaron á veinti- " tres ó veinticuatro" (2).

(2) Relación hecha al Rey por don Francisco de Quiñones el 25 de noviembre de 1599. Quiñones ignoraba entonces la muerte de Simón de Cordes; el 20 de febrero ya la sabía y la dijo al Rey. Por

Ninguno de los que habían saltado á tierra volvió á la nave y ésta y la flota se encontraron de repente sin su jefe. Era el segundo que perdían los holandeses y la muerte de Simón de Cordes debió de impresionarles harto más que la de Jacobo Mahu, pues acaecía después de tantas desgracias, de manera tan trágica y acompañada por la de tantos útiles y casi necesarios soldados y marinos.

La primera vez que el fundador de la orden de *El león no encadenado*, el hombre que juraba y hacía jurar odio eterno contra los súbditos del Rey de España, pisaba esta tierra, teatro de las hazañas de los españoles, pagaba con su vida y con la de sus compañeros la empresa acometida. Y, para colmo de mala suerte, moría á manos de encarnizados enemigos de los españoles.

Los pocos marinos que habían quedado en la lancha, volvieron aterrorizados á la capitana á referir la gran traición de los araucanos y la inmensa desgracia sobrevenida á los navegantes. La pérdida de veintitrés hombres era irreparable para la tripulación de *La Esperanza*, diezmada durante año y medio por las enfermedades y el hambre. Y fuera de la pérdida material debía contarse en mucho la imposibilidad de tomar víveres y refresco en Lavapié.

¿Qué hacer? Ya no había para qué aguardar más en esa inhospitalaria playa, á la cual ojalá nunca hubieran llegado; y resolvieron irse, en fin, á la isla de Santa María, donde encontraron á *La Caridad*, arribada cuatro días antes (3).

No eran ni mejores ni de distinto género las noticias que de los de la otra nave recibieron. La almiranta había llegado en su viaje á la isla de la Mocha y, como la capitana en Lavapié, había querido refrescar la gente y tomar víveres antes de ir á Santa María.

---

lo demás, todos los cronistas é historiadores están conformes en la muerte de Simón de Cordes.

(3) Citada colección de viajes de Burney.

Cual si los indígenas de La Mocha se hubieran puesto de acuerdo con los de Lavapié para emplear las mismas muestras de amistad y adormecer con ellas á los corsarios, comenzaron por proporcionarles víveres y los festejaron de diversas maneras y muchas veces, hasta que, viéndoles completamente descuidados, salieron en gran número de una emboscada, los atacaron con vigor, les tomaron la lancha y mataron á todos los desembarcados, veintisiete hombres, entre los cuales se contó el capitán del buque y vice-almirante de la flota, Geraldo Van Beuningen (4).

(4) Quiñones no menciona, en ninguna de sus cartas, el desembarco y muerte en La Mocha de Van Beuningen y sus hombres, y cuando, meses después, resume las pérdidas de los corsarios en sus luchas con los indígenas de Chile parece creer que las de "La Caridad" no pasaron de trece ó catorce hombres; pues había dicho que en Lavapié los de "La Esperanza" perdieron tres hombres en el primer desembarco y veintitrés ó veinticuatro en el segundo y el 20 de febrero escribe que por todo perdieron los corsarios cuarenta hombres y su general.

Los cronistas cuentan con muy distintas circunstancias el desembarco y la muerte del capitán de "La Caridad". Tesillo dice que: "de cincuenta holandeses que saltaron en tierra, en dos lan-" chas con dos piezas de bronce, no dejaron (los indios) ninguno " vivo; y, quedándose con las lanchas y artillería, le entregaron " uno y otro al Capitán Francisco de Hernández Ortiz, que el año " siguiente tomó puesto en aquella isla".

El Padre Rosales pondera los pérdidas de los holandeses hasta incluir en ellas el mismo cargo: los indígenas "después de haberles " llenado de bastimentos y festejado á los holandeses con públicos " regocijos, les echaron una emboscada y les mataron setenta hom-" bres en ella y les cogieron la barca y cuanto en ella encontraron. " Y hasta hoy conserva un cacique muy principal, llamado Que-" chumilla, un pito de plata grande y curioso que lo heredó de su " padre, que fué autor y caudillo de aquella emboscada, y nunca " le ha querido enajenar porque sirva de memoria á la posteridad " para no olvidar sus triunfos. Este tan infauto suceso callan los " ingleses, como otras muchas cosas calamitosas, sin quererlas

La Caridad, con su tripulación disminuída hasta el exceso y sin su capitán, fué la nave que, habiendo entrado primero á Santa María y mandado cuatro hombres en su bote al encuentro del navío de Recalde, se había puesto en relación con el capitán Recio. Se concibe que, después de sus muchos fracasos é innumerables desgracias, quisieran los corsarios ver modo de conseguir por bien los víveres cuya posesión debían desesperar de obtener por la fuerza, en vista de lo ya acontecido.

Por lo demás, mientras los holandeses suponían, como lo afirma en su citado diario Adams, el piloto de *La Esperanza*, que los indígenas habían sido guiados por los españoles, Quiñones decía al Rey, el 20 de febrero de 1600, que los araucanos estaban muy apesarados de haber muerto á los corsarios: "Dos navíos de alto bordo que el mes pasado de " noviembre parecieron nueve leguas de este puerto echaron " gente en tierra del enemigo para confederarse con él. Y " por no tener intérprete que les entendiese, viniendo á ba- " talla mataron al general y otros cuarenta hombres, pen- " sando que eran españoles; y después que se desengañaron " y entendieron que eran nuestros enemigos, mostraron " gran sentimiento".

Naturalmente, de estar alguno en la verdad, lo estaba el Gobernador de Chile (que, contra la costumbre, se quedaba corto al señalar el número de enemigos muertos); pues era menester ignorar el estado de la guerra para suponer que los araucanos pudieron ser instrumentos de los españoles.

" poner en sus diarios náuticos, y lo mismo hacen los holandeses, " para no infundir pavor ni espanto á los que emprenden las na- " vegaciones australes".

Hemos podido notar cuán injusta es la última acusación de Rosales, en la exactitud de la relación hecha por los diarios náuticos de los holandeses, á uno de los cuales, extractado en la obra de Burney, seguimos con seguridad en esta ocasión.

Quiñones no tuvo noticias tan exactas de las pérdidas de los corsarios sino algún tiempo después; porque los holandeses se guardaron de decir á Recio toda la verdad en su visita á las naves. Aún sin suponer que los araucanos obrasen por instigaciones de los españoles, éstos á juicio de los holandeses, no podían ignorar lo pasado en Lavapié, tan cerca de Concepción. Por eso so pena de manifestar su doblez, los corsarios hubieron de referir y refirieron á Recio lo acaecido en esos desembarques: le callaron, sin embargo, lo que aquel no podía descubrir, la muerte del jefe de la escuadra. Cuanto á lo de La Mocha, seguros de que no les era fácil á sus naturales comunicarse con los del continente, ni siquiera mencionaron el desembarco y la muerte de Van Beuningen y de sus veintisiete compañeros.

Todo el empeño de los holandeses consistía en engañar á los españoles, y á ese fin se dirigían las mentidas protestas de amistad y, por lo mismo, les ocultaban, cuanto les era posible, su angustiosa situación.

En Chile no se tenía más noticia de la flota, cuya capitana y almiranta estaban fondeadas en Santa María, que las dadas por los mismos tripulantes: no se tenía idea de Jacobo Mahu, su primer jefe, ni de Simón de Cordes. Los corsarios podían decir el nombre del sucesor de Simón de Cordes sin que los españoles vinieran en cuenta de la muerte de éste, pues ni sabían que hubiese existido. Sin embargo, Simón de Cordes continuó siendo su General, escribió al Gobernador y tuvo las conferencias con Recio.

¿Hacían representar un falso papel á un suplantador? No tenemos datos para contestar esa pregunta; pero sí podemos insinuar lo que nos parece más probable: quizás el jefe de la flota, el sucesor de Simón de Cordes, tenía su mismo nombre y era su hijo.

No vemos, en efecto, qué interés hubiera impulsado á los corsarios á una suplantación, ni tampoco á callar el nom-

bre de su jefe; y, además, de las señas dadas por testigos de vista acerca del que en Santa María mandaba la capitana, se deduce que no era ninguno de cuantos debían haber sucedido al desgraciado Cordes.

Muertos los capitanes de *La Esperanza* y de *La Caridad*, podían haberlos reemplazado los primeros pilotos. Ahora bien, los declarantes de Lima dicen que el primer piloto de la capitana era un inglés venido á América con sir Tomás Cavendish, como de *treinta y cinco años* de edad; el primero de la almiranta, también inglés, "se llama maestre Adams, " que será de *más de cuarenta años*". En cuanto al supuesto ó verdadero Simón de Cordes, Recio, al referir á Quiñones su visita á la nave de los corsarios, le dice "que el general *es mozo de hasta diez y nueve á veinte años*" (5).

Por otra parte, en la ininteligible carta que, como veremos, dirigieron los holandeses al Gobernador de Chile y cuya copia tenemos á la vista, se lee algo que parece poner entre los principales armadores de la flota al "señor Simón " de Cordes, *padre de nuestro general*".

Si Simón de Cordes fué uno de los principales armadores, se explica perfectamente el cargo de representante de los empresarios en su sobrino Baltasar y el puesto de capitán de *La Fidelidad* que se le había confiado, á pesar de tener á lo más veintidós años, según dicen también los testigos de vista, y nada habría sido más natural que, muerto Simón, le sucediera en el mando su hijo como le sucedía en sus derechos de armador.

Sea lo que fuere y llámese como se llamare "el general", la situación de los corsarios era por demás apurada y debían temer sobre todo exponerse á un nuevo descalabro, que vendría á ser para ellos la ruina completa. Por eso la

---

(5) Citada relación de Quiñones al Rey, fecha á 25 de diciembre de 1599.

dura experiencia, tan á su costa acabada de adquirir, influ yó sin duda en mantenerlos alejados de la playa y en hacer los presentarse con tantas protestas y deseos de paz, diese ó nó crédito á las falsas noticias de Antonio Recio para en gañarlos acerca del número de soldados que estaban baj sus órdenes en la isla.

Hemos dejado al audaz capitán español en las naves ene migas: su visita duró no menos de día y medio y en ella según dice al Virey el Gobernador de Chile, "pasó grande razones" con el jefe de la escuadra holandesa. Esas "grande razones" no concluyeron, sin embargo, en ruptura, y Anto nio Recio y Simón de Cordes (ó quien tomaba este nombre quedaron los mejores amigos del mundo y, circunstancia n de despreciar en el estado de pobreza del reino de Chile, e capitán español recibió del holandes "muchos regalos" (6)

Recio pasó el día y medio en la nave capitana, sin que e corsario le mostrase la almiranta. La primera, según el es pañol, era "de cuatrocientas toneladas muy galana é bien " labrada é trae veinticinco á veintiseis piezas de artillería " las más de hierro colado y pocas de bronce y poca gent " y alguna enferma."

Como no la vió, no fueron tan exactas sus noticias acer ca de *La Caridad*: según dice, tenía cinco ó seis cañones po banda y llevaba mucho menos gente que la capitana.

Sin duda, en cambio del agasajo con que hospedaron á Recios y de sus "muchos regalos" los corsarios hubieron d recibir los víveres que solicitaban, pues venían "perdidos y faltos de todo."

Antonio Recio, antes de salir del navío de Simón de Cor des, recibió de éste una carta para el Gobernador de Chile cuya copia lo hemos dicho, no es posible descifrar por com

(6) Citada re'ación de Quiñones al Virey, fecha á 25 de no viembre de 1599.

pleto. De lo poco que se entiende y principalmente del resumen hecho al Rey por don Francisco de Quiñones, se deduce que el corsario se presentaba como leal vasallo de la Majestad del Rey de España y con vivos deseos de servir bajo las órdenes del Gobernador de Chile: "ofresco mi persona " y navíos in servicio de vuestro Rey don Felipe y de V. S." Sobre todo se manifestaba deseoso de vengarse de los araucanos: "daremos contra esos perros indianos, si V. S. que- " rro nuestro ayudo."

En suma, pedía á Quiñones un práctico, que condujese sus navíos y los hiciera fondear en la bahía de Concepción, para desembarcar ahí y ponerse al servicio del Gobernador.

Naturalmente, Quiñones no creyó una palabra de las seguridades que el corsario le daba acerca de ser súbdito fiel de España, así como ni juzgó digna de mencionar la afirmación de Simón de Cordes con respecto á los víveres: "Tene- " mos comida para dos años" decía á Quiñones, y éste escribía al Virey: "Tengo entendido que están faltos de todo, " que no traen de comer ni gente y que, si pasan adelante, " sin duda se perderán."

Si al afirmar su abundancia de víveres el corsario mentía claramente, el Gobernador tampoco decía verdad cuando aseguraba lo contrario. Las naves habían pasado ya veinte días en Santa María y debían de haber aprovechado perfectamente las buenas relaciones de su jefe con Antonio Recio: ya no debían de ser los desesperados y hambrientos viajeros de Lavapié, y, aunque las provisiones recibidas no serían tantas ni tales como las que un año antes embarcaron en su patria, los ponían, á no dudarlo, en estado de pasar adelante "sin perderse."

Quiñones, conociendo la falsedad de los asertos de Simón de Cordes, había recibido no obstante con suma complacencia su "carta muy regalada" y se preparaba á "traerlos

" con todos los medios posibles al servicio de Su Majestad."

En verdad, una expedición que al principio había inquietado tanto y con tantísima razón al Gobernador, le daba ahora fundadas esperanzas. En lugar de temibles enemigos, se veía con la probabilidad de poderosímo refuerzo de excelentes soldados, muchas armas y municiones, cañones, dos magníficos buques y abundante cargamento de cuanto necesitaba Chile. ¿Qué no esperaría conseguir el Gobernador y cuan convencido no estaría de su buena suerte? No lo olvidemos: la tremenda desgracia que en esos mismos instantes caía sobre la colonia con la destrucción de Valdivia (cuyo relato hemos adelantado algunos días á fin de no interrumpir la historia de los corsarios) no había venido aún á descorazonar al enérgico Quiñones.

Todo se le presentaba, pues, color de rosa y el 25 de noviembre, al cerrar y fechar la minuciosa relación dirigida al Virey, despachaba también un pequeño barco para la isla de Santa María con carta para Simón de Cordes, en la cual lo invitaba á ir á Concepción, donde se le daría toda clase de auxilios. Don Francisco de Quiñones había llegado á engañarse acerca de las intenciones de los corsarios hasta escribir al Virey: "Entiendo que de aquí á dos días estarán en " este puerto."

Eran puras ilusiones las esperanzas del Gobernador: cuando escribía aquellas palabras, el corsario, habiendo aguardado inútilmente en la isla de Santa María el tiempo convenido con las otras naves y renovado sus víveres, iba de nuevo á emprender el viaje y á despedirse para siempre de las para él bien poco hospitalarias costas de Chile. "Como " las tripulaciones de los buques estaban tan reducidas, se " tuvo entre ellos el proyecto de embarcar todos los hom- " bres y las provisiones en uno solo y abandonar y quemar " el otro; pero los nuevos jefes no pudieron convenir en cuál " de los buques debía quemarse, y nada se hizo. Sin em-

" bargo, la fuerza de ellos no era suficiente para empren-
" der cosa alguna contra las colonias españolas en el Perú
" y resolvieron dejar la costa de América y se dirigieron al
" Japón para negociar, pues traían á bordo vestidos de lana
" que creyeron serían muy estimados en aquel país."

El 27 de noviembre, las dos naves, *La Esperanza* y *La Caridad*, acompañadas "de una pinaza recién construída,
" salieron de Santa María. Adams escribe: 'emprendimos un
" camino directo al Japón y pasamos la línea equinoxial
" con viento favorable que duró bastante tiempo. En el
" camino encontramos ciertas islas á los 16° N., cuyos ha-
" bitantes son antropófagos.. En estas islas, la pinaza, que
" tripulada por ocho hombres había quedado a buena dis-
" tancia de los buques, fué atacada y tomada por los is-
" leños'.

"Entre la latitud del 27° y del 28° N. tuvieron vientos
" variables. En la noche del 23 de febrero los dos buques se
" perdieron de vista y no volvieron á encontrarse" (7).

No se ha tenido noticia de *La Caridad* y sus tripulantes: probablemente se perdieron en alta mar.

La Esperanza llegó al Japón el 19 de abril y no volvió á salir de esos mares. Sus tripulantes tuvieron que sobrellevar diversas y desagradables aventuras cuya narración no hace á nuestro propósito.

---

(7) Cartas del piloto Williams Adams, extractadas en la colección de Burney. La exactitud de la fecha que asigna á la salida de los buques de la isla Santa María está confirmada por el auto del Virey, de 22 de febrero de 1600, en el que dice refiriéndose á una carta del Gobernador de Chile "que dos navíos de los cinco holan-
" deses que entraron por el Estrecho de Magallanes á esta mar del
" Sur, se habían levado y hecho á la vela á 27 del mes de noviembre
" del año pasado del puerto de la isla de Santa María, donde ha-
" bían arribado y estado surtos, y que no se había podido entender
" ni colegir qué derrota habían tomado."

CAPITULO XVI.

EL CIERVO VOLANTE.

Las órdenes de Quiñones en Santiago.—Parte un barco para el Callao.—Envíase á Valparaíso á Jerónimo de Molina.—Quién era este capitán.—Llega á Valparaíso *El Ciervo Volante*.—Sus trabajos desde que se separó de las otras naves.—Muere su capitán frente á Quinteros.—Alimentos que traía *El Ciervo Volante*.—Recibimiento que á los corsarios prepara Molina.—Viene un bote con bandera blanca.—Emboscada y ataque de los españoles.—El capitán, herido, consigue salvar en el bote con todos sus compañeros; sin recursos y sin esperanzas.—Cambio de escena: los de tierra van en un bote con bandera blanca.—Conferencia en el mar. Entrevista de los capitanes Jeraldo y Molina.—Entrégase el primero: probables condiciones de la entrega.—Lo que acerca de ello dicen los tripulantes; valor de sus asertos.—Franca hospitalidad que en Santiago reciben los corsarios.—Lleva Diego de Ulloa el filibote y á seis de los holandeses al Callao.

Se recordará que, con ocasión de la llegada de los corsarios á Santa María, Quiñones envió, uno tras otro, diversos mensajeros á Santiago para que avisasen al Virey del Perú y procurasen defender á Valparaíso contra un golpe de mano de los holandeses. Los correos salidos de Concep-

:. uno el 5 de noviembre y otro el 6, llegaron á la capita
:2. es decir, seis días después de la salida del último,
es mucho tardar si se tiene en cuenta no sólo la gra
istancia sino la dificultad de proporcionarse caballos e
::: territorio desolado por los enemigos y casi en su pode
según las órdenes del Gobernador, en dos horas se había d
acomodar y despachar el barco para el Perú; afirmamc
que el segundo correo llegó á Santiago el 12 de noviembr
probablemente el mismo día que el primero, por tener es
fecha la carta que los Oficiales Reales escribieron en Santi
go al Virey, incluyéndole la de don Francisco de Quiñone
Había en Valparaíso un barco del Rey, enviado por
Gobernador "para llevar trigo á la dicha ciudad de Con
cepción para la gente de guerra" (1), y pudo salir inmedi
tamente en dirección al Callao.

La segunda disposición de don Francisco de Quiñone referente al envío de fuerzas á Valparaíso para defend este puerto contra un desembarco de los corsarios, no podí cumplirse en "dos horas": se necesitaba encontrar hombr de armas en una ciudad agotada por la guerra, equiparl y hacerlos salir.

El Corregidor y el Cabildo de Santiago, apenas recibier las comunicaciones del Gobernador, comisionaron al ca tán Jerónimo de Molina para que organizara y manda esa fuerza.

Era éste un militar conocido en Chile por su valor y a tividad y por los crueles castigos aplicados en cierta oc sión á los indígenas.

Hemos referido, cómo con motivo de las derrotas de l españoles en el Sur, los indios comarcanos de Santiago

(1) "Acuerdo sobre el aviso que dió don Francisco de Quiñon " Gobernador de Chile, del navío de corsarios que se había vis " en la isla de Santa María" celebrado en Lima por el Virey y s consejeros el 3 de diciembre de 1599.

La Serena estuvieron varias veces á punto de sublevarse á fin de concluir con estas desarmadas ciudades: así, á lo menos, lo creyeron sus vecinos. Pues bien en una de esas conspiraciones, "Jerónimo de Molina, que era Corregidor " de esta ciudad (dice la citada información hecha en " Santiago el 2 de septiembre de 1600) prendió y castigó " muchos de ellos (de los indios); y con la mucha diligencia " y *rigor* que en ello puso en esta ciudad y en sus términos " y con haberse hecho lo mismo en la ciudad de La Serena, " cesó por entonces el efecto del alzamiento."

Quien conoce la durísima manera con que en aquella época trataban los españoles á los indígenas, puede calcular cuán cruelmente castigaría á los conspiradores Jerónimo de Molina, pues su conducta mereció ser calificada de rigorosa por los que la aplaudían como salvadora.

Y si la crueldad era en aquellas circunstancias recomendación en quien iba á combatir y castigar á los rebeldes, con mayor motivo no había de ser considerada inconveniente para dirigir una expedición contra los piratas. La guerra de exterminio que éstos hacían en las costas de América autorizaba toda clase de represalias, y en Santiago nadie creía en ocasión alguna preferible, tratándose de los ingleses, la prudencia á la animosidad. Los hechos iban á encargarse de manifestar su error á los que así pensaban.

Por mucha presteza que Molina emplease en reunir y equipar su gente y conducirla á Valparaíso, no pudo estar en ese puerto antes del 14 ó 15 de noviembre y si más hubiera tardado habría llegado tarde; pues, apenas allá, se avistó un buque en dirección al puerto (2): era *El Ciervo Volante*.

---

(2) "El Ciervo Volante" hubo de entrar á Valparaíso á mediados de noviembre para que Quiñones tuviese la noticia en Concepción y alcanzase á dársela al Virey en su carta de 25 de noviembre

Como hemos dicho, el 10 de septiembre se había separado la capitana de los otros buques, después de haber pasado el Estrecho y de haberse retirado de tierra no pocas leguas para evitar que un fuerte viento los hiciera varar. La tormenta siguió creciendo y á la tercera noche (3) el patache perdió de vista, para no juntárseles más, á las otras naves. Venía con éstas "la chalupa de la capitana" que debió de perecer, pues no volvemos á oirla mencionar.

Ya al comenzar la tormenta, el bauprés del patache había padecido no poco y *La Fe* le había mandado á su carpintero para componerlo. Este carpintero se quedó en *El Ciervo Volante* y es uno de los que después suministra más datos con su declaración en Lima.

Cada vez más fuerte la tempestad, *El Ciervo Volante* fué arrastrado por ella y "padeció mucho porque si el tiempo " aplacaba un día ó dos, volvía con grandísima furia de " vientos nortes, que le eran contrarios, y muchos aguace- " ros". La tempestad no duró menos de seis semanas, y " todo este tiempo anduvieron (los tripulantes del filibote) " barloventando de una parte á otra y á las veces tuvieron " amainados mar en través".

El barco "arrastrado por los impetuosos y constantes " vientos del norte, llegó" hasta la latitud de 64° al sur del " Estrecho, donde los navegantes vieron una tierra alta,

---

Hemos debido limitarnos á calcular poco más ó menos la fecha de este suceso, porque las declaraciones de Lima, lejos de señalar un día fijo, varían entre sí hasta decir una que llegó el filibote á principios de noviembre y otra á principios de diciembre; falta de fijeza y error que, tratándose de fechas, no es de extrañar en rudos marineros.

(3) Las declaraciones tomadas en Lima, varían entre dos y tres días al asignar el tiempo que "El Ciervo Volante" se mantuvo unido á los otros buques; esas declaraciones nos sirven de guía en nuestro relato.

" con montañas cubiertas de nieve como el país de Norue-
" ga". Esa tiera, en cuya existencia pocos querían creer por
" entonces, era una de las islas del archipiélago conocido
" más tarde con el nombre de Shetland austral" (4).

En el Estrecho de Magallánes, Simón de Cordes había dado "á todas las naves orden por escrito en un papel, á
" cada uno por sí, que, si con algún temporal se apartasen,
" se recogiesen y fuesen á juntar á la isla de La Mocha ó á
" la de Santa María" ó, según otro de los declarantes, al puerto de Valdivia.

El Ciervo Volante traía en su carta de marear el derrotero seguido por Sir Tomás Cavendish; pero "por estar mal graduada y señalada" no pudo tomar ninguna de esas alturas y equivocadamente llegó á la costa cerca de Valparaíso. Ese es el relato de los marineros y, en verdad, sería absurdo suponer ánimo hostil en hombres debilitados por el hambre y los padecimientos, reducidos á un pequeño número y descorazonados por las desgracias; no podían pensar sino en salvar la vida y habían de juzgar preferible cualquier situación á la insoportable que durante tanto tiempo los había mortificado.

Para colmo de desgracia, al avistar la costa y frente á Quinteros, murió su Capitán Diego Geraldo, enfermo de algún tiempo. Le sucedió en el mando del filibote su hermano Rodrigo Geraldo. De los cincuenta y seis hombres que *El Ciervo Volante* había sacado de Holanda llegaban á Valparaíso veintidós, veintitrés cón el carpintero de *La Fe*: los otros treinta y cuatro ¡más de tres quintas partes! habían perecido en el funesto y largo viaje. Los víveres que traía el filibote al llegar á Valparaíso se reducían á "veinti-

---

(4) *Historia General de Chile* por Barros Arana, tomo III, págs. 282 y 283. El señor Barros Arana toma este dato del *Recueil des navigations de l'estroit de Magellan.* (Nota de la segunda edición).

" cinco quintales de biscocho é un cuarto de pipa de arroz,
" que sería un quintal..
" y como ochenta medidas de aceite, que serían como vein-
" te arrobas".

El Virey, al oir esto, arguyó á los declarantes que cómo habían "dicho y declarado en las preguntas de atrás que mo-
" rían de hambre y comían yerbas é que el que no procuraba
" pescar se podía echar á morir, trayendo la cantidad de
" bastimentos que han dicho traía el dicho navío;" á lo cual los marineros contestaron "que iban guardando y en-
" treteniendo los dichos bastimentos entre tanto que se
" proveía de otras partes; porque si se lo comieran en aque-
" lla necesidad, no tenían remedio para escapar, mayor-
" mente en tan largo viaje como les quedaba por hacer".

En tal situación se encontraban los tripulantes del buque al entrar á Valparaíso; pero el Capitán Jerónimo de Molina y sus soldados no podían adivinar estas cosas: habían recibido aviso del Gobernador de que dos corsarios, en buques poderosos, estaban en la isla de Santa María y según todas las probabilidades, formaban parte de una formidable escuadra de ingleses. Con tales noticias y con el odioso renombre de traición y crueldades justamente conquistado en estas comarcas por los predecesores de Simón de Cordes, Molina había de ver en esa nave al más terrible enemigo de la colonia y de imaginarse que ella servía de avanzada á una escuadra que no tardaria en dibujar sus velas en el horizonte.

Con tales temores, comenzó por ocultarse con su gente para observar, sin ser observado, las maniobras del enemigo y resolver en consecuencia.

El Ciervo Volante entró en el puerto y, viendo sólo unos cuantos curiosos, puestos de propósito para no despertar sospechas, Rodrigo Geraldo hizo aprestar el bote, bajó á él con seis hombres y un muchacho y desembarcó en la playa

chilena. En prenda de paz traía "una banderita blanca;" pues habría sentido sobremanera ver huir á esos pocos hombres,—de los cuales esperaba recibir pronto los más indispensables recursos,—de temor á los mosquetes que, por pura precaución, había hecho tomar á sus compañeros.

Ciertamente, corría un peligro muy diverso y mucho mayor del que se imaginaba.

Apénas Jerónimo de Molina lo vió en tierra salió de su escondite y, sin más auto ni traslado y sin averiguar si los recién llegados venían de guerra ó nó, cuando ante el desembarco de sólo siete hombres nada exponía con averiguarlo, los atacó con toda su gente. "Luego como los vie-" ron en tierra los españoles salieron á pié y á caballo y" cargaron sobre ellos de golpe y comenzaron á arcabucear-" los, sin que los del batel hiciesen más que recogerse á em-" barcar y meterse á la mar".

¿Ni qué otra cosa habría de hacer Rodrigo Geraldo? Iba á buscar descanso en tierra y á reponerse de sus padecimientos: por más bien armados que estuviesen sus hombres, no podía pensar un instante en trabar una lucha, por su parte absurda é insostenible, con numerosos enemigos, que estaban en su propia casa: sólo de un loco habría sido el proyecto de apoderarse del Reino de Chile con veintitrés hombres casi moribundos á fuerza de padecer.

Ante tal recibimiento, el comandante del filibote dió la orden de retirada; pero ésta no pudo efectuarse antes que Geraldo y dos de sus soldados saliesen heridos. La herida del capitán fué en una pierna, ocasionada, como la de uno de los marineros, por un arcabuzazo; la del otro soldado, fué "de un panterrazo ó lanzada".

A pesar de las heridas, todos consiguieron embarcarse y y llegar á *El Ciervo Volante*, que iba asemejándose terriblemente para aquellos desgraciados á la más espantosa de las prisiones.

Bien caro pagaban las tripulaciones de las corsarios su deseo de riquezas y su odio á los españoles, y aunque alguno de los declarantes dijo después al Virey que el buque se iba á hacer á la vela al día siguiente de su desgraciado desembarco, probablemente el herido capitán y la fatigada gente no pensaban en principiar otra vez la serie de tristes aventuras que los habían conducido á tan lamentable estado. ¿A dónde ir que fuesen mejor recibidos? ¿A dónde ir con los escasos víveres que tenía el filibote? Por suerte para Rodrigo Geraldo y sus compañeros, al día siguiente del referido encuentro, los de tierra echaron al mar una pequeña embarcación y en ella entraron algunas personas con bandera blanca en señal de paz. En el acto los del filibote imitaron á los de tierra y enviaron el bote con algunos hombres y su bandera blanca para que en el mar se juntara con el de la playa y se pusieran al habla los tripulantes.

¿Qué significaba ese cambio de resolución en el capitán Molina? Nada más fácil de explicar.

La conducta observada por los españoles en aquella circunstancia, el recibir á balazos á hombres desembarcados en tan corto número sin siquiera saber qué objeto los llevaba ni quiénes eran, habría sido incomprensible si las noticias recibidas de Concepción no nos dieran la clave de ese enigma. Pero, aún teniendo presentes aquellas noticias y cuanto se sabía de los corsarios, el ataque de Molina era no sólo imprudente precipitación, sino también verdadera torpeza y culpable cobardía.

¿Qué habría perdido con oir al corsario? ¿Acaso no estaba en tiempo de atacarlo, después de escucharle, si lo juzgaba conveniente? Y si por ventura iba á entregarse, como lo hacía presumible su bandera blanca, ¿no era enorme la responsabilidad asumida por Molina en haber impedido esa entrega?

Pues pasaban las horas y otro ningún buque se divisa-

ba, debieron de ir tomando más y más fuerza aquellas reflexiones y aumentando más y más el arrepentimiento del capitán Molina. Agréguese á lo dicho, que en la profunda miseria de la colonia y especialmente de la ciudad de Santiago, la posesión de una nave, tal vez con muchas mercaderías, era ventura tan grande como inesperada.

Estas reflexiones motivaron, sin duda, el cambio de conducta en Jerónimo de Molina y lo movieron á buscar por su parte la conferencia que de manera tan injustificable había impedido la víspera.

Los de los botes, apenas se pusieron al habla, convinieron en tratar y trataron amigablemente: en consecuencia Rodrigo Jeraldo y Jerónimo de Molina tuvieron una entrevista y de ella resultó, que el primero "se dió de paz y entregó, " y entregó el navío é gente é hacienda que en él venía". El contramaestre de *El Ciervo Volante*, Lorenzo Nicolás refiere con esas palabras la rendición del corsario en su declaración prestada en Lima; pero otros tres testigos de ese sumario, el condestable Jacobo Rodrigo, Adrián Diego, el ya citado carpintero que lo había sido de *La Fe*, y el cabo de escuadra Jacobo, añaden circunstancias importantes á aquel relato y presentan las cosas en aspecto muy diferente.

El primero de los testigos mencionados se expresa así:

"La causa por que se dió de paz fué porque se concertó " con los españoles debajo de que no le harían agravio nin" guno *ni le tomarían su hacienda* si no fuese pagándoselas " por lo que fuese justo. Y juntamente con esto el dicho su " capitán venía harto cansado de navegar y deseando vol" verse á su tierra y los españoles le ofrecieron darle avío " para que se pudiese volver al Río de la Plata por tierra y " que con el dinero que le diesen por su navío de mercade" rías podría comprar un barco en que irse".

Los otros dos, aunque apuntan menos pormenores, son

más explícitos en lo de la compra del navío, efectuada, según ellos, por la suma de doce mil ducados.

Ténganse presentes dos circunstancias para valorar el testimonio de estos declarantes. Primera, estaba en su interés sostener que no se habían rendido á discreción; pues así el Virey del Perú no debía mirarlos como piratas ni siquiera, como á corsarios, sino como á hombres que tenían por garantía la palabra siempre sagrada de quien trataba á nombre de España. Segunda, no es la sinceridad el distintivo de muchas de estas declaraciones; y especialmente el contra-maestre Lorenzo Nicolás, cuyo es ese relato, asevera á continuación de lo copiado un hecho que lo desvirtúa no poco. Hemos visto la suma escasez de víveres de *El Ciervo Volante*, la extrema necesidad y la imposibilidad casi absoluta de proseguir un viaje ya tan funesto á los tripulantes y que, de seguirlo, los había de llevar sólo á tierras enemigas. Pues bien, nada de esto reconoce Lorenzo Nicolás y afirma lo contrario: "Y no entiendo " que hubiese necesidad forzosa para concertarse ansi con " los dichos españoles, porque en el dicho navío había co- " mida, y aunque el dicho capitán estaba herido, no le " tenian preso ni forzado e pudieran bien hacerse a la vela " si quisieran".

Por su parte las autoridades chilenas no mencionan semejantes capitulaciones. Quiñones, al referir al Virey, en su citada carta de 25 de noviembre de 1599, este suceso, dice: " Otro navío dellos dió en Valparaiso y allí le tomó el ca- " pitán Jerónimo de Molina, que por orden mía había acu- " dido con alguna gente á hacer algunas prevenciones, y " *se dieron todos de paz*... Luego despaché á la ciudad de " Santiago para que toda la hacienda y lo demás se pusie- " se en poder de los Oficiales Reales *sin tocar á cosa nin-* " *guna de su ropa y vestidos* y que los hospedasen y rega- " lasen háciéndoles muy buen tratamiento".

Y el mismo Molina decía al Virey, según éste lo expresa al mandar tomar las citadas declaraciones, que "se le ha-" bía dado de paz y entregado el dicho navío con la gente " y todo lo que en él venía".

Sí, por una parte, estaba en el interés de los declarantes el hacer creer que les habían prometido la libertad, por otra, bien pudo el capitán Molina engañarlos, pues había de juzgar lícitos todos los medios para apoderarse de los infames piratas. Hay, sin embargo, fundado motivo para presumir que no hubo engaño ni deslealtad de parte de los españoles: los historiadores ingleses y holandeses, tan instruídos en los más pequeños pormenores y tan cuidadosos de referirlos todo, no dicen una palabra de tal engaño y traición.

También los declarantes de Lima pudieron decir lo que creían, creyendo un error. En el deseo de quitar todo estorbo á una negociación, en la cual probablemente recibió seguridad para las personas y cuanto á cada uno pertenecía, Rodrigo tal vez afirmó á los marineros que á más de eso se les pagaba el cargamento y el buque mismo y se les facilitaba la vuelta á Holanda, y todo a fin de que aceptasen gustosos el cambio de situación y se fueran sin desorden á tierra. Esto parece deducirse de una de las citadas declaraciones: "el dicho capitán se concertó (en lo " arriba mencionado) y sabido por su gente, le obedecie-" ron y pasaron por ello".

Sea como fuere, conforme á la orden de Quiñones, los tripulantes de *El Ciervo Volante* recibieron excelente hospitalidad de los vecinos de Santiago y vieron respetado lo que á cada cual pertenecía; cuanto al cargamento del filibote, desembarcado inmediatamente fué llevado á Santiago y puesto en manos de los Oficiales Reales.

Apenas Jerónimo de Molina desembarcó el cargamento dió el mando del buque al capitán Diego de Ulloa, vecino

de Santiago, con órden de llevarlo al Callao y entregarlo al Virey. Ni el capitán que estaba herido, ni el piloto, también enfermo, pudieron ir al Perú y los dos quedaron en Santiago, con la mayor parte de la tripulación. Sólo fueron el contra-maestre Lorenzo Nicolás y otros cinco marineros. *El Ciervo Volante* llegó al Callao, después de una feliz travesía, el 8 de Diciembre de 1599.

Es probable que la mayor parte de los marineros quedados en Chile se alistasen en el Ejército español: en él encontramos, á lo menos, á uno de los músicos del filibote.



CAPÍTULO XVII.

EL VIREY Y LOS CORSARIOS DE 1599.

Noticias que de Chile había recibido el Virey.—Escasos socorros enviados acá en cinco meses.—Reclutas que manda hacer don Luis de Velasco.—Llega al Callao el barco de Diego Sáez de Alaisa.—Empeño del Virey y refuerzos que preparaba para Chile.—Sale para Valdivia el Coronel del Campo.—Llega á Lima la noticia de los corsarios.—Profunda alarma que ella causó.—Desastrosas consecuencias que tuvo para el envío á Chile de refuerzos. —*El Ciervo Volante* en el Callao.—El Virey y los holandeses.—Noticias contradictorias.—El Consejo del Virey.—El Virey y la Audiencia de Lima.—Determinaciones tomadas.—Lo que debía quedar en Chile del refuerzo antes proyectado.—Traslådase la Audiencia al Callao.—No participa don Luis de Velasco de las ilusiones de Quiñones.—Mensajero enviado por tierra á Lima desde Concepción.—La armada que estaba á las órdenes de don Juan de Velasco.—Una real cédula viene á aumentar las malas noticias sobre corsarios.—Fin de *El Ciervo Volante.*

Antes de referir la impresión que en Lima produjo la llegada á Chile de los corsarios, veamos lo que el Virey había hecho y procurado hacer por la guerra de Arauco.

Treinta y tres días después de la salida de Quiñones para

Chile, el 14 de junio, había recibido comunicaciones de Vizcarra. Con fecha 17 de abril de 1599 le escribía el Gobernador interino y le incluía cartas del "provisor" del Obispado de La Imperial, de Francisco Galdames de la Vega y de don Juan Rodulfo Lisperguer, encerrados en las ciudades de La Imperial y Angol, y también una minuciosa relación escrita por el Capitán Gregorio Serrano de los sucesos acaecidos en Chile desde el 28 de diciembre de 1598 al 1º de mayo de 1599.

Vizcarra decía al Virey que para mandar algún refuerzo á Angol, Arauco y Chillán se había encontrado en la precisión de despoblar á Santa Cruz y el fuerte de Jesús, y que, si en un mes no llegaban auxilios del Perú, creía imposible resistir á los rebeldes. En vista de eso, el Consejo del Virey, reunido el 18 de junio y compuesto de los Oidores y Oficiales Reales, resolvió por unanimidad que se le levantaran quinientos hombres, se les proveyese de lo necesario, en armas, bastimentos y sueldos, se proporcionasen seis piezas de artillería de campaña y se fletasen dos navíos para enviarlos pronto en socorro á Chile. Pero como por mucha presteza que para su envío se pusiera, podría llegar tarde, mandó el Consejo tomar inmediatamente cien soldados con sus capitanes y enviarlos acá (1). Pasaron cinco meses sin enviarse más socorro que ciento cincuenta hombres enganchados en Lima por don José de la Rivera, quien los trajo y llegó, como hemos visto, á Valparaíso en septiembre de

(1) Acta de la sesión del Consejo de 18 de Junio de 1599. Todo el contenido del presente capítulo lo sacamos de las actas del Consejo y de las cartas del Virey á los Oidores, que se encuentran entre los documentos del señor Vicuña Mackenna en el tomo intitulado "Los holandeses en Chile".

Creemos excusado estar haciendo citaciones: cuando en el texto digamos que lo referido se trató en reunión de tal fecha se entenderá que de esa acta lo hemos sacado.

1599; pero si no enviaba más refuerzos don Luis de Velasco, no era porque hubiese olvidado las críticas circunstancias de Chile ó no hubiese querido cumplir las promesas hechas á Quiñones. Al contrario, cuando el 3 de noviembre reúne en Lima su Consejo á fin de tratar de este asunto, le recuerda lo antes determinado de levantar quinientos hombres para la guerra de Arauco y las dificultades que encontraba, " por que la (gente) que había en esta tierra iba de muy " mala gana á la dicha guerra, no obstante la buena paga " que se les hacía, por no dejarles salir de allí habiendo " servido el tiempo porque iban á la dicha guerra". Para obviar este inconveniente ordenó reclutar soldados no sólo en Lima sino también "en las ciudades del Cuzco, Are- " quipa, Guánuco, Guamanga, Trujillo, Quito, en la pro- " vincia del Paraguay y otras partes del Reino y en la Tierra " Firme, proveyendo y ordenando lo necesario y nombran- " do capitanes para ello". Y también se trabajó que no sólo se reunieron los quinientos hombres deseados, sino ochocientos treinta, sin contar los del Paraguay. De aquellos, ciento cincuenta, reunidos en Lima, habían venido y otros doscientos ochenta estaban ya embarcados el 3 de noviembre en el Callao para emprender su viaje al sur de Chile: eran los reunidos en Arequipa, Guamanga, Guánuco, Tierra Firme y Trujillo. Los mandaba el coronel Francisco del Campo, justamente renombrado en la guerra de Arauco, y se hallaban embarcados en dos naves, de las cuales, la capitana, al mando del coronel, se llamaba *Santa Ana*.

Así las cosas, llegó al Callao el barco de Diego Sáez de Alaíza, enviado de Chile por Quiñones, y el 3 de noviembre recibió el Virey las cartas del Gobernador y en el momento reunió el Consejo, de cuya acta tomamos estos pormenores.

No necesitamos resumir aquí las tristes noticias enviadas al Perú por Quiñones: ya las conocemos. Pero el Virey

no las conocía y él y sus Consejeros, viendo que nada avanzaban en Chile las armas españolas, y á todas las ciudades australes sitiadas y amenazadas, ordenaron á Francisco del Campo no demorar un momento su viaje, y dirigirse á favorecer esas ciudades, mientras otra expedición salía del Callao para reforzar con más tropas á Quiñones en Concepción y dispusieron el envío de víveres y pertrechos, pues una y otra cosa pedían con instancia los de Chile. Cuáles serían esos refuerzos y el mucho empeño con que tomaban en Lima la gestión de estos asuntos, se conoce por el final del acta de la citada reunión de 3 de noviembre de 1599: "Se acordó que demás de la gente que se envió con " el capitán Jusepe de Rivera y la que lleva el dicho coro- " nel, se envíe la gente que se ha levantado y ha estado en " el distrito de la Real Audiencia de Quito, que se entiende " que son doscientos ochenta hombres por los avisos que " se han tenido y que venían á embarcarse á Guayaquil y " los ciento veinte hombres que se entendía traía el capi- " tán don Francisco de Loaíza de la ciudad del Cuzco. Y " que á todos se les pagasen sus sueldos de la Real Hacien- " da como estaba acordado.

"Y que en llegando la gente del Cuzco se envíe en la ga- " lizabra de la Armada de Su Majestad y la que viene de " Quito en la nao nombrada la *Visitación*, de la dicha Ar- " mada, la cual se aderece para ello si viniere á tiempo de " Guayaquil y sinó se tome el navío ó navíos que fueren " necesarios para ello.

"Y que así mismo se envíen las dos mil hanegas de hari- " na de trigo, que piden, encostalada para que vaya á me- " jor recaudo y las municiones y armas que se les pudieren " enviar de la dicha munición y pólvora y cuerda y plomo " que á Su Señoría pareciere y el socorro que piden de ves- " tidos y ropa, sillas y otras cosas necesarias para la dicha " guerra, como lo pide el dicho Gobernador.

"Y que ansí mismo se envíen algunas dietas y medicinas " para la gente, y que, además del bastimento que se lleva " en la nao *Santa Ana*, de que va por cabo el dicho Coro- " nel, se meta todo el bastimento que pudiera caber en ella, " pues todo conviene que se envíe para los dichos efectos; y " que para ello se gaste lo que fuere necesario y de la dicha " Real Hacienda por libranzas y orden de Su Señoría el " señor Visorey, á quien se remite la disposición y orden de " todo.

"Y que porque se ha entendido que la gente que Su Se- " ñoría ha mandado levantar en el Paraguay para el soco- " rro de las dichas ciudades de Chile es importante para aque- " lla guerra, se pagará un sueldo de la dicha Real Hacienda, " como por Su Señoría está ordenado, á la que para el di- " cho efecto se levantare. Y así lo acordaron y firmaron".

Francisco del Campo salió inmediatamente en dirección á Valdivia.

El 25 del mismo noviembre se volvió á reunir el Consejo y resolvió que en lugar de enviar acá la gente en la galizabra de la Armada Real, se enviase esta embarcación á Arica cargada de azogue y se fletase para traer la gente el mismo navío de Diego Sáez de Alaíza que acababa de llevar las mencionadas comunicaciones del Gobernador de Chile. Así se hizo.

En resumen, fuera de la gente que se reuniese en el Paraguay y de los quinientos treinta hombres ya venidos á Chile con Quiñones, Rivera y del Campo, se iban á mandar del Perú otros cuatrocientos y no pocos víveres y pertrechos de guerra.

Todo estaba preparado cuando el 2 de diciembre de 1599, á las ocho de la noche, don Luis de Velasco recibió en Lima las cartas que Quiñones y los Oficiales Reales de Santiago le enviaban en un navío del Rey. Esas cartas llevaban la

más grave y funesta noticia: los corsarios se hallaban á pocas leguas de Concepción, en la isla de Santa María.

Mucho habían alarmado al Virey y con sobrada justicia las victorias de los araucanos: podían concluír con lo que tantos esfuerzos había costado crear, y podían, por largo tiempo á lo menos, arruinar la colonia. Pero, por alarmantes que fuesen esas noticias, lo eran mucho más las de la llegada al Pacífico de una escuadra enemiga, cuyas fuerzas no se podía adivinar, y que al día siguiente pondría quizás en peligro, nó ya unas pocas y pobres ciudades, como las del sur de Chile, sino toda la costa del Pacífico y tal vez arrebataría ingentes riquezas al Rey de España y á los particulares. Y esto sin contar el peligro apuntado por Quiñones en sus cartas, de que esos corsarios se aprovechasen de la sublevación de los araucanos para aliarse con ellos, atacar juntos á los españoles, y aún establecerse de una manera permanente en algún punto á propósito de la costa austral de Chile.

Si la guerra contra los indios rebeldes era importante, más importaba todavía precaverse contra audaces tentativas de los corsarios: en consecuencia, el aviso dado por el Gobernador de Chile al Virey acerca de la llegada de los holandeses, lejos de proporcionar á Quiñones nuevos auxilios para concluír con la guerra, iba á distraer de ese objeto los refuerzos en víspera de serle enviados y con los cuales era natural atender por de pronto á lo más urgente.

En efecto, el Consejo del Virey, reunido en la mañana del 3 de diciembre acordó: 1º mandar orden á toda la costa del Perú de ponerse en guardia y prepararse á rechazar el posible ataque de los corsarios; y 2º armar en guerra todos los barcos disponibles en el Callao y meter en ellos gente y municiones para "la defensa desta tierra y de la mar y castigo y ofensa de los dichos corsarios".

Cinco días no más habían pasado cuando el 8 de diciem-



bre supo don Luis de Velasco que al Callao llegaba un buque de los corsarios holandeses, apresado por los españoles en Valparaíso. En el acto se trasladó á aquel puerto y durante muchos días no se movió de él, ocupado en las averiguaciones.

El Capitán Diego de Ulloa puso en manos del Virey las comunicaciones de Chile y le entregó también los seis marineros de *El Ciervo Volante.*

Al referir el viaje y las aventuras de los holandeses hemos resumido lo principal de las declaraciones de esos marineros, en las cuales se manifestaron siempre de acuerdo para sostener que no los animaba, al emprender el viaje, ninguna malevolencia contra España y sus colonias. Eran comerciantes y nada más que comerciantes. Y cuando los oprimían con preguntas como éstas: ¿Para qué, si eran pacíficos comerciantes, traían tantísimos pertrechos de guerra? ¿Cómo podían venir á comerciar con las colonias españolas sabiendo que la metrópoli no lo permite y estando en guerra declarada con ella? se limitaban á responder que eran pobres marinos, y si los jefes venían con intenciones hostiles, ellos las ignoraron siempre y fueron engañados.

Había en Lima un capitán holandés Juan Henríquez, y sirvió de intérprete á don Luis de Velasco para tomar las declaraciones de los corsarios, tarea en que el Virey estuvo desde el 11 hasta el 20 de diciembre.

Pero no se ocupó en eso sólo. Llamó al Callao á los capitanes más experimentados en los asuntos de la guerra para que le sirvieran de consejeros y los reunió el día 16. Entre esos capitanes, á más del Lugarteniente de la Armada, don Juan de Velasco, encontramos á muchos que figuran en la Historia de Chile, como "el Almirante" don Gabriel de Castilla, el Maestre de Campo Alonso García Ramón, "el General" don Pedro Usores de Ulloa y los capita-

ces don Francisco de Loaíza y don Francisco de Villaseñor y Acuña.

Las noticias recibidas de diversas partes y las declaraciones de los corsarios ponían en grandes confusiones al Virey, porque no concordaban entre sí; y para expedirse quería oir la opinión de los jefes reunidos en Consejo.

El duque de Medina Sidonia había escrito al conde de Monterey el mes de junio de cómo el 8 de agosto de 1598 saliera de Holanda para el Estrecho de Magallanes Oliverio Van Noort con seis navíos, "ochocientos marineros y otros " tantos mosquetes y muchas municiones y artillerías y " otras armas y gran suma de mercaderías".

Los marineros de *El Ciervo Volante* decían que al salir de Holanda dejaban preparando á Oliverio Van Noort una expedición de cuatro navíos, dos de trescientas toneladas y dos más pequeños y que habían salido otros ocho para el cabo de Buena Esperanza.

Por fin, del Paraguay se acababan de recibir cartas de 5, 12 y 14 de septiembre y en ellas se comunicaba "que á los " últimos de junio deste año de 99 llegó allí un navío, cuyo " capitán y algunos marineros se prendieron y dieron por " nueva haber salido así mismo de la isla de Holanda en " compañía de ocho navíos diez meses había y en la Guinea " se apartaron los cuatro para el cabo de Buena Esperan- " za y los otros cuatro para el Estrecho, y que de éstos era " él uno y de los otros navíos no sabían hasta entonces".

¿Qué creer en esto? ¿Cuáles serían las naves y los corsarios salidos para América? ¿Cuáles los peligros que amenazaban á las colonias y la mejor manera de conjurarlos? Esas preguntas dirigió don Luis de Velasco á los capitanes; pero no para ser contestadas inmediatamente, sino para que se tomaran tiempo, meditaran la respuesta y la dieran por escrito.

Separado de la Audiencia, que permanecía en Lima, el

Virey pidió al Oidor Maldonado que, consultando el asunto con sus colegas, le enviara por escrito la contestación. Dos cosas se podían temer, á juicio de don Luis de Velasco: la una que las cuatro naves de Simón de Cordes, cuyas tripulaciones tan maltratadas estaban por los temporales y las desgracias, se fuesen sin tocar en la costa y, por tanto, no pudiesen ser aprisionadas; la otra que se reunieran con las demás que, según parecía, habían entrado ó iban á entrar en el Pacífico, lo cual podía ser de funestísimas consecuencias para las colonias americanas. Creía el Virey que cuando escribía esa carta, 20 de diciembre de 1599, habrían zarpado ya de la isla de Santa María los dos navíos de Simón de Cordes, y no se equivocaba en sus cálculos; pero añadía, "si no lo hubiesen hecho, sería por aguar-" dar compañía, pues no los puede mover otra razón que lo " sea, supuesto que si ya no tienen copia de bastimentos " cada día les será más difícil el haberlos".

Habíanse armado de guerra cinco navíos en el Callao: uno de ellos, con otro que también se había de armar, vendrían á Chile y los otros cuatro debían quedar en el Perú para defender aquellas costas contra probables ataques. Tal opinaban los militares consultados por el Virey.

La Audiencia de Lima no tardó mucho en responder á don Luis de Velasco: la contestación tiene la fecha de la pregunta, 20 de diciembre de 1599. Creía lo mismo que los capitanes: si hasta el día de Navidad no llegaban de Chile noticias que hicieran cambiar de resolución, se debía mandar á nuestras costas la capitana ó la almiranta, acompañada de otro barco armado en guerra y de un patache, embarcar en esas naves la gente levantada en la provincia de Quito y poner la demás en los otros navíos en la costa del Perú. Y en cuanto á éstos opinaban los Oidores "ó que " salgan á la mar cuatro ó seis leguas, á la vista de este " puerto, ó que se pongan en el paraje de San Gallán para

" aguardar allí el aviso que de Chile se tuviere". Como se ve, nadie se acordaba ya de enviar socorros para la guerra de Arauco y las fuerzas pocos días antes indispensables y urgentísimas para salvar la colonia de la insurrección indígena, ahora se destinaban á las naves.

En medio de sus perplegidades hizo el Virey trasladarse á la Audiencia al Callao, en donde se reunieron el 28, cuando se acababan de recibir las cartas de 25 y 26 de noviembre, en las cuales Quiñones se forjaba la ilusión de tener pronto en el puerto y como amigos á los piratas fondeados entonces en Santa María.

¿Creyeron los de la junta en la realización de esa esperanza? Parece que nó; pues resolvieron enviar inmediatamente al "Almirante" don Gabriel de Castilla con dos navíos y un patache. Debía traer, fuera de la numerosa dotación de los barcos, doscientos hombres de tropa, ciento cincuenta de los cuales entregaría á Quiñones, cuando por no encontrar á los corsarios ó por haberlos vencido, hubiera de tornar al Perú. ¡Siquiera se daban, al fin, ciento cincuenta hombres de los muchos que poco há se iban á enviar á la necesitada colonia!

La nave capitana era mandada por el jefe de la expedición, don Gabriel de Castilla, y por don Fernando de Córdoba la almiranta, *Nuestra Señora del Cármen,* que había sido de un particular y se había armado en guerra (2).

Si no encontraba á los corsarios en la costa de Chile, después de ir hasta La Mocha y Valdivia y dejar la tropa á Quiñones, saldría Castilla para el Perú el 20 de marzo de 1600 é iría á Arica á escoltar desde ese puerto hasta el Callao el navío que había de llevar "el tesoro de Su Majestad " y de particulares". Si pudiera tomar á los corsarios sin trabar combate, sería mucho mejor y debería tratarlos muy

(2) Acta de 14 de marzo de 1600.



bien y llevarlos al Callao, donde se les oirían sus descargos; si podía trabar combate con ellos y los vencía, los debería mandar al Callao y seguir su viaje á Chile; si el enemigo fuera más poderoso, esquivaría el combate y mandaría el patache al Callao para poner en noticia del Virey y de la escuadra el rumbo de los enemigos y la fuerza de que disponían; finalmente, si al llegar á Chile don Gabriel de Castilla acabasen de salir de estas aguas los holandeses y fuera fácil darles caza y vencerlos, saldría en su seguimiento después de enviar al Callao el patache para avisarlo. Tales fueron las instrucciones dadas por el Virey á don Gabriel de Castilla el 31 de diciembre, víspera del día señalado para que aquél partiese á cumplir su comisión. Zarparon, en efecto, el 1º de enero de 1600 (3) los buques que iban á arribar á Concepción mes y medio después.

Al poco tiempo de haber salido del Callao don Gabriel de Castilla, llegó á Lima un mensajero enviado de Concepción por Quiñones con la noticia de la ida de los corsarios de la isla de Santa María; se ignoraba por completo el rumbo que hubieran tomado. Ese mensajero tardó setenta días en llegar á Lima, y nadie lo extrañará cuando se sepa que, no habiendo barco disponible en las aguas de Chile y siendo tan importante el mensaje, hizo el viaje por tierra (4).

La principal parte de la armada, dejada en las aguas del Perú á las órdenes de don Juan de Velasco, tenía de dotación cuatrocientos sesenta y un soldados y doscientos sesenta y dos marineros (5). Estuvo en San Gallán hasta el 13 de marzo de 1600 (6) y se fué al Callao para acompañar

(3) Provisión é instrucciones para traer la plata en la galizabra de la Real Armada del puerto de Arica á este del Callao, 9 de febrero de 1600.

(4) Acta del 14 de marzo de 1600.

(5) Id. id.

(6) Id. id.

á Panamá al barco portador del tesoro del Rey y de los particulares, que había ido de Arica al Callao resguardado por la galizabra (7).

El 20 de febrero de 1600 había recibido el Virey una real cédula de 12 de junio del año anterior, en la cual le avisaba el monarca que se aprestaban á salir de Holanda "diez y " ocho navíos grandes con intento de ir al Estrecho de Ma- " gallanes y quedar algunos dellos para hacer un fuerte y " poblar allí y los demás pasar á la China y las Molucas". Las audaces empresas de los corsarios no se habían, pues, concluído; habría sido una imprevisión é imprudencia desarmar en aquellas circunstancias la flota, que al día siguiente podía ser indispensable, y el Virey resolvió no disminuir un solo hombre de su dotación de mar y dejar en las naves doscientos soldados de los cuatrocientos sesenta y uno que en ellas había (8).

Para concluir con lo referente á *El Ciervo Volante* hemos de decir que tanto este filibote como el navío del Rey mandado por Quiñones con el primer aviso de la llegada de los corsarios, fueron reconocidos inadecuados para el cabotaje en Chile; y, por eso, el Virrey y su Consejo resolvieron el 14 de marzo de 1600 vender esos dos barcos y comprar con el producto de la venta uno á propósito para la navegación de estas costas.

De las cinco naves salidas de Holanda á las órdenes de Jacobo Mahu conocemos ya lo acaecido á *La Fe*, *La Esperanza*, *La Caridad* i *El Ciervo Volante*. Más tarde veremos lo que hizo en Chile *La Fidelidad*.

(8) Acta del 14 de marzo de 1600.

(7) Id. id.

CAPÍTULO XVIII.

PREPARATIVOS DE LA EXPEDICIÓN AL SUR.

Deseos de socorrer las ciudades australes é imposibilidad de hacerlo.—Conspiración de los indios contra la vida del Gobernador.—La justicia de Quiñones.—Valor de una de las causas que alega para justificar su proceder.—Las fuerzas que había en Chile.—Gran número de desertores.—Quiñones no podía llevar al sur más de doscientos hombres.—Opónese á la expedición el Teniente General y el Cabildo de Concepción y cede Quiñones.—Tristes y alarmantes noticias del sur.—Pide refuerzos el coronel.—Niéganse los marinos á conducirlo al lugar que Francisco del Campo designa y no se le envían.—Lo que hizo el Gobernador por las ciudades australes.—Lo que según Quiñones debiera haber hecho el coronel.—Angustioso estado de los defensores de La Imperial.—Desesperación de don Francisco de Quiñones.—Llega, por fin, don Gabriel de Castilla.—Entrega al Gobernador doscientos veinticuatro soldados.—Buena voluntad de Castilla.—Noticias de un ataque á Angol.—La víspera de la partida.—¿Había pensado antes seriamente Quiñones en ir al sur?

No había en Concepción, Chillán y Santiago quien no desease ardientemente se llevara cuanto antes el tan retardado socorro á las ciudades del sur, en especial á Angol y La

Imperial, á las cuales era más fácil socorrer y que debían suponerse en mayor necesidad, pues el coronel Francisco del Campo pensaba acudir primero á Osorno y Villarica.

Quiñones no ignoraba el deseo general y participaba de él; pero, también como todos y más que todos, conocía las dificultades de la empresa, las pocas fuerzas disponibles y la precisión de no dejar desguarnecidas las ciudades de este lado del Bíobío. Sin embargo, ó bien pensase el Gobernador en socorrer las ciudades de arriba ó sólo mencionase ese proyecto cuando escribía al Virey para disculparse por no haberlo llevado á cabo y mostrar que para ello no le faltaban ganas, en su citada carta de 24 de noviembre de 1599, se expresa así: "Voy recogiendo toda la gente que tengo é " puedo juntar, é habiendo de dejar bastecida esta ciudad " y la de Chillán, como es razón queden, no sacaré en cam" po de doscientos hombres arriba y estos no bien armados; " pero estoilo yo mucho de ánimo considerando la justifica" ción de la causa é que Dios ha de ser servido de ayudar" me en ella. I con su guía y favor me iré derecho á Angol " con harta certidumbre que he de tener más de dos reen" cuentros con más de diez ó doce mil indios en el camino."

I después de manifestar su deseo, sin olvidar los peligros, apunta el motivo que le ha impedido llevarlo á cabo: "Esta " venida de los corsarios me ha sido de harto inconveniente " para todo, por dilatar mi partida y no desamparar esta " ciudad hasta ver el fin que traen."

Cuando así escribía, Quiñones acababa de enviar un barco á llamar á los corsarios, los esperaba de un momento á otro en Concepción y suponía naturalmente que pasarían muchos días antes de arreglar este asunto. Conocemos su engaño: en ese momento los corsarios estaban ya en alta mar y había concluído la razón dada por Quiñones para no acudir en auxilio de las ciudades australes.

Los indios le suministraron otro motivo, si bien pudo



costarle tan caro como la misma expedición cuyo peligro temía.

En esa carta al apuntar al Virey algunas felices correrías hechas por capitanes españoles, agrega que tiene en su propia casa varios caciques presos "para hacer justicia de ellos". La justicia de don Francisco de Quiñones era no sólo severa sino cruel en demasía, y, probablemente en lugar de aterrorizar á los indios, como se proponía el Gobernador, no conseguía sino exasperarlos é incitar á los amigos á sacudir el pesado yugo español, á ejemplo de tantos miles de rebeldes.

Según cuenta Quiñones en carta al Rey fecha á 18 de febrero de 1600, los caciques de los términos de Chillán y Concepción, después del último infructuoso ataque á la primera de esas ciudades, desesperando de poder concluir fácilmente por la fuerza con él, fraguaron el proyecto de envenenarlo, para lo cual se habían de valer de algunos comarcanos de Concepción "que en son de paz tenían entrada y salida en ella". No dice cómo se frustró este intento, pero sí que cuando los indígenas hubieron de renunciar á él volvieron de nuevo á adoptar el plan de una sublevación. Se complotaron para levantarse en número de seis á siete mil; mas no pensaban en atacar ejércitos y destruir ciudades: querían ir directamente á la casa del Gobernador y matar á éste, seguros de que con su muerte la consternación general y la desorganización de las fuerzas españolas, de una parte, y, de otra, el entusiasmo de los indios llegarían talvez á concluir con la dominación extranjera (1). Felizmen-

---

(1) También hablan de los caciques que Quiñones tenía presos en casa de él los testigos de la información mandada levantar el 8 de noviembre de 1599. Y, entre ellos, Fray Juan Sorio, Comendador de la Merced en Concepción, añade que los caciques se habían conjurado para matar al Gobernador.

te "fué Dios servido se descubriese esta maraña" y entonces tocó su turno á Quiñones.

Con tremendo y cruel laconismo dice el Gobernador interino hablando de los caciques culpados: "Hice una hoguera y los quemé vivos" (2). Si bien inmediatamente añade, como para disminuir la impresión de semejantes palabras, que los caciques mencionados, reos de "otros muchos delitos", rehusaron hacerse cristianos. Y á propósito de lo último cuenta que "rogándole mucho á un cacique destos fuese cristiano, me dijo le diese un jarro de vino y que daría á Dios como el Gobernador le había dado á él".

No necesitamos notar cuán inverosímil es esto de imaginar á Quiñones rogando á quien, después de intentar asesinarlo, estaba á punto de morir por orden suya en una hoguera; pero además si en los términos de Chillán y Concepción habría sido fácil encontrar muchos caciques que no vivían como cristianos ni habían abrazado sinceramente la religión, ni uno sólo de ellos habría dejado hasta entonces de recibir el bautismo. Esto á lo menos, nos dicen todos los documentos, que siempre llaman apóstatas á los indios rebeldes.

Empero, suponiendo que Quiñones diga la verdad y los caciques condenados á la hoguera fuesen infieles é inútiles las súplicas del Gobernador para que se prestaran á ser bautizados, ¿podrá creerse que los quemó por haber rehusado el bautismo?

Si les instaba á recibirlo, nó para perdonarlos ni prometiéndoles el perdón, sino para que murieran cristianamente, ninguna influencia tuvo en la ejecución la negativa de ellos. Sí, al contrario, les hubiese ofrecido la vida en caso de recibir el bautismo, ¿lo habrían jamás rehusado obstinadamente, cuando estaban acostumbrados á fingir sentimientos cristianos con motivos harto menores?

(2) Citada carta de 18 de febrero de 1600.

Nada ganaba con estos crueles castigos el reino y mientras tanto pasaba el tiempo, había llegado el año 1600 y las ciudades australes no recibían auxilio. Según afirmaba poco después (3) Quiñones, para ir en socorro de La Imperial y de Angol, no podía juntar sino el mismo número que en noviembre de 1599, doscientos hombres.

De los diversos refuerzos recibidos hemos mencionado los ciento cincuenta soldados traídos del Perú por don José de Rivera y los ciento treinta traídos de Santiago y La Serena por don Luis Jufré; debemos agregar que el 2 de enero de 1600 llegó del Perú el capitán Juan Martínez de Leiva con ciento seis hombres más (4), los cuales con los ciento traídos por Quiñones formaban un total de cuatrocientos ochenta y seis.

Se habría equivocado, sin embargo, quien hubiese basado en tal cálculo su cuenta; porque los siete meses pasados en Chile por don Francisco de Quiñones habían sido demasiado amargos y desalentadores para que la desersión no hubiera hecho estragos en el ejército español. La misma carta citada (5) añade que en esos meses habían desertado del ejército y combatían en las filas de los enemigos más de sesenta mestizos y mulatos, y ello se explica fácilmente en una época en que todas las ventajas estaban por los indios. Añádanse á éstos los muertos en algunos encuentros y por enfermedades y se explicará cómo Quiñones encontró

---

(3) Citada carta de 18 de febrero de 1600.

(4) Con este refuerzo llegó Fray Francisco de la Cámara y Rayo, primer Visitador General de la provincia de Predicadores de Chile. Vino ese refuerzo directamente á Concepción, según consta de la declaración del padre Cámara, en la información levantada en Santiago el 30 agosto de 1600.

(5) Citada carta de 18 de febrero de 1600. El día de la llegada de Martínez de Leiva lo encontramos en Rosales, libro V, capítulo XVIII.

sólo cuatrocientos seis soldados, de los cuales, asegura más de cincuenta estaban completamente desarmados (6

Ni con mucho podía llevar esos cuatrocientos hombre en auxilio de las ciudades australes, pues los que á su llega da encontró en Chile no bastaban ciertamente, atendida l fuerza del enemigo, para resguardar á Chillán y Concepción De los cuatrocientos seis hombres había enviado veinte d refuerzo á Arauco y en Concepción había de dejar por l menos noventa que, unidos á los sesenta vecinos, la defen dieran de los ataques de los indios. Otros noventa queda rían en Chillán; con lo cual todo lo que Quiñones podía lle var en socorro de las ciudades del sur se reducía á doscien tos hombres.

¿Pensó realmente don Francisco de Quiñones emprende con tan corto número expedición tan peligrosa? Si no l pensó, lo dijo, á lo menos, y comenzó á prepararse á prin cipios de enero para pasar con el ejército el Bíobío.

En el acto, el Cabildo de Concepción, encabezado por Teniente de Gobernador Pedro de Vizcarra, le represent que su ida era la ruina del reino. El silencio guardado po los indígenas de un hecho de armas tan importante com la destrucción de Valdivia significaba secretos planes de re vuelta, y en esos mismos días algunos indios no distante de Concepción intentaron sublevarse y dieron muerte á un español. Don Antonio de Quiñones acababa de castigarlo y de talar sus comidas y creía haber encontrado prueba de un proyecto de levantamiento general. ¿Sería prudent dejar en tales circunstancias á las ciudades de Concepció y Chillán con doscientos cincuenta hombres, entre vecino y soldados, por toda defensa y entrarse en la tierra de gue rra con sólo otros doscientos? En consecuencia, el Lugar teniente y el Cabildo pedían al Gobernador, en nombre d

(6) Citada carta de 18 de febrero de 1600.

la salud del reino, que abandonase el fatal proyecto y no se moviera por entonces de donde estaba (7).

Fácilmente condescendió Quiñones con esa justísima súplica y permaneció en Concepción.

A principios de febrero Fray Domingo de Villegas le trajo una carta del coronel Francisco del Campo con noticias, por cierto, no muy alentadoras. Como veremos cuando refiramos la expedición de ese militar, había hecho un viaje á Osorno y vuelto á Valdivia para tomar de los barcos más municiones y acudir nuevamente en auxilio de Osorno. Al ausentarse por segunda vez, dejó dicho á su esposa (quedaba en las naves), y al Jefe de la fuerza cuántos días debían aguardarlo (8); ya habían pasado con exceso y la inquietud de todos se aumentaba con el retardo. Junto con estas alarmantes noticias recibió Quiñones una carta del coronel, escrita al partir de Valdivia, y ella no disminuía la gravedad de la situación: Francisco del Campo pedía el envío de cien hombres de refuerzo al puerto de San Pedro y le comunicaba serle imposible socorrer ni á La Imperial ni á Villarrica, á fin de que el Gobernador proveyera á su auxilio (9).

Pedir á Quiñones cien hombres en aquellas circunstancias era destruir de una plumada todas las esperanzas que la colonia había concebido al saber la llegada del poderoso refuerzo traído por el coronel. No sólo no socorría éste las ciudades australes, pedía más tropas; ¿qué se había adelantado, pues, con su venida y cuán terrible no se

(7) Presentación que el Cabildo de Concepción hizo á Quiñones el 20 de enero de 1600.

(8) Carta de 18 de febrero de 1600. Según dice Quiñones, el coronel encargó que lo aguardasen cuatro días y lo habían aguardado doce: creemos sea error de pluma, pues nos parece muy poco plazo cuatro días cuando se dirigía á Osorno.

(9) Mencionada carta de 18 de febrero de 1600.

presentaba lo porvenir? Pero, por muy clara que fuese la imposibilidad de acceder á la petición de Francisco del Campo, como las circunstancias eran tan graves y la negativa podía tener consecuencias funestísimas, el prudente Gobernador no quiso cargar sólo con la responsabilidad. Llamó uno á uno á "los maestres y pilotos de los navíos" fondeados en Concepción y les propuso llevar el socorro al mencionado puerto de San Pedro: bien sabía Quiñones que á nada se exponía con este paso. Todos se negaron á llevar el refuerzo "por no saber ni haber visto tal puerto y " que se perderían si á él fueren, porque es junto á Chiloé " y cuando fuere buen puerto, son tan generales por allí " los nortes que cuando acá pase algún navío fuera á dar " al Estrecho." Lo cual, para mayor seguridad, ordenó Quiñones á los declarantes afirmarlo con la santidad del juramento (10). El Gobernador para calmar su inquietud acerca de la suerte de Francisco del Campo no pudo sino despachar el día 10 de febrero "el navío del capitán Diego " de Lalla con doce ó catorce alcabuceros entre soldados " y marineros para que vaya al puerto de Valdivia y que " procuren tomar allí lengua del coronel (11)".

En esa misma carta, deplora Quiñones que Francisco del Campo no hubiese repoblado á Valdivia, ó fundado, por lo menos, un fuerte servido por cincuenta hombres y atendido por uno de los dos navíos que tenía el coronel. Siendo de todo punto necesario impedir que ese puerto llegase á ser aposentadero de piratas, y no pudiendo sustentarse por entonces las ciudades de La Imperial y Villarrica en medio de pueblos rebeldes y belicosos y aisladas de toda comunicación, convenía á su juicio despoblar las últimas y llevar su gente á Valdivia, con lo cual quedaría una ciudad respetable.

(10) Mencionada carta de 18 de febrero de 1600.

(11) Id. id.

Del mismo modo juzga preciso abandonar á Angol y llevar la gente de ella á Chillán.

Pero estos eran meros proyectos y, mientras tanto, los desgraciados habitantes de aquellas ciudades estaban pereciendo y todos sabían en esa fecha que de La Imperial no quedaban sino las casas del Obispo don Agustín de Cisneros, "donde se había fortalecido la gente que se pudo " retirar á ellas con mujeres y niños, religiosos y sede va- " cante, sin bastimento ni recurso humano, padeciendo " notable calamidad y trabajo de hambre y continuo cerco " de los indios, sin poder salir fuera ni ser socorridos por " ninguna parte, sustentándose con yerbas y algunos ca- " ballos, perros y gatos, adargas y otras armas de cue- " ro" (12). Esto y el que Francisco del Campo no pensara en auxiliar á esas ciudades sacaba de tino á Quiñones: si el coronel, estando tan cerca de ellas y teniendo más fuerzas no se atrevía á socorrerlas, ¿qué haría él y cómo las auxiliaría?

En medio de tales angustias, repetía una y otra vez su renuncia, manifestando la necesidad de enviar un Gobernador joven, ágil y de mejor salud; hablaba de los gravísimos males, de la segura pérdida de la colonia que resultaría de su muerte; recordaba las muchas tentativas hechas por los indios para asesinarlo, y apuraba la dificultad hasta creerse ya envenenado, "Y lo que más de temer es de que deben " haber dado traza y orden cantidad de caciques que he " tenido presos en mi casa con el servicio de indios é indias " que hay en ella (que esto no se puede excusar por las cos- " telaciones de la tierra) de darme algún tósigo y veneno

---

(12) Información levantada el 24 de enero de 1600, á pedimento de Domingo de Erazo.

Las mismas cosas decía ya Quiñones al Rey apenas llegó á Chile el 15 de julio de 1599

" en la comida, qne me va consumiendo y acabando sin po-
" derlo remediar ni tener otra cura sino la que por orden
" divino me puede venir, y Vuestra Majestad con su pode-
" rosa mano reservarme y dar lugar á que me vaya á cu-
" rar á mi casa; y mi celo y voluntad no merecen otra
" cosa" (13).

En tantas angustias tenía, sin embargo, una esperanza don Francisco de Quiñones. El 1º de octubre le había escrito don Luis de Velasco, anunciándole la venida á Chile de don Gabriel de Castilla con cuatrocientos hombres. "Si vi-
" niese, dice, muchos buenos sucesos se podrían prometer y
" por lo menos se evitará el daño de las ciudades que están
" cercadas." Pero habían pasado cuatro meses y el socorro anunciado " con mucha brevedad" no parecía.

Por fin llegó á Concepción el 14 de febrero don Gabriel de Castilla y, como lo había supuesto el Gobernador de Chile, su demora fué causada por los preparativos para atacar á los corsarios, de cuya venida había avisado Quiñones al Virey. Llegó dos meses después de lo que habría sido menester para combatir con Simón de Cordes; pero muy á tiempo para ayudar á Quiñones, que, si le creyéramos, ya desespe-
" rado estaba para salir en campo y socorrer la ciudad de
" Angol y La Imperial con doscientos y seis hombres y la
" determinación que llevaba para dar este socorro era irme
" á la de Chillan y escoger ciento y sesenta caballos á la li-
" gera (14).

Hizo presente el Gobernador á don Gabriel de Castilla la extrema necesidad del Reino y le pidió trescientos hombres. Castilla le prometió doscientos veinticuatro, los cuales formaban dos compañías mandadas por los capitanes García Díaz y don Francisco de Villaseñor y Acuña. Como sabemos, don Gabriel de Castilla traía de Lima orden de entregar só-

(13) Carta de 18 de febrero de 1600.
(14) Id. id.

lo ciento cincuenta soldados á Quiñones: muy clara debió de ver la urgente necesidad de la colonia cuando se resolvió á excederse en setenta y cuatro hombres á las instrucciones recibidas. Y pues los soldados que en los dos buques traía eran doscientos, de seguro, para entregar ese número al Gobernador de Chile, sacó de las naves muchos marineros; lo cual pudo hacer tanto más fácilmente cuanto que había desaparecido por entonces el temor de un encuentro con los corsarios y los buques venían perfectamente tripulados. De todos modos, Chile debió no poco á la buena voluntad de don Gabriel de Castilla y fué para la colonia una felicidad el que la expedición estuviese mandada por ese militar, que conocía perfectamente las cosas del reino y había desempeñado con lucimiento puestos importantes en sus ejércitos.

Con este refuerzo concluyeron las incertidumbres de Quiñones. "Dándoseme, dice en la tan citada carta de 18 de fe-
" brero, saldré en campo con cuatrocientos y diez hombres
" que, aunque parece es número suficiente para entre indios,
" certifico á Vuestra Majestad que no lo es en el tiempo que
" agora corre, porque hay juntas de siete y ocho mil de á
" caballo y seis y ocho mil de á pie. Yo saldré de esta ciudad
" dentro de seis días y procuraré de socorrer estas dos que
" con tan notorio peligro están, y como la causa es de Dios,
" espero en su divina majestad se ha de tener buen suceso,
" aunque voy con poca salud y cada día tengo muertos."

Dos días despues de fechar la carta precedente, el 20 de febrero de 1600, al concluir de otra dirigida también al Rey, se leen estas palabras: "Hoy tuve nueva: está sobre la ciu-
" dad de Angol, que es veinte leguas de esta donde resido,
" (Concepción), una junta de ocho mil indios de á caballo y
" seis á siete mil de á pie, y ansi me parto á socorrerla, aun-
" que con muy poca salud y poca gente, dentro de tres
" días."

Un certificado del escribano secretario nos da noticia de

las últimas medidas tomadas por Quiñones al emprender la marcha al sur: manifiestan la severidad del Gobernador en pro del mantenimiento de las buenas costumbres; cosa no común en una época en que solían aliarse, no sabemos cómo, los desórdenes con la más viva fe. Hé aquí el documento:

"Certifico yo, Juan Luis de Gamarra, Secretario de Go-
" bernación y Cámara en el Reino de Chile, que por man-
" dado de Su Señoría el señor don Francisco de Quiñones,
" Gobernador y Capitán General y justicia mayor en él por
" Su Majestad, se mandaron echar y se echaron bandos
" públicos en el ejército real que llevó al socorro de las ciu-
" dades de Angol y la Imperial para que todos los genera-
" les, capitanes, oficiales, soldados y demás personas del
" dicho ejército, de cualquiera cualidad que fuesen, se
" confesasen y comulgasen, pues había abundancia de sa-
" cerdotes y era cuaresma y obligación precisa. Y otros que
" ninguno tuviese ni consintiese tener en sus toldos, pabe-
" llones, alojamientos de noche ni dormir en ellos ninguna
" de las indias de su servicio ni otras, porque se excusasen
" ofensas de Dios y murmuraciones. Y todos los días gene-
" ralmente que se recogiesen á sus cuarteles y durmiesen
" alerta con las armas en las manos y la compañía de Su
" Señoría en el Cuerpo de Guardia, so grave pena que
" les puso. Y otros muchos bandos de buen gobierno en
" todo el discurso del dicho viaje de ida, estada y vuel-
" ta, con el celo tan cristianísimo que Su Señoría ha tenido
" y tiene y deseo de acudir á las cosas del servicio de Nues-
" tro Señor, y de Su Majestad, castigando los delitos y pe-
" cados públicos ejemplarmente, como las culpas merecían,
" con todo cuidado y vigilancia, sin haber tenido género
" de descuido en lo que convino. E por que de ello conste,
" por mandado del dicho señor Gobernador, dí la presente
" firmada de mi nombre en veintiocho de abril de mil seis-
" cientos años.—JUAN LUIS DE GAMARRA."

Tal es la historia de los preparativos de la expedición de Quiñones al sur de Chile. Mientras tuvo á su disposición doscientos hombres, aunque tomando precauciones para resguardar su responsabilidad, no pensó nunca de serio en acometer una empresa, descabellada y peligrosa para la existencia misma de la colonia: difícil habría sido, en verdad, resistir una nueva derrota como la que así habría ido á buscar Quiñones. Mas, apenas recibió el refuerzo de Castilla, no trepidó un momento: sin desconocer ni ocultar los peligros de la expedición, la emprendió inmediatamente.

Y para saber que en realidad no pudo disponer sino de cuatrocientos hombres, tenemos no sólo su aserto sino también el nada sospechoso de Alonso de Rivera (15).

---

(15) Memorial presentado por Alonso de Rivera al Virey del Perú el 17 de noviembre de 1600.



CAPÍTULO XIX.

VIAJE DE QUIÑONES Á LA IMPERIAL.

Precipitada salida de la expedición.—El cautivo Francisco de Herrera.—Importantes noticias que comunica.—Encuéntranse en los llanos de Yumbel los dos ejércitos.—Ardid de los indios, impetuosidad de Quiñones y prudencia de Pedro Cortés.—Batalla de 13 de marzo.—Completa derrota del enemigo y gran matanza que en él se hace.—Quién está en la verdad al calificar la batalla de Yumbel.—Paso del río de La Loja.—Quiñones en Angol.—Viaje á La Imperial.—Encuéntranse los ejércitos en el valle del Tavón.—Quién era el comandante de los indios.—Corta batalla y gran derrota de los indios.—El heroísmo de Quiñones, referido por él mismo.—Inmensa superioridad del español sobre el indígena.—Cómo procuraban éstos neutralizarla.—Correrías de Quiñones durante el viaje á La Imperial.—El 30 de marzo de 1600 en La Imperial.—En qué estado se encontraban los desgraciados habitantes.—Por qué no procedió inmediatamente á despoblarla don Francisco de Quiñones.

Era, sin duda, ya bien tarde los últimos días de febrero para comenzar la expedición al sur de Chile; pero Quiñones no podía elegir ni había de abandonar á una muerte segura á los pobladores de Angol y La Imperial, dejándolos un año

más sin recursos. Así, reforzadas las guarniciones de Arauco, Chillán (1) y Concepción no creyó prudente demorarse, después de recibido el auxilio del Perú, ni siquiera el tiempo preciso para aprovisionar el ejército como habría deseado y partió de Concepción en dirección á Angol, llevando "mucha parte de su campo á pié y necesitado de comidas."

Después de caminar algunos días el Gobernador (2) vió venir, huyendo de la tierra de guerra, á "Francisco de Herrera, español á quien tenían cautivo" (3) los indios. Había sido llevado por su amo á una gran junta en los llanos de Yumbel, cerca del "fuerte de la Candelaria y estero de " Doña Juana, antes de pasar el río de Bíobío" (4), endonde aguardaban á Quiñones, sabedores de su expedición. Aseguraba Herrera "que en la dicha junta había diez mil " indios de guerra y que estaban en determinación é preve- " nidos de muchas armas para envestir á la gente españo- " la." El Gobernador, sin perder momento, envió á averiguar la verdad y se convenció de que, si bien el temor le había hecho ver casi doble el número de los enemigos á Herrera, en lo demás eran exactas las noticias. El ejército español, tomando caminos extraviados, llegó hasta las inmediaciones del enemigo y se fortificó con palizadas. Los indios hicieron subir parte de su caballería á un cerrillo vecino para que desde allí se burlase de los españoles, con el intento de hacerlos salir de sus fortificaciones. Lo

---

(1) Alvarez de Toledo, canto XXIII, dice que Chillan quedó á cargo de Alonso Cid Maldonado.

(2) "Cinco jornadas" dice Rosales.

(3) Relación hecha por Quiñones en Angol el 15 de abril de 1600. Esta es la que más nos sirve para referir lo relativo al viaje de Quiñones: se entenderá que de ella copiamos las palabras textuales y tomamos las noticias cuando no citamos otra fuente.

(4) Carta de Tomás de Olavarría, que se hallaba en el campamento de Quiñones, fechada el 12 de noviembre de 1602.

habrían conseguido, pues el carácter fogoso de Quiñones lo movía á castigar esa insolencia, si Pedro Cortés no hubiera contenido al Gobernador, diciéndole cuántos ardides usaban los indígenas y cuán preciso era andar sobremanera prudente y no dejarse llevar de los primeros movimientos (5). En consecuencia, salió el Gobernador "en persona á recono- " cer la dicha junta é verla si estaba en parte para po- " derle envestir é no lo hizo por hallarle de la otra banda " de un estero y atalladar dificultoso de pasarse."

Estando á la vista los dos ejércitos, no podía tardar el momento de la batalla; y tuvo lugar ésta el día siguiente, "lunes 13 de marzo á las tres de la tarde" y el triunfo del español fué rápido y completo.

Todos los cronistas, siguiendo una relación hecha por Pedro Cortés, describen minuciosamente esta acción de Yumbel, la llaman gran batalla y algunos la colocan entre las "más importantes de cuantas ha tenido la nación española en este Reino después que se descubrió" (6).

No es posible negar que el primer triunfo alcanzado por Quiñones "de campo á campo y de poder á poder," como él dice, fué de suma importancia en la colonia y vino quizas á salvarla de la ruina; pero, á nuestro juicio, mejor que los cronistas la califica el Gobernador: aquéllos la llaman "gran batalla" y éste "una de las más horrorosas y breves matan- " zas y victoria que han sucedido en este reino."

¿Cómo ha de llamarse sino matanza una acción en que por parte de los españoles no hubo muerto alguno (7) y de

(5) Rosales, lugar citado.

(6) Rosales, lugar citado.

(7) Rosales dice que hubo un muerto; pero al hablar de esta batalla, contestando á Quiñones el Cabildo de Concepción pocos días después, el 2 de abril, dice expresamente: "sin pérdida de su campo." Quizás el español que, según Rosales, pereció, no fue otro que el que, como luego decimos, se ahogó al pasar el Biobío.

"seis mil indios" que componían el grueso del ejército enemigo quedaron en el campo quinientos "sin más de otros ciento que fueron heridos á morir á su tierra"? Debió de ser muy poca la resistencia de los indios, pues la persecución de los fugitivos concluyó el mismo 13 de marzo, siendo así que la función había comenzado á las tres de la tarde. Por eso han de ponerse á cuenta de la imaginación las muchas peripecias referidas por los cronistas al narrar el combate de Yumbel.

Siguiendo su sistema de crueles venganzas, con las cuales procuraba aterrorizar al indígena chileno, Quiñones mandó quemar vivos á diez ó doce indios aprisionados por los españoles, diciendo: "abrazad á esos traidores, que tantas " veces han sido traidores á su Dios y á su Rey" (8).

Vencidos todos los indios, continuó su camino para Angol y, á fin de disminuir el peligro del paso del Bíobío, llegó hasta más allá de su confluencia con el Laja, pasó éste y despues aquél. Pero, á pesar de esas precauciones, estuvo á punto de ahogarse en él "por su mucha hondura y gran corriente" (9), y perecieron "un español y algunos in- " dios y caballos con algunas cargas". Sin otra aventura llegó á la ciudad de Angol; estaba en suma necesidad; la socorrió con comida y refuerzo de tropas, para que se mantuviese mientras él verificaba su expedición á La Imperial; y dejó para la vuelta, á fin de no retardar el mencionado socorro, la resolución de lo que con ella podía hacerse. Continuó su viaje inmediatamente, después de sacar de la ciudad algunos militares conocedores de aquellas comarcas.

Había caminado algunos días el ejército cuando en el valle del Río Tavón se encontró de nuevo con una junta de seis mil indígenas. Quiñones dice que con ellos estaban "algu-

---

(8) Rosales, lugar citado.

(9) Citada relación de 15 de abril y otra tambien de Quiñones hecha junto á La Imperial el 30 de marzo del mismo año 1600.

" nos españoles y mestizos y un clérigo de misa que los go-
" bernaba y sargenteaba en el orden que debían tener en la
" batalla." Hemos visto ya cuán gran número de deserciones habían ocasionado en el ejército español la falta de recursos y la pujanza del enemigo; en cuanto al sacerdote, debe de ser el nombrado Juan Barba que se había fugado de La Imperial y llevaba entre los indios la vida del apóstata. De todos modos y por más que los desertores españoles tuviesen "sus arcabuces y armas ofensivas y defensivas" no fué de grande auxilio para los indios su compañía, ni anduvo feliz en su comando el apóstata: apenas se vieron los indígenas en presencia de las tropas españolas y "á los primeros arcabuzazos", disparados por éstos, se pusieron en precipitada fuga, echándose al río que estaba á sus espaldas para meterse luego en la impenetrable espesura de un vecino bosque, en donde no pudieron perseguirlos con éxito los vencedores.

Dejaron los indios en el campo treinta muertos, más de cien caballos y otros despojos, y Quiñones deploraba sobremanera que casi no hubiesen trabado combate y huyesen apenas los vieron, "que si media hora hicieran rostro y
" sustentaran la batalla, no quedara ninguno vivo, según
" la pujanza y brío con que fueron embestidos.".

El ímpetu de este ataque lo atribuye el Gobernador al ejemplo lleno de heroísmo con que él entusiasmó á las tropas, lo cual era tanto más de admirar cuanto su muy avanzada edad parecía dispensarlo de tomar personalmente parte en tales refriegas. Si bien alabanzas propias no son de creer, en esta ocasión las consigna Quiñones en un documento público destinado á notificarse á los mismos testigos de los hechos y no es de suponer que, sin utilidad alguna, quisiera quedar ante todo el ejército por farsante y jactancioso. Si no modesto, debemos, pues, juzgarlo verídico en la siguiente descripción de su hazaña:

"Habiéndose puesto en orden toda la gente de á pie y de
" á caballo para embestir al enemigo, se puso Su Señoría
" delante del escuadrón con el guión y estandarte real y
" aunque fué requerido y apercibido por Religiosos, capita-
" nes y otras personas se retirase á el batallón por el riesgo
" en que estaba de matarle y haberle tirado dos ó tres ar-
" cabuzazos, lo rehusó con razones evidentes......... y aun-
" que se le dijo que abatiese y apartase el estandarte por-
" que le apuntarían á él, respondió que antes lo arbolaría
" en la parte más alta que hallase en todo el real; en lo cual
" mostró la generosidad de su mucho valor y ánimo y leal-
" tad y celo en emplearse en el servicio de Dios y de Su Ma-
" jestad."

Los dos triunfos obtenidos por Quiñones en su expedición á La Imperial están manifestando que ni con mucho había concluido la gran superioridad que daba sobre los indios al ejército español la disciplina y el diestro manejo de las armas de fuego: son inexplicables de otro modo esas victorias de cuatrocientos hombres contra seis mil, alcanzadas en cortos instantes y casi sin derramamiento de sangre en las filas españolas. Ni en los primeros tiempos de la conquista de Chile se vió más clara la superioridad del español. Razón tenían, pues, los Religiosos que desde Valdivia escribían á Quiñones en septiembre de 1599 para deplorar la postración de ánimo de los vecinos y defensores de las ciudades y para asegurar que todos los triunfos obtenidos por los indígenas debían ponerse á cargo del descuido de los españoles: nunca sin sorpresa habían salido aquellos victoriosos. Si hubieran adivinado lo que sucedería en el siguiente mes de octubre con la propia ciudad de Valdivia en donde escribían, habrían añadido los Religiosos el más terrible y elocuente ejemplo para probar su aserto.

Conociendo los indígenas perfectamente su inferioridad, se limitaban á aislar unas de otras las ciudades, á impedir

con su mayor número que las pequeñas guarniciones de ellas saliesen á renovar los víveres y hacer provisiones; hostilizaban á cada instante por diversos puntos y de diversas maneras á los asediados; procuraban concluir con ellos uno á uno, sorprendiendo á cuantos se aventuraban á salir de los fuertes, y reducir por hambre y fatiga á los que permanecían atrincherados.

Quiñones podía, pues, estar y estaba seguro de que por entonces no amenazaba peligro alguno serio al ejército, si no se descuidaba y quiso escarmentar á los indios haciendo corridas al pasar por sus tierras. De este modo les taló sus campos, cogió varios prisioneros y, lo que valía mucho más, consiguió libertar á "veinte mujeres españolas y una mulata con sus hijos y anaconas de los que se cautivaron en Valdivia."

Por fin, el 30 de marzo de 1600 llegó don Francisco de Quiñones á La Imperial y estableció su campamento á una legua de distancia de ella en la ribera del Cautín, en un paraje denominado Angades.

Fácil es de imaginar el contento con que recibieron al Gobernador los vecinos de la antes floreciente ciudad La Imperial, reducida ya á un montón de ruinas, tremenda cárcel de las pocas personas que habían conservado la vida, soportando el hambre, la sed, la desnudez y librando de los diarios ataques de los indígenas.

¿Cuántos quedaban de los ciento cuarenta (10) bizarros soldados dejados por Loyola en la capital del sur de Chile la víspera de la desastrosa muerte de aquel Gobernador? ¿Y en qué estado se encontraban esos pocos sobrevivientes, casi cadáveres, salvados prodigiosamente de la muerte?

Vamos á saberlo por menor y, ciertamente, decía verdad

---

(10) Ese es el número que asigna la información levantada en Santiago el 2 de septiembre de 1600 en la pregunta tercera.

Quiñones al asegurar que causaba "lástima y compasión
" ver tantas mujeres viudas, por haberles muerto los indios
" sus maridos; y están desnudas y pobres y las criaturas,
" hombres y viejos, flacos, debilitados y sin vigor, á causa
" de la hambre y sed que han padecido."

Conocemos la opinión expresada por Quiñones en su carta al Rey, fecha á 18 de febrero de 1600, es decir, pocos días antes de partir de Concepción, acerca de la urgencia de despoblar las ciudades de La Imperial y Angol: parece, pues, natural que en el acto hubiera llevado á cabo propósito ya tan pensado. No lo hizo así, sin embargo, y, no tardaremos mucho en verlo, obró con prudencia consumada al no seguir de pronto su propio dictamen.

La medida de despoblar dos de las ciudades que habían sido más importantes, aunque ya no fuesen sino ruinas y estrechos y malos fuertes, era demasiado grave y se prestaba mucho á servir de fundamento para acusaciones contra el Gobernador. Quiñones conocía cuán fácil es echar la responsabilidad sobre el antecesor: había tenido la debilidad de hacerlo así y quiso ponerse en guardia y no dar paso, sin justificarlo hasta el exceso.

Probablemente, todos veían su intención y las diligencias que precedieron á la despoblación de La Imperial y Angol no fueron sino una especie de triste comedia; pero, como siguiéndolas paso á paso conoceremos perfectamente el estado de esas desgraciadas ciudades, las resumiremos con fidelidad.

CAPITULO XX.

DESPOBLACIÓN DE LA IMPERIAL

I

Orden de Quiñones al Cabildo de La Imperial.— Estado en que se encontraba la ciudad.—Asalto de los indios rechazados por los españoles.—El capitán Arévalo, el clérigo Guevara y el canónigo Aguilera.—Hacen una barca los de La Imperial.—Audaz excursión de Escobar Ibacache.— Construcción de una embarcación para ir al norte.— Viaje de Escobar Ibacache.— Expedición y muerte de Hernando Ortiz.—Ardid de los indios é imprudencia de los españoles.—Reúnese el Cabildo.—Pide la despoblación de la ciudad.— Cabildo abierto.— Adhiérese á la solicitud del ayuntamiento.

Acampado en Angades don Francisco de Quiñones, hizo ante escribano, con fecha 31 de marzo, un resumen de su gobierno: refiere su venida á Chile á consecuencia de la muerte de García Oñez de Loyola; el deplorable estado en que halló á la colonia, destruídos muchos fuertes y algunas ciudades, sitiadas otras, casi arruinadas las demás; la imposibilidad en que se había visto de acudir prontamente en auxilio de las ciudades australes; cómo lo efectuó apenas

llegaron los socorros pedidos al Virey; los combates que le presentaron los indios y las victorias que obtuvo en su peligrosísimo viaje á Angol y á La Imperial. En seguida "exhorta de parte de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad " y como su Gobernador y Capitán General manda al Ca- " bildo, Justicia y Regimiento de ella (La Imperial) que, con " asistencia de su Provisor y de los Religiosos é personas " doctas y experimentadas de ellas y de dos vecinos y mora- " dores y otros dos soldados, se congreguen en uno, invo- " cando el divino auxilio, olvidando su particular y sin pa- " sión ni afición, anteponiendo el servicio de Dios Nuestro " Señor y de Su Majestad y bien común, pues está á su car- " go su protección, amparo y defensa. Traten y comuni- " quen entre todos, considerando el estado presente y difi- " cultades que ofrece el tiempo con que al presennte se ha- " lla, el orden y modo que más convenga para su sustenta- " ción y de sus vecinos y moradores, advirtiendo por escri- " tos todos juntos ó cada uno en particular á Su Señoría " con suma brevedad lo que les pareciere; pues el tiempo " está tan adelante é no se requiere otra cosa para proveer " en el caso lo que más convenga. Que está presto de acudir " con el amor, celo é voluntad que ha venido al dicho soco- " rro é quitarlo al enemigo, arriesgando para ello no tan " solamente su vida y paz sino la del general don Antonio " de Quiñones, su hijo, que con la mesma voluntad ha acu- " dido, acude y acudirá á la dicha conservación."

El día siguiente fué notificado ese auto á los cabildantes "en la ciudad Imperial reducida en una fortaleza por el al- " zamiento general de los indios."

¿Quiénes formaban el Cabildo, quién mandaba en La Imperial? ¿Qué había sido de sus defensores, después de la salida de don Baltazar de Villagra y de Fray Juan Lagunillas en demanda de socorros que nunca llegaron?

Había tomado el mando de la ciudad el capitán Her-

nando Ortiz y desde el primer momento había organizado la defensa y procurado reanimar el caído valor de los pocos soldados con que en tan críticas circunstancias contaba. Valiéndose de todos los medios, consiguió armar su gente y la aprovisionó de pólvora, cuerdas, etc., sacándolas de casa del factor, donde había tenido la precaución de enterrarlas antes de la entrada de los indios y de la destrucción de la ciudad. Naturalmente, en aquellas circunstancias extremas, enfermos, ancianos, clérigos, frailes, todos tomaron las armas y se aprestaron á la defensa.

No suponía estas cosas Anganamón y tal vez creía apoderarse sin gran trabajo de La Imperial, cuando iba de nuevo contra ella á la cabeza de lucido ejército. Pronto, sin embargo, hubo de conocer su error, pues vió rechazado el ataque. Llevaba el vice-toquí dos de los cautivos españoles tomados en la derrota de Valiente: uno de ellos, el capitán Quijada, consiguió fugarse durante el fragor del combate y entrar en la ciudad; y apenas lo supo, Anganamón dió muerte al otro.

Siguióse á éste una serie de asaltos; los cuales por fortuna, fueron siempre rechazados.

En todos ó casi todos intentaban los indios poner fuego al fuerte. Consiguieron alguna vez que principiara el incendio y los soldados españoles lograron extinguirlo; otra, lo impidió la vigilancia del capitán Juan de Arévalo y del clérigo Pedro de Guevara; el canónigo Alonso de Aguilera notó en otra ocasión que los indios preparaban gran cantidad de leña y de lino y el capitán Juan de Godoy, con admirable arrojo, llegó hasta el lugar donde tenían todo eso depositado y le prendió fuego antes de que lo hubieran acercado al fuerte.

No bastaba á los desgraciados habitantes de La Imperial rechazar los ataques de los enemigos: los víveres se les habían concluído y las fuerzas se les agotaban ante enemi-

gos siempre de refresco: necesitaban alimentos y refuerzos.

Con mucho sigilo hicieron una pequeña embarcación y á la media noche salió en ella con unos cuantos audaces el valiente capitán don Pedro de Escobar Ibacache; logró llegar sin ser sentido hasta los ranchos del cacique Antecura; le dió muerte, cautivó á su familia y llevó provisiones á la fortaleza.

Animados con esto, comenzaron los sitiados á contruir otro barco que fuese capaz de salir al mar y de llegar á Concepción. La empresa era jigantesca, pues no tenían ni quién la dirigiese, ni materiales adecuados para llevarla á cabo; pero en la extrema necesidad iba á suplirlo todo la voluntad indomable de aquellos hombres.

Dirigió la obra el mismo Alonso de Aguilera, que tan señalados servicios había hecho ya á la ciudad. Y para materiales de construcción

" Sacaron corbatones de perales
" Y de manzanos la demás madera,
" Las tablas de sobrados, cajas, puertas
" Muchas de ellas por mil partes abiertas
" Con trapos viejos, mádidos taparon
" Por no tener estopas las junturas,
" Clavos y estoperoles que le echaron
" Fueron de varias suertes y hechuras" (1).

Ya lo sabemos, el audaz don Pedro de Escobar Ibacache

---

(1) PURÉN INDÓMITO, canto XVII.

De la obra de Alvarez de Toledo, cantos XI, XII y XVII, tomamos lo que precede acerca de La Imperial.

En los cantos XVII y XXI se cuenta la fuga de dos españoles, Gregorio Bello y el clérigo Juan Barba, que se pasaron al enemigo y fueron los más tremendos y encarnizados perseguidores de sus compatriotas Lo mismo afirma el Maestre de Campo González

se encargó de tentar la aventura, acompañado de unos pocos hombres y de nuevo lo favoreció la suerte: consiguió salir al mar, llegar en su frágil barquichuelo á Concepción y manifestar á Quiñones la extremidad en que se hallaban los defensores de La Imperial. Tampoco se habrá olvidado por qué, después de llegar á Valdivia con el pequeño refuerzo obtenido, no pudo continuar su viaje á aquella ciudad y hubo de volver á donde estaba el Gobernador.

Y mientras tanto, se ponía desesperante el estado de La Imperial: casi era deseable que disminuyese el ya reducidísimo número de defensores; pues el hambre, más temible enemigo que Pelantaro y Anganamón, diezmaba á los españoles. En tales circunstancias, é ignorando si alguno de los mensajeros había llegado á su destino, se resolvió Hernando Ortiz con el capitán Juan de Villanueva y un puñado de valientes, á ver modo de llegar á Angol: salió protegido de las tinieblas de la noche, mientras los sitiados dirigían al cielo fervientes plegarias por el feliz éxito de la atrevida empresa.

No burló Ortiz la vigilancia de los enemigos: rodeado por innumerables indios, fué hecho prisionero con sus soldados; los llevaron á la vista del fuerte para aumentar la conternación de los españoles y á poco los asesinaron en una de sus orgías (2).

No mucho tiempo después, gran número de rebeldes se

---

de Nájera en su DESENGAÑO Y REPARO DE LA GUERRA DEL REINO DE CHILE, página 132, y agrega que la falsa doctrina que el apóstata Barba enseñaba á los indios se esparció mucho entre ellos. Según González de Nájera, aquellos dos facinerosos, á consecuencia de los desórdenes de sus costumbres, fueron muertos por los indios algunos años después.

(2) En esta parte, fin del canto XXI, está incompleta la obra de Alvarez de Toledo; seguimos, en lo relativo á la salida y muerte de Ortiz, á Rosales, libro V, capítulo X.

emboscaron en los alrededores de La Imperial é hicieron que se acercasen al fuerte algunas mujeres y unos cuantos hombres sin armas á ofrecer víveres en venta. El Comandante de la plaza prohibió de la manera más formal la salida; pero muchos llevados por el hambre le desobedecieron: catorce españoles fueron muertos á la vista de sus compañeros. Entre esos muertos había dos sacerdotes. Además, los indios llevaron prisioneros á Fray Juan Suárez y á tres niños. Y aún el fuerte estuvo á punto de caer en manos de más de setecientos indígenas que, saliendo de su escondite, atacaron á La Imperial.

A los quince días de rechazar este asalto consiguieron los españoles apoderarse del cacique Guaiquimilla, que les sirvió sobremanera como rehén, por ser de los más respetados y queridos (3).

Al salir de la ciudad para su funesta expedición, Hernando Ortiz la había dejado á cargo de Francisco Galdames de la Vega, á quien encontró Quiñones de Corregidor y Justicia Mayor. Componían el Ayuntamiento, presidido por él, los Alcaldes ordinarios Andrés de Matienzo y Cristóbal Días; los Regidores Juan de Godoy, Juan de Montiel, Gabriel Vásquez y Tomás Núñez de Salazar; el Alguacil Mayor Juan de Esquivel, y el Procurador de ciudad Gaspar Alvarez.

A ellos se les notificó el auto de Quiñones. Inmediatamente se reunieron en Cabildo el 2 de abril, y, cumpliendo lo dispuesto por el Gobernador, llamaron á formar parte de la reunión á Pedro de Guevara, Provisor y Vicario general de la diócesis; á Alonso Barrales Ponce de León, cura rector de la ciudad; á los Religiosos Fray Juan Barbejo, Guardián de San Francisco, Fray Juan Juarez de Mercado, de la misma orden y Fray Diego Rubio, mercedario; á los capita-

(3) Estos pormenores son de Alvarez de Toledo, canto XXIII.

nes Gregorio Liñán de Vera y don Pedro de Escobar Ibacache (que acababa de llegar con Quiñones) como vecinos, y, en calidad de soldados, al capitán don Fernando de Alarcón y á Pedro Ramírez.

Reunidos, comienzan, como era natural, por dar las gracias á Quiñones y ponderar el beneficio que les ha hecho con tan necesario socorro: "que si ocho días tuviera de dilación, " añaden, sin dificultad ninguna pereciéramos; porque de " ocho meses á esta parte ha sido el sustento ordinario de " cueros, carne de perro y gato, buaros y otras aves, obli- " gándonos la necesidad en suma que experimentásemos " semillas inusadas de trébol, navos é malvas y otras yer- " bas en peligro de la vida, poniendo al mismo ordinaria- " mente las personas ansi para juntar este mantenimien- " to" (4). Había sido "el hambre y la sed tan intolerables " y en tal grado que de ello han perecido más de cient per- " sonas, hombres, mujeres y niños". Y otros, de ánimo poco generoso, se habían pasado al enemigo, aumentando la fuerza de él y los peligros de los infelices habitantes de La Imperial. Por eso, de la numerosa guarnición apenas quedaban treinta hombres capaces de cargar armas y de seiscientos indios de servicio, sólo seis: "los demás son muertos, " idos y llevados de los enemigos, é los que han quedado (se " hallan) tan debilitados é destituídos de vigor natural, que " humanamente no pueden tolerar el contínuo trabajo".

De consiguiente, en lugar de exponer lo que la ciudad necesita para sustentarse, el Cabildo opina por unanimidad que debe ser despoblada y abandonada, y funda su parecer, á más de lo dicho, en otras varias consideraciones.

---

(4) Autos de la despoblación de las ciudades La Imperial y Angol.

A estos autos pertenecen cuantas noticias apuntemos y cuantas palabras trascribamos sin asignarles otro origen, en lo relativo á la despoblación de las dos mencionadas ciudades.

La situación de La Imperial no era ya favorable para resistir un asedio: las ruinas de la ciudad facilitaban sobremanera al enemigo las emboscadas y ponían á los del fuerte en la imposibilidad de vigilar los alrededores; era preciso gran trabajo para proporcionarse la leña y el agua, pues el bosque más cercano distaba legua y media del fuerte; y, si en tiempo de apuro se echaba mano de los árboles de la población, todos ellos no suministrarían leña para dos meses; "el agua está en distancia que sin muchas fuerzas de " españoles no se pudo tomar;" por último, en "invierno se " aisla esta frontera de dos ríos que la cercan, de suerte " que desde fin de abril hasta fin de diciembre no se abren " los vados".

Además en esa comarca no se podía recoger trigo: no lo había para sustento de la gente de guerra, caso que (suponiendo lo apenas imaginable) quisiera el Gobernador mantener el fuerte y dejar expuestos de nuevo á perecer de hambre á hombres ya tan padecidos y débiles "en tanto " grado que unos á otros no se conocían". Y ese malo y escaso alimento, la guarnición lo partiría con las ratas, tan numerosas en el fuerte, al decir del Cabildo, que se "han " de comer el tercio del sustento que en él se metiere".

Los trabajos soportados por los habitantes de La Imperial y sus desgracias son alegados para que se les libre de su angustiosa situación: "Las mujeres y hombres traen " el agua del río y las yerbas del campo y leña de las " huertas y es trabajo tan intolerable que un año que pro- " mete de dilación é otro de socorro no será posible se com- " padezca ni excuse con servicio cuando se pudiere adqui- " rir. La gente de hombres y mujeres de esta guerra están " desnudos por haber faltado, en rescate de comida, la ropa " de su vestir: camisas, sábanas, capas, sayos, frezadas, " sombreros, y es imposible poder invernar en tierra donde " las aguas son con tanta violencia y rigor, sin estar suje-

" tos á perecer cuando la falta no fuera más de esto tan so-
" lamente".

Si estas razones no convencieran al Gobernador y quisiese de todos modos fortalecer La Imperial, no haría sino poner en serio peligro la existencia misma del reino. El campo de cuatrocientos hombres de Quiñones apenas le bastaba para defenderse de los ataques que, según se sabía, le preparaban los indios de guerra á su vuelta. Desmembrando de él una tercera ó cuarta parte para fortalecer La Imperial, se exponía á la repetición más en grande de la tragedia de Curalaba y á la total ruina del Reino.

"Por las cuales razones y causas expresadas, concluye
" el Cabildo, é otras muchas que podríamos decir endere-
" zando nuestro celo y ánimo al servicio de Dios Nuestro
" Señor y al de Su Majestad como sus leales servidores é
" vasallos, anteponiendo los servicios dichos á que es ane-
" jo el bien general y estando muy distantes y apartados
" del particular propio, declaramos conveniente y forzoso
" despoblar este sitio con cargo de mejorarlo en nombre de
" Su Majestad cada é cuando que las fuerzas de este Reino
" permitan y den lugar á Su Señoría. El cual volveremos á
" reedificar é sustentar en su real nombre como por Su Se-
" ñoría nos fuese mandado".

Escrita esta respuesta, el Ayuntamiento, para dar á su parecer mayor fuerza, mandó citar á Cabildo abierto á todos los habitantes sin excepción, fueran militares ó Religiosos, hombres ó mujeres. Así se hizo "á campana tañida" y el mismo día 2 de abril se reunieron los pocos pobladores de la arruinada ciudad.

De ellos había capaces de firmar veintisiete personas, comprendidas tres mujeres, doña Inés de Aguilera, doña Mariana de Miranda y doña María de Cañedo (5). Firmó

(5) He aquí esas firmas: Fernando de Leiva, Salvador de Carlaga, Juan de Rivas, Juan García, Baltazar de Villagra, Antonio

"á ruego de los demás hombres y mujeres que dijeron "que no sabían firmar y se hallaron en la dicha iglesia, "Pedro de Torres Sarmiento, escribano público"; pero hubieron de ser muy pocos los hombres, si había alguno, comprendidos en esta genérica designación, porque, según en la misma acta se ve, dos, no sabiendo firmar, ruegan á otros que firmen por ellos: "los demás" serían, pues, algunas mujeres y quizas también algunos niños (6).

Con tan escaso número de vecinos todo era breve. Apenas reunidos "unánimes y conformes respondieron ser muy "conveniente al servicio de Dios y de Su Majestad que (el

---

Hidalgo, Francisco Gómez Macuela á ruego de Hernán Rodríguez, el bachiller Juan López de Roa, Francisco Gómez Macuela, Luis de Escobar, Luis de Avilés, Gaspar Alvarez, Alonso de Vargas, Antonio Alvarez, Leonardo Cortés, Pedro de Aguilera, Juan Naranjo, Andrés de Cervera, Mateo Naranjo, Francisco Garcés de Bobadilla, Pedro de Ibarra, don Luis de Pineda, Rodrigo de los Ríos, Cristóbal de Campo-Guerreado, Francisco de Garnica á ruego de Benavides, Francisco de Garnica, doña Inés de Aguilera, doña Mariana de Miranda, doña María de Cañedo.

(6) Si por estos documentos se calculara el número de hombres en estado de tomar las armas que en La Imperial encontró Quiñones, se tendrían: veinticinco asistentes al Cabildo abierto (descontando á Gaspar Alvarez, que figura en las dos reuniones) y diez y ocho al Ayuntamiento; por todo, cuarenta y tres. Pero una buena parte la formaban, sin duda, á más de los que, como don Pedro de Escobar Ibacache, habían llegado con el Gobernador, cuantos debían la vida á la imposibilidad en que se encontraban por su mucha edad ó sus enfermedades de exponerla en los combates. Por eso se habla tantas veces en los documentos de muchos imposibilitados para combatir; y así se concilia con este número el de cerca de treinta mencionados por los mismos vecinos y la tercera pregunta de la información de 2 de Septiembre de ese año 1600: "Pasaron en la dicha ciudad de La Imperial la mayor nece- "sidad de hambre y sed que jamás han pasado en ciudad cercada "del enemigo; de suerte que de ciento é cuarenta é más hombres "que había en ella cuando la cercaron, sin la gente menuda que

" Gobernador) haga y cumpla lo contenido en la respues-
" ta del dicho Cabildo, porque de lo contrario resultarán
" los inconvenientes que se expresan, y que si es necesario
" lo piden y suplican y requieren con las instancias que
" pueden al dicho señor Gobernador ansí lo provea y
" mande".

Estas claras y categóricas respuestas no las creyó Quiñones ni con mucho suficientes para resguardar su responsabilidad: vamos á ver cuántas otras precauciones iba á tomar antes de proceder á la despoblación de La Imperial.

" era mucha, cuando se despobló sólo había como veinte hombres
" y algunas mujeres é pocos niños é todos los demás murieron de
" hambre y sed y á manos de los enemigos". Y nó aproximativamente sino con fijeza enumera los hombres de armas el mismo Quiñones en la exposición que nos sirve de guía: "De ciento y tan-
" tos hombres de guerra que quedaron en el dicho fuerte no había
" más de veintiséis, y de seiscientos indios é indias de servicio no
" había más de seis".

CAPITULO XXI.

DESPOBLACIÓN DE LA IMPERIAL.

II.

Pide Quiñones á los principales jefes su opinión.—Exclusión de don Antonio Quiñones.—Parecer de los jefes.—Opinen "los capitanes de escolta" sobre los víveres que se han reunido.—Vuelva á considerarlo todo el Cabildo de La Imperial.—Respuesta del Cabildo.—Traslada Quiñones su campamento á La Imperial.—Decreto de despoblación.—Ocúltese lo que no se pueda llevar.—El señor Lizarraga en Lima.—Lo que salvó la autoridad eclesiástica.—Lo que debe creerse de los milagros de La Imperial.—Despoblación de la ciudad.—Los eclesiásticos de La Imperial.—Al tomar las armas cumplieron su deber.

A sólo una legua de La Imperial, no tardó Quiñones en recibir las respuestas precedentes, cuyo contenido sabía ya de antemano. Sin embargo, cual si lo sorprendiera la proposición de despoblar La Imperial, en auto del mismo 2 de abril habla de la suma gravedad de esa medida y, antes de pasar adelante, quiere saber acerca de ella el parecer de los principales jefes y oficiales de su ejército, á los cuales man-

da que vayan á inspeccionar personalmente las cosas é informen si por ventura no habrá algún arbitrio mejor que el durísimo propuesto por el Cabildo y los vecinos de la ciudad.

Recorriendo los nombres de los oficiales designados por Quiñones, encontramos á todos los militares distinguidos de la expedición; únicamente no figura el de don Antonio de Quiñones, á pesar de su alto empleo en el ejército: circunstancia facilísima de explicar, teniendo en vista el objeto de estas diligencias: se proponía el Gobernador que la opinión de todos pareciese influir en su decisión, y ocultar su determinación de despoblar La Imperial, á fin de no cargar solo con la responsabilidad. Por eso acampaba fuera de la ciudad, no la había visto, la hacía visitar por los más distinguidos oficiales del ejército y él se guardaba de manifestar en documento alguno cuáles eran sus ideas en el particular. Les manda que, después de ver la ciudad, digan "debajo de " juramento su parecer distintamente con suma brevedad, " por ser el tiempo corto y el gran riesgo en que quedaban " las ciudades de Angol, Concepción y Chillán y las demás " del reino y ser necesario acudir á todo esto". Los oficiales, sin razón alguna para abstenerse como Quiñones de visitar la ciudad, la habían visto y conocían á palmos su estado y no tuvieron que demorar en lo menor las diligencias; unánimes respondieron en el acto de ser notificados del precedente decreto, el mismo día 2 de abril, "que han visto ocu- " larmente la fortaleza de la dicha ciudad, gente, redondez " y circuito della y les parece, y es justo, y así lo juraron á " Dios y á la cruz en forma de derecho, se debe proveer y " mandar lo que el dicho Cabildo tiene pedido y requeri- " do, porque las causas en su respuesta expresadas son cier- " tas y verdaderas y convenientes al servicio de Dios y de " Su Majestad y que de lo contrario se podrán recrecer los " riesgos é inconvenientes que la dicha respuesta específica.

" Y á mayor abundamiento, todos los susodichos lo piden,
" suplican y requieren" (1).

Desde su llegada á La Imperial, Quiñones había mandado hacer constantes corridas en la comarca para dañar á los indios de guerra y para recoger cuantos granos hubieran ellos guardado ó fuese posible reunir. El 3 de abril ordenó que todos "los capitanes de escolta de este campo con "juramento declaren si las semillas que se han hallado y "juntado en el circuito de este campo son bastantes para el " sustento de la gente de guerra que está reducida en una ca- " sa de la dicha ciudad Imperial y de la demás que se ha de " meter de socorro ó lo que les parece se debe hacer por de- " fecto de bastimentos para que, vista sus declaraciones y pa- " receres, provea lo que al servicio de Dios Nuestro Señor y de " Su Majestad convenga". Los trece capitanes (2) declaran con juramento que el trigo reunido es poquísimo: según dice uno, no bastaría para el sustento de una sola familia y, calculando otro la cantidad, asegura que no pasa de diez fa-

(1) El parecer está firmado por los siguientes oficiales: "Miguel " de Silva, don Juan de Cárdenas, Juan Ruiz de León, Pedro Cor- " tés, don Diego Bravo de Saravia, Pedro Guajardo, Francisco " Bravo, Tomás de Olavarría, Pedro de Silva, Martín de Zamora, "Juan Martínez de Leiva, Francisco Hernández, Tomás Durán, " Luis de las Cuevas, Juan Gómez de Villadiego, Francisco Riquel " de la Barrera, Antonio Sánchez de Araya, Gregorio Serrano, Mar- " tín Díaz Hidalgo, Andrés Fuenzalida Guzmán, Juan Hurtado, " Pedro de Escobar, Josephe de Castro, Alonso de Córdoba, Die- " go Arias, Don Gonzalo de los Ríos, Antonio Recio de Soto, " Francisco Hernández de Herrera, Diego Sánchez de Araya".

(2) Los capitanes á que nos referimos eran los siguientes:
Diego Serrano, don Francisco de Villaseñor i Acuña, Garci Días Ortega, Alvaro Núñez de Pineda, Alonso de Córdoba, Rodrigo de Araya, Tomás de Olavarría, Gregorio Serrano, Diego Sánchez de la Cerda, Sebastián García Carreto, Juan Rubio de Zuaga, Melchor Diez Sanaria y Francisco Fernández.

negas. Cebada y maíz había en mucho mayor cantidad; pero se encontraban en mal estado y pudriéndose el último por haber sido cogido fuera de sazón. Así, todos opinaban ser imposible que los granos reunidos mantuviesen la más pequeña guarnición en La Imperial.

Con las diligencias practicadas, tenía probado Quiñones y probado con la opinión de los demás sin haber manifestado aun la suya, que no se podía pensar en sustentar el fuerte de La Imperial por el estado en que se encontraba, por la escasez de soldados y por la falta de víveres. Cualquiera se habría contentado con esto, teniendo además en cuenta lo avanzado de la estación; pero Quiñones obró de otro modo; el 4 de abril proveyó el auto siguiente:

" Estando situado en el campo de la orilla del río, junto " á la ciudad Imperial, á 4 de abril del dicho año, vistos " por Su Señoría las diligencias hechas, autos, respuestas " del Cabildo y común, pareceres jurados de generales y capi- " tanes y demás informaciones fulminadas y todo lo demás " que verse conviene, dijo que mandaba y mandó se notifique " al Cabildo, Justicia y Regimiento de la dicha ciudad que " juntos en él vuelvan a tratar y conferir lo que más con- " viene al servicio de Dios y de Su Majestad cerca de lo ex- " presado en el primer auto de Su Señoría, y con la resolu- " ción y respuesta que dieren se junte todo lo actuado para " proveer justicia, considerando estar el tiempo de invierno " tan adelante y la poca comodidad que por agora hay pa- " ra poder sacar y llevar de la dicha ciudad la gente de gue- " rra, vecinos, residentes, mujeres, niños y servicio que en " ella hay, y que, aunque padezcan algún trabajo, el vera- " no próximo que viene serán con más abundancia socorri- " dos de infantería, municiones y bastimentos y demás co- " sas de que tienen necesidad para su sustento y seguridad. " Y así la proveyó, mandó y firmó don Francisco de Quiño- " nes, ante mí, Juan Ruiz de Gamarra."

¿Creyeron sincera los habitantes de La Imperial la insistencia del Gobernador? ¿Guardó éste tan profundo silencio acerca de su opinión que se llegase á suponer que realmente juzgaba inoportuna la despoblación de La Imperial? Ora aconteciese así, ora conociendo el juego de Quiñones, se apresuraran los vecinos á tomar cartas en él, el 4 de abril se reunieron el Cabildo y todos los vecinos "sin faltar ninguno" en un largo escrito renovaron lo ántes dicho é insistieron sobre la necesidad de despoblar por entonces la ciudad para poblarla después en mejor sitio. Recordando sus padecimientos añaden "que sólo ha faltado comerse " unas personas á otras por no hallarse caballo, perro, ni ga- " to, ratón, ave, semillas, yerbas ni otra cosa con que po- " derse sustentar. Y han quedandos flacos, desfigurados y " sin vigor los vecinos y soldados, viejos y niños y mujeres, " como Su Señoría ha visto, sin otros muchos que han pe- " recido de hambre y sed. Y si diez días tardara más el so- " corro en llegar fuera lo mismo de los que halló vivos sin " escapar ninguno. Pues el dicho señor Gobernador es tan " cristianísimo y celoso del servicio de Dios y milagrosa- " mente ha llegado en tiempo que puede sacarlos de seme- " jante captividad y riesgos y redimirles las vidas y ser " parte para que salven las demás, trayendo á la memoria " que en la propia forma consiguieran libertad los judíos " del Rey Faraón, estando en la cautividad de Egipto, por " amor de Nuestro Señor Jesucristo, de rodillas y vertiendo " lágrimas y dando voces al cielo le suplican se adolesca " dellos y de tantas viudas, huérfanos, doncellas pobres y " niños inocentes como en el dicho fuerte hay y los saque " del sin dejar á nadie y lleve en su campo y compañía don- " de y para el efecto que tuviere por bien."

Y despues de usar este humilde lenguaje, vuelven á cantar los loores del Gobernador y dicen cuánto premio merece del rey por la expedición que ha llevado á cabo y cuánto

mayor merecerá despoblando La Imperial por librar á tantos infelices de muerte cierta ó de que pasen al enemigo, como muchos, desesperados, lo harían indudablemente.

Sólo entonces trasladó Quiñones su campamento junto á la ciudad é inspeccionó por sí mismo las ruinas de ésta. El propio día 4 de abril, vistos los lugares, encuentra fundadísimas las razones que todos han dado y, prometiéndose volver en tiempo el siguiente año para restablecer en otro paraje el fuerte, pone término á la larga comedia que había creído necesario representar:

"Dijo que mandaba y mandó que el dicho Cabildo, Justi-
" cia y Regimiento, vecinos, estantes y habitantes en el di-
" cho sitio y casa de La Imperial, hombres, mujeres y niños
" de cualquier calidad y estado que sean salgan luego y se
" recojan á su campo para los se llevar consigo. Y que el
" capitán y Corregidor esconda y ponga las campanas, arti-
" llería y demás cosas que con facilidad y á la ligera no se
" pudieren cargar en parte donde los infieles no lo vean ni
" hallen y puedan ser sacados por los cristianos, dado que
" sea menester, poniendo en ello la diligencia, cuidado y se-
" creto posible. Y que el escribano de la ciudad lleve los li-
" bros é protocolos, ordenanzas y demás papeles útiles al
" común para que ponga en un archivo y el Provisor y Vi-
" cario General é demás eclesiásticos lleven los ornamentos
" de la iglesia, corporales, arcas, palio y demás cosas del
" servicio y las imágenes manuales y cómodas, poniendo
" lo que quedare en parte oculta y decente, porque no lo
" quemen ni vituperen como han hecho otras (veces)."

Pues Pedro de Guevara figura en los documentos en calidad de Provisor y Vicario General de la diócesis, Alonso Olmos de Aguilera, que un año antes desempeñaba ese destino, debe contarse, sin duda, entre los muertos durante el sitio de la ciudad (3).

(3) Véase la nota 6.

Más tarde, cuando refiramos la venida á Chile del obispo de La Imperial don Fray Reginaldo de Lizarraga, contaremos, reproduciendo lo que en otra obra hemos escrito (4), cuán mal ocupaba en Lima los días que el deber le ordenaba dedicar á sus desgraciados diocesanos. Notemos ahora únicamente que Pedro de Guevara no podía usar el título de Provisor y Vicario General, sin haber recibido su nombramiento del obispo; y fácilmente pudo recibirlo en una de tantas expediciones venidas del Perú y tantas comunicaciones con la capital del vireinato, después de la consagración de don Fray Reginaldo de Lizarraga.

Entre las cosas salvadas por la autoridad eclesiástica, los cronistas mencionan el libro de actas del Cabildo de esa Iglesia, un ornamento carmesí, muy apreciado por ser regalo del Emperador Cárlos V, y una imagen de Nuestra Señora de las Nieves, obsequio que le legó, al separarse de aquel obispado, su ilustre fundador, el señor San Miguel.

Los indecibles trabajos de los infelices sitiados de La Imperial y el haber escapado á una muerte casi cierta, dieron origen á mil fabulosas narraciones, que el vulgo aceptó como otros tantos hechos indudables y las crónicas recibieron con facilidad. Entre ellas figuran principalmente una serie de milagros atribuídos á la intercesión de Nuestra Señora de las Nieves, milagros que habrían salvado á los habitantes de la La Imperial del hambre, de la sed y del brazo de los enemigos. Según todas las probabilidades, los sitiados, llenos de gratitud á Dios, al verse libres de la muerte que creían inevitable, comenzaron á recordar los peligros de que habían salvado y á ver en cada uno de esos prósperos sucesos otras tantas manifestaciones de la protección del cielo. Y como los peligros habían sido tan grandes y tan extraordinaria la felicidad de ellos en salvar, muy lue-

(4) Los Orígenes de la Iglesia Chilena, capítulos 40 y 41.

go la imaginación de los oyentes, si no la de los mismos narradores, dió circunstancias milagrosas á esos favores de Dios (5).

Cumplidas las órdenes de Quiñones "se despobló por

(5) Si durante el sitio de La Imperial, los sitiados se hubiesen creído salvados milagrosamente por Dios, lo mencionarían en los minuciosos documentos que tenemos á la vista, en los cuales no hay la más mínima alusión á milagro. Al empeñarse en manifestar á Quiñones cuán imposible era mantener el fuerte, le habrían hechover que sólo por milagro, habían salvado hasta entonces.

Pero si durante el sitio nadie habló de milagros, luego se generalizó ésta creencia. Fray Luis Jerónimo de Oré, Obispo de Concepción, llegó á Chile un cuarto de siglo después del sitio de La Imperial y muy pronto recibió la tradición de los milagros hechos allí por la intercesión de Nuestra Señora de las Nieves. Escribiendo al Rey, el 5 de marzo de 1627, se expresa como sigue: "Así mesmo " llevamos en procesión la imagen Nuestra Señora de las Nieves, " que cuando es tuvo en la ciudad de La Imperial, que destruye- " ron los indios de guerra, hizo muchos y patentes milagros, y " después que la trujeron á esta ciudad (Concepción) los hace " Nuestro Señor por la invocación que hacen los que navegan por " mar y andan en peligros de ríos y caminos á este santuario, " igual en devoción á la imagen de Capacavana de el Perú y á los " santuarios de España de Guadalupe, Monserrate y Atocha, que " imitan aquellas devociones en estas partes tan remotas".

El único testigo de los milagros de La Imperial, cuyo nombre conozcamos, es Diego Venegas, que, según dice Córdoba y Figueroa en el capítulo XXII del libro III prestó declaración acerca de uno de esos milagros años después en Concepción. Córdoba y Figueroa asegura que Diego Venegas estaba en La Imperial cuando su asedio y abandono y era "por consiguiente ocular testigo de esa ma- " ravilla". Ahora bien, según todas las probabilidades Diego Venegas no hacía sino referir lo que había oído; como veremos al tratar de las monjas de Osorno y de su viaje á Castro, Venegas, hijo de doña Elena Ramón, varias veces superiora de las Religiosas de Santa Isabel, se crió y creció en Osorno y allí estuvo durante el sitio y el abandono de esa ciudad.

Alvarez de Toledo, en PUREN INDÓMITO, es quizás el primero en

" ahora la dicha casa, sacando Su Señoría personalmente
" acompañado de todos los generales, capitanes, vecinos
" soldados y demás oficiales y personas de su campo el miér-
" coles por la mañana cinco de abril del año dicho de mil é
" seiscientos, toda la gente de guerra, vecinos, estantes y
" habitantes en la dicha casa de La Imperial, hombres y
" mujeres y niños que en ella había, sin dejar ninguno,
" proveyéndoles de caballos y el demás avío necesario para
" sus personas y ropas que tenían, llevándolas en su campo
" y compañía, que retorna viaje que hace á las ciudades de
" Angol, Chillán y la Concepción para proveer lo que se ha
" de hacer de la dicha gente en llegando á ella. Y entre las

---

referir los milagros de La Imperial y aunque, como hemos dicho, su obra, más que poema épico, es crónica rimada y llena de circunstancias y de verdad, tenía en esta ocasión vasto campo para dejar correr su imaginación ó podía aceptar las consejas referidas por los soldados: talvez fué quien comenzó á dar alguna autoridad con su relato á milagros, de los cuales los que debieron ser testigos de vista no hablan en parte alguna

*
* *

Es muy probable que en gran parte, á lo menos, pertenezca á estos hechos, inventados ó muy aumentados posteriormente, lo referido por los cronistas acerca del heroísmo de doña Inés Olmos de Aguilera, la hermana del Vicario Capitular y esposa de don Pedro Fernández de Córdoba.

Vió morir, según Carvallo, en el sitio de La Imperial "á su ma-
" rido don Pedro Fernández de Córdoba; á sus hijos Antonio, Die-
" go y Alonso; á sus hermanos Pedro, Alonso y Diego; á don An-
" drés Fernández de Córdoba, su cuñado; á Fernando Fernández
" de Córdoba, Gabriel de Villagra y Pedro Olmos de Aguilera,
" sus sobrinos". (Parte I, libro III, capítulo VI) Lejos de abatirse cuando los guerreros ya desanimados querían, según los cronistas, rendirse, ella les arengó, les infundió ánimo y los condujo nuevamente al combate.

Una real cédula de Felipe III, firmada en San Lorenzo á 17 de

" dichas personas había muchos viejos, flacos, pobres, ci
" gos, enfermos y casi á punto de muerte y mujeres viuda
" huérfanas, desnudas, afligidas y miserables". Todo l
cual certifica el escribano Pedro de Torres Sarmiento.

Entre los salvados por Quiñones se encontraban seis s
cerdotes: el Vicario General Pedro de Guevara, el cura Alo
so Barrales, el Licenciado Juan López Roa, los Religioso

agosto de 1613 y dirigida al Marqués de Montes Claros, Virey d
Perú, menciona estos hechos como probados en informaciones le
vantadas en Chile y asigna de premio á doña Inés de Aguilera do
mil pesos al año en repartimientos de indios. Pero nuestros docu
mentos no nos dan la más pequeña noticia de hazañas tan extrao
dinarias y tan difícil de suponer calladas por hombres que refiere
hasta los más insignificantes pormenores

Y para no atribuir mucha importancia á esa información, tén
gase presente que ella se hubo de levantar en el Gobierno de Alon
so de Rivera, el cual se había casado con la hija de la misma doña
Inés de Aguilera. Y aún podemos añadir que esa información s
levantó en el segundo Gobierno de Rivera y que éste mismo n
consideraba tan grandes los servicios de su suegra ni cuando se ca
só ni mucho tiempo después. Véase cómo habla cuando se disculpa
por haberse casado sin real permiso. En carta de 29 de abril d
1603, mes y medio después de su matrimonio, dice al Rey: "Me
" desposé á los diez del pasado con doña Inés de Córdoba, hija de
" Pedro Fernández de Córdoba, uno de los caballeros más princi
" pales que han pasado á las Indias, y de doña Inés de Aguilera
" Villavicencio, su mujer. Murió el dicho Pedro Fernández y su
" hermano Andrés Fernández de Córdoba en este Reino después de
" haber servido á Vuestra Majestad muchos años. Y últimamente
" en la ruina dél acabaron dos hijos suyos, hermanos de mi mujer
" y cuatro tíos que tenía, hechos pedazos á manos de los enemi
" gos, y otros muchos deudos; los que ocuparon oficios muy hon
" rosos en servicio de Vuestra Majestad así en este Reino como en
" el del Perú, acudiendo siempre á esta obligación como leales va
" sallos y honrados caballeros".

Y en la carta de 26 de febrero de 1605, le decía de nuevo: "Si me
" casé... fué con dama de mucha calidad y virtud y otras partes,

franciscanos Fray Juan Barbejo, guardián, y Fray Juan Juárez de Mercado y el mercedario Fray Diego Rubio.

En 1596, á la muerte del señor Cisneros, había cinco capitulares en el Cabildo Eclesiástico de La Imperial: tres dignidades y dos canónigos. De los cinco no quedabanin guno en esa ciudad cuando llegó Quiñones. De las tres dignidades, uno se había ido á España; otro, el tesorero, al Perú; y había muerto en La Imperial, durante el sitio, el chantre Alonso Olmos de Aguilera (6). Los dos canónigos, Diego

" á quien Vuestra Majestad había de hacer mucha merced por ser " hija y nieta de caballeros que han servido á Vuestra Majestad " en este Reino y otros, con mucha demostración de su valor y " gastos de sus haciendas y derramamientos de su sangre. Es- " pecialmente en esta tierra, donde muchos hermanos y primos " hermanos y otros (deudos) de mi mujer han quedado hechos " pedazos defendiendo " los (derechos) de Vuestra Majestad".

Si los merecimientos y el heroísmo de doña Inés de Aguilera hubiesen sido tales y tan grandes como después se ha asegurado, ¿habría dejado Rivera de escudarse con ellos en esta ocasión para aumentar lo mucho que el Rey debía á la familia de su esposa? Quien cita en su apoyo los hechos de los primos, ¿callaría el heroísmo sin igual de la madre?

Alvarez de Toledo, primer narrador de los milagros de La Imperial, nada dice acerca de las hazañas de doña Inés de Aguilera y sólo la nombra como una de las mujeres que llenas de valor tomaron las armas en defensa de La Imperial.

(6) Equivocadamente dijimos en Los Orígenes de la Iglesia Chilena que Alonso Olmos de Aguilera era maestre escuela de La Imperial. En realidad era chantre. Así lo expresan, como hemos visto en el capítulo V., Pedro de Vizcarra y Alvarez de Toledo; así también se lee en un instrumento extendido en Santiago por el apoderado del chantre Olmos de Aguilera (el poder había sido dado en La Imperial el 22 de noviembre de 1597) y autorizado el 26 de octubre de 1599 por Ginés de Toro Mazote.

No está menos probado que el chantre y Vicario General murió durante el sitio de La Imperial. No sólo no lo hemos visto salir de la ciudad ni lo encontramos entre los sobrevivientes sino que expre-

López de Azoca y Jerónimo López de Agurto, no estaban en la ciudad y acostumbraban residir en Santiago.

Probablemente, no hubo entre los sacerdotes de La Imperial más defección que la del apóstata Juan Barba, ya que ni los documentos ni los cronistas mencionan otra y no lo habrían callado si otra hubiera acaecido, pues consideraban tales apostasías como un motivo de duelo para la colonia. Así, todos los demás sacerdotes habían perecido ó de hambre ó con las armas en la mano, porque nos consta que en esta ocasión supieron cumplir su deber combatiendo con los demás soldados al enemigo (7).

Cumplieron su deber, porque no sólo tenían en aquellas circunstancias derecho sino también obligación de tomar las armas y de pelear en defensa de la patria y de la religión. Cuando la falta de un guerrero era para los sitiados pérdida enorme; cuando defendían la propia vida y la vida, la libertad y la honra de las desgraciadas madres, esposas é hijas de los vecinos de La Imperial, encerradas como ellos en la fortaleza y á las cuales esperaba la suerte más terrible si caían en poder de los indios; cuando la cautividad era para las mujeres esclavitud y deshonra, y para los niños significaba apostasía, habría sido un crímen en los sacerdotes no unir sus esfuerzos á los de los otros, no combatir como

---

samente lo nombra Carvallo y Goyeneche en el lugar citado, cuando dice que entre los deudos de doña Inés de Aguilera murieron "sus " hermanos Pedro, Alonso y Diego;" y "don Andrés Fernández de " Córdoba, su cuñado;" los cuales son evidentemente "los cuatro " tíos que tenía" doña Inés de Córdoba (hija de doña Inés de Aguilera) y que según dice su esposo Alonso de Rivera, murieron en La Imperial "hechos pedazos á manos de los enemigos".

(7) Así lo dice en el pasaje citado Rosales y los documentos confirman su dicho, afirmando eso mismo categóricamente al tratar de los sacerdotes de Angol los autos de la despoblación de esta ciudad.

los demás al enemigo común. Según todas las probabilidades, si los seis eclesiásticos que combatieron hasta el fin y los demás que perecieron durante el sitio se hubiesen abstenido cobardes, los pobres sitiados de La Imperial no habrían sido socorridos oportunamente por Quiñones y habrían caído en poder del indígena.

CAPITULO XXII.

DESPOBLACIÓN DE ANGOL.

¿Qué era de Villarica?—¿Debería irse en su socorro?—Opinión de Antonio Recio.—Viaje á Angol.—Situación de esta plaza.—¿Sería posible mantenerla?—Víveres que en ella había.—Los defensores de Angol.—Juan Alvarez de Luna.—En busca de los víveres.—Cómo se lleva á un amigo.—Fuga del denunciante.—Respuesta del Cabildo.—Disgusto é insistencia de Quiñones.—Ceden el Cabildo y los vecinos.—Despoblación de Angol.

Despoblada La Imperial, había que resolver si se iría en socorro de Villarica ó si se daría la vuelta á Angol.

Los vecinos de La Imperial, en medio de su angustiosa situación, pudieron, siquiera de cuando en cuando, hacer llegar sus clamores al Gobernador y comunicarse con las otras ciudades; los de Angol, más cercanos á Concepción, consiguieron también enviar mensajeros en diversas ocasiones; casi hasta la víspera de su destrucción, la floreciente Valdivia se había comunicado con Quiñones; y aún de Osorno se habia sabido poco antes por las cartas del coronel Francisco del Campo.

Sólo de Villarica no se habían vuelto á tener noticias.

" Hace veinte meses más ó menos que se alzaron los natu-
" rales de sus términos y la cercaron y no se sabe si son
" vivos ó muertos sus habitantes", dice la información levantada en Santiago el 2 de septiembre de ese año 1600 (1). Junto con la sublevación de aquella comarca, se supo también que Villarica "estaba reducida en un fuerte" (2) y después, nada. Para desechar la idea de otra gran catástrofe semejante á la ruina de Valdivia, muchos se forjaban la ilusión de que sus habitantes habrían pasado la cordillera, por la que tenían "camino carretero" y habrían encontrado en la otra banda la deseada seguridad (3), ¿Era posible tranquilizarse con tales ideas y dejarlos así abandonados y, después de haber llegado á La Imperial con respetable número de soldados, no ir en su socorro?

Empero, si era duro por demás considerar el desamparo y la terrible situación de Villarica, debían tenerse presentes otras consideraciones antes de resolver por la afirmativa si se iría ó nó en auxilio de aquella ciudad. Había comenzado ya el mes de abril y de un momento á otro los ríos quedarían invadeables: yendo á Villarica, de seguro, no sería posible volver en ese año á Concepción. Y ¿qué de males no vendrían con ello sobre la colonia?

Dejar sin jefe todo el norte de Chile y dejarlo con tan reducido número de tropas, casi equivalía á decretar su ruina, y Quiñones no había de cargar con esa enorme responsabilidad. Acabamos de ver, de otra parte, que los víveres faltaban por completo en los alrededores de La Imperial y probablemente sucedería otro tanto en Villarica; y con ello

(1) Pregunta 4. Lo mismo dice al Virey García Ramón en carta de 20 de agosto de 1600.

(2) Carta de Alonso García Ramón al Rey, fecha en Santiago el 17 de octubre de 1600.

(3) Así lo suponen muchos testigos de la información levantada en Concepción en agosto de 1600.



el ejército del Gobernador correría serios peligros en la campaña, aunque no lo atacasen los indígenas.

Teniendo presentes estas razones, no había lugar á duda y, por doloroso que fuese dejar seis meses más sin socorro á los desgraciados habitantes de Villarica, los jefes y oficiales del ejército, consultados por Quiñones, le respondieron que su opinión era volver cuanto antes á Angol y de ahí á este lado del Bíobío, no viniese una crecida á impedirles el paso.

Sólo un capitán, nuestro antiguo conocido, el audaz Antonio Recio de Soto, fué de contrario parecer. Sostuvo que debía irse en auxilio de Villarica y se comprometía á llevar la expedición, si se le proporcionaban trescientos hombres (4). Pero eso equivalía á pedir á Quiñones que volviendo con ciento al norte, se expusiera á perecer miserablemente á manos de los rebeldes; no salvaba inconveniente alguno y los agravaba todos: nadie, pues, siguió á Recio en su opinión.

Resuelto lo que había de hacerse, se puso en el acto en ejecución y el ejército se dirigió con la posible velocidad á Angol, en donde lo encontramos nueve días después, el 13 de abril.

La suerte de Angol era muy distinta de la que habían sobrellevado los desgraciados pobladores de La Imperial. Sin haber dejado de correr gran peligro y de soportar padecimientos de todo género, sus habitantes no se habían visto, como los otros, diezmados por el hambre y la sed y reducidos á una cuarta parte de los que comenzaron el sitio: el

(4) Rosales, libro V, capítulo XVIII. Los citados BORRADORES DE UNA RELACIÓN DE LA GUERRA DE CHILE dicen que Quiñones con el objeto de despoblar á Villarica, "envió al capitán Antonio Recio, que no pudo pasar el río de Toltén y se volvió á juntar con el campo". Creemos que si tal hubiera sido, no habría Quiñones dejado de mencionarlo.

número de defensores de Angol no era insignificante y tod
vía no se habían agotado por completo los víveres, si bie
á una y otra cosa contribuyó no poco el auxilio que al p
sar le había prestado el Gobernador.

Conocemos el pensamiento de Quiñones: creía que, p
entonces, no debía intentarse mantener las poblaciones
ultra Bíobío, excepto Valdivia, cuya repoblación era neces
ria para impedir que los corsarios se apoderasen de su pue
to. En cuanto á Angol, opinaba que su guarnición debía
á reforzar la de Chillán.

No manifestó tampoco en esa ocasión sus ideas y volvió
comenzar con algunas variantes la comedia de La Imperia

Al día siguiente de llegado, el 14 de abril, mandó á l
Alcaldes ordinarios de Angol "que, con asistencia é interve
" ción del Alférez General don Diego de Sarabia y del gen
" ral Garci Gutiérrez, *dentro de una hora* hagan cala y cat
" en todas las casas y bodegas que hay en la dicha ciuda
" sin exceptuar ni reservar ninguna, de todos y cualesqui
" ra bastimentos que en ella hallaren de todo género, p
" niendo testimonio dello al pie deste auto, para que n
" conste y provea lo que más convenga á el servicio de Di
" y de Su Majestad; y todos y cada uno lo cumplan sin p
" ner en ello excusas ni dilación alguna, so pena de cad
" dos mil pesos de oro para gastos de guerra en que desd
" luego he por condenado á los que lo contrario hicieren"

El Cabildo estaba compuesto de los siguientes vecino
Juan Alvarez de Luna y Juan Severino, Alcaldes ordinario
y los Regidores Pedro de Artaño, Alonso de Robles, Fra
cisco Sánchez, Luis González, Lorenzo Maturano y Crist
bal de Olivera. El Secretario se llamaba Fernando Bellug
de Moncada.

El 15 se notificó al Cabildo el auto del Gobernador y t
vo inmediato cumplimiento.

Los comisionados presentaron á Quiñones minucios

cuenta del trigo, cebada y vino que había en cada una de las casas de la ciudad y una lista con el nombre de cada uno de los habitantes de ella y su condición. Resumiendo, resultan treinta y dos fanegas y nueve almudes de toda comida y treinta y nueve botijas de vino. Era casi el hambre; mas en aquellos días y en las ciudades de ultra Bíobío el *casi*, cuando se trataba de hambre, se convertía en dicha inefable, comparada esta situación con los padecimientos de los desgraciados vecinos de La Imperial. Pero si habían padecido menos los habitantes de Angol, no por eso treinta y dos fanegas de trigo y cebada les proporcionaban sustento para el próximo invierno.

Había en la ciudad setenta y dos soldados, sin contar seis jefes, y ciento sesenta y dos vecinos y moradores, de los cuales ciento treinta y seis eran mujeres y niños. De modo que podían contarse ciento cuatro hombres de armas tomar, ciento once si á ellos se agregaban los "siete Religio-" sos que acudían con arcabuces y lanzas á la defensa".

Los seis mencionados jefes eran Tomás Durán, á cuyo cargo había estado la plaza, don Juan Rodulfo Lisperguer, segundo de ella, don Pedro Maldonado, Francisco Boso, Gonzalo Rodríguez y el capitán Padilla, cuyo nombre de bautismo hemos buscado en vano. De los siete sacerdotes no conocemos nominalmente sino á tres: al Cura y Vicario de la ciudad Antonio Fernández Caballero; á Fray Pedro Bravo, Comendador de la Merced, y á Fray Andrés del Campo, Religioso franciscano.

A estos habitantes se añadían los indios é indias de servicio en número de ciento setenta.

El mismo día 14, apenas recibió Quiñones la precedente respuesta, pronunció un auto en el que manda al Cabildo dar su opinión de si se deberá ó nó mantener la ciudad de Angol y de si será posible á sus defensores sustentarse los seis meses que tardaría en volver con socorro. En el auto,

como en otros anteriores, hace el Gobernador minucioso resumen de los acontecimientos: es este el más circunstanciado en cuanto á la expedición á las ciudades australes y ha sido el documento que principalmente nos ha guiado.

En el Cabildo uno opinó en favor de la subsistencia de la plaza: el primer Alcalde Juan Alvarez de Luna informó al Gobernador que en los alrededores de la ciudad, si se quería hacer una escursión por ellos y quitar á los indios sus sementeras, se encontraría suficiente comida para que los defensores de Angol aguardasen, sin peligro de hambre, la vuelta del verano.

Pues Juan Alvarez de Luna desempeñaba el destino de primer Alcalde, era, sin duda, uno de los principales habitantes de Angol; pero no parecía de los más ricos y, de seguro, no se había aprovechado para proveer su despensa del conocimiento de las sementeras del enemigo, ya que en su casa no había sino media fanega de granos.

¿Entró el denuncio de Alvarez de Luna en la comedia representada por Quiñones y fué hecho á indicación de éste? Imposible adivinarlo; más, si no era de acuerdo con el Gobernador, fué sumamente favorable á sus planes: le proporcionó ocasión de manifestar la presteza con que buscaba recursos y cuán distante estaba de despreciar aviso alguno.

En efecto, inmediatamente comisionó al "general" Garci Gutiérrez Flores "para que, acompañado del Alférez Real " don Diego Bravo de Sarabia y el dicho Juan Alvarez de " Luna y de setenta hombres de guerra de los de la com- " pañía de Angol y Chillán y demás que eligiere de este " campo, salga luego dél y vaya y haga juntar y traer las " dichas comidas y bastimentos que se hallaren en las par- " tes é lugares que dijere el dicho Alcalde, para que, preve- " nido de lo dicho, Su Señoría marche con el dicho campo " en prosecusión de su viaje á la ciudad de la Concepción,

" poniendo en ello la vigilancia y deligencia que de la per-
" sona de dicho general Garci Gutiérrez se espera, atendien-
" do á que el invierno ya está muy adelantado y el riesgo
" del pasaje de los ríos caudalosos del camino y demás in-
" convenientes que le son notorios, que en ello hará parti-
" cular servicio á Su Majestad; y se le notifique al susodi-
" cho y los demás y lo acepten y cumplan luego, sin poner
" excusa ni dilación alguna, so pena de cada mil pesos de
" oro para gastos de guerra, en que desde luego ha por
" condenados á los que lo contrario hicieren".

Todas las noticias que tenía el Alcalde y ocasionaban este movimiento eran tan serias como la determinación manifestada en el auto por Quiñones de volver luego á Concepción, dejando poblado á Angol: se reducían al dicho de un indio, el cual le había revelado cuanto él comunicó á Quiñones.

Garci Gutiérrez no creyó necesario hacerse acompañar de tan gran número de soldados como lo había autorizado á tomar el Gobernador y se contentó con llevar cuarenta. Por su parte, Alvarez de Luna no mostró excesiva confianza en el indio, en cuyos informes antes parecía creer á pie juntillas, ya que juzgó necesario llevarlo atado.

Salieron de Angol al caer la tarde y como caminaran mucho, preguntó Garcí Gutiérrez á Juan Alvarez de Luna dónde estaba el lugar que buscaban.

"—Este indio que llevo atado, contestó el Alcalde, nos ha
" de llevar á las comidas; que es mi amigo y como tal nos
" ha querido avisar dónde las hay para que nos podamos
" sustentar sin despoblar hasta que nos socorran."

"—Ello será cosa de indios," exclamó Gutiérrez, nó de buen humor ni confiado.

Y podía haber añadido cuán raro modo de tratar á un amigo que les hacía tan señalado servicio, era el llevarlo atado como á malhechor.

Siguieron andando y caminaron toda la noche. Se acercaba el amanecer y no había señales de mieses; llegaban al estero de Vergara, y Garci Gutiérrez instó de nuevo á Alvarez de Luna que averiguara del indio la situación del lugar adonde los conducía.

El Alcalde, que á un mismo tiempo era uno de los intérpretes, respondió, después de hablar con el indígena:

"—Dice que ya estamos cerquita y que es preciso man-
" dar á la gente que se calle."

Así se hizo y cuando hubieron andado "como dos cuadras" más, el indio que iba guiando custodiado por tres soldados, aprovechándose de la oscuridad de la noche y de una angostura del terreno, se echó al río y huyó á nado.

—¿Dónde están, pues, las comidas de que disteis parte al Gobernador? preguntó con sorna y nó sin despecho Garci Gutiérrez al Alcalde, apenas perdieron la esperanza de atrapar al indio y se pudieron convencer de la pesada burla de que habían sido víctimas.

—El indio me ha engañado: nunca en mi vida volveré á fiarme en indios.

Sin más ventaja que la experiencia adquirida por el Alcalde Juan Alvarez de Luna, volvió á Angol la expedición, y los jefes, por orden de Quiñones, declararon con juramento, cuanto, sacado de esas declaraciones contestes, llevamos referido (5)

---

(5) Declaraciónes prestadas el 19 de abril de 1600.

Estas declaraciones se tomaron por orden de Quiñones después de decretada la despoblación de Angol y para justificar esa medida. La expedición debe de haberse llevado á cabo en la noche del 15 de abril; porque el 16 contesta el Cabildo, el 17 consulta Quiñones á los jefes del ejército, y el 18 decreta la despoblación.

En cuanto se refiere á la despoblación de Angol no hacemos otra cosa que extractar los documentos referentes al asunto, en los cuales paso á paso iba Quiñones apoyándose para resguardar-

Con las diligencias precedentes dejó el Gobernador probada la imposibilidad de encontrar en Angol ni en sus alrededores el sustento necesario para mantener aquel fuerte.

Mientras se averiguaba la verdad del denuncio hecho por Juan Alvarez de Luna, el Cabildo se abstuvo de responder á Quiñones; pero, frustrada la expedición del primer Alcalde, se reunió el 16 de abril y llamó á la sesión al cura de la ciudad, al Comendador de la Merced y al Religioso franciscano, cuyos nombres hemos dado; al capitán Francisco de Vergara y á Juan Alonso, en calidad de vecinos, y como soldados á Ascensio de la Vega y á Gaspar Correa.

Aunque todos convinieron en la necesidad de despoblar á Angol, su lenguaje es muy diverso del que oímos á los habitantes de La Imperial. Al leer el acta de la sesión, se conoce que municipales y vecinos, sin atreverse á decirlo, se dolían de la despoblación de la ciudad.

"Habiendo conferido lo que sobre la población ó despo-
" blación desta dicha ciudad conviene, y viendo las dificul-
" tades que para el sustento della, ansi de comidas que tie-
" ne y el inconveniente que hay para quitarla al enemigo
" por estar tan pujante y tenerla tan lejos, y el invierno
" tan cercano y la tierra tan imposibilitada para poder de
" acarreto meter bastimentos en esta dicha ciudad, *lo cual,*
" *habiendo con qué, fuera gran servicio de Dios y del Rey*
" *Nuestro Señor sustentarla;* mas, considerando las necesi-
" dades dichas y conociendo el buen celo que Su Señoría
" tiene del real servicio y aumento deste reino, les parece

---

se de futuros ataques. Como los de la despoblación de La Imperial, se encuentran en el archivo de Indias en el legajo rotulado: " Diligencias hechas por el Gobernador de Chile don Francisco de " Quiñones sobre apaciguar la guerra con los indios." La copia ocupa desde la página 10 hasta la 102 del segundo volumen de Don Francisco de Quiñones de la colección del señor don Benjamín Vicuña Mackenna.

" no poderse sustentar esta dicha ciudad. Y si Su Señoría
" hallare otro modo ó parecer y orden con que se puedan
" sustentar con parecer de los generales y capitanes que
" en su campo trae y personas de experiencia, vean lo que
" más convenga á el real servicio."

Quiñones, que sobre todo quería salvar su responsabilidad, no podía contentarse con una respuesta que decía *sí* y casi significaba *nó*. En consecuencia, en el auto pronunciado al día siguiente se muestra descontento del parecer de cabildantes y vecinos, "parecer en el cual no hacen relación ex-
" tensa ni resoluta de lo que había menester la dicha repú-
" blica para sustentarse ni de donde se puede proveer qué
" es lo principal para que se congregaron," y manda se reúnan nuevamente el Cabildo y demás firmantes y que á esta reunión asistan todos los jefes y oficiales del ejército; y, al efecto, los nombra uno á uno. Continúa recordándoles lo avanzado del invierno; cómo de un momento á otro puede venir un aguacero, "que milagrosamente ha sido Dios ser-
" vido que hasta agora no lo ha habido", con lo cual se concluirían los vados del Laja y Bíobío y quedarían las ciudades del norte en inminente peligro de perderse con todo el reino; cómo, aunque la lluvia no le cortara el camino, no podía socorrer pronto á Angol desde Concepción; cuán desnudos y extenuados se encontraban los militares; cómo la comida del fuerte daba sólo para vivir un mes; cómo los yanaconas se estaban huyendo con sus familias á los indios de guerra y se habrían fugado todos "en la noche pasada" si el Gobernador no hubiera tomado oportunas medidas para impedirlo; y en cuánto mayor peligro dejaba á Angol la despoblación de La Imperial, porque la atacarían mayor número de indios. Debían considerarlo todo y recordar que, cuando llegó Quiñones en socorro de la ciudad, sus habitantes, casi desesperados, habían hecho un barco, que todavía estaba en el fuerte, para huir en él. Y concluía urgiendo por

pronta respuesta y ofreciendo contribuir de su peculio con diez mil ducados, para mantener el fuerte, si ello se juzgaba posible.

Si los vecinos habían tenido esperanzas de no desamparar sus casas, debían perderlas al leer el mencionado auto, no sólo por las razones en él apuntadas, sino por la determinación que manifestaba Quiñones. No resistieron más: se reunieron el mismo día 17, recordaron en su respuesta los muchos servicios de Quiñones al Rey y concluyeron pidiéndole que despoblase por entonces á Angol (6). Los militares se adhirieron en el acto á este parecer y á esta petición. Lo mismo hicieron los demás vecinos, llamados por el ayuntamiento á cabildo abierto, y las mujeres que había en la ciudad, en una presentación á Quiñones en el propio día.

El siguiente, 18 de abril de 1600, ordenó el Gobernador la despoblación de Angol é hizo notificar al Cura para que salvase "los ornamentos y joyas de oro y plata, brocado " y seda y demás adherentes al servicio de dicha iglesia y " culto divino y lo que como de más adorno della tiene á " cargo. Y al factor, juez, oficial de la real hacienda perte- " neciente á Su Majestad y escribano del Cabildo, el libro " é protocolos é demás papeles útiles al común, para que " de todo ello den cuenta y lo entreguen cada por su cargo " y riesgo".

Inmediatamente se puso Quiñones en camino para Concepción, después de haber realizado así su plan de concentrar, en cuanto fuera posible, las fuerzas españolas. Los repetidos autos y los numerosos documentos con que quiso

---

(6) Los Borradores de una Relación de la Guerra de Chile dicen que la despoblación de Angol fué "contradicha de Fernando de Vallejo, su Corregidor y los vecinos." El Corregidor de Angol era Tomás Durán: probablemente es del mismo modo inexacto lo que se refiere á la "contradicción" de los vecinos.

resguardarse nos han suministrado preciosos datos sobre las ciudades australes y le servirían, sin duda, para justificar ante el rey su conducta; pero no bastaron, como veremos, para salvarlo de los ataques de sus sucesores.

CAPÍTULO XXIII.

OLIVERIO VAN NOORT.

Declaraciones de los prisioneros de *El Ciervo Volante.*—Naves que componían la expedición de Van Noort y sus comandantes.—Quién era Oliverio Van Noort.—Salida de la expedición.—Van Noort en las costas de Guinea: combates y venganzas.—Lo que le cuesta llegar al Estrecho de Magallanes.—Insubordinación y castigos.—Horrible crueldad con los naturales.—Juicio y condenación de Jacobo Claerz.—Van Noort en el Pacífico: pérdida de *El Enrique Federico.*—Apresamiento de *El Buen Jesús.*—Los corsarios en Valparaíso: su ferocidad.—En el Huasco.—Fábula que refiere á Van Noort el negro Manuel.—El piloto Sandoval y el negro Sebastián.—Vuelta de Van Noort á Holanda.—Hace arrojar al mar á Juan Sandoval.—Fuga de Manuel y fusilamiento de Sebastián.

Mientras don Francisco de Quiñones andaba en la expedición despobladora, volvieron los corsarios holandeses á llenar de inquietud al desgraciado Reino de Chile.

En sus declaraciones, los prisioneros de *El Ciervo Volante* habían dicho al Virey que, cuando salió de los puertos de Holanda la expedición de Mahu y Cordes, Oliverio

Van Noort se preparaba á seguir el mismo rumbo: armaba al efecto cuatro naves, dos grandes y dos pequeñas, en los puertos de Amsterdam y Roterdam.

Si en todas sus afirmaciones fueron tan exactos y sinceros como en ésta, no dijeron siempre sino la verdad.

Esas cuatro naves eran: la capitana, como de seiscientas toneladas, llamada *El Mauricio*, en la cual venía el jefe de la expedición, Oliverio Van Noort; la almiranta, *El Enrique Federico*, de menos de cuatrocientas toneladas, al mando del segundo jefe de la escuadra, Jacobo Claerz; dos filibotes de poco más de cien toneladas, uno, *La Esperanza*, mandado por Pedro de Lindt, y el otro, *La Concordia*, por Juan Huidecooper.

Van Noort, jefe de esta flota (cuyo equipo, en todo semejante á la de Cordes, fué hecho por una compañía de comerciantes armadores), era hostelero de Roterdam. De él dice uno de los marineros mencionados: "Es de cuarenta " á cincuenta años, hombre fornido y de buena estatura y " es tenido por hombre rico y en la hostería y casa que " tiene en Roterdam no se recibe si no es señores y gran- " des caballeros é mercaderes ricos. Y la insignia de la di- " cha hostería son dos llaves".

En esta expedición, para la cual el Gobierno de Holanda parece haber dictado reglamentos y contribuído con pertrechos de guerra, se embarcaron doscientos cuarenta y ocho hombres, que, después de muchos entorpecimientos y demoras, zarparon de Plymouth el 21 de septiembre de 1598. Había ido Van Noort á ese puerto de Inglaterra á completar su cargamento y tomó, en calidad de piloto de la capitana á un inglés llamado Melis, que en el mismo destino había acompañado á Cavendish en su expedición al Pacífico.

Con diversas aventuras y no muy buena suerte, pues cada una de las dos naves mayores perdió un bote, nave-

garon hasta el 11 de diciembre, día en que anclaron en la isla del Príncipe, junto á la costa de Guinea, la cual, como perteneciente á los portugueses, estaba bajo la autoridad del Rey de España.

Oliverio Van Noort envió á cuatro de sus oficiales al fuerte para conseguir víveres. Recibidos, como debían, en son de guerra por los portugueses, perdieron cinco hombres, entre los cuales estaban Cornelio Van Noort, hermano de Oliverio, y el piloto Melis. Oliverio desembarcó con ciento veinte hombres y atacó sin ventaja alguna el fuerte; en seguida se dirigió á otro extremo de la isla, construyó un fuerte provisional, renovó el agua, hizo una excursión al interior, en la cual quemó algunos ingenios de azúcar y, con dos hombres menos y diez y séis heridos, se volvió á bordo y zarpó el 17 de diciembre. En una isla, y en otra, y en la costa del Brasil, pasó cerca de un año sin que las naves pudieran entrar en el Estrecho de Magallanes, ó más bien dicho, permanecer en él, pues tres veces habían sido arrojadas fuera por la fuerza de las olas. Por fin, entraron definitivamente el 22 de noviembre de 1599.

Los sucesos dignos de ser mencionados, que acaecieron en este espacio de tiempo, fueron pocos y todos desgraciados para los holandeses.

En más de una ocasión se notaron síntomas de revuelta en las tripulaciones y se aplicaron enérgicos castigos sin excluir el de muerte; el filibote *La Concordia* se inutilizó y fué desarbolado y quemado, murió el capitán de *La Esperanza*, y el de *La Concordia* pasó á mandar ese buque, al cual le puso el nombre de su destruída nave; Oliverio Van Noort perdió tres anclas y el comandante de la almiranta rehusó enviarle una, y, casi en abierta rebelión, dijo que "era tan jefe como el mismo Oliverio Van Noort": éste se vió obligado á disimular; y finalmente, en una bajada

que hizo Van Noort en el Puerto Deseado le mataron los naturales tres soldados.

Para mostrar hasta dónde llegaba la increíble crueldad de estos corsarios holandeses, copiaremos de Burney la relación de una de sus hazañas en el Estrecho: "El 25 de no-
" viembre pasaron la segunda angostura y llegaron á las
" islas de Penguín. En la más pequeña de las dos, que es la
" más al norte, se divisaban algunos naturales, hacia los
" cuales se mandaron dos botes bien tripulados. Cuando
" éstos se acercaban, como cuarenta naturales, reunidos en
" una alta roca, les hicieron señas de que se detuviesen y,
" al efecto, les arrojaban penguines, creyendo que el pro-
" veerse de estas aves llevaba á tierra á los holandeses.
" Viendo que, lejos de detenerse, seguían avanzando, les
" arrojaron algunas flechas. Respondieron los corsarios
" con sus armas y los naturales abandonaron la roca y
" corrieron á refugiarse en una caverna, junto á un cerro,
" en donde, según parece, habían dejado antes á sus muje-
" res é hijos. Desembarcaron los holandeses, y siguieron á
" los indígenas hasta el lugar de su refugio, donde los ata-
" caron. Por más que lo escarpado del terreno hiciera di-
" fícil el acceso y por más que los indígenas lo defendieran
" con sus flechas, los holandeses, con sus buenas armas de
" fuego, no encontraron resistencia séria y no recibieron si-
" no tres ó cuatro heridas sin gravedad. Con la más inflexi-
" ble ferocidad, y sin escrúpulo, alguno hicieron verdadera
" carnicería en los indígenas, los cuales con heroica abne-
" gación continuaron defendiendo con sus cuerpos á sus
" mujeres é hijos. Los holandeses no entraron á la cueva
" donde éstos estaban hasta que murió el último de los
" hombres de esa desgraciada tribu, y encontraron en ella
" gran número de mujeres y niños muertos y heridos con
" los proyectiles arrojados por los asaltantes. Este hecho,
" que ninguna palabra de reprobación puede caracterizar

" debidamente, parece haber sido efecto de insaciable sed
" de venganza por la muerte que á los tres holandeses die-
" ron los indígenas del Puerto Deseado. En la relación ori-
" ginal se buscaría en vano la más pequeña señal de lásti-
" ma, el más mínimo término de reprobación por tamaña
" iniquidad".

Como hemos visto al referir las aventuras de Simón de Cordes y su armada, Oliverio Van Noort se encontró en el Estrecho con Seward de Weert y estuvo algunos días al habla con él; pero no pudo recibir noticia alguna de los resultados de aquella expedición ni de la suerte de los otros buques, porque Weert nada sabía.

En el Estrecho permaneció la flota más de tres meses y durante ese tiempo el comandante de *El Enrique Federico*, segundo jefe de la escuadra, volvió á dar señales de insubordinación, fué sometido á un consejo de guerra y condenado á ser abandonado en la playa á merced de los indígenas, sentencia que se ejecutó el 26 de enero: se dejó á Jacobo Claerz con una pequeña provisión de pan y vino. Pasó á ser comandante de *El Enrique Federico* el de la *La Concordia*, y de éste fué nombrado Lumbert Biesman.

Por fin, el 29 de febrero de 1600 entraron al Pacífico: al llegar á él no quedaban en los buques sino ciento cuarenta y siete hombres, ciento uno ménos de los salidos de Holanda. Así, pués, la expedición de Noort no era ni más breve ni más feliz hasta ese momento que la de Cordes.

El 14 de marzo, á consecuencia de un fuerte viento y de una densa neblina, se apartó *El Enrique Federico* de los otros buques y no se ha vuelto á saber de él. Los demás continuaron su rumbo á la isla de la Mocha, designada como la de Santa María, para lugar de reunión. Llegaron á ella el 21 de marzo y desde el día siguiente entraron en cambios con los indígenas, á los cuales daban diversos objetos por víveres.

El 24 salieron de la Mocha para Santa María y el 25 avistaron un barco, que los españoles tenían apostado para que diera noticia de si llegaban corsarios. Después de perseguirlo todo un día, Van Noort se apoderó de él en la noche del 26. Se llamaba *El Buen Jesús*, era mandado por Francisco de Ibarra y había estado cargando harina y tocino en Santa María para llevar á Concepción.

La flota, compuesta de nuevo de tres buques con el apresamiento de *El Buen Jesús*, siguió á Valparaíso, donde, con una ferocidad digna de estos corsarios, pasó Van Noort á cuchillo las escasas tripulaciones de unos pobres barquichuelos, quemó los barcos, excepto uno de mayor capacidad que los demás, llamado *Los Picos*, de ciento sesenta toneladas; el cual quedó unido á la flota y continuó su camino (1).

El 1º de abril llegó á Huasco, en donde permaneció algunos días: ahí dejó en libertad al capitán de *El Buen Jesús* y á sus hombres, menos al piloto, llamado Juan de Sandoval (2), dos indígenas chilenos y dos negros, llamados Manuel y Sebastián.

---

(1) La relación de Burney, dice que Van Noort recibió en Valparaíso cartas, fechadas en Lima, del capitán de *El Ciervo Volante*, en las cuales le comunicaba los malos tratamientos á que le sometían. Ese capitán estaba en Santiago y era perfectamente tratado.

Según refiere después el mismo Van Noort en una relación publicada en el Recueil ya mencionado, relación citada por el señor Vicuña Mackenna en su Historia de Valparaíso, dió muerte en *Los Picos* á treinta indios y á un negro que en él había. Nos parece muy difícil que hubiera en tan pequeño barco tanta tripulación y debe tenerse presente que la relación de Noort está llena de inexactitudes.

(2) En la citada relación de Burney se le llama Juan de Sant Aval. A pesar de otros errores ortográficos, seguimos á Burney en el nombre de los marinos holandeses.

A los pocos días el negro Manuel refirió á los marineros que, al ser capturado *El Buen Jesús* por los corsarios, había en el buque más de diez mil libras de oro, llevadas en tres botes y sacadas de la isla de Santa María, oro que fué arrojado al mar por orden del capitán. Apenas supo esto Van Noort, es decir, inmediatamente, interrogó al piloto y al otro negro. Negaron ellos el absurdo cuento; pero fueron sometidos á tortura. Cuando vieron que por amor á la verdad iban á padecer tormento, dijeron cuanto se les quiso hacer decir y quedó establecida la efectividad de la fábula inventada por Manuel.

Poco antes había llegado á noticia de los corsarios que en el Callao había muchos preparativos contra ellos y resolvieron no tocar en otro ningún puerto de América, y cumplieron esta resolución. Por lo mismo, la continuación del viaje no entra en nuestro plan: apuntaremos únicamente que *El Mauricio* llegó á Rotterdam el 26 de agosto de 1601 y que llegó solo.

Tanto *El Buen Jesús* como el otro buque apresado en Chile fueron sucesivamente abandonados por inútiles; tampoco llegaron á Holanda ni Juan Sandoval ni los negros Manuel y Sebastián.

Hé aquí cómo Burney, copiando una relación de los marinos, refiere el fin del piloto de *El Buen Jesús*.

"El 20 de junio de 1600 Oliverio Van Noort, con el con-
" sentimiento de su consejo de guerra, ordenó que el piloto
" español fuese arrojado al mar; pues, aunque comía en la
" cámara y el almirante le mostraba completa amistad,
" había tenido el atrevimiento de decir, encontrándose en-
" fermo, que lo quería envenenar. Y lo había dicho y soste-
" nido en presencia de los oficiales. Y por tanto, lo tiraron
" al mar, dejándolo que se sumergiera con el fin de que no
" volviese otra vez á incriminarnos de traidores".

El 29 de octubre estaban los holandeses en la isla de Ca-

pul y en la noche el negro Manuel consiguió fugarse. Van Noort interrogó al día siguiente á Sebastián, "el que confesó" (probablemente de temor á la tortura) "que había te-
" nido conocimiento del designio de su compañero y que lo
" habría acompañado, si hubiese creído segura la oportu-
" nidad. Conociendo Oliverio Vant Noort, por semejante
" confesión, la gran villanía de estos negros, mandó fusilar
" á Sebastián".

La segunda expedición de los holandeses á América tiene mucho menos importancia que la primera en la historia de Chile, aunque ocasionara no pequeños males con la destrucción de varios barcos que en nuestras costas servían para el cabotaje.

CAPITULO XXIV.

VILLARICA DESPUÉS DE LA MUERTE DE LOYOLA.

Situación é importancia de Villarica.—Sus inconvenientes como plaza militar.—Rodrigo Bastidas y Marcos Chavari.—El mulato Juan Beltrán.—Precauciones tomadas por Bastidas al saber la muerte de Loyola.—Los tres soldados que salvaron de la derrota de Valiente.—Proyectos de sublevación.—Curimanque y Juan Beltrán.—Diversas opiniones acerca del plan de este último.—Expedición de Bastidas y Beltrán.—Muerte de los conspiradores.—Ataque de Villarica.—Incendio de la ciudad.—Crítica situación y heroísmo de sus defensores.—Larga resistencia al numeroso ejército de Camiñancu.—Chavari y Beltrán despedazan á los indios en una salida.—Noticia de la ruina de Valdivia.—Pelantaro y Anganamon ante Villarica.—Los cautivos, don Gabriel de Villagra y doña María Carrillo.—Inútil y corto sitio de la ciudad.—Terrible angustia.

¿Qué había sido, mientras tanto, de la floreciente Villarica? ¿Se mantenía en pie ó había sucumbido? ¿Por qué las otras ciudades no habían recibido noticia alguna de ella?

Todos los cronistas ponderan la bellísima situación de Villarica, fundada á orillas del grande y hermoso lago que

lleva su nombre, en fértil valle y junto á riquísimas minas de oro.

Era, sin duda, una de las ciudades de más porvenir de Chile, atendiendo, sobre todo, á la facilidad de sus comunicaciones con Buenos Aires, cosa sumamente importante en aquella época, en que tan difícil camino ofrecía á las naves el Estrecho de Magallanes.

Pero, considerada militarmente, esa situación era la peor. Aislada por completo de las demás ciudades, sin poder comunicarse por el mar, del que estaba tan apartada, Villarica se encontraba perdida, á juicio de todos, y ante las dificultades para llegar de ella á Osorno ó á Valdivia, muchos opinaban que sus habitantes habrían preferido pasar la cordillera é ir á las ciudades del otro lado en busca de refugio contra el hambre y los indios. No había sucedido eso y, heroicos cual ningunos en aquella época llena de heroísmo, los defensores de Villarica resistían impávidos contra sus numerosos y encarnizados enemigos.

Mandaba "en la ciudad el capitán Rodrigo Bastidas, " hombre de admirable valor, prudencia y disposición y que " en este prolijo cerco mostró grandemente su bizarría y " valor" (1), y contaba entre sus capitanes á dos ya muy justamente renombrados y que habían de serlo más con las hazañas del largo sitio de Villarica. Llamábase el primero

(1) Rosales, libro V, capítulo XII. Este historiador es el único que nos refiere pormenores sobre el interesantísimo cerco y la destrucción de Villarica. Sabemos cuán bien informado estaba Rosales en las cosas de la guerra y lo habríamos seguido aunque otro ningún documento abonara su palabra; pero en los citados BORRADORES DE UNA RELACIÓN DE LA GUERRA DE CHILE, escritos por desconocido autor ocho ó diez años después de la ruina de Villarica y conservados en los archivos de Indias, encontramos confirmados los principales puntos del relato del jesuíta.

En este capítulo seguimos á Rosales, siempre que no demos expresamente otro origen á nuestros asertos.

Marcos Chavari (2), era teniente de Bastidas y el de más merecida influencia entre los españoles.

El segundo era el capitan Juan Beltrán (3), mulato nacido en La Imperial. Para quien conoce la repugnancia que manifestaban los españoles á los mulatos, es por demás sorprendente la alta posición alcanzada por Juan Beltrán. Y tanto más de admirar, cuanto que á su nacimiento unía el haberse casado con una india. Debían de ser muy relevantes las prendas de que estaba adornado y muy grandes sus servicios prestados al reino, cuando, á pesar de todo eso, el Virey del Perú don Luis de Velasco le había hecho capitán y dádole una encomienda (4)'

Llegada á Villarica la funesta noticia de la muerte del Gobernador García Oñez de Loyola, Rodrigo Bastidas comisionó á Chavari para que recogiera todas las provisiones de boca de los alrededores, hizo un fuerte, ordenó á los españoles de las vecinas estancias que se recojiesen á la ciudad, prohibió á todos el salir de ella, estableció, en fin, cuanto la prudencia más consumada podía exigir, para prepararse á resistir los ataques de los indios. Quiso, además, pedir socorro al sucesor de Loyola; pero pronto se convenció de que no era posible enviar mensajero, por la sublevación de los indígenas, y de que la ciudad no podía

---

(2) Rosales llama dos veces Chavarri á este capitán; pero todas las demás, que son muchas, dice Chavari y habla también de doña Juana y de doña Ana Chavari: parece, según esto, que es error de pluma el haber puesto Chavarri esas dos veces. Añadamos que el capitán Chavari debía de ser cuñado de Rodrigo Bastidas; porque la mujer de éste era la mencionada doña Ana Chavari, probablemente hermana del capitán.

(3) Rosales no llama á este oficial más que "el capitán Beltrán"; su nombre de pila lo encontramos en los BORRADORES DE UNA RELACIÓN DE LA GUERRA DE CHILE.

(4) BORRADORES DE UNA RELACIÓN DE LA GUERRA DE CHILE.

contar sino con sus propios recursos. La llegada de tres soldados, escapados con vida de la derrota de Andrés Valiente, el desgraciado Corregidor de La Imperial cuya muerte hemos referido, vino á confirmarle cuán terrible era la situación de Villarica y de sus defensores.

Como había de suceder y estaba previsto por Bastidas, los indios de los alrededores de Villarica imitaron pronto el ejemplo de los demás y, reunidos para elegir jefe que los llevase contra los españoles, designaron para el cargo á uno de los principales caciques, llamado Curimanque. Era Curimanque grande amigo y entusiasta admirador de Juan Beltrán; fué á buscarlo, le reveló cuanto sucedía y le propuso que se ocultara con una partida de españoles en cierto lugar y que él vendría á la cabeza de los rebeldes, á los cuales de esta manera Beltrán sorprendería y daría muerte.

Dividiéronse los pareceres de los defensores de la ciudad. Unos aconsejaban no dar crédito á un indio que se ofrecía á cometer tan infame traición y llegaban á insinuar sospechas contra el mismo Beltrán por sus relaciones de familia con los indígenas; otros, y el parecer de éstos se siguió, replicaban que se tomasen precauciones contra toda traición y no se perdiera tan bella oportunidad para escarmentar á los rebeldes.

Aceptada la oferta, salieron de Villarica Bastidas y Beltrán, cada cual con una cuadrilla y quedó Chavari al mando de la ciudad.

Todo sucedió como lo había anunciado Curimanque, que capitaneaba á los indios y llevaba adornada la cabeza con hojas de laurel, distintivo por el cual debían reconocerlo los españoles. En el lugar convenido, se ocultaron Bastidas, Beltrán y su gente, y á las diez del día, cuando pasaban los rebeldes, atacaron á éstos, los hicieron pedazos, les mataron más de doscientos y pusieron á los otros en precipitada fuga.

Los más cercanos caciques negaban haber tomado parte en la conspiración, mientras se preparaban para reunirse á una junta de siete mil indios que vino sobre la ciudad. Una descubierta de treinta de ellos atacó las tierras de Curimanque, aprisionó á un hermano de éste y se entregó al saqueo. Los indios del cacique se rehicieron, volvieron sobre los asaltantes, dieron muerte á veintiocho y llevaron otros dos á Bastidas para que les tomase declaración. Mientras él les oía sus deposiciones contradictorias y entregaba á uno á la venganza de los indios amigos, los rebeldes penetraron en la ciudad, y se trabó rudo y encarnizado combate cuerpo á cuerpo desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde.

Ahogados los españoles por el número, consiguieron, obedeciendo al llamamiento de Bastidas, reunirse en la fortaleza, de la cual desalojaron, dándoles la muerte, á los indios que á ella los habían seguido. Pudieron así salvar sus personas; pero dejaron en poder de los asaltantes las mujeres y los hijos de los seiscientos indios amigos que los habían ayudado en sus combates, y la misma ciudad que, despues de saqueada, entregaron aquéllos á las llamas hasta dejarla reducida á cenizas. Si bien hubo muchísimos españoles heridos, sólo dos murieron: un soldado y un Religioso domínico, que no obedeció al llamado de Bastidas y permaneció en su convento mientras todos corrían al fuerte. Entre los indios amigos murió el cacique Curimanque.

Quemada la ciudad, permanecieron todavía los indios tres días atacando el fuerte y se retiraron después, cargados de despojos y entusiasmados con su triunfo.

Crítica por demás llegó á ser la situación de los defensores de Villarica; pues, aunque lograron rechazar y escarmentar á pequeñas partidas de indios, no se les ocultaba que al ruido de la victoria se habían de reunir éstos en

mayor número, para volver contra ellos. Así sucedía siempre y sucedió entonces.

Hasta diez mil se juntaron al mando del cacique Camiñanecu para el ataque y asalto del fuerte. Nunca como entonces se conoció la imponderable ventaja que las armas y principalmente las murallas, tras las cuales se parapetaban en una fortaleza, daban á los soldados españoles sobre los indígenas. Entre españoles é indios había en Villarica seiscientos hombres y resistieron tres días á los continuos esfuerzos de los asaltantes. Desesperados éstos de tomar el fuerte por la fuerza, resolvieron sitiarlo, seguros de que pocos días les permitiría el hambre resistir á los allí encerrados; pero eso era contar sin la energía indomable de los defensores de la plaza. Concertaron una salida en dos partidas al mando de los capitanes Chavari y Beltrán y con tanta felicidad la ejecutaron y tan ajenos estaban los sitiadores de semejante audacia, que no fué aquello un combate sino una persecución contra los que habían venido á concluir con los restos de la ciudad. Dejaron los fugitivos trescientos cincuenta cadáveres de los suyos y quizás no menor número fueron heridos á morir á sus tierras.

Con esta victoria, respiraron un tanto los de Villarica y gozaron algún tiempo de relativa paz. A fin de aprovecharla, enviaron á pedir socorro á Valdivia con dos indios amigos, los cuales volvieron á dar la terrible noticia de que, dos días antes de su llegada, aquella ciudad había sido destruída por los rebeldes.

Tal noticia dada por indios era de no ser creída y Bastidas envió á algunos soldados, aunque fuese corriendo grandísimo peligro, para informarse de lo que en realidad había. Llegaron los enviados hasta cuatro leguas de Valdivia y, convencidos de la verdad del relato de los indios, volvieron á confirmar la funesta noticia. El terrible efecto

de ella se puede calcular sabiendo que los indios amigos, hasta entonces leales compañeros de los sitiados, se pasaron con sus familias á los rebeldes; pero no por tal desgracia, inmensa en las circunstancias, se declararon vencidos los heroicos defensores de Villarica, determinados como estaban á morir antes de rendirse.

La despoblación de Santa Cruz, Angol y La Imperial y la destrucción de Valdivia permitían á los indios juntarse en grandes partidas y los incitaban á llevar adelante su obra, concluyendo con las ciudades que aún quedaban en pie más allá de Bíobío. Las fuerzas del coronel del Campo hacían casi inatacable por entonces á Osorno: no quedaba, pues, otro plan á Pelantaro y Anganamón, jefes de los rebeldes, que dirigirse contra Villarica, ya tan debilitada. Allá se fueron, en efecto, á la cabeza de diez mil soldados escogidos y llevando como prisioneros á don Gabriel de Villagra y á doña María Carrillo, ambos cautivados en Valdivia y vecinos de Villarica, donde tenían sus familias. A pesar del número, no se decidieron á atacar de frente á los españoles y les hicieron decir por medio de los dos prisioneros que se rindieran y salvarían las vidas y manifestar lo inútil de una resistencia, cuyo único resultado había de ser la muerte de los defensores de la ciudad.

No sólo no se rindieron los españoles, sino que muy pronto y sin combate se vieron libres del formidable ejército enemigo.

Otras veces hemos explicado la imposibilidad en que se encontraban los indígenas de sostener por muchos días el sitio en regla de una ciudad. Mientras mayor fuera el ejército sitiador, más aumentaba la dificultad de mantener ese gran número de gente. A esto y al convencimiento de no poder atacar á los españoles en sus trincheras sino por sorpresa, se debió, sin duda, la pronta retirada del ejército que había ido contra Villarica.

El peligro próximo había pasado; pero la situación de los desgraciados habitantes de aquella ciudad no era menos desesperante. Los indios no se atrevían, es cierto, á atacarlos en su fortaleza; pero ellos tampoco podían alejarse de sus muros y no era posible ni siquiera pensar en comunicarse con las ciudades del norte, después de destruída Valdivia.

Completamente ignorantes del estado de la colonia, sin saber la suerte que á las demás poblaciones había cabido, rodeados de enemigos, urgidos por el hambre, la incertidumbre debió de ser uno de los mayores tormentos de su largo martirio. ¿Habría fuerzas para socorrerlos? ¿Vendría el socorro antes que tantas causas de destrucción hubieran concluído con el último de los heroicos defensores de la desgraciada Villarica?

CAPÍTULO XXV.

INCENDIO DE OSORNO.

El indio Chollol.—Sublevación de Libcoy.—Es derrotado y muere. —Otra sublevación.—Disuade de su intento á los sublevados el Corregidor de Osorno.—Resuelve el coronel del Campo ir en socorro de Osorno.—Mal camino que toma.—Su llegada á la ciudad.—Sorprenden los indios la ciudad é incendian el convento de San Francisco.—Correrías del coronel.—Va de nuevo á Valdivia y se provee de municiones.—Sabe que una gran junta se dirige contra Osorno y también va allá.—El 20 de enero de 1600 en Osorno.—Ataque é incendio de la ciudad.—La avanzada de los indios.—La noticia de la venida del coronel.—Dispersión de los indios.—El clérigo Alonso Márquez.—Por qué no se persigue á los dispersos.—Llegada de Francisco del Campo.—Expediciones de los capitanes Figueroa y Rosa.

Entre las ciudades australes, Osorno fué la mejor librada durante los primeros tiempos de la general sublevación, que siguió á la muerte de don Martín García Oñez de Loyola. Los indios comarcanos, ó mas pacíficos ó menos descontentos, escucharon los prudentes y amistosos consejos

del capitán Jiménez Navarrete, Corregidor de Osorno (1), y no se sublevaron.

Rosales refiere, sin embargo, dos tentativas de revuelta. La primera, encabezada por un indio más audaz que poderoso llamado Chollol, que intentó proclamarse rey, concluyó pronto con la vida del jefe, muerto en un parlamento por el cacique amigo Curubeli.

También quiso ser rey otro indio llamado Libcoy ó Ligcoy, alcanzó á reunir no poca gente y construyó una fortaleza en la impenetrable ciénaga de Guañauca. El Corregidor de Osorno temió llegase á ser ésto el principio de la sublevación general y creyó necesario cortar el mal con tanta presteza como enerjía. Al efecto, salió con casi todos los soldados, y dejó apenas en la ciudad unos pocos para su defensa; pues con los eclesiásticos no llegaban á ciento en Osorno los hombres capaces de cargar armas y el Corregidor llevaba en su expedición á ochenta, sin contar los oficiales.

(1) Carvallo y Goyeneche, tomo I, capítulo 88 y otros cronistas que lo siguen, dicen que Osorno estaba mandado por el Maestre de Campo don Francisco Figueroa de Mendoza y aquel historiador, en la nota 156 del citado tomo, autoriza su aserto diciendo que tiene á la vista "dos certificaciones. Una á pedimento del capi-
" tán Pedro Ortiz de Gatica Avalos y Aranda, dada en la ciudad
" de Osorno por su Gobernador don Francisco Figueroa de Men-
" doza, en 12 de octubre de 1601, refrendada por Fernando Frías,
" escribano público, y la otra á pedimento del mismo, librada por
" el capitán Jerónimo de Pedraza en Carelmapu, á 20 de enero
" de 1602, refrendada por Fernando García Parral, escribano pú-
" blico que estaba presente".

Creemos que la contradicción entre Carvallo y Rosales, que nombra al capitán Jiménez Navarrete como á Corregidor de Osorno, es sólo aparente. Indudablemente, Francisco Figueroa tuvo más de una vez el mando de Osorno, y Rosales lo dice en el capítulo XXIII del citado libro; pero fué algún tiempo después y cuando, según las probabilidades, había muerto Jiménez.

Confiaban los indios en lo impenetrable de la ciénaga y fueron sorprendidos, gracias al arbitrio inventado por el capitán Alonso Carrasco de hacer transitables los peores pasos echando en ellos fajina. El capitán don Alvaro de Mendoza hacía lo mismo por otro lado, y los del fuerte cuando menos pensaron se vieron entre dos fuegos y en la necesidad de rendirse. Libcoy se fugó con siete rebeldes; pero, perseguido por el capitán Pedro Ortiz de Gatica (2) con no pocos indios amigos que habían acompañado á los españoles en la expedición, fué apresado y muerto.

Alejado el peligro, se ocupó Jiménez Navarrete en construir en la ciudad un fuerte que en todo caso pudiera servir de resguardo y defensa.

El mismo Rosales habla de un tercer principio de sublevación, en el cual alcanzaron los rebeldes á construir á la orilla del río Bueno una palizada. Según dice el citado historiador, el Corregidor de Osorno consiguió aplacar á los indios con buenas palabras y con la promesa de hacer concluír los abusos de que se quejaban (3): sin pelear, volvieron á dar la paz y la comarca quedó tranquila hasta la llegada del coronel del Campo á Valdivia.

---

(2) Carvallo y Goyeneche, tomo I, capítulo 88.

(3) Hé aquí las quejas que refiere Rosales en el capítulo XIV del libro V: "A que respondieron que demás de la libertad, que estan " amable, lo que más les movía á alzarse era los doctrineros, por- " que les predicaban que mandaba Dios que no hurtasen ni estuvie- " sen amancebados, y otras cosas que decían que contenía la ley de " Dios, y que, nada guardaban ellos sino que escogían lo mejor. Y " así echaban de ver que todo era mentira y artificio para hacerse " señores de todos y vivir peor que ellos, y que los españoles hacían " lo mismo y ansí los castigaba Dios y se vían vencidos, arruinados " y echados de todas las ciudades, y que lo mismo habían de ser de " ésta, porque de su parte estaba la razón y la justicia. Añadieron " otras muchas cosas, nombrando y singularizando casos de doc- " trineros que no son para dichos ni de ninguna edificación. A lo

La destrucción de esta última ciudad, el gran número de españoles muertos en ella y las muchísimas cautivas llevadas al interior por los indios, eran incentivos demasiado poderosos para trastornar á los que aun vivían en buena armonía con los españoles: Francisco del Campo supo luego que los indios comarcanos de Osorno se preparaban á seguir el ejemplo de los demás y que los victoriosos de Valdivia se dirigían á auxiliarlos en sus proyectados ataques contra la única ciudad hasta entonces en paz.

La primera determinación del coronel, á su llegada, había sido socorrer á la infeliz Villarica; pero el conocimiento de estas cosas lo hizo dudar. Consultados los jefes y oficiales de su campo, se resolvió que más urgía ir á Osorno; en verdad, si era posible contener la conflagración, ello valía más y prometía más serios resultados para la pacificación general.

En no menos de ocho ó nueve mil calcula del Campo (4) el número de indios que, después de la destrucción de Valdivia, se juntaron para atacar á Osorno. Apresuró su viaje, si bien el deseo de ir por senderos extraviados y ocultar su

" cual les respondió el Corregidor que se sosegasen y no se inquie-
" tasen por eso, que él daría parte de todo al Obispo y lo remedia-
" ría, y que rehusaba venir con ellos á las manos, porque todos
" eran sus amigos. Y tales cosas les dijo y con tal agrado que to-
" dos le dieron la paz y deshicieron el fuerte."

No tenemos necesidad de hacer reflexiones para mostrar lo inverosímil de este relato. Para quien conoce á los indios es absurdo suponer que por buenas palabras y promesas fueran á reducirse á la obediencia viéndose fuertemente atrincherados.

Nos proponemos examinar en otra parte detenidamente el valor de las acusaciones que suelen hacer Rosales, Lozano y Olivares á los doctrineros, poniéndolas siempre en boca de los indios. Bástenos por ahora decir que en los numerosísimos documentos que hemos consultado, no encontramos una palabra en confirmación de ellas.

(4) Carta de Quiñones al Rey, fecha 18 de febrero de 1600.

marcha á los indígenas fué causa, según refiere Rosales, de que el camino que con todo descanso pudo hacer en tres ó cuatro días lo hiciera lleno de incomodidades en diez y ocho: abriéndose paso á fuerza de hacha por espesísimos bosques, vió estenuada, descalza y casi desnuda á su tropa, que, viniendo del Perú, no estaba ciertamente habituada ni á jornadas tales ni á tales caminos y no se imaginaba semejantes padecimientos.

Por felicidad, algunos indios amigos avisaron en Osorno la cercanía de tropas españolas y el Corregidor mandó hacia el lugar indicado á los capitanes Rodrigo Ortiz de Gatica y Pedro de Gatica, su hijo, para llevarles recursos y facilitarles con canoas el paso sumamente dificultoso del río Bueno (5). De este modo pudo llegar el coronel á Osorno. Cuando llegó, ya los defensores de la ciudad, á fin de concentrar en ella todas las fuerzas, habían despoblado el fuerte de Tapellada, situado en la ribera del río Bueno (6).

Recibieron los españoles al coronel con indecible contento y los indios, al saber su llegada, desistieron del proyectado cerco de la ciudad; pero era tanta su audacia, á causa de los brillantes y repetidos triunfos alcanzados, que, á pesar de haber en Osorno cerca de cuatrocientos hombres de armas (ciento sesenta y cinco del coronel, los treinta de caballería que con su capitán Gaspar Viera habían salvado en la destrucción de Valdivia y los soldados de la ciudad), se atrevieron á dar un asalto, favorecidos por la oscuridad de la noche y consiguieron incendiar el convento de San Francisco (7).

---

(5) Carvallo y Goyeneche, lugar citado.

(6) Id. id.

(7) Rosales, lugar citado, dice que el coronel fué recibido perfectamente por los indios y no habla nada de este ataque. Nos apoyamos en la citada carta de Quiñones, que tiene sus noticias del coronel: "Y visto por el coronel la necesidad en que esta

Se necesitaba castigar tanto atrevimiento y del Campo salió en el acto con su gente á perseguir á los rebeldes é hizo una gran correría en sus tierras. En ella dió muerte ó aprisionó á doscientos indios é impuso si no temor, á lo menos respeto, y obligó á algunos caciques á darle la paz; pero á más de ser éstos en corto número, su sumisión no podía infundir confianza en quien tanto conocía los ardides y la deslealtad de los indígenas de Chile.

Escarmentados los indios, el coronel salió con gran parte de su tropa en auxilio de Villarica. No bien había comenzado el camino, supo que numerosa junta se dirigía nuevamente contra Osorno (8); y, después de reunir en Consejo á sus capitanes, creyó deber marchar con brevedad hacia Valdivia á tomar del navío municiones y demás pertrechos, pues pasaba el término asignado al barco para que lo aguardase, transcurrido el cual, debía irse á Concepción (9). Y, en efecto, aunque á ruegos de doña Isabel Rosa Godoy, esposa del coronel, había aguardado el barco á del Campo diez días más de lo que éste dijera, cuando llegó á Valdivia no lo encontró ya en el puerto; sabiendo, sin em-

---

" ciudad de Osorno estaba, se desembarcó y á pie la fué á socorrer, " el cual la socorrió honradamente, de suerte que la junta no llegó " á la ciudad. Y estando alojado en la plaza de la ciudad y alguna " gente en el fuerte, llegaron unos indios á la misma ciudad y le " quemaron el monasterio de San Francisco, con estar en ella " cerca de cuatrocientos hombres."

(8) Rosales, lugar citado.

(9) No es fácil explicarse el por qué de esta orden, referida por Rosales; pero no dudamos acerca de su efectividad, ya que cuando, después de este viaje, volvió a separarse del navío dejó "dicho á su " mujer y los demás que estaban en el dicho navío que le aguardasen cuatro días, que él avisaría del camino". (Citada carta de Quiñones). Quizás lo movía el mucho interés de comunicarse con el Gobernador y hacerle llegar los pertrechos de guerra que, sin duda, le traía del Perú.

bargo, que acababa de partir, hizo algunas descargas de arcabuces, fué oído por los del barco, que no salía aún de las aguas del río, y tuvo el gusto de verlo volver al puerto (10). Aleccionado por la experiencia, sacó del navío "las municiones, pólvora y cuerda y plomo, arcabuces y mosquetes que allí había dejado" (11).

De nuevo tuvo el coronel aviso de la gran junta de indios de Purén, Imperial, Villarica y Valdivia, que en número de más de cinco mil se dirigían á Osorno, mandados por Pelantaro (12), Anganamon, el desertor Jerónimo Bello y el clérigo apóstata Juan Barba (13); lo cual lo llenó de inquietud y lo convenció de cuánto urgía proveer á la defensa de Osorno y, si posible era, á la repoblación de Valdivia Como hemos visto, escribió en este sentido á Quiñones.

Los avisos recibidos eran, por desgracia, demasiado ciertos. Sabiendo la ausencia del coronel, Pelantaro había reunido todas las fuerzas para atacar á Osorno y llegó junto á esta ciudad el 19 de enero de 1600, cuando los habitantes se preparaban á celebrar el día siguiente en la parroquia la fiesta de San Fabián y San Sebastián, que se hacía todos los años con gran solemnidad (14). Los vecinos de Osorno

---

(10) Rosales, lugar citado. La carta de Quiñones no menciona este incidente y dice sólo que el coronel "volvió a Valdivia, donde halló el navío en que había venido."

(11) Citada carta de Quiñones.

(12) "Informe de Francisco del Campo sobre los acontecimien-" tos de las provincias de Valdivia y Chiloé" dirigido al Gobernador de Chile. Ningún testigo mejor que el mismo coronel y por eso lo seguiremos en la relación de estos sucesos.

Cuando no señalemos la fuente de nuestras informaciones, se entenderá que seguimos al coronel.

El informe de éste se encuentra publicado en el segundo volumen de documentos de don Claudio Gay.

(13) Rosales, libro V, capítulo XV.

(14) Id. id.

tuvieron noticias del peligro, si bien creyeron probablemente mucho menor de lo que era el número de asaltantes. El Cura y el Vicario de la ciudad, García de Torres, y los clérigos quisieron dejar la fiesta, volver á los conventos los ornamentos que para ella habían prestado á la iglesia parroquial, quitar de ésta las imágenes y cuanto podían destruír los indios y consumir el Santísimo Sacramento para no exponerlo á profanaciones. El estar situada esa iglesia léjos del fuerte los hacía temer; pero el Corregidor no lo permitió, mandó dejar las cosas como estaban y prometió defender lo que se creía en peligro (15). A obrar así lo movió, sin duda, no sólo la equivocada idea del número de los enemigos, sino también el propósito de no alarmar al pueblo y la confianza de poder resistir; pues, junto con cien defensores, ó pocos menos, con que contaba Osorno antes de la llegada de Francisco del Campo, éste había dejado un refuerzo de ochenta arcabuceros á las órdenes del capitán Blas Pérez de Esquiecias.

Por precaución, sin embargo, ordenó á todos los españoles dormir esa noche dentro del fuerte, de lo cual la colonia hubo de felicitarse; porque al rayar el alba más de cinco mil indios, "que pensaron tomarlos como tomaron á los " de Valdivia en sus casas, acometieron el pueblo por cua " tro ó cinco partes con un ruido temerario".

Naturalmente, el resultado no correspondió á la esperanza de los asaltantes, los cuales, lejos de ver salir aisladamente de las casas á guerreros desprevenidos que caían en la red ó á desgraciadas mujeres, hubieron de entrar en combate con soldados salidos del fuerte á atacarles al mando de los capitanes Navarrete y Pérez. Más, el empuje de los indios era tal y tanto su número, que los españoles, á pesar de no haber perdido un solo hombre y de haber muerto más de cien-

(15) Rosales, libro V, capítulo XV.

to cincuenta enemigos, no pudieron resistirles y se vieron en la necesidad de replegarse al fuerte, dejando la ciudad en poder de los asaltantes. Y muy grande debió de ser en los españoles el sentimiento de su impotencia cuando después no se atrevieron á abandonar el fuerte, por más que con desafíos, insultos y profanaciones á las santas imágenes y aún al Santísimo Sacramento, procuraron los indígenas traerlos á combatir fuera de sus muros (16).

Todo el día estuvieron los indios en la ciudad, á la cual, no hay que decirlo, pusieron fuego "sin dejar casa en pie ni iglesia ni monasterio." Hecho esto, se retiraron á un cerrillo, situado á tiro de mosquete, desde donde al día siguiente volvieron á organizar diversos asaltos, que incomodaban en sumo grado á los sitiados.

Los indios se empeñaban en concluír, pues no ignoraban que les sería imposible resistir á los españoles, cuando acudiese en su auxilio Francisco del Campo, con cuya ausencia habían contado para atacar á Osorno. Y á fin de evitar el verse entre dos fuegos por la repentina llegada del Coronel, dejaron cien hombres de centinelas en las márgenes del río Bueno, con encargo de avisar apenas lo divisasen.

Por más empeño que el coronel había puesto en apresu-

(16) Rosales refiere un ataque dirigido por un lego franciscano, llamado Fray "Lucas Ginoves", ataque lleno de fabulosas peripecias que no encontramos referido en documento alguno. Por lo demás, este lego de que habla Rosales y que se llamaba Fray Lucas Blas, era genovés y parece haber tenido fama de valiente: "Y " sólo quedó (en San Francisco) un Religioso lego de nación geno- " vés, nombrado Fray Lúcas Blas, quien es digno de perpetua " memoria, así por lo religioso que fué como por hechos notables " que hizo con el indio rebelde estando cercado, como con el ho- " landés habiendo infestado estas costas y dado fondo en la de " Chiloé". (Declaración del castellano Diego Venegas en una información levantada en diciembre de 1654 sobre la fundación de las monjas de Osorno).

rar su vuelta, no pudo efectuarla á tiempo, y sólo el 21, al día siguiente del incendio y cuando los españoles resistían en el fuerte diversos ataques de sus asaltantes, llegó al lugar llamado *Altos de Valdivia*, no muy lejos de Osorno.

Ahí lo divisaron los cien indios apostados en el río Bueno para esperarlo y, en marchas forzadas, estuvieron al otro día por la mañana en el campamento de los asaltantes, cuando éstos, conociendo el valor del tiempo, habían resuelto para ese mismo día un ataque general y decisivo. La proximidad del coronel les destruyó su plan y se resolvieron á disolver la junta y volver á sus tierras.

Separándose unos de otros ahí mismo y partiendo en diversas direcciones, se libraban del peligro de ser perseguidos por el ejército que iba á llegar: los dos días que, á lo menos, llevarían de ventaja, pondrían á las diversas partidas fuera del alcance de los españoles, lo cual no sucedería si caminaba todo el ejército reunido, ó gran parte de él, por la dificultad para moverse y procurarse alimentos.

Mientras ponían en práctica esta resolución, consiguió fugarse del campamento de los araucanos y penetrar en el fuerte un clérigo llamado Alonso Márquez (17), cautivado en la destrucción de Valdivia y traído por su amo al ataque de Osorno, y dió á los españoles la noticia de la venida del coronel del Campo y de la próxima retirada del enemigo. Esta noticia podía ser la señal de la destrucción de los indígenas, pues no se habrá olvidado que había en el fuerte cerca de doscientos hombres de armas, suficientes para despedazar á los que se retiraban dispersos en partidas poco numerosas. Por desgracia, no fué posible pensar en perseguirlos "á causa de no tener en el pueblo mas de treinta caballos." Si así no hubiera sido, la maniobra de los indígenas se habría convertido en su ruina.

---

(17) Rosales, lugar citado.

Sólo junto al río Bueno supo Francisco del Campo el ataque é incendio de Osornó; é ignorando donde se encontraban los enemigos, á pesar de sus vivos deseos de llegar presto, hubo de tomar toda clase de precauciones en el paso del río.

Al irse para Valdivia había dejado bien custodiadas y en paraje secreto cuatro barcas en la ribera norte del Bueno. En ellas empezó á pasar el ejército y, á fin de no exponer á los azares de una batalla la ropa, los bastimentos y municiones que del barco traía, lo dejó todo en una isla. El 24 llegó á Osorno, donde halló "los mayores llantos del mundo y grandísimo miedo;" salió á las dos horas con el Corregidor y la gente que pudo sacar y se convenció pronto de que el enemigo le llevaba demasiada delantera para emprender en su contra persecución formal.

Pero no por eso renunció á hacerle daño. Formó distintas partidas de soldados que, mandados por don Francisco de Figueroa, por Francisco Rosa, por el capitán Peraza ó Pedraza y por el mismo coronel, recorrieron todos los lugares donde se tenía noticia de alguna junta de indios. Si hemos de creer al coronel, Figueroa desbarató á dos mil indios en Puraylay y mató más de doscientos con solo sesenta soldados españoles, (18) y Rosa derrotó á igual número y dió muerte á ciento. En estas correrías "quitaron al " enemigo siete mil ovejas, muchas vacas y caballos, con " que volvieron algo consolados con el pequeño desquite" (19).

(18) Nos parece más probable que, como refiere Rosales, esos doscientos indios estuviesen bebiendo y celebrando la victoria en un rancho, cuando el jefe español " cercando la casa la pegó fuego " por todas partes, cogiendo bien las puertas, con que todos se " abrazaron, y los que salieron los mataban como iban saliendo."

(19) Rosales, lugar citado.

CAPÍTULO XXVI.

LAS RELIGIOSAS DE SANTA ISABEL.

Doña Isabel de Landa, doña Isabel de Palencia é Isabel de Jesús. —Fundación del beaterio de *Las Isabelas.*—Donación del clérigo Juan Donoso.—Vida y traje primitivo de las beatas.—Doña Elena Ramón y sus hijos.—La encomienda de doña Elena Ramón.—Aprobación del señor San Miguel.—Los capellanes del convento de Santa Isabel.—Prosperidad del convento.—La rejilla del confesionario.—Peligro que corrieron las Religiosas el 20 de enero de 1600.—Osorno después de este día.—Las Religiosas de Santa Isabel en casa de Rodrigo Ortiz de Gatica.

Entre las personas refugiadas en el fuerte de Osorno se contaban las monjas de Santa Isabel, que, obedeciendo la orden del Corregidor y ante el inminente peligro, dejaron su convento y guarecidas en el fuerte, tuvieron la amarga pena de ver su santa morada presa de las llamas, como lo demás de la población.

Queremos referir cuáles fueron los orígenes del monasterio de Santa Isabel y cuál el estado en que se encontraba al tiempo del incendio de la ciudad: es el primer monasterio de mujeres establecido en Chile, y no son, por lo mismo, indi-

ferentes para nosotros las más pequeñas circunstancias de su fundación (1).

Diez ó doce (2) años después de que don García Hurtado de Mendoza hubo repoblado la ciudad de Santa Marina de Gaete, á la cual dió el nombre de Osorno, uno de los títulos de su familia, doña Isabel de Landa, viuda ya anciana, natural de España, formó el proyecto de establecer una casa religiosa de mujeres en la nueva población. Su amiga y tocaya, doña Isabel de Palencia, anciana también como ella y como ella viuda, participó de sus ideas y convino en vivir en la misma casa y echar los fundamentos del monasterio. Y no bien lo habían hecho, cuando una tercera Isabel, cuyo apellido ignoramos por encontrarla sólo con el nombre de religión, Isabel de Jesús, sobrina de la de Palencia, fué á reunirse con las otras dos.

Desde luego se trató de escoger la advocación del convento y la regla religiosa. No debieron de dudar mucho las tres fundadoras: tenían una misma santa por patrona, Santa Isabel, y había de serlo del convento que se proponían fundar. Y si habían de ser monjas de Santa Isabel, seguirían

---

(1) Tenemos, copiado de la Real Audiencia, un expediente mandado levantar en diciembre de 1654 sobre la fundación de las monjas de Osorno. El principal testigo de él es el castellano Diego Venegas, nieto de una de las fundadoras y que pasó en el convento sus primeros años; prestó su declaración en Concepción el 23 de diciembre de 1654. Cuando saquemos las noticias de otras declaraciones, lo expresaremos en nota: así, si no citamos á nadie, se entenderá que seguimos el testimonio de Venegas. Casi todos los testigos se refieren á lo que éste ha dicho y lo confirman. El padre Baltazar de Pliego, en especial, reproduce como propia la declaración de Venegas.

(2) Don García Hurtado de Mendoza repobló á Osorno el año 1558 y las Religiosas debieron de establecerse en 1568 ó 1570; pues en 1573 recibían la donación de una casa, lo cual, como veremos, sucedió algún tiempo después del establecimiento del beaterio.

la regla de San Francisco, á cuya tercera orden perteneció la ilustre Reina.

Desde los primeros días de la fundación del beaterio todo el pueblo designó á las futuras Religiosas con el nombre de *Las Isabelas*, nombre que parece haberles durado todo el tiempo de su permanencia en Osornò.

A fin de fomentar el piadoso proyecto de esas señoras, el clérigo Juan Donoso les dió una casa para que vivieran, estableciendo en ella una capellanía, de la cual constituyó patrono al "monasterio de Santa Isabel."

Sucedía esto á los cuatro ó cinco años de la fundación del beaterio, en 1573, y ya doña Isabel de Palencia toma el título de "abadesa".

Sin embargo, no podían guardar clausura ni tenían capilla propia ni misa en la casa "y desde ella salían acom" pañadas y en veces todas tres á oir misa á la parte don" de las inclinaba su devoción, usando por traje propio y " común una forma de hábito de jerga, según se acostum" bra traer en cuanto á la color en la Religión del señor " San Francisco, en forma de beatas, y por tocado unas " tocas grandes de lienzo, al modo de viudez, que les da" ban abajo de la cintura como una tercia y los mantos " con que se cubrían de jerga de la color del hábito. Y se " nombraban y eran tenidas, habidas y reputadas en la " dicha ciudad de Osorno por las monjas de Santa Isabel".

La anciana doña Isabel de Landa tenía una hija llamada Elena Ramón, viuda dos veces, y madre de Diego Venegas, el dador más minucioso de estas noticias. Doña Elena Ramón vivía en La Imperial y cuando supo lo que había hecho su madre, quiso como ella retirarse al claustro y, al efecto, fué á Osorno, llevando á sus dos hijos, á la sazón muy pequeños. Las "monjas" tenían apenas lo estrictamente necesario para comer pobremente y no era posible vivir con ellas sin contribuir, por su parte, para que pudie-

sen soportar el aumento de gasto. Doña Elena tenía como viudedad muchos indios en encomienda. Para realizar su deseo de entrarse al convento, aumentando los haberes de éste y asegurando el porvenir de su hijo, propuso á las beatas que consiguieran del Gobernador Rodrigo de Quiroga se aumentase la encomienda "una vida más", es decir, se la hiciese extensiva á su hijo; pero sacando una parte para darla á las "monjas" de Santa Isabel.

Así lo hicieron éstas y Rodrigo de Quiroga accedió y asignó al "monasterio treinta indios, de los referidos". Con esto hubo cómo hacer muchos reparos indispensables en la casa y pudo doña Elena Ramón formar parte del beaterio. Lo hemos dicho, tenía dos hijos, uno varón y mujer la menor: ello no fué obstáculo para su permanencia en la casa común, en la cual también vivieron los niños "al abri-" go de su madre, que luego que entró se vistió el mismo " traje que las demás". La madre de Diego Venegas llegó después á ser abadesa, pero nó en el tiempo en que éste vivía en el convento, "por haberle echado luego que llegó " á tener edad de diez años. Mas, no por eso dejaba de ser " continuo á él, entrando adentro muchas veces en el tiempo " que ocupó el puesto de abadesa la dicha su madre", dice cerca de ochenta años después el castellano Diego Venegas, al relatar con complacencia los minuciosos y dulces recuerdos que de la primera infancia conservaba su senil memoria.

Poco á poco fueron adquiriendo las monjas mayor holgura. No contentas con tener dos solares, compraron con limosnas otros dos "para acabar de cuadrar el dicho mo-" nasterio" (3). "De manera, dice el nieto de la fundadora,

---

(3) Declaración prestada en Santiago el 21 de enero de 1655 por la Religiosa profesa doña María de Orosco Hidalgo, una de las Religiosas de Osorno, ya de 72 años de edad.

" que vino á parar en convento de toda clausura, por " cuanto tenían cerca suficiente, portería, torno, iglesia, " aunque pequeña, coro y campanario".

Entonces Fray Antonio de San Miguel, primer Obispo de La Imperial, "aprobó su modo de vivir y clausura" (4), con lo cual las que primero se juntaron en Chile para llevar vida Religiosa tuvieron existencia conforme á los cánones. Quizás por lo muy ocupados que la guerra de Arauco traía los ánimos en aquella época pudo fundarse un monasterio en Chile sin autorización del Rey ó "sus represen-" tantes", como acostumbraban llamarse hasta el último de los Cabildos de nuestras ciudades; pero el hecho parece indudable. Todos los testigos de la mencionada información dicen no haber oído jamás que existiera licencia del Papa ó del Rey, y uno de ellos, bisnieto de una de las tres "Isabelas", de la primera abadesa doña Isabél de Palencia, el padre Baltazar de Pliego, Rector del Colegio de la Compañía en Santiago, declara que oyó muchas veces á " su bisabuela cómo la dicha fundación había sido volun-" tariamente y de devoción entre las dichas tres Isabelas, " sin tener licencia de Su Majestad ni de Su Santidad, sino " que se recogieron por vía de devoción.".

Naturalmente, haciendo las monjas profesión de seguir la regla de San Francisco, los Religiosos franciscanos se creyeron especialmente obligados á atenderlas. De ordinario había sólo dos en el convento de Osorno y uno de ellos sirvió de capellán á las monjas desde que, habiendo podido construir su pequeña capilla, comenzaron á observar con relativa estrictez la clausura. El primero de esos capellanes se llamó Fray Pedro de Vergara, el cual les había ido á de-

(4) Declaración del Maestre de Campo Fernando de Mieres y Arce, prestada en Concepción el 24 de Diciembre de 1654. En esta parte refiere lo que habiá oído á Diego Venegas.

cir misa antes aún de que habilitasen la capilla y cuando sólo hacía los oficios de tal "una salilla de la casa". A más de éste, les sirvieron sucesivamente de capellanes Fray Juan de los Angeles, Fray Juan de Aguilar y Fray Pedro de Angulo. El último era único sacerdote franciscano en su convento cuando el cerco de Osorno, y murió en él. Pero no porque los franciscanos las atendieran con especialidad, dejaban de servirlas también los demás sacerdotes y muchas veces les predicaban los jesuítas, los dominicanos y varios clérigos, entre los cuales sólo se nombra á don Pedro Verú (5).

Muy pronto aumentó el número de Religiosas, y había veinte al principiar el cerco de Osorno. Tanto las dotes que ellas habían llevado al convento, como las limosnas, les permitieron tener "estancia y molino con gente y mayordo-
" mo que acudía á recoger y beneficiar lo que rendían, me-
" diante lo cual tenían suficientemente el sustento ordina-
" rio".

"Las que entraban á Religión tenían un año de noviciado
" y profesaban al fin de él, habiendo precedido aprobación;
" hacían la profesión en manos de la abadesa". Esta la recibía "con una vestidura que se ponía, de seda de colores, á
" la cual llamaban capa magna y la misa la decían Religio-
" sos del señor San Francisco, hallándose los que se podían
" hallar al acto".

El mismo capellán era confesor de la comunidad. Y á este propósito cuenta Venegas un pormenor curioso, sobre cuántos usos tenía el confesonario, cuya rejilla les servía para muy distintos objetos, según la abrieran ó cerraran: "Vió á Fray Juan de los Angeles muchas veces ponerse á
" confesarlas por una puertecilla de reja que había pequeña

---

(5) Declaración del padre Baltazar de Pliego, prestada en Santiago el 12 de enero de 1655, y de otros.

" y salía del dicho convento á la iglesia. Y abierta les daba
" por ella la comunión; y asimismo se servían de esta ven-
" tanilla para dar el recaudo de decir misa y los demás que
" eran necesarios para el adorno de la iglesia, volviéndola
" á cerrar después de haberse servido de ella. Y, le parece,
" la llave la tendría la abadesa en guardia, como tenía las
" demás llaves de las puertas del convento, debajo de las
" cuales estaban en clausura".

Al acercarse á la ciudad los enemigos, no creyó necesario el Corregidor imponer á las Religiosas el sacrificio de abandonar el convento, del que habían pensado no volver á salir en la vida, y como no juzgó prudente que se suspendieran los preparativos de la fiesta en la parroquia, también dejó á las monjas en su morada. Pero la irrupción de los indígenas fué tal y tal la presteza con que se hicieron dueños de muchos puntos de la ciudad (y ello se explica, recordando que el Corregidor había reunido á los españoles en el fuerte) que cuando quisieron poner en salvo á las pobres religiosas, no fué posible hacerlo sino con grande incomodidad: "Por una puertecilla que abrieron á mano las retira-
" ron al fuerte" (6) dice un testigo presencial del grave peligro que corrieron en aquel aciago 20 de enero de 1600.

La llegada de Francisco del Campo llevó la tranquilidad á los afligidos ánimos de los habitantes de Osorno; pero la vista de las desgracias bastaba para que el Coronel hallara en Osorno, según dice él mismo, "los mayores llantos del mundo".

En efecto, si á la prudencia del Corregidor se debía el no llorar la muerte de un solo español, el incendio de la ciudad sumía en la miseria á sus vecinos y comenzaba con tremendo prólogo la lamentable historia de luchas y de ruinas por

---

(6) Declaración de doña María Ortíz de Gatica, prestada en Concepción el 25 de diciembre de 1654.

que acababan de pasar ó pasaban en esos momentos las otras ciudades australes. Ciertamente, las huestes victoriosas de Valdivia no se dormían sobre sus laureles y las desgracias ajenas eran demasiado triste espejo para los habitantes de Osorno en aquellos días de duelo general.

Aunque se dedicaron á reparar en lo posible los destrozos hechos por el fuego y los enemigos en sus habitaciones, los vecinos trabajaban con el desaliento de hombres que mañana han de ver de nuevo destruido lo que hoy levantan con dificultad.

Por lo mismo, tomaron cuantas precauciones les fué posible á fin de resguardar lo más apreciado y librarlo de una sorpresa del indígena. Y entre lo más apreciado debían contarse las monjas de Santa Isabel, con las cuales casi no había familia en Osorno que no estuviese ligada en estrechos vínculos de la sangre.

Ya no era para las religiosas seguro asilo el claustro donde habían pasado los más felices años de la vida y no podían permanecer en él.

Fué, pues, menester buscarles otro alojamiento y la generosidad de uno de los vecinos se lo ofreció con cuantas comodidades podían apetecerse en aquellos tristes momentos: pasaron á habitar la casa del capitán Rodrigo Ortiz de Gatica, situada junto al fuerte y defendida por sus fuegos. Tenía suficiente capacidad para hospedar á las veinte Religiosas y aún pudieron éstas habilitar en ella una pequeña capilla, consuelo no sólo de las monjas, sino también del vecindario, que acudía ahí á oir la santa misa (7).

Veremos después cuánto duró esta relativa felicidad y cómo la Providencia iba á someter á los vecinos de Osorno y con ellos á las Religiosas de Santa Isabel, á las mismas duras pruebas de los habitantes de La Imperial y Angol.

(7) Carvallo y Goyeneche, tomo I, capítulo 88.

CAPITULO XXVII

EXPEDICIÓN DEL CORONEL A CHILOÉ

Construye del Campo tres fuertes.—Penosa situación.—Llega á Valdivia el barco de Martín Deynar.—Emprende su marcha á ese puerto el Coronel.—Fugitivo español: falsa alarma y regreso á Osorno.—Los ingleses en Chiloé: órdenes del Coronel.—Francisco del Campo en Valdivia.—Su vuelta á Osorno.—¿Pensó repoblar á Valdivia?—Opónese al proyecto el Cabido de Osorno.—Funestas noticias de Chiloé.—El viaje del Coronel á Chiloé.—Paso del Maullín y del canal de Chacao.—El indio amigo y su mensaje.—Lo que había quedado de los habitantes de Castro.—Penoso viaje del Coronel.—El Coronel en Pichirine: reúnesele Pérez de Várgas con los fugitivos.

A fin de hacer imposible la resistencia de los españoles en Osorno, Pelantaro, al retirarse momentáneamente de allí, ordenó á los indios comarcanos dividirse en partidas para hostigar á los del pueblo, impedirles que cogiesen las cosechas y talar éstas. Como era muy difícil para los soldados recogerlas ellos mismos y á un tiempo rechazar los diarios ataques de los enemigos, necesitaban del auxilio de los indios amigos y contaban con él; mas, á fin de evitar que se

lo prestasen, los de guerra decretaron "que el indio que ayudase á coger las comidas muriese por ello."

Todo esto indujo al Coronel Francisco del Campo á reunir sus tropas, construir tres fuertes en las cercanías de la ciudad para defender los sembrados y colocar en ellos no menos de doscientos hombres (1). Según él mismo refiere, fueron esos días muy amargos y llenos de sobresaltos: á las veces el ataque de los indios, que por diversas partes y simultáneamente amenazaban concluir con las sementeras; otras, una falsa noticia propalada por los enemigos de que una gran junta estaba ya aquí, ya allá, amenazando hoy el ejército y mañana á Osorno; por fin, el mal tiempo, que, según Rosales, trajo una lluvia de cuarenta días, fueron causa de no poderse recoger sino muy poca cosecha (2).

El 19 de marzo supo el Coronel la llegada á Valdivia de un barco mandado por Martín Deynar (3), y que este capitán le había enviado cartas con dos indios mensajeros y los de guerra los habían descubierto en los llanos de Valdivia, junto á Osorno, y se las habían quitado. Ignorando lo que aquello podía ser y la urgencia que tuviera el barco, resolvió ir a Valdivia y el 21 salió de Osorno con doscientos hombres. Mas, no bien había pasado el río Bueno, cuando un español, que estaba preso entre los indios y había conseguido fugarse, llegó á su campamento y le dió gravísimas noticias: "Me dijo cómo de Callacalla habían pasado nue-

---

(1) Seguimos valiéndonos para nuestra narración de la carta ya citada que el Coronel Francisco del Campo escribió al Gobernador de Chile.

(2) Rosales dice que llovió cuarenta días. En lo de que se perdieron las cosechas seguimos á del Campo.

(3) Así lo dice Francisco del Campo en su citado informe. Este barco es probablemente "el navío del capitán Diego de Lalla," que había mandado Quiñones á Valdivia y había salido de Concepción el 10 de febrero.

" ve mil indios y que venían marchando la vuelta de los lla-
" nos de Osorno, adonde se habían de hacer dos cuadrillas
" y la una dar al pueblo y la otra dar en los españoles que
" andaban cogiendo las comidas."

El Coronel tomó más informes y supo que todos los caciques de los alrededores habían ido á Callacalla, en donde se juntarían con Anganamón; reunió entonces el Consejo de Guerra y los oficiales opinaron unánimes que debía repasarse el Bueno para acudir en socorro de la ciudad y sementeras. Así lo hizo Francisco del Campo; pero antes de mucho vió que, á más de no haber tenido el peligro las proporciones dichas por no ser muy numerosa la junta, ya había cesado. Sabiendo, en efecto, Anganamón el viaje de Quiñones á La Imperial, dejó de mano la empresa para acudir en defensa de su comarca y de su hogar.

Todo se redujo, pues, á una de las muchas falsas alarmas que tanto mortificaban al Coronel y lo traían en continuas incertidumbres y muchas veces en inútiles marchas y contramarchas.

El día 27 volvió á pasar el río Bueno para ir á Valdivia; pero de nuevo una funesta noticia vino á encontrarlo cuando lo pasaba: su cuñado, el capitán Francisco de Rosa, regresaba de una correría hecha en la provincia de Chiloé y aseguraba que "en la bahía de Carelmapu había ingle-
" ses y que todos los indios de Ancud y Pocio y Cunco van
" á llevarles bastimentos". El aviso era demasiado grave para ser despreciado, y el Coronel despachó en el acto al capitán Cristóbal de Robles con sesenta soldados á Carelmapu, para averiguar puntualmente las cosas y tornar á dar cuenta exacta de ellas. Si, como era probable, Francisco del Campo estaba en Valdivia cuando Robles volviese, debía ir allá á buscarlo.

Otra vez emprendió el Coronel su camino tan interrumpido y en cuatro días llegó á Valdivia; pero ya no encon-

tró el navío, que había zarpado de ese puerto el 31, precisamente cuando él salía de Osorno. Según dice al Gobernador, Francisco del Campo llevaba el proyecto de repoblar á Valdivia, hacer un fuerte, quedarse en él con cien hombres y enviar á los otros ciento por municiones y á recoger comidas. Así sería, pues lo asegura; pero no se comprende cómo no llevó consigo las municiones, en lugar de proyectar que la mitad de sus fuerzas volviesen por ellas y mucho menos se concibe cómo llegado á Valdivia olvidó su plan y, sin razón alguna, ya que ninguna da, fué en persona á Osorno, siempre "por municiones para poblar á Valdivia, " dejando en Tenguelén treinta soldados con el capitán " Juan de Angulo de guardia de estas canoas, que había " tomado en la mar para con ellas pasar el río de Anga- " chilla cuando volviese".

Al regresar á Osorno y en las mencionadas angosturas de Tenguelén le salió al encuentro una junta, calculada por él en más de mil indios, á los cuales dispersó fácilmente, sin otra pérdida que la de un soldado muerto por un arcabuzaso salido de las propias filas del ejército español.

No pensaba entrar siquiera á Osorno, á lo menos así lo da á entender diciendo: "Llegado que hube al río Bueno, " que es cuatro leguas de Osorno, envié al Sargento Ma- " yor Agustín de Santa Ana á Osorno por municiones é " irme á poblar Valdivia". Para defensa de la ciudad, dispuso dejar en ella al capitán Blas Pérez de Esqueicias con los ochenta hombres con que ya había ayudado al Corregidor, cuando el incendio de Osorno, á combatir á los indios.

No creyeron esto suficiente los vecinos é hicieron por medio del Cabildo un requerimiento á Francisco del Campo para que por entonces no se separase de la ciudad ni distrajera la fuerza en otras empresas, tal vez muy útiles en sí, pero en aquellas circunstancias muy peligrosas. En los

términos de Osorno había lo menos cinco mil indios de guerra y si unos pocos se titulaban todavía amigos, ello se debía al temor de las fuerzas españolas. Disminuídas éstas, no tardarían en pasarse al enemigo, que más y más envalentonado pondría muy pronto en serio peligro á la ciudad. El ataque del 20 de enero, que estando prevenidos no pudieron resistir y habría sido el fin de Osorno sin la llegada del Coronel, manifestaba la inminencia y gravedad de ese peligro: ahora intentaba dejar Francisco del Campo las mismas fuerzas que entonces tuvo en su defensa la ciudad; las del enemigo aumentaban día á día y con ellas su audacia, y poblando á Valdivia el Coronel, no podía en caso alguno abandonarla para acudir en auxilio de Osorno: ¿qué sería, pues, de esta ciudad y cómo libraría de los indígenas?

Aún no había contestado Francisco del Campo el requerimiento tan fundado del Cabildo, cuando llegó de Chiloé el capitán Robles, "que había ido á tomar lengua de los " ingleses que había en la bahía de Carelmapu, y avisó " como en el puerto de Pudeto, en la Bahía Grande, había " un navío de ingleses. Y no tuvo más nuevas, aunque " otros decían que eran tres y que todos los términos de " Chiloé había alzado el inglés."

Fuese uno ó fuesen tres los corsarios, estuviera sublevada toda la provincia de Chiloé ó sólo una parte de ella, la efectividad del desembarco de tropas extranjeras en las playas chilenas era cosa demasiado grave para que el Coronel trepidase un momento en acudir por sí mismo á procurar el remedio. ¿Qué vendría á ser la colonia si los indios rebeldes, ya por sí solos victoriosos, se unían con tropas regulares y con ellas combatían á los súbditos del Rey de España?

Pero las observaciones del Ayuntamiento de Osorno le habían causado, sin duda, profunda impresión; pues, aun-

que determinado á acudir personalmente á Chiloé, decidió dejar la mayor parte de sus fuerzas en aquella ciudad. Bien es verdad que si durante su ausencia los rebeldes se apoderaban de Osorno, él mismo, como todo el sur, estaba irremediablemente perdido.

De los soldados traídos por él del Perú escogió sólo setenta, naturalmente los mejores y mejor montados y armados, y les añadió los treinta salvados de la ruina de Valdivia con su jefe, el capitán Gaspar Viera. Eran éstos de caballería y valían mucho más que los venidos del Perú, á los cuales no manifiesta el Coronel ningún aprecio, por más que en la expedición se portaron muy bien (4).

Con los cien hombres llegó sin accidente á la "bahía pequeña" (5), donde sólo encontró una piragua, en la que dispuso pasase con treinta hombres don Juan Zenteno (6), Alguacil Mayor de Osorno, con orden de recorrer toda la costa, enviar por de pronto algunas embarcaciones para

---

(4) "Es la gente... más ruin y... con ellos solos no se puede aco-
" meter á cosa ninguna, aunque en lo del inglés lo hicieron muy
" bien."

(5) El coronel del Campo llama, sin duda, "bahía chica" la que forma cerca de su desembocadura en el mar el río Maullín y "bahía grande" el canal de Chacao que por Carelmapu pasó para llegar á Chiloé.

(6) En el informe del Coronel se lee "don Juan Cerón"; pero en vista de las muchas faltas de ortografía ó de copia de ese informe, hemos seguido á Rosales, que lo llama "don Juan Zenteno", en el capítulo XVII del citado libro.

Rosales afirma que Francisco del Campo llevó en esta expedición ciento veinte hombres. Seguimos la relación del Coronel, que dice expresamente: "Con setenta hombres de los que yo traje del
" Perú y la compañía del Capitán Gaspar Viera que vino á esta
" ciudad con treinta hombres, que estaba en los llanos de Valdivia
" de guarnición cuando se perdió Valdivia, que ha servido mucho
" á Su Majestad en esta ciudad (Osorno) por ser gente que tenía
" caballos, me partí la vuelta de Chiloé."

pasar el Maullín y cuantas pudiese á Carelmapu para atravesar el canal de Chacao con el menor peligro posible, en aquella estación de casi contínuos temporales.

Dos días después de haber salido, le envió Zenteno cuatro piraguas, con las que pasó "la bahía pequeña" y siguió presuroso el viaje á Carelmapu, á donde llegó la tropa á los dos días. Tan bien había desempeñado el Alguacil Mayor de Osorno su comisión, que Francisco del Campo encontró en Carelmapu veinte piraguas.

Era cuanto se podía pedir en aquellas circunstancias; pero no lo suficiente para que en el rigor del invierno no fuera en extremo peligroso atravesar el canal en semejantes embarcaciones. No había otro medio, sin embargo, y el Coronel comenzó "con harto riesgo" á verificarlo. Cuatro días tardó en ello; pero no tuvo desgracia alguna y ya pudo felicitarse de haber vencido las principales dificultades con que la estación y la naturaleza favorecían al invasor. Estas dificultades eran, probablemente, las menores y, de todos modos, conocidas, que siempre son las menos alarmantes: lo que le quedaba por hacer no podía calcularlo, pues hasta llegar á Carelmapu y mientras duró el paso del canal nada supo de los corsarios, ni persona alguna pudo decir dónde estaban y cuántos eran. Una vez al otro lado, tuvo el gusto de recibir á un cacique amigo; pero éste se limitó á asegurarle que "el inglés estaba en el puerto de Chiloé", es decir, en Castro; única ciudad entonces del archipiélago, designada promíscuamente por su nombre ó por el de Chiloé. Siguió su camino Francisco del Campo y otro día llegó á él un indio y le dijo que el corsario se había apoderado de la ciudad y los españoles que habían librado de sus manos, debían la vida á la espesura de los bosques.

El dador de estas tristes noticias se ofrecía á llevar un mensaje á los fugitivos, cuyo escondite aseguraba conocer. Aceptó el Coronel la oferta y escribió á los españoles, pi-

diéndoles relación exacta de los principales sucesos. No tardó el indio en traer respuesta y ella confirmaba cuánto había asegurado: "el inglés" mandaba en Castro después de haber dado muerte á sus defensores y retenía prisioneras á las mujeres: sólo veinticinco hombres y unas pocas mujeres habían librado y se encontraban escondidos en los bosques.

Con este aviso el Coronel continuó su camino á marchas forzadas y muy secretamente. Iba por la playa, llevando en las piraguas á los que por la fatiga no podían andar y los demás á pie, porque los caballos, ya cansados, rehusaban caminar con sus ginetes.

A pesar del auxilio de las piraguas, se vió en la necesidad de dejar algunos rezagados que "despeados y descalzos" no pudieron continuar. Era ello una gran desgracia; pues cada hombre valía muchísimo en aquellas circunstancias; pero, ante la espantosa situación de Castro, el Coronel prefería cualquier peligro á retardar su marcha. En fin, "fué Dios " servido llegase á Pichirine, dos leguas del pueblo con harto trabajo". Allí salió á su encuentro con veinticinco soldados y algunas mujeres el capitán Luis Pérez de Vargas, jefe de los fugitivos. Es fácil imaginarse el contento con que estos desgraciados recibieron á sus libertadores: "cuan- " do nos vieron, dice el Coronel, refiriéndose á las mujeres, " les pareció les habíamos sacado de esclavas".

¿Qué referían Pérez de Vargas y sus compañeros? ¿Cómo habían llegado los corsarios á apoderarse de la ciudad de Castro?

CAPÍTULO XXVIII.

BALTAZAR DE CORDES EN CASTRO.

La Fidelidad en Chiloé.—Es perfectamente recibida por los indios. —Plan de ataque concertado con ellos.—Baltazar Ruiz de Pliego. —Rumores que llegan á Castro de proyectos de sublevación y del arribo del "inglés".—Llega á Castro *La Fidelidad*.—Pedro de Villagoya y Baltazar de Cordes.—Lo que Cordes pedía.—Engañado Villagoya, contribuye á engañar á los demás.—Segunda visita de Villagoya á Cordes.—Mentida alianza del corsario.—Acéptala Baltazar Ruiz de Pliego.—Principio de ejecución.—Tercera visita y prisión de Villagoya.—Degüello de seis capitanes españoles.—Todo el pueblo en la iglesia.—Inicuo asesinato de la guarnición de Castro.—La suerte que cupo á las mujeres.—Doña Inés de Bazán.—El Capitán Luis Pérez de Várgas.—Ataque del fuerte y libertad de siete mujeres.—Ejecución de Torres.—Hace el corsario azotar á doña Inés de Bazán.—Españoles muertos por los holandeses.

Baltazar de Cordes, cuando el viento separó á *La Fidelidad* de las otras naves, viéndose solo, con su tripulación diezmada y abatida por tantos padecimientos, determinó deshacer el largo y desgraciado camino que lo había conducido á estas costas; pero, al llegar al Estrecho de Maga-

llanes, una fuerte tempestad lo arrojó al archipiélago de Chiloé, donde tomó tierra en el puerto de Lacuy. Los indios recibieron perfectamente á los holandeses, apenas entendieron que, lejos de ser españoles, venían á combatir á éstos; eran, pues, aliados naturales y así los trataron, proporcionándoles víveres, ocultando su llegada y aprestándose á combatir juntos, cuando los holandeses hubieran recuperado las fuerzas. Los tripulantes de *La Fidelidad* no sólo contaron con el auxilio de los indígenas sino también con el de tres españoles traidores, que "dejados de la mano " de Dios por huir de las calamidades y trabajos de este " reino" (1) se pasaron á los corsarios y les dieron preciosas noticias sobre las fuerzas, los recursos y las posiciones de las tropas que guarnecían á Chiloé.

Cuando su gente hubo descansado, Baltazar de Cordes zarpó de Lacuy y se dirigió á Castro (2). Había convenido con los indios el día en que, éstos por tierra y desembarcando él, debían tomar entre dos fuegos á los españoles: Baltazar de Cordes quedó encargado de incendiar un rancho en el momento oportuno para decir de este modo á los indígenas que saliesen de su escondite y atacasen á la ciudad.

---

(1) Carta de Alonso de Rivera al Rey, fecha en Arauco el 10 de marzo de 1601.

(2) En lo referente á la entrada de Baltazar de Cordes á Chiloé y á la toma de Castro seguimos á Rosales, capítulo XVI. El Coronel no narra esta parte de los acontecimientos, porque acompaña á su carta un relato de Luis Pérez de Vargas, relato que desgraciadamente no conocemos. Lo exacto de la relación de Rosales, en cuanto podemos compararla con algunos documentos, nos induce á seguirlo sin temor.

Sin embargo, al decir que Cordes fué en su buque á Castro, seguimos la relación del Coronel del Campo, apartándonos de Rosales. Supone éste que Cordes tomó en Lacuy una lancha y con treinta hombres se dirigió en ella á Castro: de los sucesos posteriores resulta muy clara la equivocación de Rosales.

Aunque la conquista de Chiloé se hubiese hecho sin derramamiento de sangre y aunque los naturales no se hubiesen sublevado hasta entonces jamás, los tiempos no permitían tener confianza en la fidelidad de indígena alguno, ni de despreciar el más insignificante rumor sin averiguar si habría algo en él de verdad.

Ahora bien, desde algún tiempo se corría que los indios de Valdivia y Osorno estaban en estrecha comunicación con los de Chiloé y echaban en cara á éstos el ser únicos en soportar el yugo español, cuando todos los demás lo habían sacudido y se encontraban victoriosos. Poco después, por más que los indios quisieron ocultarlo, comenzó también á susurrarse la llegada de un barco "inglés" á las costas de Chiloé y el acuerdo de sus tripulantes con los naturales. Hizo creíble esto y los supuestos proyectos de sublevación, cierta altanería de los indios para con sus encomenderos; por lo cual Baltazar Ruiz de Pliego, Corregidor de Castro (3), mandó al capitán Martín de Uribe, con treinta de los mejores soldados, á reconocer la costa y construyó en la ciudad una empalizada que le sirviera de fortaleza en caso de ataque. Por fin, don Pedro de Contreras Borra.

---

(3) En una PROBANZA DE MÉRITOS Y FILIACIÓN que Fray Baltazar Verdugo de la Vega, Religioso de Santo Domingo, hizo ante Talaverano Gallego el día 1º de febrero de 1607, se ve que su padre se llamaba Baltazar Verdugo y sus dos únicos hermanos eran los capitanes Gaspar Verdugo, muerto en los términos de Osorno, y Juan Ruiz de Pliego, muerto en Arauco. Probablemente Baltazar Verdugo y Baltazar Ruiz de Pliego son dos nombres de un mismo individuo, muerto como sus hijos en la guerra de Chile.

En el capítulo XXVI, entre los testigos de la información levantada por la Real Audiencia en 1654, sobre los orígenes del monasterio de Santa Isabel de Osorno, vimos figurar al Rector del colegio de la Compañía de Santiago, que se llamaba también Baltazar de Pliego. Probablemente era decendiente del desgraciado Corregidor de Castro, cuyo nombre llevaba.

Cura y Vicario de Castro, recibió de una india, á quién se lo había dicho su hermano, el aviso no sólo de la llegada de los corsarios sino de que navegaban hacia Castro. Apenas ol supo Baltazar Ruiz de Pliego, dió orden á todos los españoles de guarecerse en el fuerte.

A las 8 de la mañana avistaron á *La Fidelidad.* No iba, por cierto, en son de guerra: llena de gallardetes y embanderada entró en la bahía, saludando con el toque de sus clarines; y poniéndose Baltazar de Cordes al habla con los españoles, les pidió tuviesen á bien mandar al buque una persona á imponerse de sus amistosas intenciones.

Hemos visto, en la recepción hecha en Valparaíso al capitán de *El Ciervo Volante*, la desconfianza que inspiraban en Chile los ardides y las traiciones tan famosas de los corsarios y había en Chiloé más motivos de temor, pues todo tendía á justificar los extraños rumores, según los cuales con los holandeses estaba de acuerdo el indígena, que había ocultado largo tiempo su llegada á esas costas. A pesar de todo, cuando el Corregidor llamó á Cabildo abierto á los vecinos, estuvieron unánimes en opinar que debía accederse al pedido del capitán del buque, pues en obrar así no había peligro alguno. De acuerdo con ellos. Baltazar Ruiz de Pliego designó al capitán Pedro de Villagoya, respetado vecino de Castro, para ir á *La Fidelidad* y le recomendó que llevara las cosas pacífica y amistosamente.

No tuvo dificultad Villagoya en llenar la última parte de su encargo, porque fué perfectamente recibido por Baltazar de Cordes y pasó la noche muy festejado en la nave, donde escuchó de labios del joven y bizarro capitán holandés confidencias tan diestras como, al parecer, sinceras. Le refirió Cordes su largo viaje, sus muchas penalidades y enormes pérdidas; le aseguró no haber venido á América con otro ánimo que el de comerciar, para lo cual traía completo y variado surtido de mercaderías, pero lo desgraciado de su

expedición no le dejaba deseos sino de volver cuanto antes á su patria; se empeñó en manifestarse católico y amigo de los españoles. En prueba de esto refirió á Pedro de Villagoya que los indígenas le habían hecho magníficos ofrecimientos, si se unía á ellos para combatir á los pobladores de Castro, é insistió sobre la necesidad de estar siempre en guardia y de desconfiar de esos traidores. Sólo deseaba Baltazar de Cordes, y encargó á Villagoya que consiguiera del Corregidor, víveres para continuar el largo viaje á Europa: legumbres, biscochos y "treinta vacas hechas cecinas", todo lo cual retribuiría perfectamente á los españoles con las mercaderías de que más hubiesen menester.

Volvió Pedro de Villagoya á la ciudad encantado del trato y del carácter franco y cordial de Baltazar de Cordes y pintó al Corregidor y al Cabildo con vivos colores la necesidad de acceder á petición tan moderada, que, lejos de inferirles daño alguno, les reportaría ventajas, proveyéndolos de muchas cosas necesarias. Si llegaban á las manos, fuerzas traía el corsario para disputarles por la violencia los que les proponía comprar á buen precio: habría sido no sólo imprudencia sino casi delito rechazar las ofertas amistosas y reducir al holandés á la precisión de llegar á las armas, ya que de cualquier modo debía proveerse de víveres para su sustento. Participaron todos de la opinión de Villagoya, levantaron ante escribano acta del acuerdo tomado para vender víveres á Baltazar de Cordes, y con ello y algunos regalos que al jefe holandés enviaba el otro Baltazar, el Corregidor de Castro, volvió Pedro de Villagoya á la nave.

Aumentaron los agasajos en el buque al enviado, á quien de nuevo retuvo Cordes otra noche. Y viendo cuán á pedir de boca le iban saliendo sus ardides, quiso probar hasta donde llegaría la confianza y credulidad de los españoles y si á fuerza de traiciones podría, sin perder un solo hombre apo-

derarse de la ciudad. Al efecto, en medio de la intimidad de la conversación refirió á Villagoya que los indios le habían propuesto todo un plan de ataque contra Castro y que, no pudiendo romper con ellos, había fingido aceptarlo y ellos debían esperar de un momento á otro su realización, para lo cual, sin duda, estaban en las cercanías de la ciudad. Si los españoles querían aprovecharse de sus avisos y escarmentar para siempre á los traidores indígenas, no tenían más que simular con él un combate y prender fuego á un rancho de la ciudad y los verían acudir en el acto á atacarlos. En pago de los beneficios recibidos del Corregidor y de los vecinos de Castro, Cordes se ofreció también á ayudarlos en la refriega: tomarían así entre dos fuegos á los indios que creían venir á hacer eso mismo con los españoles. No le tocaba á Villagoya resolver propuesta de tamaña importancia; pero de tal modo se había ganado su confianza Baltazar de Cordes, que no vaciló en comunicarle la principal dificultad de la realización de ese plan: los pobladores de Castro estaban faltos de pólvora y de balas.

En el acto Baltazar de Cordes le hizo dar una botija de pólvora y mil balas de arcabuz: ¿cómo abrigar después de esto la más mínima duda acerca de la lealtad de los ofrecimientos del capitán holandés?

Con ese convencimiento y las municiones bajó á tierra Pedro de Villagoya y, bien inocentemente, por cierto, fué el más activo agente del engañoso enemigo, publicando sus buenas disposiciones, la sinceridad de sus promesas, lo leal de su amistad y la gran conveniencia de aceptar el magnífico plan que para escarmiento de los indígenas proponía.

El Corregidor y los vecinos, que ya habían dado tantas muestras de funesta credulidad, cayeron en el lazo y convinieron en cuanto proponía Cordes. En consecuencia, Baltazar Ruiz de Pliego hizo quemar un rancho al amanecer del día siguiente en las afueras de la ciudad y disparar siete

mosquetazos que fueron contestados por cuatro del corsario. Esto constituía los preliminares del ataque concertado, y el Corregidor de Castro volvió á mandar á Pedro de Villagoya á la nave para arreglar lo demás con Baltazar de Cordes.

Pero ya había llegado el momento de arrojar la máscara y cuando pisó el barco el crédulo capitán, el holandés lo hizo prender con el burlesco pretexto de que el rancho incendiado no estaba dentro de la ciudad, como se había convenido, sino fuera de ella.

En seguida, desembarcó á toda su gente, probablemente en medio del contento de los españoles que creían ver llegar utílisimos auxiliares. A fin de debilitar más y más á los defensores de Castro, envió á pedir al Corregidor seis de los mejores capitanes de su tropa para que concertaran con él el plan de ataque y, como expertos en la guerra contra los indios, lo dirigieran en la jornada. Apenas llegaron á su campo los seis oficiales, Cordes los hizo degollar y continuó su camino hacia la ciudad, á la cual entró al mismo tiempo que por el lado opuesto se veían aparecer interminables escuadrones de indígenas.

Entonces ó nunca era el momento de desengañarse y de ver la traición del holandés: en lugar de tomar á los indios entre dos fuegos, se encontraban rodeados los españoles y no se verificaba cosa alguna de las convenidas con el corsario.

Pero éste, cuando ya estuvo al habla, no perdió su serenidad ni dejó de seguir representando su papel. Dijo que le había sido preciso cambiar de plan porque habían incendiado el rancho fuera de la ciudad, en lugar de quemar uno de adentro. Sabiendo al indio en extremo suspicaz, temía que, en vista de tal cambio, desconfiara de él y juzgaba único medio de engañarlo el hacer entrar á todos los españoles en la iglesia, de manera que los indíginas los creyeran

prisioneros ó muertos y llegaran sin dificultad hasta donde, saliendo de repente los escondidos, pudieran con los holandeses destruirlos por completo.

Difícil parece que todavía engañara Cordes al Corregidor y á los vecinos de Castro; difícil que éstos no notaran la desaparición de los seis capitanes asesinados por el corsario; y más de creer es que, cuando así les hablaba el holandés, ellos se encontraran rodeados y en la imposibilidad de defenderse con fruto y juzgaran preferible, aún siendo grande su desconfianza, dar gusto á Baltazar de Cordes por la posibilidad remota pero única de salvar.

Hombres, mujeres y niños, todos, entraron á la iglesia y, rodeados por los holandeses y muy pronto por los indígenas que al llamado de los corsarios llegaron allá, se encontraron en absoluta imposibilidad de resistir.

Baltazar de Cordes dió pruebas en esa ocasión de una ferocidad capaz de asombrar hasta á los indígenas: asesinó á todos los hombres, siendo así que de ellos no había recibido sino beneficios. Los asesinó á todos para escarmiento de cuantos en adelante quisieran fiar en promesas de estos corredores de mar, mitad corsarios y mitad piratas, y entregó la iglesia y la ciudad al más espantoso saqueo. Sólo á las mujeres les perdonó la vida; pero nó por humanidad, sino por fines que aquellas infelices debieron considerar como la más tremenda de sus desgracias.

Había entre las prisioneras una de heroico corazón, doña Inés de Bazán, natural de Osorno y viuda del capitán guipuzcoano Juan de Oyarzún, que se juntó á los hombres para resistir con las armas en la mano, cuando en los últimos momentos y encerrados en la iglesia quisieron comenzar una defensa tardía y muy pronto imposible. Doña Inés de Bazán, prisionera con las otras mujeres, no perdió por eso el ánimo, resuelta á aprovecharse de la primera ocasión para salir del poder de los holandeses.

No tardó en presentársele.

El capitán Luis Pérez de Vargas estaba fuera de Castro con veinticinco hombres (4) cuando el holandés la tomó traidoramente y no pensó sino en la manera de arrancar del poder de los enemigos á su mujer, sus hijos y su suegra, prisioneros en Castro (5). Al efecto, envió allí uno de sus soldados, del apellido de Torres, el que, fingiendo pasarse á los holandeses, pudo preparar las cosas para un asalto nocturno de Vargas (6). Doña Inés de Bazán le ayudó pode-

(4) Rosales dice quince hombres. Los otros cronistas suponen que salió de Castro después de haber hecho inútiles esfuerzos para resistir. En cuanto al número, seguimos el informe del Coronel del Campo, que por dos veces dice veinticinco; en lo demás preferimos el testimonio de Rosales al de los otros cronistas, con tanto más razón cuanto en las pocas circunstancias mencionadas por Francisco del Campo está de acuerdo con él.

Lo narrado hasta aquí en este capítulo es de Rosales, excepto lo referente á doña Inés de Bazán, acerca de cuyos hechos dice pocas palabras. Los pormenores los tomamos del capítulo X del tomo I de la HISTORIA DE VALPARAÍSO, de don Benjamín Vicuña Mackenna, el cual cita en apoyo de sus palabras dos informaciones. La primera, levantada en la misma ciudad de Castro por Baltazar del Águila, yerno de doña Inés, en 1603, cuenta entre sus testigos á Luis Pérez de Várgas, y la segunda, levantada en Santiago el año 1631 por el hijo de doña Inés, Juan de Oyarzún y Bazán, es una ampliación de la anterior.

En un punto esencial nos separamos de estas informaciones. Según parece resultar del extracto del señor Vicuña Mackenna, Baltazar Ruiz de Pliego no fué engañado por los holandeses sino que por pusilanimidad no se atrevió á resistirles. A más de los pormenores tomados de Rosales, tenemos en favor de la versión adoptada, las palabras del Coronel Francisco del Campo, que escribiendo á Baltazar de Cordes le echa en cara su perfidia y traición: "Le es-" cribí una carta diciéndole lo mal que lo había hecho en romper la " palabra que había puesto con los del pueblo".

(5) Compendio histórico de don Jerónimo de Quiñones, tomo XI de la colección de HISTORIADORES DE CHILE, página 136.

(6) Informaciones citadas por el señor Vicuña Mackenna.

rosamente, impidiendo que los cañones traídos al fuerte desde el barco dieran fuego con haber mojado la cuerda-mecha.

El audaz Luis Pérez de Várgas llevó felizmente á cabo su arriesgada empresa, puso en libertad siete mujeres, sacó el ganado tomado por los corsarios, mató á dos de éstos, hirió á su capitán y llevó en triunfo un estandarte del enemigo (7). Después de esta hazaña, y habiendo mandado avisar, como hemos visto, á Francisco del Campo, lo que sucedía, Luis Pérez de Várgas, conociendo la debilidad de sus fuerzas, se ocultó en los bosques para sustraerse á la venganza de los holandeses.

Baltazar de Cordes descubrió y apresó á los heroicos auxiliares del asaltante, pues ni Torres ni doña Inés de Bazán habían logrado huir: "ahorcó al soldado, y cuando es-
" taba doña Inés al pie del cadalso con la soga al cuello,
" compadecióse de ella el corsario, contentándose con ex-
" pulsarla del recinto, después de haberle hecho aplicar
" cruelísimos azotes" (8).

De esta manera, doña Inés de Bazán, después de su gloriosa ignominia, pudo reunirse con las otras mujeres á cuya fuga tanto había contribuído.

Los guerreros españoles ascsinados en Castro por los holandeses é indígenas, en la vil traición de Baltazar de Cordes, fueron como treinta (9).

---

(7) Don Jerónimo de Quiroga en el lugar citado. Esto esplica el por qué, según el citado informe del Coronel, había con Pérez de Várgas, fuera de los veinticinco soldados "algunas mujeres."

(8) Don Benjamín Vicuña Mackenna, citando las informaciones, de una de las cuales copia las dos últimas palabras. Luis Pérez de Várgas dice que vió las huellas de los mencionados azotes.

(9) Alonso de Rivera en el minucioso resumen de los que habían perecido en Chile desde la muerte de Loyola hasta su llegada, dice

que en Castro murieron cuarenta españoles. Después veremos que en un combate con los corsarios perecieron diez soldados del Coronel del Campo: por eso calculamos que los holandeses asesinaron á treinta.

CAPÍTULO XXIX.

FRANCISCO DEL CAMPO Y LOS HOLANDESES.

No cree Baltazar de Cordes en la llegada de los españoles.—Fuerzas y posición del corsario.—Disposiciones para el asalto.—El ataque. —Denuedo de los indios.—Ceden los holandeses.—Consiguen llegar á "La Fidelidad".—Francisco de Zúñiga.—El traidor Joannes.—Las mujeres de Castro: suerte que les reservaban los corsarios.—Carta del Coronel y respuesta de Cordes.—Sale del puerto "La Fidelidad".—Imposibilidad en que se encuentra de emprender un largo viaje.—Síguenla en los canales las piraguas del capitán Pedraza.—Encalla "La Fidelidad".—Resuelve Cordes entregarse á los españoles.—Desesperación á bordo.—El petimetre Andrés Vásquez.—La alta marea.—Mensaje de Cordes á Francisco del Campo.—De nuevo emprende el viaje "La Fidelidad".—Agustín del Salto y Baltazar de Cordes en Quinchao.—Viaje á las Molucas.—Prisión y muerte de un traidor.—Cordes y sus compañeros reducidos á prisión en las Molucas.

Comenzó el Coronel Francisco del Campo por tomar informes acerca de las fuerzas de "los ingleses" y del estado del fuerte, que en cuanto á los sucesos pasados y á la toma de Castro por los corsarios, el capitán Luis Pérez de Vár-

gas le dió "por escrito lo sucedido hasta allí" (1). Pérez de Várgas, único oficial que, según Rosales, no se había dejado engañar por Baltazar de Cordes, vivió oculto en los montes sin perder un sólo hombre y consiguió mantener en la plaza relaciones secretas, estar al corriente de cuanto sucedía entre los holandeses, y de cuanto ellos creían.

Cordes ignoraba la llegada del Coronel: había oído que iban españoles en socorro de la ciudad tomada por él; pero, conociendo, de una parte, la escasez de tropas en esos días de sublevación general y, de otra, la suma dificultad que la configuración del país, los espesos bosques, el invierno, la falta de embarcaciones y las continuas tempestades ofrecían para llegar desde el continente hasta Castro, no lo creyó: los indígenas habían de aguardar de un día á otro la llegada de los españoles y de esa convicción nacía, probablemente, el mencionado rumor. Discurriendo así, se juzgaba seguro en Castro por algún tiempo, y no necesitaba mucho; pues, se preparaba para embarcarse pocos días después. Pero, juzgándose seguro, no olvidaba las precauciones de un guerrero prudente en lugar donde, si bien difícil, es posible que lo ataquen de un momento á otro.

Fuera de los tres desertores españoles, tenía en Castro treinta y ocho corsarios: los demás permanecían en la nave. Había construído un fuerte "de dos buenas tapias en alto " y medio estado de parapeto" en el cual tenía "dos cubos " de madera con tres piezas de artillería que jugaban las " dos á los cuatro lienzos y un pedrero muy bueno que ha- " bían sacado de la nao que tenían á la puerta principal." Junto á la muralla del fuerte, por la parte de adentro, estaban seiscientos indios de Chiloé y algunos de Osorno. Baltazar de Cordes los había armado perfectamente: los más

(2) Volvemos á tomar por guía el informe del Coronel Francisco del Campo, cuyas son las palabras citadas.

tenían corseletes de cuero y lanzas, y otros, en lugar de lanzas, habían recibido clavos muy grandes con los que "hicie-" ron buenos gorguses que prometo á V. S., dice Francisco " del Campo al hablar de esto, que no he visto indios más " bien armados que ellos estaban."

Reunió el Coronel consejo de guerra y por unanimidad se resolvió atacar al holandés antes que supiese la llegada de los españoles. En consecuencia, inmediatamente volvieron éstos á ponerse en marcha hacia Castro, y con toda clase de precauciones, á fin de ocultar la marcha á indígenas enemigos y á corsarios, caminaron hasta como una legua de la ciudad. De ahí no era prudente pasar sino cuando fuesen al ataque y aguardaron la media noche, hora en que caminaron con suma cautela y silencio. Llegados á un cuarto de legua del fuerte, Francisco del Campo mandó hacer alto y dirigió la palabra á los soldados. Les dijo cómo antes del amanecer iban á atacar y les recomendó la más severa obediencia á sus capitanes; ninguno había de separarse de ellos, pues de esto y de su valor dependía el éxito del ataque, después del cual, si eran vencidos, no podían esperar sino la muerte de manos de un enemigo tan cruel. Y para unir el interés del dinero al de la propia conservación ofreció dar al primer soldado que entrase en el fuerte una encomienda que poseía en Osorno.

Concluída su arenga, repartió la gente al mando de los capitanes: á Francisco Rosa le dió veinte hombres, provistos de escalas, con las cuales debía atacar por la puerta principal del fuerte; á Jerónimo de Pedraza dió otros veinte y orden de tomar un torreón, "que era el que hacía otra-vez á la puerta principal y á otro lienzo", con el objeto de impedir á la artillería de él hacer pedazos á los que asaltaban por la puerta y por el lienzo mencionados; á Agustín de Santa Ana, á la cabeza de veinticinco soldados, le mandó acometer por otra parte de la muralla y, habiendo

puesto varios hombres en otros puntos, se quedó él, acompañado de los capitanes Gaspar Viera y Luis Salinas y de veinte soldados, para "guardar algunos pasos que salían á la mar".

Como lo había ordenado Francisco del Campo, antes de amanecer estuvieron los soldados en sus puestos, después de haber tenido la suerte de apoderarse de un centinela de los holandeses sin que alcanzase á dar la voz de alarma (2).

Cada uno de los tres capitanes designados para atacar, cumplió bizarramente su encargo: Francisco de Rosa escaló la muralla y fué el primero en poner el pie en la fortaleza enemiga; Jerónimo de Pedraza se apoderó del torreón y Agustín de Santa Ana abrió un portillo en la muralla y entró con sus hombres al fuerte. Y todo esto se hizo con tanto concierto y presteza que los asaltantes se hallaban dentro de los muros y los holandeses ignoraban su arribo á Chiloé.

Pero antes de llegar á los corsarios habían de pasar por sobre más de seiscientos indios que estaban "arrimados al lienzo del fuerte". Con ellos se comenzó el combate, á cuyo estruendo despertaron los holandeses, tocaron alarma y acudieron á la lucha, creyendo, por cierto, que iban á rechazar otro golpe de mano de Luis Pérez de Várgas y sus veinticinco soldados.

Entre los conquistadores los indios chilotes tenían fama de pacíficos y poco aptos para la guerra, probablemente porque no hubo necesidad de derramar sangre para apoderarse de aquel archipiélago. En esta ocasión mostraron ser valientes y esforzados guerreros; pues, á pesar de haberlos sorprendido durante el sueño, el mismo Coronel confiesa que de tal manera "pelearon los indios, que nos tuvieron " muy á pique de desbaratarnos".

Más de dos horas duró el combate, sin ventaja por nin-

(2) Rosales, libro V, capítulo XVII.

guna de las dos partes, y en ese tiempo cayeron muertos diez españoles á mosquetazos y heridos doce. Cuando la luz del día vino á alumbrar el campo de batalla, no fueron los indígenas sino los holandeses los que primero dieron muestras de debilidad. Al ver Baltazar de Cordes el gran número de españoles y las bajas de su gente, sólo pensó en retirarse, con tanto mayor razón cuanto no tenía por qué hacer sacrificios á fin de mantenerse en una fortaleza, que estaba resuelto á abandonar dos días después para emprender su viaje á Europa. Mientras conseguían los corsarios llegar á las naves, se reunieron en "una casa fuerte que tenía el fuerte" y dejaron á los indios continuar por su parte la lucha. Así lo hicieron hasta haber perecido á manos de los españoles más de trescientos; los demás huyeron sin que por el momento pensaran los asaltantes en perseguirlos.

Los corsarios, parapetados en la casa fuerte, resistían con tenacidad: para concluír de una vez un combate demasiado largo, Francisco del Campo hizo poner fuego "por tres puertas que salían al patio", á la casa donde estaban. Entonces, medio sofocados por las llamas, recurrieron al último arbitrio para salvarse. Saliendo de la casa por una puerta falsa ignorada de los españoles, consiguieron saltar la muralla y, resguardados por uno de los torreones, llegaron al campo sin que les dañaran las balas de los del fuerte. "Les salí, dice el Coronel, al encuentro por de fuera con " doce soldados y, visto que les tenía tomado el paso, co- " rrieron un lienzo de la muralla hasta el portillo que había " hecho el Sargento Mayor, por donde se arrojaron una " cuesta abajo para irse al navío".

Lograron entrar en una embarcación, que al ruido del combate envió *La Fidelidad* en su socorro, y llegaron al buque. Sólo doce holandeses volvieron á *La Fidelidad* y de ellos cuatro estaban heridos: los demás habían perecido

en el asalto. Según cuenta Rosales, con tal furia perseguían los españoles en su fuga á los corsarios, que habiéndose uno de éstos echado á nado para embarcarse, el soldado Francisco Zúñiga se arrojó al agua tras él sin bajarse del caballo y á lanzadas lo mató, y sacó á tierra el cadáver.

Los holandeses dejaron en Castro, fuera de las armas, pertrechos y cañones, veintiséis muertos y ni un solo prisionero, si se exceptúa un desertor español, llamado Joannes, al que sus compatriotas encontraron en el fuerte y lo arcabucearon en el acto.

Las más contentas y felices con la derrota de Baltazar de Cordes fueron, sin duda, las mujeres, que acababan de pasar tan amarga cautividad en poder de los corsarios y á quienes éstos no ocultaban que en dos días más, al abandonar las playas de Chile, iban á hacer de ellas dos porciones: escogerían algunas para llevarse en su nave y entregarían las otras á los indios como último regalo y suprema prenda de amistad. En verdad, esta resolución de entregar aquellas desgraciadas é inocentes víctimas, á las cuales habían sumido en el dolor con el asesinato de sus padres, hermanos, esposos é hijos, en manos de los salvajes en perpetua y tremenda esclavitud, era el digno complemento de la série de crímenes y espantosas crueldades de los holandeses: nada habían respetado. Comenzaron por burlar la palabra empeñada, y asesinar á cuantos les tendían la mano de amigos y aliados, querían concluir con la más repugnante de las iniquidades, perpetrada esta vez contra indefensas mujeres. En vista de tal conducta, las designadas para quedar en poder de los indios, no temerían ser esclavas de salvajes tan malvados como los que á las otras habían resuelto llevarse. Dios libertó á las infelices y comenzó el castigo de sus miserables verdugos con la victoria de Francisco del Campo: bueno es no olvidar los hechos de los holandeses

para explicar y disculpar en parte las terribles represalias tomadas después por el jefe español, y el odio encarnizado que en todas partes se manifestaba contra cualquier corsario llegado á estas playas.

Apenas concluyó la lucha, escribió Francisco del Campo á Baltazar de Cordes una carta, y en ella le echa en cara su indigna conducta, principalmente la traición con que se había apoderado de la ciudad. Nada podía responder y nada respondió á tales inculpaciones el corsario y se limitó en su contestación á pedir le enviasen un poco de leña y una vela que estaba en tierra y le hacía falta y ofrecía en cambio poner en libertad á cinco españoles que tenía presos en el navío. El Coronel manifiesta despreciar esos prisioneros "porque se habían rendido", y contestó al pirata que ni por eso ni por nada le daría cosa alguna, é intimándole rendición.

Dos días estuvo en el puerto el buque holandés, sin que Francisco del Campo pudiese intentar el más mínimo ataque contra él; pues sólo tenía á su disposición miserables piraguas de pescadores, del todo inadecuadas para dañar á la relativamente poderosa nave de Baltazar de Cordes.

El mismo día que tenían proyectado partir de Castro, pero en muy distintas condiciones, derrotados y no vencedores, fugitivos y sin fuerzas en lugar de terribles corsarios, Cordes y sus compañeros "echaron un gallardete muy lar-
" go en su nao y zarparon una ancla, aunque tardaron más
" de dos horas en zarparla á causa de no tener más de ca
" torce hombres sanos, que los otros estaban heridos, aun-
" que tenían doce indios presos que les ayudaron á zarpar
" el ancla con mucho trabajo".

Tal era la situación del último buque de la brillante expedición salida de Holanda dos años antes. Con tan pocos recursos y sin los víveres que había pensado embarcar en los dos últimos días, Baltazar de Cordes no podía exponerse á pasar de nuevo el Estrecho de Magallanes. Proba-

más temprano á los españoles; pero su situación mejoraba, y si se rendía lo haría voluntariamente. El peligro había sido tanto mayor cuanto, durante las horas que estuvieron varados, pudo llegar perfectamente al barco Francisco del Campo; pues en los dos días de viaje los corsarios se habían retirado de Castro sólo cuatro leguas. Si el Coronel no hubiera fiado tanto en la persecución de Jerónimo de Pedraza y hubiera enviado por tierra quien lo tuviera al corriente de la situación de Cordes, éste habría caído en su poder.

Para explorar el ánimo de los enemigos y ver lo que habría de esperar de ellos caso de entregarse, Baltazar de Cordes envió á Castro como mensajeros, dándoles libertad, a los dos españoles ya nombrados: Martín de Iribe y el héroe del aseo, Andres Vásquez. No sabemos cuáles consecuencias tuvo para el último su estemporáneo deseo de acicalarse; pero probablemente no lo pasaría muy bien.

Los mensajeros llevaban de parte del corsario al Coronel "una alabarda y unas picas de sus armas" y "una carta de grandes cumplimientos". Aunque en esa carta no se hablaba palabra de rendición del navío, Martín de Iribe, encargado de poner los puntos a las íes, dijo á Francisco del Campo de parte del capitán, que fuese al lugar donde estaba *La Fidelidad* para tratar personalmente de la entrega.

Así lo hizo el Coronel; pero, en el entretanto, los corsarios habiendo mandado buscar la última ancla perdida y tenido la suerte de encontrarla, cambiaron de resolución y determinaron tentar fortuna é irse á otra parte donde, si caían prisioneros, no hubiese contra ellos tantos motivos de justísimo resentimiento. Cuando llegó Francisco del Campo á la vista del navío y escribió á su capitán una carta hablándole de la rendición ofrecida por medio de Martín Iribe, Baltazar de Cordes le respondió que no le entendía y que jamás había pensado en rendirse. Esta fué la última comunicación habida entre Cordes y del Campo

pero no la última infructuosa diligencia hecha por el Coronel para apresar al corsario.

No muy satisfecho, probablemente, de la manera cómo Jerónimo de Pedraza había llenado su comisión, nombró esta vez al Sargento Mayor Agustín de Santa Ana para que con treinta hombres se fuese á la isla de Quinchao é impidiera á Baltazar de Cordes tomar allí leña y provisiones. Según se decía, los naturales de esa isla se habían manifestado muy amigos de los corsarios y como estaban mas apartados de Castro, allá probablemente se dirigiría Cordes de preferencia.

En realidad, el 31 de mayo, víspera de la fiesta de Córpus, fondeó *La Fidelidad* en esa isla, adonde Francisco del Campo envió en una piragua á dos audaces soldados y cuatro indígenas, á ver modo de cortar la amarra de la única ancla buena que los sujetaba al fondeadero; pero, por suerte para los corsarios, "fué tanta la corriente que no pudieron abordar al navío."

Agustín de Santa Ana consiguió el objeto de su viaje: los corsarios no se atrevieron á bajar á tierra y un día después de su llegada á la isla de Quinchao siguieron la navegación para salir de los canales, lo que lograron á los cuatro días de viaje. Antes de salir del archipiélago de Chiloé, echaron á tierra á los tres españoles aún prisioneros y que, con Iribe y Vásquez, fueron los únicos en salvar con vida de cuantos encontró en Castro Baltazar de Cordes.

Según dice en su informe el Coronel, los corsarios, al dejar á Chile, eran, comprendidos los sirvientes, veintidós hombres y sus provisiones consistían en "cien fanegas de trigo y mucha carne salada."

No había de intentar el comandante de *La Fidelidad* pasar el Estrecho de Magallanes, tan fatal para la expedición mandada por el desgraciado Simon de Cordes: desde Chiloé atravesó el Pacífico hasta llegar á las Molucas. De pasada

hubo de tocar en las costas del Perú, porque Alonso de Rivera, en su citada carta al Rey, fecha en Arauco el 10 de marzo de 1601, dice hablando de los tres españoles que en Chiloé se unieron al enemigo: "y del uno, que en la costa " del Perú fué preso y me lo remitió el Virey don Luis de " Velasco, se hizo justicia en la Concepción, antes que (yo) " saliese para esta jornada, precediendo la confesión de su " delito y otra declaración más copiosa al tiempo de la " muerte, que la una y la otra enviaré á Vuestra Majestad " en el primer despacho."

En las Molucas, Baltazar de Cordes y sus compañeros fueron apresados por los portugueses que, si trataron mal á los prisioneros, no les dieron, sin embargo, el castigo á que por sus crímenes se habían hecho acreedores.

CAPÍTULO XXX.

EL CASTIGO DE LOS INDIOS DE CHILOÉ.

¿Debería despoblarse la ciudad de Castro?—Resolución negativa. —El Sargento Mayor Agustín de Santa Ana.—Luis Pérez de Várgas.—Investigaciones del Coronel para descubrir los culpados.—Lo que supo de la llegada de Cordes á Lacuy.—Imposibilidad de castigar á todos los culpados.—Los caciques de Lacuy. —Háceles quemar Francisco del Campo.—Vuelve al continente el Coronel.—Manda á Pérez de Várgas que dé muerte á otros treinta caciques.—Ordena despoblar la provincia de Lacuy.—Francisco del Campo casamentero en Castro.—Revalidación de esos matrimonios.—Los dos curas de Castro.—Grandes disturbios entre ellos y sus amigos.—El cadáver de Baltazar Ruiz de Pliego.

Concluído el cuidado y la persecución de los corsarios, quedaba á Francisco del Campo por resolver lo que se haría con la arruinada ciudad de Castro y cuál sería el castigo de los indígenas que se habían juntado á los holandeses para atacar á los españoles.

Encontrábase Castro en miserable estado y, exceptuando los treinta hombres salvados de la matanza, los pobladores de ella se reducían á viudas y huérfanas: ¿no valdría

más abandonarla y aumentar con sus habitantes el número de los de Osorno? Así lo proyectó al principio el Coronel; pero la consideración de que sin la ciudad de Castro se sublevaría todo el archipiélago y los indígenas aumentarían las fuerzas de los asaltantes de Osorno, y probablemente la oposición de los pocos sobrevivientes, cuya heroica conducta merecía se les premiase en lugar de quitarles lo que poseían sacándolos de Chiloé, lo movieron á cambiar de resolución y mantener en pie la ciudad. Al efecto, dejó en ella cuarenta y cuatro hombres de los que había llevado consigo, los cuales, junto con veinticinco que de Castro quedaban, formaron una guarnición de sesenta y nueve soldados. Quedó en Castro por haberse casado en Chiloé el Sargento Mayor Agustín de Santa Ana, á quien acabamos de ver dirigiendo la expedición contra Baltazar de Cordes. Era, según dice Francisco del Campo, un hidalgo muy recomendado por el Virey del Perú; había ayudado mucho en Trujillo á juntar la gente que vino á Chile con el Coronel, y, á más de traer á cu cargo una compañía, vino en la navegación como Sargento Mayor de toda la fuerza y continuó desempeñando ese puesto hasta avecindarse en Castro. Francisco del Campo lo recomienda muy especialmente al Gobernador; pero, á pesar de todos los títulos mencionados y de ser quien más alto empleo desempeñaba en el ejército, no lo dejó con el mando de la ciudad. La heroica conducta de Luis Pérez de Várgas designaba á éste para el primer puesto: ningún mérito podía compararse á los de él y nadie había manifestado más altas cualidades de mando: á él lo nombró Francisco del Campo Corregidor de Castro y, al escribir al Gobernador, pide que lo confirme en ese puesto y le dé además algún buen repartimiento vacante.

En aquellos días, y principalmente bajo el Gobierno de don Francisco de Quiñones, los castigos ó mas bien las represalias de los españoles eran terribles, y no se citará, por

cierto á Francisco del Campo en prueba de lo contrario.

Para averiguar cuáles habían sido los indíjenas más culpados en la entrada de los corsarios, comenzó á llamar á algunos de los indios vecinos de Castro, dándoles salvosconductos. Por ellos supo las circunstancias de la entrada de Baltazar de Cordes á Chiloé, que sólo había oído en confuso.

El corsario había estado cuatro días en los alrededores del "puerto de Lacuy, que es muy bueno" sin poder dar con la entrada, y sin cesar de buscarla. Un cacique quiso saber á qué atenerse sobre este extraño buque y en una piragua fué á él. Muy bien lo recibieron los holandeses; pero no pudo entenderles y volvió á tierra por "un indio suyó ladino, que hablaba en lengua de Castilla." O bien hubiera en la tripulación alguno que hablase español ó entendiéndose con dificultad, se pusieron de acuerdo; y los indígenas, conquistados, sin duda, por los obsequios y las promesas de los corsarios y por la esperanza de sacudir, ayudados de ellos, el yugo español en aquellos días de epidémicas revueltas, guiaron al puerto á *La Fidelidad* y dieron á Cordes los más minuciosos pormenores acerca de la fuerza y los recursos de los pobladores de Castro. Los corsarios llegaban "muy " flacos y desfigurados, que se puede imaginar que no traían " que comer sino era un poco de biscocho...y si están cua- " tro días sin entrar en el puerto no escapa hombre de ham- " bre." En cambio de los regalos de los holandeses á los indígenas, consistentes en "cuchillos y lanzas y otras cosi- " llas de su navío, comenzaron todos los caciques de la pro- " vincia de Lacuy á traerles carneros y maíz y vacas, y lue- " go se alzó toda la tierra y......acudían todos los caciques " á llevarles bastimentos."

Aunque todos los indígenas de Chiloé hubiesen hecho armas contra los españoles y contribuído al asesinato de los defensores de Castro, no era posible castigarlos á todos;

pues tanto habría valido arruinar esa comarca y dejar á los defensores de la ciudad en la miseria. La represalia y el escarmiento de Francisco del Campo no podía, pues, ser universal y fué preciso escoger á los principales culpados, es decir, á los caciques de la provincia de Lacuy, cuya responsabilidad acabamos de conocer. En consecuencia llamó "á todos los caciques de todas las islas, escepto los de Lacuy," dióles salvosconductos para que fuesen sin temor; no faltó uno solo, dieron la paz y el coronel se la recibió,

Hecho esto y tomadas las últimas disposiciones en favor de los habitantes de Castro, Francisco del Campo declaró terminada su expedición y comenzó la vuelta, por el lado de la provincia de Lacuy, á cuyos caciques mandó llamar. Aunque no les diese salvosconductos como á los otros, los caciques de esa comarca no podían pensar en resistir ellos sólos al vencedor de indígenas y corsarios. Si no obedecían al llamado del Coronel, atraían á éste más airado sobre sus tierras y aumentaban el castigo. Se resolvieron, pues, á salir á su encuentro y fueron á juntársele en las cercanías del canal de Chacao, donde Francisco del Campo aguardó cuatro días hasta que llegase el último. Cuando sus tropas comenzarón á pasar el canal, el coronel reunió, como el dice, á "los caciques, que fuerón diez y ocho, y los metió en un bui" "co (choza) y los quemó, dándoles á entender que los que" "maba porque habían metido al inglés."

Y para mostrar que eso era castigo severo de los principales culpados y no venganza contra los pobres indios, agrega á renglón seguido: "Y aúnque hubo muchos indios" "allí, á ninguno hice mal más de sólo á los caciques de La-" "cuy," si bien de éstos no quedó uno con vida, "que otros" "siete á ocho que había, los matamos la mañana que dimos" "en el fuerte."

No se encontró satisfecho Francisco del Campo con ese tremendo castigo: lejos ya y, á pesar de que después de ha-

ber pasado el canal de Chacao recibió la paz de todos los indios y las mayores protestas de fidelidad y aunque, según él mismo confiesa, el ejemplar referido había puesto á todo Chiloé "llano como si jamás se hubiera alzado," creyó, sin embargo, preciso pasar adelante en el escarmiento. Mientras desde mayor distancia veía los sucesos, más grande le parecía el peligro de que Chiloé llegará á ser refugio y madriguera de piratas y más urgente atemorizar á los naturales, á fin de evitar este mal de tanta consideración para el Nuevo Mundo.

Probablemente, otra noticia lo alarmó aun más al llegar á Osorno, donde estuve, dice, "en la cama tres meses sin le-" vantarme y he quedado de un brazo pasmado y un hom-" bro, que fué de los grandes fríos que pasé al pasar de las " bahías, que fué el más recio tiempo del mundo de nieves y " hielos: y los soldados que van conmigo vinieron también " muy malos, muchos de ellos de los fríos y hambres que " pasaron." Esa noticia era la llegada á Valparaíso de una nueva partida de piratas, mandada por Oliverio Van Noort, que estaba dando como Cordes pruebas de salvaje crueldad.

Escribió, pues, aún antes de concluir su viaje, una carta al Corregidor de Castro, el Capitán Luis Pérez de Várgas, " en la que le mandaba que ahorcase hasta treinta caciques " y algunos indios mui culpados, lo que, agrega, ha hecho " muy bien y me ha enviado testimonio de ello".

Y no paró en este segundo y más cruel castigo. No creyendo todavía poder confiar en los habitantes de Lacuy y temiendo siempre que en ellos encontraran aliados los corsarios, resolvió poner un remedio tan duro como radical: ordenó á Pérez de Várgas "despoblase toda la provincia de " Lacuy que cae al mar". Así, si volvían á ella corsarios, se encontrarían en país abandonado y sin recurso alguno.

Si hemos de creer á Rosales, de ordinario tan bien informado, Francisco del Campo, cuando se decidió á repoblar

á Castro y á reforzar con parte de su tropa la guarnición de esa ciudad, tomó una medida no tan extraña entonces como lo sería hoy: habían quedado muchas viudas en la matanza hecha por los corsarios y el Coronel las casó con los soldados que dejaba. Y pues había sido muerto por los holandeses el Cura y Vicario de Castro, don Pedro de Contreras Borra (2), Francisco del Campo hizo que solemnizase las matrimonios el clérigo que lo acompañaba en su expedición. Empero, no quedó completamente seguro de la legalidad y validez de semejantes casamientos y la duda continuó hasta que, habiendo llegado á Chile el Obispo de la Imperial, don fray Reginaldo de Lizarraga, envió éste á Chiloé al Presbítero García de Alvarado con el encargo de revalidarlos y el poder suficiente para hacerlo así.

Con la llegada de García de Alvarado, no sólo se revalidaron los matrimonios, también concluyeron largas disen-

(2) He aquí las circunstancias de que rodea Rosales, libro V, capítulo XVI, la muerte del Cura: "Un protestante que traía (el cor- " sario) se puso á disputar con el Cura y Vicario don Pedro de " Contreras Borra, y con el celo de la honra de Dios reprendió á " los herejes sus crueldades é infidelidad, y por causa tan santa le " quitaron la vida, hincándose de rodillas y pidiéndoles que le de- " jasen hacer un rato de oración. Romay, autor curioso y diligente " en inquirir los sucesos de este Reino, dice que un indio que había " criado el Cura y le servía de paje, llegó en esta ocasión á los he- " rejes y les dijo: "Este clérigo era un embustero, hipócrita, y poco " há predicó de vosotros que érades mala gente, moros y herejes, y " que no os creyesen ni se fiasen de vosotros, y que sólo su Dios " era el bueno y su fe, y llorando les dijo á los españoles que les ha- " bía de castigar Dios por sus pecados y que él también había de " morir, muy bien habéis hecho de matar á los españoles, que tie- " nen muchos pecados, y mejor es matar á éste, que es un embus- " tero y me mataba á azotes: dejádmelo á mí matar". Y que ayu- " dando á los herejes le mataron á golpes y estocadas entre todos, " y el indio su yanacona á quien había criado y enseñado la doc- " trina cristiana, le cortó la cabeza. Lo cierto es que el santo sa-

ciones que habían dividido y ensangrentado la ciudad y escandalizado á todos los habitantes.

Así como Francisco del Campo, "por no haber otro clérigo" se creyó autorizado para dejar "por Cura un sacerdote muy honrado y de muy buena vida que había ido" con él (3), así el Cabildo de la ciudad, luego que de ella partió el Coronel, nombró "otro Cura Vicario, sin poderlo hacer", exclama del Campo.

Comenzaron entre los dos Curas agrios altercados y los amigos y parientes de uno y otro fueron tomando cartas en el asunto y agriando más y más las diferencias, hasta el extremo de dar "á un hermano del Vicario Pero Sánchez una cuchillada". Los partidarios de la parte ofendida llegaron en su indignación á tanto, que uno de ellos, Diego de Alderete, quiso matar al otro Cura y prenderle fuego á su habitación. Frustrados estos criminales proyectos, dirigió su venganza, ignoramos por qué, contra el cadáver del desgraciado Baltazar Ruiz de Pliego, sepultado en la iglesia de la ciudad, de donde lo desenterró.

El Coronel Francisco del Campo, al dar cuenta de tales desmanes al Gobernador, le pide con justicia represión pronta y enérgica.

" cerdote murió en odio de la fe y por predicar la verdad y que po-
" día ser contado en el número de los mártires; pero la definición
" de eso toca á Su Santidad".

(3) Estas palabras y los datos relativos al incidente que narramos están tomadas de la citada relación del 16 de marzo de 1601. Gay, al publicarla, ha suprimido unos cuantos apartes del fin, uno de los cuales utilizamos aquí. Puede verse el informe completo entre los documentos del señor Vicuña Mackenna.

CAPÍTULO XXXI.

ÚLTIMOS DIAS DEL GOBIERNO DE QUIÑONES.

Sale don Francisco de Quiñones en auxilio de Arauco.—Motivos que lo obligan á volver desde el Bíobío.—La parálisis.—Lo que había hecho Martínez de Leiva.—Expedición marítima que lleva á Arauco.—Vuélvese una de las tres naves.—Los de otra no pueden desembarcar.—El soldado Diego de Huerta.—El salto de Huerta.—Vuélvese á Concepción la segunda nave.—Pérdida de la tercera: muerte de Leiva y de la mayor parte de sus compañeros.—El trompeta inglés.—Envía Quiñones otro buque al mando de su hijo don Antonio en socorro de Arauco.—Oportunidad del auxilio.—Nuevo peligro para la colonia: el hambre en Concepción y Chillán.—Imprevisión de Quiñones.—Los soldados se desertan y vuelven á Santiago.—Peligro en que ponen á la capital.—Auméntase el peligro con la llegada de los portugueses —Los indios amenazan á Concepción.—De nuevo se convierte en ciudadela el convento de San Francisco.—Correrías de los indios hasta el Maule.—Lo que habían servido las victorias de Quiñones.—El más desgraciado de los gobiernos.—Lo que pedía doña Grimanesa de Mogrovejo.—Llegada á Chile del sucesor de Quiñones.

Llegado á Concepción don Francisco de Quiñones, de vuelta de la expedición despobladora de La Imperial y Angol, supo cómo los indígenas, cada día más numerosos y audaces, tenían en sumo peligro a la fortaleza de Arauco;

ya lo hemos visto: de la antigua ciudad quedaba sólo la fortaleza. Durante todo su gobierno había hecho esfuerzos Quiñones por mantener á Arauco, á su juicio importantísimo, y cuando esperaba que de un momento á otro aceptase el Virey su tan reiterada renuncia y le enviase sucesor, no había de querer que cayese en manos de los rebeldes aquella plaza: demasiada responsabilidad pesaba sobre él con la despoblación de La Imperial y Angol. Por lo mismo, no confió á nadie el cuidado de rechazar á los araucanos, y salió él de Concepción á la cabeza de trescientos cincuenta soldados; mas, apenas pudo llegar á la desembocadura del Bíobío y no lo pasó, porque las lluvias se desencadenaron con extraordinaria fuerza é hicieron imposible la continuación del viaje. Tuvo también otras nuevas de Concepción que le obligaron á volver pronto á esa ciudad. Y cual si no fuesen bastantes obstáculos, á todos estos se reunió otro mayor: don Francisco de Quiñones no estaba en edad de andar en semejantes expediciones, soportando la crudeza del tiempo en una estación tan avanzada: la energía y entereza de su alma lo hacían olvidar los cuidados que ha menester un anciano, pero la naturaleza se los recordó cruelmente: una parálisis lo dejó postrado en el lecho por mucho tiempo (1).

Sin embargo, desde su lecho dispuso una expedición por mar al socorro de Arauco, á cuya cabeza colocó al capitán Juan Martínez de Leiva, que en la reciente frustrada empresa acababa de dar á Quiñones pruebas de valor y pericia militar. Cuando el ejército estaba cerca de la embocadura del Bíobío, había recibido el Gobernador aviso que de una gran junta de indios de Andalién se hallaban emboscados en ciertos parajes á fin de sorprenderlos á su paso. Comi-

(1) Carta de Alonso García Ramón al Virey del Perú, fechada en Santiago el 20 de agosto de 1600.

sionó á Martínez de Leiva para que, con cuarenta soldados escogidos, fuese de explorador. Llegado al lugar, le salieron los indígenas en gran número: Martínez de Leiva combatió con ellos; se mantuvo á la defensiva hasta recibir otros cuarenta hombres de caballería, enviados en su auxilio por don Francisco de Quiñones y entonces atacó al enemigo con grande ímpetu, y lo derrotó por completo.

Mas le valiera no haber sido tan bizarro militar á la vista del Gobernador; no habría sido escogido para la expedición marítima que iba á tener para él fatal desenlace.

Quiñones hizo aprestar una fragata con pertrechos, municiones y bastimentos de guerra y de boca y dos barcos más: la expedición se componía de setenta soldados (2). Su capitán Juan Martínez de Leiva con treinta y nueve hombres de guerra iba en el mejor de los barcos. Salieron las naves á fines de junio (3); pero un temporal les impidió llegar á su destino. Separada de las demás desde el principio, la fragata que llevaba las provisiones volvió á Concepción y fue la más feliz de las embarcaciones. Las otras dos anduvieron juntas hasta la altura de Arauco, sin poder llegar al puerto. La que más se acercó se encontró casi perdida "entre los arrecifes de Caraquilla" y, según refiere Rosales, de quién tomamos las palabras precedentes, estuvieron sus tripulantes siete días luchando entre la vida y la muerte y sin desembarcar, pues los indígenas de guerra no desamparaban la playa. Diego de Huerta, valiente soldado español, quiso probar si le sería posible burlar la vigilancia de los indios para llegar, probablemente, á Arauco y pedir á sus defensores que con una salida acudieran en socorro de los

(2) Rosales, libro V, capítulo XIX.

(3) Alonso García Ramón en su carta al Virey, fechada el 20 de agosto de 1600, dice que el socorro de Arauco salió "un mes antes que (yo) llegase á este reino." García Ramón llegó el 29 de julio.

que iban á auxiliarlos. Aprovechó á este fin un día en que veía la playa desierta, desembarcó audazmente y emprendió su camino. Los indígenas, sin embargo, no estaban descuidados sino ocultos y cuando lo juzgaron oportuno salieron en gran número y lo atacaron: "Viéndose solo, dice Rosa-
" les, cercado por todas partes y que no tenía por donde
" huir sino echándose de una barranca altísima al mar,
" tomó esta determinación y, dando un salto de arriba
" abajo, se escapó milagrosamente. Y quedó aquel sitio con
" el nombre de Salto de Huerta, por ser cosa de admiración
" la altura de donde se echó al mar, sin hacerse pedazos,
" habiendo por allí muchas peñas."

Más que los esfuerzos de los hombres, pudo la tempestad y diéronse los del barco por muy contentos con arribar á la isla de Santa María, de donde un tanto repuestos volvieron á Concepción. Los del tercer barco fueron los más desgraciados: arrojados por la tormenta en la punta llamada de Lavapié, en frente de la mencionada isla de Santa María, el barco se hizo pedazos y, si bien sus tripulantes pudieron juzgarse un momento dichosos, pues lograron llegar á tierra, pronto conocieron que su suerte no había mejorado mucho: inmensa cantidad de indígenas rodeó á los náufragos, que, casi indefensos, no opusieron á sus enemigos resistencia muy peligrosa. Era éste el barco mandado por el capitán Juan Martínez de Leiva y en él iban treinta y nueve hombres de armas (4) pero ¿qué podían hacer, habiendo salvado del naufragio solo las personas? Los araucanos dieron, pues, muerte á Juan Martínez de Leiva y á la mayor

(4) Alonso García Ramón, en carta al Virey, fecha 20 de agosto de 1600 dice que Juan Martínez de Leiva cayó en poder de los indios con más de treinta soldados. Seguimos para asignar el número de treinta y nueve á Francisco Galdames de la Vega, Martín de Irizar Valdivia y Francisco Hernández Ortiz, que lo señalan contestes en los pareceres que dieron á Rivera en febrero de 1601.

parte de su gente y guardaron como prisioneros á unos pocos (5), de los cuales sólo seis ó siete lograron después obtener su libertad y llegar á Concepción (6). Entre los prisioneros se encontraba "un trompeta inglés, al cual, dicen, rega-" lan mucho y que le hacen buena acogida para tratar con " los ingleses cuando por acá vengan. Y, (agrega el Gober-" nador de Chile, al referir ese rumor al Virey) aunque esto " no es de mucha consideración, es bien que Vuestra Exce-" lencia lo sepa" (7).

En verdad, no era ello de gran consideración y aunque hubiera sido cierto, no habría infundido semejante conducta mucha confianza á los corsarios ni al mismo trompeta, objeto de tales agasajos: estaba demasiado fresca la traición de los naturales á Simón de Cordes y sus compañeros para creer en promesas de quienes tantas hicieron á los que, engañados por ellas, asesinaron después. Y precisamente el asesinato de Cordes y sus compañeros tuvo lugar en la misma punta de Lavapié, donde ahora tomaron prisionero al trompeta inglés, uno de los músicos de *El Ciervo Volante*.

Por más que llamaran en Chile ingleses á todos los corsarios, y con esa denominación designaran siempre á Simón de Cordes y sus compañeros, en esta vez acierta el Gobernador al atribuir tal nacionalidad al músico prisionero. En las declaraciones tomadas en Lima á los marineros de *El Ciervo Volante*, vemos que había entre los holandeses de la expedición de Simón de Cordes como ocho ó diez franceses y como treinta ingleses, la mayor parte de los cuales eran músicos: según todas las probabilidades, el trompeta prisionero en Lavapié, que por la escasez de músicos debía de haber sido enrolado en el ejército de Chile, era realmente

(5) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

(6) Parecer dado por Antonio de Avendaño el 16 de febrero de 1601 á Alonso de Rivera.

(7) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

"un trompeta inglés". No debe extrañarse tampoco que tantos ingleses vinieran en esa expedición holandesa, pues, aquéllos acostumbraban ayudar á éstos en semejantes empresas y en la de Cordes más de un piloto inglés, experimentado en tal viaje, formaba parte de la tripulación de los corsarios.

Sin desanimarse Quiñones con el fracaso del socorro enviado á Arauco, permaneció decidido á auxiliar esta importante plaza. Si así no lo hubiese hecho, ¿cómo lo habrían atacado los que no perdían ocasión de censurar sus actos, los que luego le echarían en cara ese mismo socorro enviado, calificándolo de "negocio bien mal intentado con malos temporales"? (8) Y quién formulaba esa acusación no era enemigo de Quiñones, si no era siempre enemigo de un Gobernador de Chile el que le sucedía en el mando. Cual si don Francisco quisiese sellar los labios de sus émulos y adversarios, escogió para poner á la cabeza de la nueva arriesgada empresa á su propio hijo don Antonio y apenas abonanzó algo el tiempo, lo envió en un navío bien provisto de gente, armas y bastimentos, que tuvo la buena suerte de llegar á Arauco sin novedad. El socorro no pudo ser más á tiempo, pues gracias á él se halló en situación el valiente castellano don Lope Rui de Gamboa, de rechazar con ventajas un formidable ataque de los araucanos, mandados por un mestizo quiteño, tránsfuga de los españoles (9).

Hemos dicho que, á más de las lluvias y de su enfermedad, otro motivo llamaba á Quiñones á Concepción, y era motivo grave, serio peligro para la colonia.

Al despoblar La Imperial y Angol, don Francisco de Quiñones había tenido muy en cuenta que los términos de esas ciudades no podían proporcionar en ese año alimento

---

(8) Citada carta de García Ramón, 20 de agosto de 1600.

(9) Rosales, lugar citado.

las guarniciones que habría sido preciso dejar en ellas. Y no pudiendo mantenerse ahí, se repartieron entre Concepción y Chillán los habitantes de las despobladas ciudades. Por desgracia, el Gobernador olvidó calcular si Chillán y Concepción tendrían ó no alimentos para los nuevos habitantes y para los soldados que llegaban del Perú en auxilio de Chile. Y debía haber calculado esto con tanta mayor razón cuanto que abrigó el proyecto de despoblar las ciudades australes mucho antes de llevar á ellas la expedición.

Lo que debía preverse y no se previó, acaeció muy presto: las comarcas de este lado del Bíobío no habían estado exentas de los males de la guerra: Chillán se hallaba arruinada y había visto, como Concepción, talados sus campos por el indígena de guerra; los vecinos no tenían tiempo para dejar las armas y darse á las labores del campo; los yanaconas, en fin, tan nesesarios á la agricultura, habían ido en su mayor parte á engrosar las filas de los rebeldes: de todo lo cual resultó que, entrado el invierno, el hambre comenzó á oprimir á los desgraciados habitantes de esas ciudades. Y, con el hambre, se iba también introduciendo la desorganización en el ejército; no siendo alimentado convenientemente, comenzó á olvidar la obediencia debida á los jefes y á desbandarse en partidas, á fin, decían los soldados, de buscar por sí mismos el sustento que la autoridad no les proporcionaba.

Estas partidas tomaban de ordinario el camino de Santiago, y muy pronto la capital de Chile vió en ella más de trescientos soldados (10), en realidad desertores, serio peligro para la tranquilidad pública, la vida y la hacienda de los particulares, y á quienes las autoridades locales no se

---

(10) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

atrevían á poner coto alguno, porque carecían por completo de fuerzas para hacer respetar sus disposiciones.

En esos mismos días llegó á Santiago otro refuerzo de tropas. Don Diego Valdés, Gobernador de Buenos Aires, para responder al pedido del Cabildo de Santiago, envió por la cordillera á su sobrino don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle, fundador de la familia de los Ovalles y padre del distinguido jesuíta é historiador de Chile. Traía cincuenta y cinco portugueses y, si creyésemos á Rosales, todos eran "de grande brío, lucimiento y arrogancia, que " no los hubo tales de su nación en esta guerra."

Siendo las cosas así, habrían llegado perfectamente esos hombres para asegurar el orden en Santiago, amenazada por los desmanes de los soldados que casi en insurrección se venían del sur; pero, por desgracia, los portugueses, lejos de disminuir el peligro, lo aumentaron. En lugar de ser á su llegada una tropa llena de "lucimiento," eran unos pobres "en cueros vivos," según dice García Ramón (11), y, por lo tanto, fueron muy mal recibidos por las autoridades, á las cuales parecieron no un socorro sino un peligro. Y tanto, que don Juan Rodulfo Lisperguer creyó necesario hacer en ellos un escarmiento y mandó dar muerte á cuatro, por haberse desertado al venir de Cuyo (12).

No se podían ocultar estas cosas á los indígenas: el Gobernador sin moverse de su lecho; el ejército descontento, casi sublevado; las ciudades del sur asoladas por el hambre y desamparadas por casi todos los guerreros, eran sobrados motivos para animarlos á tentar algún audaz golpe de mano contra Concepción y Chillán. Aunque el invierno con sus ríos invadeables fuese obstáculo para la reunión de

---

(11) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

(12) Resumen hecho por Rivera el 25 de febrero de 1602 de los soldados muertos en Chile en los dos años precedentes.

numerosos ejércitos, no les impidió el ataque de guerrilla, y algunas hubo tan numerosas que Quiñones no creyó en seguridad á Concepción.

Se recordará que á su llegada á Chile, don Francisco de Quiñones, como para probar lo inepto de Vizcarra y el deplorable estado del reino, decía que en Concepción toda la gente se veía en la necesidad de reunirse durante las noches en el convento de San Francisco por temor de una sorpresa de los indígenas. Cual si Dios hubiera querido castigarlo por haberse ensañado contra un hombre inofensivo como Vizcarra, durante la última época de su gobierno se encontró reducido á la misma y mayor extremidad. Volvió toda la gente de Concepción á refugiarse en San Francisco, convertido por segunda vez en fortaleza (13), y, no creyendo suficiente esta precaución contra la pujanza y la audacia cada día creciente de los indígenas, hizo cercar de tapias las calles de la ciudad para defenderse tras ellas, si los enemigos la quisieran tomar por asalto (14).

Señores del campo, los rebeldes llegaron en sus correrías hasta el Maule, donde á fines de julio mataron á un soldado y tomaron prisioneras á dos mujeres (15).

Si desde el principio había deseado don Francisco de Quiñones un sucesor más en edad y en estado de soportar el enorme peso de la interminable guerra de Arauco, ¿cómo lo desearía entonces que, enfermo, veía desmoronarse cuanto había creído establecer con solidez? Sus decantadas victorias no habían disminuído ni la fuerza ni la audacia de los enemigos; los numerosos auxilios recibidos del Perú no le libraban de estar encerrado en San Fran-

(13) Citada información hecha en Santiago en agosto de 1600 por orden de Alonso García.

(14) Citada información hecha en agosto de 1600.

(15) Citada carta de 20 de agosto de 1600.

cisco, y ponían en peligro la tranquilidad del reino; si había echado en cara á Vizcarra el despueble de Santa Cruz, él había despoblado La Imperial y Angol, había visto destruir á Valdivia, incendiar á Chillán, Osorno y Castro, y no había podido intentar siquiera el socorro de Villarrica, de la cual no se tenía noticia alguna.

Imposible Gobierno más lleno de desgraciados acontecimientos que el de este hombre, venido á Chile como haciendo un favor al Virey y en la seguridad de dominarlo todo con su innegable energía y sus reconocidas dotes de mando. Había gastado su propia hacienda; se había separado de los suyos; en la edad en que el hombre de ordinario sólo aspira al descanso, había tomado á su cargo lejana y peligrosísima empresa; y á cada instante había dado en el desempeño de su cometido pruebas de celo y abnegación: todo eso era cierto y todo eso merecía alabanzas y premio. ¿Obtendría las unas y el otro?

Pocos meses habían pasado, pero los acontecimientos hacían ver ya muy lejano el tiempo en que doña Grimanesa de Molgrovejo representaba al Rey los muchos servicios de su esposo, pidiendo en premio "que Vuestra Majestad le " haga la merced de dos hábitos para dos hijos suyos, con " la situación de renta acostumbrada á dar por Vuestra " Majestad en estos reinos" (16).

Los servicios eran, sin duda, efectivos; pero rara vez se pagan cuando el éxito de ellos ha sido el sinnúmero de desgracias que señalan los catorce meses dei Gobierno de don Francisco de Quiñones; cuanto á las alabanzas, muy pronto iba á saber á qué atenerse, pues llegaba para él la época crítica de los Gobernadores con el arribo de su sucesor á Valparaíso el 29 de julio de 1600 (17).

---

(16) Citada carta, fecha en Lima á 26 de abril de 1600.

(17) La fecha de la llegada de Alonso García Ramón á Chile la fijamos, teniendo á la vista la citada carta de 20 de agosto de

1600, escrita por el mismo García al Virey, la cual comienza así: "El 29 de julio llegué al puerto de Valparaíso, habiendo tardado " en el viaje cuarenta y siete días." Otro tanto se lee en la carta de García al Rey, fecha á 17 de octubre del mismo año y en la citada información hecha en Santiago en agosto de ese año 1600.

CAPITULO XXXII.

PRIMEROS ACTOS DE ALONSO GARCIA RAMÓN.

Quién era García Ramón: justo renombre de que gozaba.—El viaje. —García Ramón y los desertores y descontentos en Santiago.—Peligro de que se salva la colonia.—Los indios en Duao: muerte de Alonso de Salas y de Fray Cristóbal de Buiza.—Llegan á Peteroa.—Providencias tomadas por García Ramón.—Sus excursiones.—Injusta acusación á Quiñones.—Los vecinos de las ciudades despobladas: lo que antes pensaban y lo que dicen ahora. —Recomendaciones del Virey del Perú en favor de Quiñones.—Partida de Quiñones.—El cobre y el cáñamo de Chile.—Los proyectos de García Ramón.—Prueba de su sinceridad.

El sucesor de don Francisco de Quiñones era Alonso García Ramón, Maestre de Campo general del Perú desde la venida de aquél á Chile.

Ante la renuncia tantas veces repetida de Quiñones y las poderosísimas causales de edad y salud en que la apoyaba, no podía el Virey dejar de mandarle reemplazante y eligió al hombre que debía inspirarle más confianza en su calidad de valiente y experto militar y de conocedor, como pocos, de los hábitos y la manera de pelear de los araucanos. Lo

hemos visto, cuando en Lima se trataba de los asuntos de Chile y había necesidad de tomar alguna resolución importante, el Virey llamaba á Alonso García Ramón á formar parte de su consejo: era en el Perú el hombre más reputado en cuanto se rozaba con los sucesos de Arauco. Las azarosas campañas hechas por él en Chile, donde había desempeñado con excepcional brillo el empleo de Maestre de Campo general ó segundo jefe del ejército y las consideraciones que todos, desde el Gobernador Sotomayor hasta el último militar, guardaron siempre á sus servicios y opiniones, habían mantenido muy en alto la fama de Alonso García Ramón: léjos de dañar al renombre de antiguas proezas los años que nos separan de ellas, el tiempo les da de ordinario mayor lustre y realce.

Ya cuando García Ramón vino acompañando á don Alonso de Sotomayor, no era un desconocido, y precisamente por haberse distinguido sobremanera en las guerras de Italia y Flandes había sido enviado á Chile: Rosales dice que en España se le designaba con el glorioso sobrenombre de "el soldado de la Gran Ventaja", y el mismo García Ramón decía al Rey, al llegar á Chile de Gobernador: "Soy uno de los capitanes más viejos que Vuestra Majestad "tiene, á
" quien de edad de 16 años he servido en Italia, Flandes, en
" el Perú, de Corregidor del puerto de San Marcos de Arica,
" de la ciudad de la Paz y Potosí, y de Maese de Campo Ge-
" neral de dicho reino y diez años en el dicho oficio en estas
" provincias, que á la sazón están de esta manera" (1).

Fué, por lo tanto, recibido con entusiasmo y todos esperaron que su espada, hasta ese momento siempre victoriosa, trajera la paz y la tranquilidad al desgraciado reino.

Partieron del Callao el 12 de junio los dos barcos que

---

(1) Carta de Alonso García Ramón al Rey, fecha el 12 ó 17 de octubre de 1600.

traían á Alonso García Ramón con no escasas provisiones para la colonia. Los fuertes temporales parecían aguardar en el océano á los que venían á gobernar á Chile, visitaron también á García Ramón y "fueron tales, dice él, que se nos rompió el árbol mayor y fué gran ventura no quedásemos sin él: remedióse lo mejor que pudo." El mal tiempo hizo que el viaje durase cuarenta y siete días: salido García Ramón del Callao el 12 de junio no llegó á Valparaíso hasta el 29 de julio. Al día siguiente estaba en Santiago, donde lo recibió con toda solemnidad el Cabildo, gozoso, como todo el pueblo, de verse presidido por tan denodado capitán.

El centro de la guerra se hallaba en Concepción: ¿por qué prefirió García Ramón llegar á Valparaíso? No lo dice; pero, según asegura, fué gran felicidad haberlo hecho así, porque con su llegada se aquietaron los soldados que en tanto peligro tenían á Santiago. Los desertores venidos del sur y los portugueses traídos por Ovalle estaban resueltos á pasar la cordillera, apenas el deshielo se lo permitiese (2); ¿qué desórdenes y crímenes no habrían cometido en la capital antes de fugarse? La fama de bizarro militar de García Ramón y los recursos que del Perú traía, indugeron á esos soldados á presentársele voluntariamente y ofrecerse para acompañarlo á Concepción. El Gobernador, en cambio, no les tomó cuenta de lo pasado y los socorrió en cuanto le fué posible "con lo que Su Señoría trajo, como con " la ropa que en esta ciudad había del navío flamenco que " se tomó en este puerto y con lo poco con que los vecinos " y moradores de esta ciudad le pudieron ayudar" (3).

(2) Id. de id. al Virey, fecha á 20 de agosto de 1600. De esta carta tomamos los datos recopilados en el presente capítulo, á que no asignamos otro origen.

(3) Información sobre el estado de Chile, levantada en Santiago en septiembre de 1600.

Por lo que hace á la ropa hallada en *El Ciervo Volante*, Gar-

Pasado el peligro de los militares indisciplinados, peligro que la información recién citada califica del mayor que hubiese afligido nunca al Reino, Alonso García Ramón debió refrenar el desmedido atrevimiento de los indios rebeldes. Estos, en efecto, cual si quisiesen desafiar al nuevo Gobernador, lo saludaron con un audaz hecho de armas á los cuatro días de su llegada.

En los términos de Santiago, tres leguas al norte del Maule, había un pueblecillo de indígenas del nombre de Duao. En él tenían un fortín los españoles y otro en Putagán, lugarcito situado en la ribera sur del Maule (4). Pues bien: los indios, después de destruir el fuerte de Putagán, atacaron y destruyeron el 2 de agosto (5) el de Duao (6). En él dieron muerte al Capitán Alonso de Salas (7), al Religioso domínico Fray Cristóbal de Buiza (8) y á cuatro soldados españoles (9) y se llevaron diez cautivos entre muje-

---

cía Ramón se expresa así en la citada carta de 20 de agosto de 1600: "Toda la gente que por aquí hay la voy socorriendo lo me- " jor que puedo de la ropa que se tomó al inglés, de la cual he ha- " llado tan poca, que sólo han quedado zarandajas; porque por " orden de don Francisco de Quiñones se había vendido mucho. " No he podido tomar cuenta á los Oficiales Reales; hacerlo he en " desembarazándome desta gente, y de las que dieren daré á Vues- " tra Excelencia aviso."

(4) Información hecha en Concepción por Francisco Galdames de la Vega, á petición de Alonso de Rivera el 17 de septiembre de 1604.

(5) Citada carta de Alonso de García Ramón al Virey.

(6) Citada información de Galdames de la Vega.

(7) Francisco Galdames de la Vega en el PARECER que en febrero de 1601 dió á Rivera, llama á este Capitán Diego de Salas: seguimos á Martín de Irízar y Francisco Hernández Ortiz que le dan el nombre de Alonso en sus citados PARECERES.

(8) Encontramos el nombre de este Religioso en las dos citadas informaciones.

(9) Citados PARECERES de don Luis Jufré, Fernando de Cabrera, Francisco Galdames de la Vega y Francisco Hernández Ortiz.

res y niños españoles (10) y gran número de indígenas amigos. Una de las cautivas era la esposa del Capitán Gamboa (11).

Pasar el Maule en són de guerra no se había visto quizás desde los primeros años de la conquista; pero aún hicieron más los victoriosos indios: siguieron al norte y en Peteroa dieron muerte á un militar apellidado Cruz (12) y tomaron algunos prisioneros.

Por de pronto ordenó García Ramón que todas las mujeres diseminadas en los campos vecinos á Santiago se recogiesen á la capital; en seguida mandó en persecución de los rebeldes, á la cabeza de cincuenta soldados, á Alvaro Núñez de Pineda (13) y pronto se juntó él mismo con algunos otros á este Capitán y no volvió á Santiago (14) hasta haber hecho felices correrías en los alrededores del Maule, libertado á las mujeres recién cautivadas y también á algunos de los indígenas prisioneros y dado muerte á cuanto enemigo tuvo á su alcance. Restableció un fuerte en el Maule y por entonces dejó en él á Alvaro Núñez de Pineda con su compañía de caballos (15).

(10) Galdames dice que fueron diez los cautivos entre mujeres y niños. Irízar dice: "siete mujeres y algunos niños."

(11) Citada información de Galdames de 1604.

(12) Pareceres de Galdames y de Avendaño. No designan éstos el lugar; pero lo designa Rosales sin nombrar á Cruz.

(13) Rosales, libro V, capítulo XX.

(14) Id. id. Nada dice al Virey García Ramón de la parte que personalmente, según Rosales, tomó en esta expedición, á la cual se refiere como ordenada por él. Sin embargo, como su carta es de 20 agosto y después de escrita pudo salir contra los indios, hemos seguido al mencionado historiador.

Equivocadamente, y contra lo que asegura García Ramón en esa carta, dice Rosales que Alvaro Núñez salió al sur con cuarenta soldados.

(15) Borradores de una Relación de la Guerra de Chile.

Cuando el nuevo Gobernador, después de darse razón del las cosas habla de ellas al Virey, dice que verdaderamente no sabe "por dónde empezar á contar des venturas".

No había sabido en el Perú la noticia de la despoblación de La Imperial y de Angol y al comunicarla encontró el comienzo que buscaba: principió por atacar á Quiñones haciéndose eco de las calumnias que contra el caído propalan los mismos que ayer, poderoso, lo adulaban. Ataca García Ramón á Quiñones por la despoblación de La Imperial; porque, según dice, "había en aquella ciudad más de qui-
" nientos hombres y gran ocasión de coger muchas comi-
" das, pues en dos días me certifican que se juntaron más
" de mil fanegas.

Después de leer esto, no parecen excesivas sino prudentes las precauciones tomadas por don Francisco de Quiñones en el despueble de las ciudades australes: ellas debieron de servir sobremanera al anciano militar, no sólo para deshacer el injusto cargo prohijado por su sucesor, sino también para que el Virey y el Monarca desconfiaran de la verdad de las demás acusaciones contra él formuladas.

" Las causas, agrega García Ramón, que para ello tuvo
" debieron ser grandes, pues lo hizo: él lo dirá, Lo que yo
" puedo decir del caso es que forzosamente se han de volver
" á poblar y para ello son necesarias tantas cosas que no sé
" cuando será: es lástima ver en este lugar las mujeres, ni-
" ños y hombres de las dos (ciudades) padeciendo necesidad
" y clamando al cielo, diciendo que aunque sea á pie han de
" volver á sus viñas y tierras, lo cual ha de ser forzoso ó
" dejar de todo punto perder este reino".

Entonces hacían cargos á Quiñones por haber despoblado La Imperial y Angol y querían volver allá "aunque sea
" á pie" los mismos que cuatro meses antes llenos de desesperación le decían: "Por amor de Nuestro Señor Jesucris-
" to, de rodillas y vertiendo lágrimas y dando voces al cielo

" le suplican se adolezca de ellos y de tantas viudas, huér-
" fanos, doncellas, pobres y niños inocentes como en el di-
" cho fuerte de La Imperial hay y los saque de él sin dejar
" á nadie y lleve en su campo y compañía dónde y para el
" efecto que tuviere por bien".

Con dificultad podremos ofrecer más elocuente lección á los grandes para valorar la gratitud y consecuencia que con ellos se guardará después de caídos y la sinceridad y nobleza de los ataques dirigidos, por agradarles á ellos, contra los que ya nada pueden.

No se habrá olvidado el especial aprecio del Virey á don Francisco de Quiñones, que dejaba de ser Gobernador no por estar en desgracia, sino porque se accedía á sus repetidadas súplicas; don Luis de Velasco conocía á lo que quedaba expuesto un Gobernador cesante, y recomendó muy especialmente á Alonso García Ramón atendiera y sirviera en todo á Quiñones y le proporcionara pronto un barco para volverse al Perú.

Apenas llegó García Ramón lo hizo como se le había mandado y luego ordenó aderezar el navío que vino en conserva con el de él "porque llegó al puerto mal parado y á dos
" bombas, para que se vaya en él don Francisco de Quiñones,
" al cual he servido en todo como Vuestra Excelencia lo
" mandó. Y (agrega, á fin de no perder la oportunidad) ha
" sido bien menester para atraer las voluntades de algunos
" que formaban quejas".

Sabiendo cuánto oprimía el hambre en Concepción, hizo trasbordar á otro barco la harina y la envió allá inmediatamente: es fácil imaginar cómo sería recibido este precioso auxilio. García Ramón al hablar de ello al Virey le pide el pronto envío de otras quinientas fanegas, que en Lima habían quedado prestas para ser remitidas acá.

Con el socorro, y quizás antes que él, llegó á Concepción la noticia de la venida del Gobernador: Quiñones, dejando

la ciudad á cargo de Vizcarra, su Teniente General, se hizo levantar del lecho en donde lo tenía enclavado la enfermedad y partió en el acto para Santiago y luego para el Perú (16), deseoso de concluir con todo lo relativo al Gobierno de Chile y de encontrarse en el seno de su familia.

Á mas de proporcionar pronto trasporte á Quiñones traía García Ramón otros dos encargos de don Luis de Velasco, y ellos nos manifiestan los productos de Chile que se pedían del Perú en aquella época: cobre y cáñamo. "A Co-" quimbo, dice García Ramón, he despachado, embarquen " todo el cobre que hubiere y que le compren para Su Ma-" jestad: lo que se hallare irá en el primer navío." Y en seguida agrega: "Luego como salté en tierra junté todos los " chacareros para tratar del cáñamo, de que hay muy gran " falta; porque, como no había demandas, le habían dejado " de sembrar. Y, aunque los Oficiales Reales de este Reyno " habían comprado alguno para hacer cuerda de arcabuz á " nueve pesos de oro, yo concerté lo que había á ocho, de-" lante de Arce, el cordonero. Verdad es, añade para expli-" car esto, que no lo quisieron dar sino con el dinero por " delante. Lo que hubiere se despachará y no será en el pri-" mer navío (porque), para beneficiarlo es necesario que " haya calor y por aquí todavía es invierno. Lo que de esto " se ha sacado es que sembraron gran cantidad para el año " que viene".

No pensaba por entonces García Ramón en ir a la guerra: el mes de agosto no le permitía llegar al sur ni emprender una campaña. No podía ni siquiera ir á Concepción, pues ya hemos vistos cuán escasos de alimentos se hallaban los habitantes de ella y aumentar el número de consumidores habría sido aumentar los apuros. Desde su llegada determinó ocupar los meses de agosto y septiembre en Santiago

---

(16) Rosales, lugar citado.

en prepararse para la campaña, que deseaba comenzar en octubre. Esperaba saber qué gente juntaría para, en vista de ello, "tomar acuerdo de lo que mas convenga"; pero, fuere cual fuere el plan, tenía una resolución inquebrantable: "ante todas cosas, exclama, me veré con el Coronel ó
" me perderé; porque es terrible caso que haga un año que
" de él ni de la Villarica se haya sabido. Para hacer esta
" jornada he mandado hacer diez piraguas para balsear
" gran cantidad de ríos que hay desde Bío-Bío á Valdivia;
" las cuales han de ir en hombros de indios, porque de otra
" manera no se podrán pasar hasta fin de abril, y aguar-
" dar á entonces es no hacer cosa. Y de la manera referida
" se habrá de hacer con gran riesgo, por estar, como está,
" todo el Reyno de guerra. Encomiéndolo á Nuestro Señor y
" de lo que se hiciere iré dando á Vuestra Excelencia aviso".

En los tristes destinos de la desgraciada Villarica estaba que cuántos debían socorrerla tuviesen verdaderos deseos de hacerlo y no llegaran jamás á realizar esos deseos: hemos visto el empeño manifestado por Quiñones y del Campo y veremos que, cual los de sus predecesores, se frustraron los proyectos de García. Pero si no los realizó, quiso hacerlo y sus palabras al Virey son sinceras. De otro modo no le habría hecho en esa misma carta de 20 de agosto la siguiente recomendación.

"Los navíos que vinieren á esta costa será acertado va-
" yan á Valdivia derecho, donde para fin de noviembre,
" mediante Nuestro Señor, pienso estar." Y á esta recomendación añade la más ardiente súplica de que envíe refuerzos para salvarlo de su terrible situación: "Suplico á Vues-
" tra Excelencia, por un solo Dios, no vengan (los navíos)
" sin gran socorro, porque de lo contrario no sé que hacer-
" me, y aseguro á Vuestra Excelencia que no seré poderoso
" á reparar los daños que vinieren y que temo más los ami-
" gos que los enemigos; y esto es decir la verdad."

Y como fervoroso creyente, que habla á otro buen cristiano, dice al Virey en esa misma carta: "Confío en su di-
" vina Majestad que si acabo de juntar el campo, tengo de
" tener grandes y buenos sucesos. Y para que sean tales
" suplico á Vuestra Excelencia se sirva pedírselo y mandar
" que en todos los conventos de esa ciudad y Reyno se ha-
" ga lo mismo, pues son las más verdaderas y principales
" armas para lo que se pretende".

CAPÍTULO XXXIII

LO QUE CHILE PEDIA EN 1600 PARA SU DEFENSA (1).

Victorias desastrosas.—Lo que era La Serena en 1600.—Estado á que se veía reducida Santiago.—Las demás ciudades.—Los poderes del Padre Bascones.—Los vecinos de Santiago y Loyola y Quiñones.—Gobernador de experiencia.—Que venga Sotomayor de Virey ó, á lo menos, de visitador.—Si nó, que venga Alonso García Ramón en propiedad.—El número de soldados.—Los dos medios de reducir á los indígenas: optan en Chile por las excursiones.—Cómo proyectaban hacer esas entradas.—El situado.—Qué clase de gente y de dónde debe venir á Chile.—Los corsarios. —El remedio contra sus expediciones.—Acuerdo de todos en pedir una misma cosa.

El 23 de agosto de 1600 comenzó Alonso García Ramón á levantar en Santiago una información sobre el estado de la guerra de Chile y el 2 septiembre otra sobre el estado, nó de la guerra, sino del país y los recursos con que conta-

(1) El título del memorial presentado al Rey por el Padre Bascones, documento que principalmente nos ha servido de guía en este capítulo y el siguiente, es MEMORIAL DE LO QUE PIDE CHILE PARA SU RESTAURACIÓN Y REMEDIO.

ba el reino para hacer frente á sus muchas necesidades. Nada nuevo nos dice la primera de esas informaciones; pero, aunque hayamos utilizado ya en buena parte la segunda, creemos conveniente echar de cuando en cuando, siguiendo el curso de los acontecimientos, una mirada retrospectiva, apreciar la situación de la colonia y resumir sucesos que, por verificarse con vertiginosa rapidez, se escapan á la memoria ó se confunden unos con otros.

Muchas victorias contaban las armas españolas y por centenares y por miles habían ellas dado la muerte, según se decía, á los rebeldes indígenas; pero esos triunfos no habían disminuído las fuerzas del enemigo ni aumentado las propias. Así, á la llegada de Alonso García Ramón, se calculaba que los indios habían muerto no menos de quinientos ó seiscientos (2) capitanes y soldados españoles con la circunstancia agravante de que eran "los más ó casi todos " soldados viejos, vecinos é moradores de las ciudades de " este reino que están despobladas, y que, no sólo servían " los más en la guerra dél sin pagas ni socorros, sino que " también ayudaban y socorrían á otros muchos solda- " dos" (3). "Con estos sucesos, dice Alonso García Ramón " al Rey el 17 de octubre de 1600, los soldados han queda- " do tan amedrentrados que espanta y los indios tan victo- " riosos que admira y tan prácticos que no se puede decir. " Y, como andan á caballo, se juntan con tanta facilidad " para cualquier cosa que conviene vivir muy alerta".

En medio de la ruina general no quedaban más ciudades que Santiago y La Serena, las demás habían desaparecido ó se habían reducidas casi á meras fortalezas. De esas dos ciudades, La Serena apenas merecía el nombre de pequeña

(2) Seiscientos dice, Alonso García Ramón en su carta al Rey de 17 de octubre de 1600; quinientos, la información de 2 de septiembre del mismo año

(3) Citada información de 2 de septiembre.



aldea, tenía solo cincuenta casas y cuatrocientos indios de servicio. Se mantenía con la pesquería de tollo y atún, pues por falta de brazos ni sus minas podían ser trabajadas ni cultivados sus campos, en los cuales había muchos olivares (4). Santiago, si bien con "cinco obrajes que labran pa-" ños, frezadas, sayal, cordellates, bayetas y sombreros y " un ingenio de azúcar" (5), no contaban sino ciento sesenta casas y mil quinientos indios (6) y además estaba tan agotada y en tanta pobreza que no la conocería quien hubiera dejado de verla dos años. Para dar idea de cuán decaída se encontraba la capital de Chile, véase lo que había sucedido al comercio: "En sola esta ciudad, donde solía ha-" ber cuarenta tiendas de mercaderes con mucha hacienda " y caudal, ya no hay en ella más de una tienda que le " tenga, porque las demás están sin ropa y despobladas y " los mercaderes deste reino que lo solían ser no tienen cau-" dal para ello y del Perú no viene ninguno, porque los que " han venido se han perdido como los de acá" (7).

Una tierra tan rica y tan fértil como la de Chile, mejor de la cual no tenía el Rey "en las Indias ni en España" y donde sólo los términos de Santiago podrían abastecer "de " pan y vino y carne y frutas y aceite... á cincuenta ciuda-" des mayores y de más gente que ésta" se hallaba tan arruinada por la guerra y ofrecía tan pocas ventajas á los agricultores "que si no fuera por la mucha fertilidad de este " reino y los muchos ganados que en él se crían para *solo* " *sacar el sebo y los cueros, dejando perder las carnes así* " *de carneros como de vacas y capados y haciendo cordo-*

---

(4) Instrucciones dadas por Alonso de Rivera á Domingo de Erazo el 15 de enero de 1602.

(5) Id. id.

(6) Instrucciones dadas por Alonso de Rivera á Domingo de Erazo el 15 de enero de 1602.

(7) Citada información de 2 de septiembre.

" *banes y badanas que llevan con el dicho sebo á vender al* " *Pirú*, esta ciudad no se pudiera sustentar" (8).

Concepción tenía cuarenta casas (9), Chillán era solo un fuerte y Arauco, fundado por Sotomayor y elevado á ciudad por García Oñez de Loyola, había vuelto á ser un fuerte y nada más (10).

Agréguense á todos estos males los causados por los corsarios, el último de los cuales no había dejado barco alguno en las costas de Chile y agréguese el sobresalto y la inquietud que continuamente mantenían esos audaces y sanguinarios aventureros, y se tendrá idea del deplorable estado de Chile. Y precisamente, poco antes de la llegada de Alonso García Ramón, el Cabildo de Santiago había recibida una carta del Gobernador del Río de la Plata, en la cual le comunicaba el paso de treinta grandes urcas, que, según creía, se dirigían á estas costas.

De estas informaciones poco ó nada se sacaría para el reino, si después de conocidos los males no se procuraba encontrar el remedio; convencidos de ello, los vecinos de Santiago, La Serena, Chillán y Concepción resolvieron enviar á España al Padre Fray Juan de Bascones "provincial " de la orden del señor San Agustín en este dicho reino" para hacer presentes al Rey esos males y los remedios que en Chile juzgaban eficaces. A nombre de los vecinos de la destruída Imperial, don Bernardino de Quiroga sustituyó en el mismo Religioso el poder que á él le habían dado. Y cuál si aún fueran en escaso número tantos poderes, quisieron aumentarlos, dándole el de ellos los mercaderes de Santiago, representados, sin duda, por los más acomodados: Fernando Alvarez de Bahamondes, Martín Santoro de

---

(8) Citada información de 2 de septiembre.
(9) Citadas instrucciones dadas por Alonso de Rivera.
(10) Id. id.

Chávez, Gonzalo de Toledo, Juan de Torres, Beltrán de Aedo y Jerónimo de Guzmán. Sucedía esto en agosto de 1600 y un año después, Fray Juan de Bascones, llegado á la Corte de España, resumía en un memorial las aspiraciones de los habitantes de Chile.

Naturalmente, lo primero y en verdad lo más importante era el nombramiento de Gobernador. De los tres á cuyo mando había estado la colonia durante los últimos dos años, solo uno permanecía en Chile, el anciano Pedro de Vizcarra: los otros dos, muerto el uno y ausente del país el otro no podían hacer mal alguno á los que los atacaran: Loyola y Quiñones fueron, pues, vivamente atacados por los vecinos de Santiago y á su inexperiencia se atribuyó principalmente la ruina del reino. La experiencia, ha de ser, decían los habitantes de Chile, la primera condición del Gobernador: necesita conocer á fondo los hábitos y el carácter de los indígenas, tan diversos de los demás naturales de América, tan valientes y diestros, que saben hoy morir á millares en batalla campal y mañana atraer mañosamente al ejército á lugares peligrosos, sólo de ellos conocidos. El Gobernador que no haya experimentado algunos años por sí mismo estas cosas, habrá de errar mucho, antes de ponerse en aptitud de dirigir con fruto la guerra, y no le serán de grande auxilio los pareceres de capitanes, de ordinario en contradicción unos con otros, como los intereses individuales que los dictan.

Si estas reflexiones, hechas á nombre de los vecinos, son justas y si, por desgracia, se explica que, para atacar á Loyola y Quiñones, olviden cuánto les serviría de justificación y disculpa, es extraña, si bien no vituperable, la conclusión á que llegan.

Alonso García Ramón, nombrado Gobernador interino por el Virey del Perú, reunía las condiciones exigidas por los vecinos de Chile y, sin embargo, no lo pedían, á lo me-

nos en primer lugar, para ese puesto; manifestación de independencia que vemos repetirse muy poco en esta clase de peticiones al Rey. Más famoso aún que García Ramón, quizás por haber figurado en mayor escala, era don Alonso de Sotomayor y los de Chile deseaban se pusiese de nuevo en sus manos la suerte de una colonia, que con tanto acierto y felicidad había gobernado en otro tiempo. Pero, en aquellos días, el tráfico entre la metrópoli y las colonias del Pacífico se hacía casi exclusivamente por el istmo y la presidencia de Panamá, que desempeñaba Sotomayor, era mucho más importante que el Gobierno de Chile: cambiar aquella por éste habría sido descender. A fin de obviar ese inconveniente, los vecinos solicitaban del Rey nada menos que la erección, probablemence transitoria, de la Gobernación de Chile en Vireinato, debiendo agregarse á éstas las provincias de Tucumán y Paraguay. Y, acordándose entonces de los que aquí estaban, indicaban que "para " concluír más pronto la guerra" sería bueno se ayudase Sotomayor "de Alonso García Ramón y del Coronel Fran- " cisco del Campo, á quienes Su Majestad haga merced " conforme á sus calificados servicios".

En el caso, por cierto muy de prever, de no admitirse en la Corte la idea de un Vireinato, indican los de Chile que don Alonso podría venir con el título "de Comisario ó Con- " sejero y plenaria autoridad y mano para alterar y dispo- " ner á su voluntad en las cosas de guerra y poblaciones." Sólo si el Rey rehusaba estos medios ó si no aceptaba Sotomayor, "el Reino pide por su Gobernador al dicho Alonso " García Ramón, con ayuda del dicho Coronel, su antiguo " compañero de dicha guerra...... Es el dicho Alonso García " Ramón, persona de mucha opinión entre los enemigos del " Reino, muy querido y deseado de los amigos de él; hom- " bre de diez años de experiencia siendo Maestre de Campo, " en los cuales paseó y tanteó muchas veces la tierra con

" las armas en la mano, teniendo siempre buenos sucesos;
" de quien se ha conocido buen celo del servicio de Dios y
" de su Rey".

Después del nombramiento de Gobernador, el Reino de Chile ponía entre sus necesidades el número de soldados y la manera como debían ser pagados.

En cuanto al número, á medida que la colonia iba penetrándose más y más de la gravedad excepcional de la sublevación de 1598, iba también aumentando el pedido. El 18 de febrero de 1600 don Francisco de Quiñones, en carta al Rey, no ambicionaba sino mil hombres: "Con los mil " hombres pagados tengo por cosa sin duda se acabará " esta guerra dentro de tres años, de manera que Vuestra " Majestad no tenga que gastar más en este Reino"; más de mil hombres alcanzó á tener Quiñones y nada consiguió; los vecinos de las diversas ciudades piden en agosto de 1600, por medio del Padre Bascones, dos mil: no tardarán muchos los habitantes de Chile en encontrar insuficiente ese número.

El Padre Bascones, á nombre de sus comitentes, habla de los dos sistemas de guerra que habían de dividir en adelante las opiniones en el Reino: el de las poblaciones y el de las expediciones.

Para dominar á los indígenas no encontraban otros medios: multiplicar las poblaciones, reedificando los pueblos arruinados y fundando otros, ó talar todos los veranos los campos de los indios, obligándolos por el hambre á dar paz verdadera ó á irse al otro lado de los Andes.

Mucho más largo, difícil y dispendioso era el primer medio, á juicio de los solicitantes, quienes consideraban "imposible en muchos decenarios de años" no sólo edificar nuevas ciudades, sino restaurar las arruinadas últimamente: se decidían, pues, por el arbitrio de talar todos los años los campos enemigos. Hasta entonces ese medio había produ-

cido resultados muy escasos; pero ello lo atribuían á que las expediciones habían sido también muy deficientes. El mayor número de soldados reunidos con ese objeto alcanzaba apenas á quinientos y, según el plan de los vecinos, debían ser tres cuerpos diferentes, cada uno con ese número de soldados, los que á un mismo tiempo expedicionaran en la Araucanía. No utilizándose por completo para esta clase de empresas sino los cuatro meses de diciembre, enero, febrero y marzo, un sólo campo no bastaba para hacer á los insurgentes el mal que los pusiera en la necesidad de someterse ó de abandonar el país. "Son necesario, añadían, tres
" campos: uno que corra la tierra que está ribera del mar,
" donde caen los valles de Tucapel, Arauco y Catiray (cu-
" yos naturales son más soldados y ejercitados en la gue-
" rra); otro para los llanos y tierras que caen entre los di-
" chos valles y la cordillera nevada, y otro para las mis-
" mas faldas de ella, de manera que á los enemigos no les
" quede recurso alguno de comidas ni esperanza de habe-
" llas. Cada uno de los dichos campos ha de ser, por lo me-
" nos, de quinientos hombres, cuatrocientos arcabuceros y
" cien lanceros de á caballo (que con menos no marcharán
" seguros), que son mil y quinientos. En el ínterin que se
" campea son menester otros quinientos que guarden las
" fronteras, y bastan con él ayuda de los propios vecinos
" dellas: son dos mil, con que, mediante Dios, tendrá fin es-
" ta guerra dentro de tres ó cuatro años ó quizás antes."
Después veremos á los militares más inteligentes pensar de bien diversa manera acerca de la conclusión de la guerra y, como único plan, adoptar el de los fuertes y las poblaciones.

Mucho había costado á la colonia conseguir que el Rey enviase anualmente á Chile "el situado" para pagar el ejército; pero poco ó nada se había obtenido sí, aumentando el número de tropas en fuerza de la necesidad, no se aumenta-

ba también el dinero asignado á su pago: sesenta mil ducados no bastaban para los mil doscientos ó mil trescientos hombres que entonces había en Chile (11) y mucho menos habrían bastado para los dos mil que el reino pedía. Junto, pues, con el aumento de tropas impetraba del Rey situado suficiente; pues lo demás ni siquiera sería gravar á los vecinos, exhaustos como estaban, sino enviar soldados á perecer ó desbandarse. Según el Padre Bascones, el situado debía duplicarse: en lugar de sesenta mil ducados, ciento veinte mil.

Alonso García Ramón pedía las mismas cosas, sin entrar en tantos pormenores ni desenvolver plan de guerra, en su carta al Rey fecha á 17 de octubre de 1600, y manifestaba además la utilidad de que quinientos colonos con sus familias vinieran á aumentar la diezmada población de Chile: " se les pueden dar, decía, ganados de todo género y tierras " muchas, de manera que dentro de poco tiempo, en teniendo paz, tengan descanso y riqueza por la contratación " grande que tienen con el Perú."

Como todos, pedía el Padre Bascones para Chile que la gente de guerra viniera de España y nó del Perú.

Cuánto pánico infundían en la colonia las expediciones de los corsarios, se conoce por el lugar preferente que á la necesidad de impedirlas asignan los habitantes de Chile y sus Gobernadores. Fray Juan de Bascones recuerda al Rey que desde más de veinte años atrás no se gozaba de tranquilidad con los muchos males y el continuo sobresalto ocasionado por corsarios y piratas, de los cuales el primero había sido Francisco Drake y el último Oliverio Van

(11) Alonso de Rivera, en un memorial dirigido al Virey y fechado en Lima el 17 de noviembre de 1600, dice que entonces había en Chile mil quinientos hombres y que él traía trescientos más; pero calcula sin la disminución que en muertos, desertores y tránsfugas, había tenido el ejército.

Noort, que entró "abrazando y robando cinco bajeles que "halló en la costa de Chile y causando en las del Perú "grandes pérdidas". En verdad, no era soportable para las colonias del Pacífico ni para la honra de España lo que sucedía con los corsarios desde el descubrimiento del Estrecho de Magallanes: "Cualquier navichuelo de los dichos "entra en la mar del Sur por aquella parte, tocando ar- "mas y alborotando al mundo desde que desembarca por "el dicho estrecho hasta que, pasando por las costas de "Chile, Perú, Tierra Firme, Realejo (12), Nueva España, "Filipinas y Malucas y, dejando á mano derecha la India "Oriental, viene á salir al mar Océano, doblando el cabo "de Buena Esperanza, causando en todas las dichas costas "y tierras del Rey nuestro señor muchos gastos de la "Real Hacienda y daño de particulares. Y, aunque es ver- "dad que muchos en el dicho Estrecho, por estar en cin- "cuenta y dos grados del polo Antártico, se pierden á "causa de los rigurosos tiempos, con todo eso, golosos los "dichos piratas de los despojos que ven llevar á los que "vuelven, han entrado siempre y jamás dejarán de hacer "lo mismo, en el ínter que no se pusiese remedio".

En Chile, "principal llave de todas las Indias", y cuyas costas y puertos indefensos servían á los corsarios para reponerse, era donde debía colocarse el remedio para ese mal que amenazaba concluir con el bienestar de todo el Pacífico, pues á los peligros generales se unía aquí el gravísimo y ya realizado en Chiloé de ver á los enemigos externos aunarse con los indígenas, siempre prontos á rebelarse (13). Y los colonos no consideraban esas alianzas obras

(12) Guayaquil.

(13) Carta de don Francinco de Quiñones al Rey, de 20 de febrero de 1600.

Las palabras copiadas en este capítulo y el siguiente y los datos resumidos en ellos sin citar documento alguno pertenecen al Memorial del Padre Bascones.

del acaso y sólo de la mala disposición de los indios, sino de deliberado propósito de los extranjeros que, conociendo esa mala voluntad, venían contando con aprovecharse de ella.

Ahora bien: las enormes dificultades, la mucha duración y los peligros que el largo viaje y la pasada del Estrecho les obligaban á soportar, los traían á las costas de Chile "divisos cada uno por sí y por milagro dos juntos"; llegaban "desbaratados y enfermos y el artillería en el las-" tre;" eran, pues, "muy fáciles de rendir y castigar" (14).
" Para que tantos y tan graves daños se atajen y tan lo-" cos pensamientos no pasen adelante, hay precisa necesi-" dad de dos galeones, armados de gente y artillería, los " cuales asistan de ordinario en la dicha costa de Chile. Y " en los veranos, desde principios de noviembre hasta fin " de marzo, que es el tiempo cuando los dichos piratas " pasando el Estrecho reconocen á Chile, los dichos ga-" leones estén á punto en la isla de la Mocha ó isla de " Santa María, donde todos los dichos enemigos llegan " á tomar puerto ó, á lo menos, les es forzoso reconocer, " y hasta hoy (no) sabemos haber pasado navío que en " Chile no se haya visto".

Si esos navíos no habían de venir de España sino construírse en los astilleros de Guayaquil, importaba mucho hacer en el particular pronta y especial recomendación al Virey del Perú.

(14) Casi en los mismos términos que el Padre Bascones se expresa la información levantada en Santiago en septiembre de 1600, la cual, sin duda, sirvió á aquel para redactar el Memorial.

Lo mismo dicen Alonso García Ramón en sus cartas al Rey de 17 de octubre de 1600 y de 31 de enero de 1605 y Alonso de Rivera en el Memorial presentado al Virey en Lima el 17 de noviembre de 1600.

Los vecinos de las diversas ciudades no eran los únicos en pedir esto al Rey. Casi en los mismos días le hacía igual solicitud el Virey del Perú y éste la recibía también de Alonso de Rivera, que, sin que lo supiesen todavía en Chile, venía nombrado por el Rey á gobernar la colonia y estaba ya en Lima: hacía presente que, mientras llegaban los navíos pedidos por aquél á España, urgía fortificar algunos puertos de Chile para ponerlos á cubierto de audaces ataques de corsarios y pedía, en consecuencia, cañones, municiones, pólvora y cincuenta quintales de plomo y algunos materiales necesarios para hacer pólvora en Chile.

Por fin, Alonso García Ramón pedía más que todos los otros. En carta al Rey, fecha á 17 de octubre de 1600, creía necesario que se mandasen de España seis ú ocho navíos bien artillados para defensa de las costas de Chile. Y no pareciéndole suficiente, aconsejaba la despoblación de las islas de La Mocha y Santa María, donde los corsarios acostumbraban refrescar su gente y proveerse de comidas y en las cuales veía el Gobernador un gran peligro no sólo para Chile, sino para toda la América.

Durante largo tiempo acarició esta idea Alonso García Ramón y en los principios de su segundo Gobierno la llevó harto más adelante; pues pretendió que, á más de La Mocha y Santa María, se despoblara la ciudad de Castro y todo el archipiélago de Chiloé, siempre por temor á corsarios y piratas. La mitad de los indios que de estas partes se sacaran debían dejarse á beneficio de la Corona para pagar los gastos de la guerra y la otra mitad encomendarse á vecinos beneméritos, cuyos servicios no hubieran sido recompensados (15).

---

(15) Carta de Alonso García Ramón al Rey, fechada el 31 de enero de 1605.

CAPITULO XXXIV

LOS VECINOS DE LAS CIUDADES DE CHILE Y LOS INDIOS.

La riqueza de los españoles en América.—El Padre Bascones pide la esclavitud de los indios de guerra.—Motivos de esta petición. —Vértigo general.—Don Melchor Calderón —Cuán caro costó á un indio haber dicho ¡Jesús!—Distinguidos sacerdotes que están por la esclavitud.—Dicusión sobre la justicia de esta medida.—Algo acerca de la inteligencia que se daba á la bula en que Alejandro VI donaba la América á los Reyes de Castilla.—Alonso García Ramón pide también la esclavitud de los indios de guerra; Alonso de Rivera va aún más lejos.—Que se aumenten en dos vidas las encomiendas; que se traigan á Chile dos mil negros. —Sentida descripción hecha al Rey por el Padre Bascones de la crueldad de los colonos.—Pide que se autorice á Chile para tener moneda y cuño propios: ley de esa moneda.

Después de pensar en la defensa interior y exterior del reino, los habitantes de Chile someten á la real consideración los arbitrios que, á su juicio, habían de contribuir más eficazmente á la prosperidad general.

Los indígenas constituían en América el más estimado capital del conquistador; porque éste, además de tratarlos

de ordinario sin piedad alguna y sin reconocerse obligado á nada para con ellos, se enriquecía con su trabajo.

El Padre Bascones, á nombre de sus comitentes, también busca en la desgracia de los indios chilenos el bien de esta colonia: así, comienza por pedir que se declare esclavos á los indios de más de quince años, cuando se les tome con las armas en la mano,

En esta medida veía un justo castigo de los enormes crímenes cometidos por los rebeldes, saludable escarmiento para cuantos se sintieran tentados á imitarlos y la manera de mejorar con preciado botín la condición del soldado; " porque la gente española que sigue esta guerra, dice, no " tiene otro interés ni despojo del enemigo sino unas pobres " armas de cuero y cuando más un caballo trasquilado de " crin y cola." Sin duda, el interés particular hacía discurrir así y empeñarse á nombre del bienestar general á los que, una vez aprobada la idea, convertirían la guerra en granjería y contarían las ganancias por los infelices que, rebeldes ó nó, arrebataran á sus hogares y familias. Pero, aunque el interés particular fuera el principal móvil de esta petición, no era el único. La guerra á sangre y fuego; la destrucción de las ciudades; el tremendo cautiverio de tantas inocentes víctimas; los sacrilegios con que, después de apostatar, horrorizaban los indígenas á los creyentes; todo ello había llenado de indignación y convertido en partidarios de la esclavitud de los indios á personas que constantemente figuraron antes y figuran después entre sus más enérgicos, desinteresados y abnegados defensores. Fué aquello un vértigo, causado por la sangre y los horrores; vértigo momentáneo, que diestramente supieron aprovechar cuantos pensaban lucrar con esa medida, para hacer apoyar la petición por hombres tan respetables por su ilustración como por sus virtudes. Así, la misma orden que tuvo en Chile por fundador al más valiente de los defensores del indígena, al

ilustre Fray Gil González de San Nicolás, vió á su provincial, Fray Antonio de Victoria, escribir al Rey qne no concluiría la guerra de Arauco mientras no se diera por esclavos á los que la hacían interminable (1). Por eso, el anciano y respetado don Melchor Calderón, entonces tesorero del Cabildo eclesiástico de Santiago y antes en diversas ocasiones Vicario Capitular, escribió un tratado sobre la materia y opinó, en atención á los crímenes de los indígenas, que no sólo merecían ser hechos esclavos, sino también ser quemados vivos. Segun afirma en una declaración el anciano sacerdote, era tal el odio de los apóstatas al nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que el pronunciarlo bastaba para ser condenado á muerte. Y á este propósito refiere como prueba una historieta que manifiesta la facilidad del octogenario testigo para dar asenso, en la estupefacción que le producían los crímenes de los indígenas, á cuanto querían contarle: "El " nombre de Nuestro Señor Jesucristo no se nombra entre " ellos y tienen ordenado los enemigos que el indio que lo " nombrare muera por ello. Así había sucedido que echó un " bando un capitán de los enemigos que ningún indio nom- " brase el nombre de Cristo, porque moría por ello y, como " los más de los dichos indios han sido cristianos, yendo " marchando con el dicho capitán, había tropezado un indio " y dijo ¡Jesús! E por que le había nombrado, el dicho capi- " tán le había luego mandado matar" (2).

Entre los declarantes contestes en lo sustancial con el tesorero Calderón, al responder á la pregunta 10ª de la citada información de 2 de septiembre de 1600, sobre la conveniencia de la esclavitud de los indígenas, encontramos á Fray Juan de Bascones, Provincial de San Agustín; á Fray

---

(1) Carta de 12 de marzo de 1599.

(2) Citada información de 2 de septiembre de 1600, contestación á la pregunta 10ª

Alonso de Benavente, Provincial de la Merced; á Fray Gregorio Navarro, Provincial de San Francisco; á Fray Francisco de Riveros, Provincial de Santo Domingo; al Visitador de la misma orden, Fray Francisco de la Cámara y Rayo; á Fray Domingo de Villegas; al canónigo Francisco de Ochandiano; á los Padres Luis de Valdivia, rector del colegio de la Compañía de Jesús en Santiago y Gabriel de Vega de la misma Compañía (3). La mejor prueba de que esto no fué sino pasajero vértigo es encontrar entre los partidarios de la esclavitud del indígena, á su ilustre defensor el Padre Luis de Valdivia; el mismo algunos años después había de pedir y obtener en Madrid la revocación de la cruel medida que entonces, cegado por las desgracias, apoyaba junto con los demás eclesiásticos.

Pero los vecinos de Santiago, por medio de su apoderado, no se limitaban á manifestar lo muy merecido de la esclavitud, como castigo para los indígenas: discutían las razones que podían justificar esa medida en el presente caso.

Los indios declaraban guerra cruda á la religión, impedían abrazarla á cuantos deseaban hacerlo entre ellos y se esforsaban de todas maneras en llevar á la apostasía á los que aún profesaban la fe de Jesucristo. Añádase á esto la cruel y bárbara esclavitud de los cautivos españoles y se verá, decían los vecinos, que la medida propuesta no es ni con mucho represalia. Y para poner término alguna vez á la guerra, sería muy conveniente, á su juicio, que todos los prisioneros se enviasen fuera de Chile. Para eso, sólo debían ser declarados exclavos del soldado que los aprisiona-

(3) En los documentos del señor Vicuña Mackenna no se encuentra copia de la declaración de estos eclesiásticos. Se lee, después de la del tesorero Calderón, la nómina de los declarantes y la siguiente advertencia: "Todas sus declaraciones están contestes en lo sus- " tancial con la que arriba se inserta, por cuya razón se omiten " por no hacer demasiado voluminosa esta copia."

se, cuando éste rindiera fianza de venderlos á quien los hiciese salir del reino.

Al tratar de la justicia de la guerra, el representante de las ciudades de Chile tiene para con el Rey de España un lenguaje digno de ser meditado por cuantos juzgan que fuese entonces creencia general que la bula de Alejandro VI de donación de la América en favor del Monarca de Castilla, le confería á éste justo título de conquista: "La dicha " guerra, *aunque en sus principios pudo ser de nuestra par-" te injusta*, los sucesos y maldades de los enemigos la han " ido justificando y, según derecho, lo está hoy, por con-" clusión de teólogos y otros letrados que sobre esto se han " juntado."

Si el título que los Reyes invocaban y ante la conciencia católica justificaba sus derechos sobre América era la donación pontificia, ¿cómo podía dudarse de la justicia de la guerra contra los araucanos? ¿Cómo habían de abrir discusión acerca de ello los teólogos y letrados? ¿Cómo podía creerse que los desmanes de los indios habían ido justificando una guerra que siempre debieron creer justísima? ¿Cómo aceptar que al principio fuese injusta?

Y tan encarnada debía de estar esta opinión, que el representante de todas las ciudades de Chile, hablando al Rey, comienza su exposición sobre la "esclavitud de los rebeldes" por sentar esplícitamente esa doctrina. Si el Rey entendía que la célebre bula de Alejandro VI le daba verdadero título para conquistar la América y si así lo habían pensado el Papa y los católicos, el apoderado de las ciudades de Chile comenzaba por presentarse como rebelde al Rey, cuyas buenas gracias iba á conseguir; el sacerdote atacaba el acto pontificio; el enviado se ponía en abierta contradicción en un punto capital con los que lo habían constituído su representante. Y, pues nada de esto es ad-

misible, tampoco debe serlo la mencionada interpretación del acto pontificio.

Por su parte, García Ramón representaba al Rey la conveniencia de que "se diesen por esclavos los naturales de " esta tiera que estuviesen de guerra; pues por tantas y " justas causas lo tienen merecido" (4). Y, para concluir lo relativo á la esclavitud de los indígenas, mencionemos que el sucesor de Alonso García Ramón, Alonso de Rivera, no se limitó como aquél á pedirla: adelantándose á la resolución del Rey, comenzó á ejecutarla. Desde antes de llegar á Chile, supo en Lima que teólogos y letrados sostenían la justicia y conveniencia de esta medida: una vez aquí, y siguiendo probablemente los consejos de Vizcarra, pues nada entendía del oficio de leguleyo, renovó la farsa del proceso que se vió por primera vez cerca de cuarenta años antes y en el cual figuraron el licenciado Herrera como Juez y, para protestar contra semejante ardid judicial, Fray Gil González de San Nicolás, valerosísimo defensor del indígena.

El mismo Alonso de Rivera nos refiere las medidas que tomó, en el capítulo cuarenta y cuatro de las instrucciones dadas por él á Domingo de Erazo, á quien mandaba por su representante á España. Y el propio Erazo casi se limita á copiar las palabras de su poderdante cuando, en uno de sus memoriales, dice al Rey:

"Que también se ha considerado por muy importante " medio para acabar aquella guerra declarar por esclavos " los indios rebeldes, sobre lo cual hizo el dicho Goberna- " dor (Rivera) proceso contra ellos, conforme á los funda- " mentos de los pareceres que dieron los Religiosos de la " ciudad de los Reyes y otros hombres doctos, criándoles " defensor y oyéndoles conforme á derecho. Y con asisten- " cia y parecer del licenciado Pedro de Vizcarra, Teniente

(4) Citada carta de 17 de octubre de 1600.

" General, pronunció sentencia condenándolos por escla-
" vos, en conmutación de la pena de muerte que merecen,
" remitiendo la causa á Vuestra Majestad y su real Con-
" sejo de Indias, como por ella parece."

Después de pedir la esclavitud de los rebeldes, piden también los habitantes de Chile que, en atención á los muchos gastos y sacrificios impuestos á los vecinos encomenderos de las diversas ciudades para sustentar la guerra, se les prorroguen por dos vidas mas (es decir, se radiquen por dos jeneraciones en cada familia) los indios encomendados.

Esta solicitud, hecha también por Alonso García Ramón (5), era el complemento de la otra: después de declarar esclavos á los indios rebeldes, auméntese el tiempo de la esclavitud de los pacificados.

El rudo trabajo á que estaban sometidos estos indios, llamados amigos, los había disminuido hasta el punto de no dar abasto a las faenas del campo. Y, pues si se aprobara la reagravación propuesta del servicio obligatorio, cada día se disminuirían más, urgía suplir su falta. Al efecto, pedían al Rey las ciudades que mandase traer á Chile por la vía de Buenos Aires mil negros "los más robustos
" y mozos que sea posible." De ellos se harían tres partes: "la
" mejor se entregue á los Oficiales Reales de dicho pueblo (de
" la Serena), á cuyo cargo esté proveerlos de doctrina y sus-
" tento y los dichos negros se ocupen en labrar y sacar oro
" por cuenta de S. M. en las más aventajadas minas de
" aquella comarca, donde son las mejores de todo el reino."
Las otras dos debían repartirse por los Cabildos entre los vecinos de La Serena y Santiago "para el mismo efecto de
" sacar oro." Los que recibiesen estos esclavos debían pagarlos en tres o cuatro años á las cajas reales. Encontraban gran ventaja en la introducción de negros, sobre todo

(5) Citada carta de 17 de octubre de 1600.

por el desprecio que los indígenas les tenían, por lo cual nunca se podrían de acuerdo con ellos para atacar á los españoles.

Sólo en una de las súplicas hechas al Rey por Fray Juan de Bascones vemos al Religioso y al defensor de los pobres indios de Chile, en la que trata de la necesidad de poner coto á las crueldades de los españoles. Es dolorosamente interesante este capítulo del memorial y lo copiamos casi íntegro:

"Los más de los Gobernadores de aquel reino antepa-
" sados y muchos de sus capitanes y aún soldados particu-
" lares, pensando traer por este camino al yugo de la obe-
" diencia á los enemigos rebeldes, han usado con los que
" han habido vivos á las manos de grandes crueldades,
" sacando á unos los ojos; cortando á otros las manos, na-
" rices y orejas; cercenando á otros con machetes los pies
" por medio del empeine con grande inhumanidad; empa-
" lando á otros, y quemándolos vivos y aún recién bautiza-
" dos, como pocos días há mandó hacer don Francisco de
" Quiñones con más de treinta, que en verdad fué un espec-
" táculo de gran compasión. *Y, si bien se mira, es porque*
" *defienden su tierra de la manera que naturaleza, en ellos*
" *bárbara, les enseña.* Y es de creer que semejantes crуelda-
" des contra los de guerra y muchas inhumanidades y
" agravios que se han usado con los de paz, son las que
" han indignado á Dios Nuestro Señor contra aquella Re-
" pública; El cual, para castigar semejantes insolencias,
" las de los unos en los otros y las de muchos en ellos mis-
" mos, ha querido Su Majestad arruinar aquel reino como
" otra Jerusalén, tomando por instrumentos y alguaciles de
" su divina justicia á los propios bárbaros y hacer este cas-
" tigo con la cuña de la propia madera. Atento á lo cual el
" dicho Procurador pide al Rey nuestro señor su real cé-
" dula muy rigurosa para que los indios que de presente

" son de paz y los que en adelante la ofrecieren sean trata-
" dos cristiana y piadosamente, así del Gobernador que es
" ó fuere como de las demás justicias y oficiales de guerra.
" Y en los enemigos que en ella fueren réndidos ó habidos á
" las manos de otra cualquier manera en ninguna manera
" se ejecuten éstas ni otras semejantes crueldades, teniendo
" atención á que el indio, si usa con nuestra nación de al-
" gunas, procede como infiel y bárbaro; pero el cristiano
" tiene obligación de proceder como cristiano."

Pedía por último se autorizase al reino de Chile para tener moneda y cuño propios y, á fin de evitar que esa moneda saliese del reino, que ó tuviese ley menor ó el Rey, por vía de autoridad, le asignase entre nosotros un valor superior al del oro que contenía. Se verá con interés la manera cómo acerca de esto se pensaba entonces en Chile:

"Item, por cuanto el trato ordinario de Chile es por con-
" mutaciones y conchavos de unas cosas por otras, por la
" falta que hay de moneda, y la que va del Pirú pára en ma-
" nos de los mercaderes, los cuales la vuelven luego al mismo
" Pirú; y es gran incomodidad para la República y defecto
" del bien común que en un reino tan próspero de oro falte
" moneda; y por cuanto, haciéndose en él, con la misma
" puede ser pagada la gente de guerra, importará mucho
" que se mande labrar la dicha moneda del mismo oro que
" en el reino se saca, con marca y cuño conocido y propio
" hasta en cantidad de trescientos mil escudos, á lo menos, ó
" toda la cantidad de oro que en los primeros cuatro años
" se sacare, así de su Majestad como de particulares. Y
" para que dicha moneda no salga del reino y esta merced
" resulte en aprovechamiento de la Real Hacienda, conver-
" ná que á la dicha moneda se le eche más liga de la que se
" ha hecho en España, lo cual es fácil y barato de hacer por
" el mucho cobre que hay en el dicho reino; ó mandando
" Su Majestad que cada escudo de los de Chile en el di-

" cho reino valga un tanto más que los de España porque
" nadie le saque del reino sin mucha pérdida. La marca que
" se ha de echar y el orden que se debe tener en esto y en
" cuál ciudad de las dos, Santiago ó La Serena, converná
" más que se labre, se puede cometer al Gobernador y Te-
" niente General ó á cualquiera de los dos.

CAPITULO XXXV.

SE SABE EN CHILE LA VENIDA DE UN NUEVO GOBERNADOR.

Noticia de la venida del sucesor de García Ramón.—Cuán ajeno estaba éste de esperar semejante cosa.—¿Quién era el sucesor?.—Profundo descontento que ocasiona la noticia.—Cómo la recibió Alonso García Ramón.—Datos que envía á Rivera sobre el estado de Chile.—Lo que intenta hacer para esperarlo en Concepción.—Cómo describe á Rivera Gregorio Serrano el estado de Chile.—Sacrificios impuestos á vecinos é indios de Santiago para equipar cuatrocientos hombres.—Sale Alonso García Ramón para el sur.—Imposibilidad en que el Gobernador interino se encontró de hacer cosa alguna importante.

No se podía abrir la campaña en el sur de Chile antes de octubre, pues hasta entonces no lo permitían ni las lluvias ni los caudalosos ríos, imposibles de vadear: la escasez de recursos era en ese año otro obstáculo que retardaría aún más las operaciones de la guerra,

García Ramón, llegado á Valparaíso el 29 de julio de 1600, ocupó el resto del invierno en prepararse para la próxima campaña y en ponerse bien al corriente del estado de las cosas. Mas, antes de que se acercase su viaje, llegó

un barco del Perú con la noticia de que ya debía estar en Lima el Gobernador propietario de Chile, nombrado por el Rey de España. Esta nueva se recibió en Santiago por varios conductos en los primeros días de octubre: don Alonso de Sotomayor, Presidente de Panamá, la comunicaba al Ayuntamiento de la capital de Chile (1); el Virey del Perú, á Alonso García Ramón (2).

Pocas noticias más inesperadas y recibidas con mayor desagrado: el mismo Alonso García Ramón estaba tan distante de creer corta su permanencia en Chile que el 20 de agosto hablaba al Virey de la venida de su esposa, la cual podía residir en Santiago, de donde él tendría noticias suyas en el campamento cada dos meses: "Escribo orden á " doña Luciana, decía, para que si no hay nueva de Go- " bierno para este Reino se venga en el primer navío á esta " ciudad de Santiago, en la cual, aunque estará lejos para " verla como si estuviera en esa, al fin sabré de su salud " cada dos meses. Suplico á Vuestra Excelencia que si hubie- " re de venir la haga merced de manera que venga bien avia- " da y honrada" (3).

Cuando así escribía García Ramón traía ya más de un mes de viaje la carta en que el Virey le comunicaba el nombramiento del sucesor. Esa carta era de 19 de julio (4): diez días antes de la llegada de García Ramón á Chile ya se le enviaba la noticia de que era reemplazado por otro.

---

(1) Carta de Gregorio Serrano á Alonso de Rivera, fecha en Santiago el 15 de octubre de 1600.

(2) Carta de Alonso García Ramón á Alonso de Rivera, fechada en Santiago el 12 del mismo. Como después veremos, Rivera no debió de recibir en Lima esta carta de García.

(3) Carta de Alonso García Ramón al Virey, fecha á 20 de agosto de 1600.

(4) Citada carta de Alonso García Ramón á Rivera, fecha 12 de octubre.

¿Quién era el otro? Un hombre del todo desconocido en estos reinos, que venía á América por la primera vez, Alonso de Rivera. Convencidos los pobladores de Chile de cuán necesaria era la experiencia en los hábitos y manera de pelear de los indios para combatirlos con ventaja, no podían menos de recibir como gran desgracia el nombramiento de Rivera, que ponía la suerte del reino en manos de un inexperto y la quitaba de las de Alonso García Ramón, en quien tanto confiaban. "Hubo, dice un testigo de " vista al Rey, una turbación y tristeza general por tener " todos en él (Alonso García Ramón) apoyadas sus espe- " ranzas de remedio". (5).

Por su parte, García Ramón escribió inmediatamente al nuevo Gobernador á Lima, felicitándolo y mostrándose muy satisfecho de su venida, demasiado satisfecho para que su palabra sea sincera. Comienza con las siguientes frases: "Por una carta de Su Excelencia, su fecha en 19 de julio, " veo haber Su Majestad preveído á US. en este Gobierno: " que sea por muchos años y con prósperos y grandes suce- " sos. Podré asegurar á US. en mi vida recibí mayor con- " tento que con esta nueva, así por parecerme que en la " venida de U. S. será Dios servido de dar quietud á este " Reino, como porque me veo viejo y cansado y deseoso de " estarme con quietud en mi casa" (6).

Si Alonso García Ramón se sintió viejo, cansado y deseoso de retirarse á su casa, tal sentimiento no le duró mucho tiempo ni fué creído por los que habían de recurrir de nuevo á su valor y pericia.

Eso sí, se manifiesta sincero en la relación que hace á Rivera del pésimo estado del Reino; y le suplica, "pues está en " parte de adonde ha de venir el remedio, procurarle de la

---

(5) Citado MEMORIAL del Padre Bascones.

(6) Carta de 12 de octubre de 1600.

" manera que á V. S. le pareciere más conveniente, porque " de otra suerte certifico que se verá V. S. muy confuso y " atajado. Chile está mísero, en el último y peor estado que " jamás se ha visto y mucho más trabajoso que si se con- " quistara de nuevo; porque los indios están muy soldados, " victoriosos y ricos con tantos despojos como han toma- " do en los sucesos que han tenido, los soldados en cueros " y amedrantados y los vecinos tan pobres que no se pue- " de decir" (7).

Ha sabido que trae trescientos soldados y ropa para otros quinientos; debe contar con vestir á todos los soldados de Chile y son más de mil quinientos. Le refiere los aprestos que está haciendo, acopiando comidas, reuniendo armas y caballos y preparando soldados para poner á su llegada al nuevo Gobernador en aptitud de comenzar con fruto la campaña y le aconseja que vaya á desembarcar en Concepción, á donde él irá á esperarlo con los mencionadas fuerzas y pertrechos. Pero, por mucha diligencia que en los mencionados preparativos pensase poner García Ramón, no contaba llegar á aquella ciudad antes de fines de diciembre: "no será pequeño servicio, exclama, encuadernar libro " tan desconcertado para Navidad." Y al concluir le recomienda nuevamente que "procure traer de esa ciudad (Li- " ma) las más sillas que se pudiere y la mayor cantidad de " harina que fuere posible; porque de otra manera padecerá " la gente necesidad. Con lo cual y con grueso socorro de " ropa para vestir á esa gente, ya que US. no puede traer " situación de pagas que es lo que converná, alegrará y " alentará este miserable reino y gente dél."

Probablemente todas las personas importantes de Chile, cuantos se interesaban por el bien del reino y cuantos desde el principio se esforzaban por ganarse el buen querer

(7) Carta de 12 de octubre de 1600.

del nuevo mandatario, hubieron de seguir el ejemplo de Alonso García Ramón escribiendo á Rivera. Nuestro conocido el Capitán Gregorio Serrano, parece escribirle casi con el exclusivo objeto de que obtenga en Lima cien mil duros anuales para con ellos pagar los empleados y el ejército de Chile. Y en su concisa carta hace al nuevo Gobernador una pintura de los padecimientos y de la situación del reino muy á propósito para destruir ilusiones, si Rivera las traía: "Por una carta que el Presidente de Panamá escribió al " Cabildo de la ciudad de Santiago, supe la elección que Su " Majestad había hecho en US. de Gobernador de este rei- " no, que fué para US. de harto trabajo, por estar todo él " abrazado en guerra y perdido: tanto que en dos años poco " menos que há que mataron á Martín García de Loyola " han muerto estos indios setecientos soldados, la flor de " esta tierra, y llevádose trescientas mujeres españolas y ni- " ños y asolado siete ciudades y llevádose más de quinien- " tas mil cabezas de ganado y más de diez mil caballos, y " despojos más de trescientos mil duros. Y, sobre todo, la " mayor arrogancia y soberbia contra nosotros que jamás " se ha visto y nosotros, por el consiguiente, perdidos los " ánimos y las esperanzas de ver bonanza en este reino" (8).

Haciendo toda clase de sacrificios é imponiéndolos muy gravosos á la inagotable generosidad de los vecinos de Santiago, consiguió Alonso García Ramón equipar cuatrocientos hombres (9). Era mucho más de lo que se hubiera debido creer y, como dice el Ayuntamiento de la capital, para conseguirlo "se quitaron á los vecinos é moradores todas las " armas, caballos y sillas y mucha parte de sus haciendas, " dejándola (á la ciudad) descarnada de todo lo necesario " para la defensa de cualquier enemigo que se le pusiese".

(8) Carta de Gregorio Serrano á Alonso de Rivera, fecha á 15 de octubre de 1600.

(9) Acta del Cabildo de Santiago, fecha 25 de enero de 1601.

Y no sólo el Cabildo lo afirma. El mismo García Ramón, en un informe dado á Alonso de Rivera en Concepción el 18 de febrero de 1601, dice que para conseguir recursos le fué preciso "tomar empréstitos y echar derramas en todo género de gente, dándoles libranza en la Real Caja con gran cuenta y razón y mandando que en los pueblos de indios se atasen gran cantidad de caballos para los soldados y se tomasen de las comunidades de los dichos naturales las vacas y carneros necesarios para la gente de guerra, habiendo en todo la cuenta y razón referida".

Cuando con tan grandes esfuerzos hubo reunido los cuatrocientos hombres, partió con ellos el 6 de diciembre (10)

---

(10) Id. id. En ella se lee: "Para socorrer cuatrocientos hombres que S. S. sacó desta ciudad habrá cincuenta días se quitaron á los vecinos, etc."

Rosales, libro V, capítulo XX. dice que García salió de Santiago para Concepción el 6 de noviembre; preferimos el testimonio del Cabildo de Santiago, con tanto mayor razón cuanto que el mencionado historiador incurre en esta parte en otros dos errores:

1º Asegura que, después de su llegada, García Ramón estuvo en Santiago cuatro días y partió para Concepción, probablemente después de castigar á los indios que asaltaron á Duao. Según agrega, estuvo en aquella ciudad hasta el 3 de octubre, día en que volvió á Santiago. Para probar la verdad de nuestro relato y la equivocación de Rosales, tenemos dos documentos que manifiestan que Alonso García Ramón estuvo en la capital entre el 23 de julio (día asignado por Rosales á su primer viaje al sur) y 3 de octubre, en que, según él, volvió á la capital. Son las dos informaciones tantas veces citadas de 23 de agosto y 2 de septiembre: en las dos actúa Alonso García Ramón en Santiago y la primera, á más de eso, comienza con la siguiente frase:

" En la ciudad de Santiago del Extremo, cabeza de la Gobernación y Reino de Chile, á 23 días del mes de agosto de 1600 años, el muy ilustrísimo señor Alonso García Ramón, Gobernador, Capitán General y Justicia Mayor deste Reino y provincias, por ante mí el Secretario Mayor de Cámara y Gobernación dél, dijo: que puede haber veintiseis días, poco más ó menos, entró en este Rei-

para el sur el Gobernador interino, á fin de entregarles en Concepción con el Gobierno de Chile á su sucesor, el cual, según había escrito el Presidente de Panamá, debía de llegar á fines de diciembre ó, á más tardar, á mediados de enero (11).

En verdad, nadie podía exigir gran cosa á García Ramón:

" no, desembarcándose en el puerto de Valparaíso como veinti-
" cuatro leguas desta ciudad á ejercer y usar su cargo y llegado
" á esta ciudad, por ser informado la falta que tienen los solda-
" dos que militan en este reino y guerra dél de caballos, sillas
" para ellos, vestidos, armas y bastimentos; por no haber en todo
" el reino de donde valerse y proveerse dello y lo más necesario
" para la guerra sino desta ciudad y estar los vecinos y moradores
" della tan gastados y apurados de todo por haber tantos años
" acuden á la dicha guerra, SE HA IDO Y VA DETENIÉNDOSE PARA
" PROVEERSE DE LO SUSODICHO en la más cantidad que ser pudiere".

Luego el 23 de agosto no se había ido al sur y, como no podía ir á Concepción y volver acá en diez días, tampoco había dejado la capital el 2 de septiembre, en que de nuevo provee en audiencia pública en Santiago la petición del Procurador de ciudad. Así, pues, caso de haber verificado el viaje por demás improbable que refiere Rosales, sólo pudo hacerlo entre el 3 de septiembre y el 3 de octubre que aquél señala para la vuelta; es decir, nó cuatro días, sino mes y medio después de su llegada á Chile.

2º Dice Rosales que sacó García Ramón de Santiago ciento cincuenta hombres: el testimonio del Cabildo de la capital, trascripto al principio de esta nota, hace subir esos hombres á cuatrocientos, y es irrecusable.

En prueba de la afirmación del Cabildo, ya de por sí tan autorizada, tenemos que, como en su lugar hemos visto, había en Santiago más de trescientos soldados venidos del sur y más de cincuenta llegados de Buenos Aires. Todos éstos y los vecinos llevados por García suman los cuatrocientos con que salió y con los cuales fué aumentando las guarniciones de los fuertes y las de Chillán y Concepción.

(11) Carta de Alonso García al Cabildo de Santiago, fecha en Concepción el 19 de enero de 1601.

sólo había gobernado cuatro meses, y cuatro meses en que la estación no le permitía entrar en campaña y dos de esos meses los había pasado sabida ya de todos la venida de su sucesor, es decir, con el desprestigio de la autoridad de un Gobierno próximo á concluir. Sin embargo, no por eso se empeñaba menos en hacer cuanto estuviera de su parte y en dejar á Rivera en situación de comenzar con ventaja la campaña. Aunque él dijera que quería retirarse á su casa á llevar vida tranquila, abrigaba en su pecho la noble ambición de contribuir poderosamente á la pacificación de Chile, teatro de sus más reputadas hazañas.

CAPITULO XXXVI.

FIN DEL GOBIERNO INTERINO DE GARCIA RAMÓN.

Difícil viaje de García Ramón.—Sus correrías en los alrededores de Chillán.—Descubre una gran junta y vuelve presuroso á la ciudad.—Medidas para resguardar la ciudad y los alrededores.—Dispérsanse los indios y dan la paz.—Alonso García Ramón en Concepción.—¿Cuál sería la suerte de Villarrica?—Reúne consejo el Gobernador interino para resolver si iría ó nó en socorro de las ciudades autrales.—Resolución afirmativa del consejo; razones en que se apoya.—Lo que pide García Ramón al Cabildo de Santiago.—Lo que resuelve el Cabildo acerca de enviar recursos al sur.—Sale hacia el sur García Ramón.—Opónense los vecinos de Concepción y Chillán á la próxima expedición.—Se conviene en demorarla.—Avisa al Gobernador el capitán Cabrera que está sitiado Arauco.—Resuelve el Consejo que se vaya en su socorro.—En Hualqui recibe García Ramón noticia de la llegada de su sucesor.

Con su salida de Santiago no habían concluído las dificultades para Alonso García Ramón, y tales se presentaron en el camino y tal fué la falta de recursos durante él, que, habiendo partido el 6 de diciembre, no llegó á Chillán has-

ta el 2 de enero de 1601 (1); tardanza tanto más notable cuanto que, si no toda, casi toda la gente iba á caballo.

Llegado ahí, quiso hostilizar á los belicosos indios de la región de la cordillera, que mantenían en jaque la fortaleza de Chillán, pues no de otra manera podía llamarse la antigua ciudad de ese nombre. Le pareció cosa fácil y poco peligrosa el hacer una excursión por sus tierras y talarles los sembrados: al efecto salió á la cabeza de sólo treinta hombres (2). Muy pronto, sin embargo, hubo de conocer su equivocación: en lugar de encontrar, como se imaginaba, según el mismo refiere, un enemigo descuidado, no pudo atacarlo y debió pensar en la defensa. Cerca de un lugarcito llamado Suete tomó prisioneros á seis ó siete indios de guerra y por ellos tuvo noticias de que en Quinel (3) había una gran junta de rebeldes, cuyas intenciones eran "llegar " á Maule y levantar todo cuanto hubiese de paz y des- " truir y cortar todas las comidas que hallase."

Apenas se convenció de la veracidad de esta grave noticia, volvió García Ramón á Chillán "con presteza y diligen- " cia," á fin de prevenirse contra la realización del plan de los indios, á tiempo descubierto. Reforzó las guarniciones de algunos fuertes y sobre todo la del de Itata, por su situación el más á propósito para socorrer cualquier punto

(1) Carta de Alonso García Ramón al Cabildo de Santiago, fecha en Concepción el 19 de enero de 1601.

(2) Carta de Alonso García Ramón al Cabildo de Santiago, fecha en Concepción el 19 de enero de 1601. A esta carta seguimos casi exclusivamente, cuando no advertimos lo contrario, en cuanto se refiere al viaje del Gobernador al sur.

(3) Rosales que, en el capítulo citado, refiere de una manera confusa alguna de las circuntancias de este relato, da el nombre de Quinel á un cacique. Quizás las dos cosas sean exactas, desde que muy á menudo los caciques tomaban el nombre de las tierras que les pertenecían.

amagado, y dejó el mando de éste y de los otros cercanos al reputado capitán Alonso Cid Maldonado (4).

Los indios reunidos en la junta eran cuatro mil, tres mil de á caballo y mil de á pie: para contrarrestarlos creyó preciso dejar en Chillán y en uno de los fuertes vecinos doscientos hombres, ciento cincuenta de caballería y cincuenta de infantería y en el de Itata ochenta, de los cuales sesenta eran de á caballo y veinte de á pie: los indios, con esto, no se atrevieron á seguir adelante sus planes de ataque y se dispersaron. Como sucedía casi siempre, á una expedición frustrada y á su momentánea impotencia se siguieron por parte de los rebeldes las proposiciones de paz y sumisión, que de ordinario no significaban sino la necesidad de cosechar las mieses y la imposibilidad de defenderlas. Demasiado conocía el valor de tales cosas Alonso García Ramón para confiar en ellas: aguardó antes de seguir su camino que llegara "el Maestre de Campo del río de Itata con noventa " y cuatro soldados, los sesenta de los mejores de Chile" y el 7 de enero partió para Concepción con el sentimiento de dejar á Chillán, si bien reforzado, en tanta carencia de recursos que sus habitantes padecían "extraña hambre."

A mediados de enero, según lo anunciado por don Alonso de Sotomayor, debía de haber llegado ya Rivera y, sin embargo, nada se sabía de él: García Ramón sentía sobre sus hombros enorme responsabilidad por la suerte de las ciudades australes. Pasaban los días y aumentaba la inquietud del Gobernador interino y el convencimiento general de la urgencia de resolver si se les llevaba ó no socorro: permanecer en inacción el mejor tiempo equivalía á resolverse por la negativa. Más inquietud aún que las otras ciudades causaba á todos Villarica, por la circunstancia de haber pasado tantísimo tiempo sin saberse de ella. ¿Resis-

(4) Borradores de una Relación de la Guerra de Chile.

tía á sus numerosos enemigos ó había sucumbido ya en su terrible aislamiento? Si resistía, ¿á qué grado de miseria y hambre no se encontrarían reducidos esos heroicos soldados?

Para salir de tan cruel incertidumbre y saber qué era de Francisco del Campo, Alonso García Ramón hizo aderezar en Concepción un pequeño barco y se preparaba á enviarlo al sur, cuando de la noche á la mañana unos soldados, que tenían el proyecto de huir de Chile y vieron en ese barquichuelo el medio de llevarlo á cabo, se lo robaron y se fugaron en él al Perú (5).

En la escasez de embarcaciones en que los corsarios habían dejado á Chile y cuando no quedaba sino otro pequeño barco para el servicio de la costa, este robo desesperó á García Ramón. Sin tardanza, á fin de resolver si acometería ó no la empresa de ir al sur, el 17 ó 18 de enero reunió un consejo de los más entendidos capitanes y le propuso la cuestión: ¿se prepararía la expedición sin aguardar la venida del Gobernador propietario y se la llevaría á efecto, caso que éste no llegara en tiempo oportuno?

García Ramón podía reunir, fuera de las guarniciones ya mencionadas, cuatrocientos sesenta y cuatro hombres de armas: con ellos había de proveer á la defensa de Concepción y de formar el campo expedicionario.

Algunos de los capitanes tacharon la empresa de imprudente y peligrosa para la suerte del reino y opinaron que no debía intentarse; pero fueron los menos. El mayor número se manifestó lleno de entusiasmo y resuelto aún á morir por intentar socorrer á los desgraciados habitantes de las ciudades australes. Era tambien la opinión de Alonso García Ramón y, por lo tanto, prevaleció.

---

(5) Parecer de Francisco Galdames de la Vega, dado á consecuencia del auto de Rivera de 16 de febrero de 1601.

Al comunicarla el 19 de enero al Cabildo de Santiago el Gobernador interino enumeraba varias razones para resolverse á no perder el año en esperar á Rivera, cuya venida tanto tardaba. Ponía en primer lugar ese general entusiasmo, "que es de manera, exclamaba, que basta á dar " victoria á todo el mundo".

"La segunda, por el riesgo grande en que forzosamente " ha de estar la Villarica y las extrañas necesidades y mise- " rias que deben padecer los que en ella están; pues há dos " años que están acorralados en un fuerte sin que se haya " sabido cosa déllos ni habrán visto cristianos ni entendi- " do cosa cierta del reino: que debe ser cosa nunca vista " en los reynos del Rey Nuestro Señor, estando solamente " cuarenta leguas della."

"Tercero, que há un año y más que no se sabe del coro- " nel Francisco del Campo ni de las ciudades de Osorno y " Chiloé, y no es bien se dejen de hacer diligencias posi- " bles por verlos y saber qué ha hecho Nuestro Señor de " mil ánimas cristianas que debe de haber en estas ciuda- " des."

" Y la última y más principal saber que están en poder " de estos bárbaros más de seiscientas mujeres y niños para " arriba, cautivos, padeciendo los trabajos que se dejan " bien entender en esclavitud de tan cruel y maldita gente, " donde tantas ofensas se deben de hacer á Nuestro Señor."

Por todas estas razones, agrega, " no cumpliríamos con " el nombre de cristianos ni con la reputación, si no procu- " ramos la libertad de tan principales viudas, señoras casa- " das, y doncellas, madres y hermanas y mujeres y deudos " de los que están dispuestos á ésta tan honrada y feliz jor- " nada, la cual unánimes y conformes ponemos en manos de " Nuestro Señor Dios, de quien grandemente confió nos ha " de venir en ayuda y favor para conseguir nuestros bue- " nos, justos y santos deseos."

Y después de mostrar así al Cabildo la urgencia y los gravísimos peligros de la expedición, le hace dos peticiones: " La una y más principal que V. S. se lo pida (á Dios) y su-" plique de su parte, procurando hagan lo mismo todos los " conventos de esas ciudades, haciéndole sacrificios y pi-" diéndole ayuda y favor y que se sirva de darnos buenos " sucesos; la otra es para questas ciudades y fronteras que-" den de todo punto con seguridad, V. S. procure que al " punto salgan cincuenta soldados, que vengan derecho á ' Chillán, de los que en esa ciudad han quedado, la memo-" ria de los cuales irá con ésta. De que estoy cierto V. S. " acudirá con las veras que siempre y como cosa que tanto " importa, de que ambas majestades serán muy servidas y " yo recibiré particular merced, y de lo contrario protexto " contra V. S. todos los daños que sucediesen: con lo cual " hago lo que humanamente debo."

Mandaba en Santiago con el título de Corregidor y Justicia Mayor, desde la salida de Alonso García Ramón, el general Alonso de Rivera Figueroa; quien recibió á los seis días, el 25 de enero, la mencionada carta del 19. En el acto reunió el Cabildo, le comunicó la carta y le propuso el envío de los cincuenta hombres exigidos por el Gobernador. El Cabildo, después de mostrarse pronto á obedecer y apreciador de los grandes peligros de la empresa acometida por García Ramón, y de la necesidad de enviarle el socorro, dejó al Corregidor la resolución: él conocía también perfectamente el estado de postración y de miseria de Santiago, y atendiendo á eso obraría como fuese conveniente en su nombre y en el del Cabildo; vería si era posible armar y equipar los cincuenta soldados.

Once días después, Alonso de Rivera Figueroa decía al Virey que, aunque el Cabildo de Santiago le hacía presente la suma necesidad de la capital, estaba resuelto á enviar con la mayor brevedad posible el refuerzo pedido para

aumentar las guarniciones de Concepción y fuertes vecinos (6). Añadía que el Gobernador interino había verificado ya su salida de Concepción el 24 de enero, y alababa el valor i la generosidad de García Ramón al proceder así, á pesar de saber la próxima llegada del propietario, noticia que le había dificultado mucho los recursos indispensables para la empresa.

En efecto, el 24 de enero el Gobernador había salido de Concepción á la cabeza de trescientos diez hombres (7), únicos que había podido reunir, después de dejar en esa ciudad al mando de Francisco Jufré, recién nombrado por García Ramón, Teniente General, ciento cincuenta hombres de armas, de los cuales cincuenta eran de caballería (8). Había salido; pero no para ir directamente á las ciudades australes, sino para recorrer primero los alrededores hasta el Laja y talar las mieses de los enemigos. Lo que, según él dice (9) le impidió comenzar luego la expedición al sur fueron los reclamos de los Cabildos de Concepción y de Chillán.

Hicieron presente esas corporaciones que apenas quedarían las ciudades con el número extrictamente necesario para defenderse y en la imposibilidad de distraer fuerzas para proteger la cosecha. Ahora bien: si, como debía supo-

---

(6) Carta de Alonso de Rivera Figueroa al Virey.

(7) En la citada carta de 19 de enero de 1601 al Cabildo de Santiago, dice García Ramón que va á salir con trescientos catorce hombres; Alonso de Rivera Figueroa en su carta al Virey, dice que sacó trescientos veinte; Alonso de Rivera, en auto de 16 de febrero de 1601, i el mismo García Ramón, en su informe de 18 de febrero, afirman que el número de esos soldados fué de trescientos diez: hemos adoptado esta afirmación.

(8) Citada carta de García Ramón á la ciudad de Santiago, fecha 19 de enero de 1601.

(9) Citado informe de 18 de febrero de 1601. Declaración de don Luis Jufré en la información que contra García Ramón mandó levantar Alonso de Rivera el 14 de Julio de 1601.

nerse, los indios se aprovechaban de la partida del Gobernador y de la debilidad de las ciudades para destruir los sembrados, el hambre, que ya se hacía sentir entre los habitantes de Concepción y Chillán, tomaría enormes proporciones y no habría manera de concluir con el más terrible de los azotes. Para evitar tamaña desgracia, equivalente en aquellas circunstancias casi á la pérdida del reino hasta el Maule, Alonso García Ramón no debía pasar el Bíobío hasta que se hubiesen concluído las cosechas.

Nada había que contestar á argumentos tan fundados; y el Gobernador hubo de resignarse á perder el tiempo y á aguardar hasta el 15 de febrero, fecha en que, de acuerdo con los dos cabildos, calculaba que podrían concluirse las cosechas: hasta entonces no debía pasar el Bíobío. Mientras tanto, se entretuvo en talar las provincias enemigas de Hualqui y Quilacoya, para dejar sin sustento á los indios que en su ausencia quisiesen hacer correrías en los alrededores de Concepción y de Chillán (10).

En el último de los lugares mencionados, en Quilacoya, se encontraba el 8 de febrero (11) cuando recibió una carta del capitán Hernando Cabrera, á quien había dejado de Corregidor en Concepción; según ella el fuerte de Arauco se veía estrechamente sitiado y debía con urgencia ser socorrido: le pedía, por lo tanto, que antes de emprender el viaje al sur, fuese á Arauco y lo librara del peligro (12).

---

(10) Citado informe de 18 de febrero de 1601.

(11) Rosales, libro V, capítulo XX, dice que el aviso lo recibió García Ramón el 2 de febrero; pero en la información antes citada de 14 de julio de 1601, declaración del capitán Gonzalo Rodríguez, se lee que se recibió ocho días antes del 15, y con este dato concuerdan todas las demás declaraciones en los hechos que después se refieren.

(12) En su declaración, asegura don Luis Jufré que también le mandaron una carta del capitán del filibote avisando no haber

En el acto reunió el Gobernador interino á los capitanes " con quien hizo acuerdo de guerra comunicando con ellos " si volvería á socorrer el dicho fuerte de Arauco, y confe- " rido, se resolvió que, dentro de ocho días que le faltaban " para lo que se había acordado con los capitanes cuando " comunicó la dicha jornada, con pocos más días podía " acudir al socorro del dicho fuerte de Arauco y de allí " proseguir su viaje" (13). La carta del Corregidor de Concepción, según refiere el mismo testigo cuyas palabras acabamos de citar, había llegado en la noche al campamento, en la misma noche se había reunido el consejo y al amanecer del día siguiente se puso en marcha el ejército y el día 10 "estuvo en Hualqui, á cuatro leguas de Concepción" (14). Ahí recibió la noticia de que el día antes había llegado Alonso de Rivera y le había mandado orden de ir inmediatamente á verse con él (15).

---

podido entrar las provisiones que, por orden de Alonso García Ramón, había llevado á Arauco. Nadie más habla de esta carta; Alonso García Ramón dice, del mismo modo, en el informe, que el 12 de febrero de 1601 pasó á Alonso de Rivera, que el filibote no pudo hacer entrar en Arauco las provisiones que para allá había mandado en él.

También Alonso de Rivera, en carta escrita al Rey desde Córdoba el 20 de marzo de 1606, asegura que al llegar á Chile encontró el filibote en el puerto de San Vicente y que el capitán le contó la misma historia. No sabemos como se compongan estos relatos con un certificado de escribano, dado á García Ramón el 22 de febrero de 1601, en el cual vemos que el filibote llegó á Concepción el 14 de febrero, después de haber dejado en Arauco las provisiones. El capitán del filibote se llamaba Andrés González.

(13) Citada declaración de Gonzalo Rodríguez.

(14) Id. id. y citada carta de Alonso de Rivera al Rey, fecha 20 de marzo de 1606.

(15) ¿Qué día llegó Alonso de Rivera? El mismo señala el 11 de febrero de 1601 en el AUTO fechado cinco días después, el 16, y en las instrucciones á su apoderado Domingo de Erazo el 15 de enero

de 1602; pero en la carta al Rey, fechada en Córdoba el 20 de marzo de 1606, dice que llegó el 9 de febrero. ¿Cuál de estas dos fechas es la exacta? Las dos: llegó al puerto el 9 é hizo su entrada á la ciudad el 11. Así se explica lo que en su citado informe dice Alonso García Ramón pocos días después: que el 10 de febrero recibió la noticia de la llegada de Rivera, estando á cuatro leguas de Concepción. Y expresamente se refiere así en una lista, hecha en 1603, de los muertos hasta entonces desde la llegada de Rivera " que fué á 9 de febrero del año pasado de 1601 y desembarcó en " la Concepción á 11 del dicho."

INDICE.

PÁGS.

INTRODUCCIÓN.. 7

Capítulo I.

MUERTE DE LOYOLA I RECIBIMIENTO DE VIZCARRA.

Estado del reino.—Establecimiento y despoblación del fuerte de Lumaco.—Preparativos bélicos de los indios.—Sublevación de Longotoro.—Sale de La Imperial el Gobernador á sofocarla.—Plan de ataque de Pelantaro.—Sorpresa de Curalaba.—Muerte de Loyola y sus compañeros.—Despojos cogidos por el enemigo.—Terrible impresión que en Chile causa el desastre del 23 de diciembre de 1598.—Los oficiales reformados.—Recibimiento de Vizcarra.—Títulos que este tenía para hacerse cargo del gobierno.... 19

Capítulo II.

LOS PRIMEROS DÍAS DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE.

Carácter del nuevo Gobernador.—Lo que necesitaba Chile en su mandatario.—El Padre Victoria y el Gobernador interino.—Mercedes que hace el Rey á la viuda é hija de Loyola.—Las informaciones del nuevo Gobernador.—Justas quejas de los vecinos de Santiago y real cédula que

PÁGS.

los declara libres de contribuir á la guerra de Arauco. — Cómo se cumplió la real cédula.—Generosa conducta del vecindario de Santiago —Enviados de Chile á Lima y Buenos Aires.—Inoportunos cambios de empleados.—Desgracias ocurridas hasta el día en que sale Vizcarra para Concepción.. 35

Capítulo III.

FUERZAS DE LAS CIUDADES AUSTRALES Y PRIMEROS ATAQUES CONTRA ELLAS.

Destrucción del fuerte de Longotoro.—Proyectos de Vizcarra.—Chillán: sus recursos.—Concepción.— Angol.—Arauco.—Santa Cruz: es llamado y acude en su defensa Francisco Jufré.—Socorros pedidos por Loyola al Virey del Perú y enviados por éste.—El 22 de enero en Concepción. —Cerco de Arauco: socorro de esta plaza.—Reparte Vizcarra los pertrechos venidos del Perú.—Cambio de Corregidores.—Progresos de la insurrección en enero y febrero de 1599.—Ataca y derrota Pelantaro á Francisco Jufré en las cercanías de Angol.—La ropilla de Loyola.—Marcha el toquí contra Arauco.—Inconvenientes de los largos cercos para los indios.—Estratajema de Pelantaro.—Derrota de Urbaneja y sus cuarenta compañeros.—Pericia y serenidad de Julián Gómez.—Muerte de Urbaneja.... 45

Capítulo IV.

DESPOBLACION DE SANTA CRUZ.

Va Pelantaro á Angol.—Ataca y derrota á Gonzalo Gutiérrez y Francisco Hernández Ortiz.—Destruye Nabalburi el fuerte de Molchén, después de dar muerte á siete españoles.—Despojos que cogieron los indios.—Intenta Pelantaro ir con mayores fuerzas contra Santa Cruz.—Desventajas de esta ciudad para sostener un sitio.—Pide Jufré á Vizcarra que la despueble.—Dudas del Gobernador.—De acuerdo con el consejo de guerra, ordena su despobla-

PÁGS.

ción.—Cómo la llevó á cabo Francisco Jufré.—Despoblación del fuerte de Jesús.—Ataques que después dirigen contra Vizcarra los Gobernadores Quiñones y Rivera por la despoblación de Santa Cruz.—Injusticia de esas acusaciones.—Lo que valía la opinión de los oficiales subalternos de Chile........ 61

Capítulo V.

LA IMPERIAL EN EL GOBIERNO DE VIZCARRA.

Importancia de La Imperial.—Anganamón y Andrés Valiente.—Obliga el primero al segundo á ordenar una salida.—Desobedece sus instrucciones Olmos de Aguilera y muere á manos de los indios.—Sorpresa de Maquegua.—Lleva á ese fuerte auxilio Hernando Ortiz.—Sublévanse los indios, destruyen el fuerte y matan la guarnición.—Sesión del Cabildo de La Imperial en 27 de marzo de 1599.—Envía por socorros á don Bernardino de Quiroga.—Qué auxilio había podido enviar Vizcarra.—Asalto y destrucción del fuerte de Boroa.—Sale Valiente á combatir al enemigo; es derrotado y muere.—Traición de los indios de Toltén y muerte de Liñán de Vera y sus compañeros.—El Jueves Santo en La Imperial: inmensa desesperación.—Redúcense los defensores de la ciudad á una sola manzana.—Pásanse al enemigo los indios de paz.—Va á La Imperial Anganamón y la incendia después de larga orgía.—Viaje de don Baltazar de Villagrán y de Fray Juan de Lagunilla.—Descripción del padecimiento de los habitantes de La Imperial, hecha por testigos de vista......... 71

Capítulo VI.

FIN DEL GOBIERNO DEL LICENCIADO VIZCARRA.

Sorpresa de los indios á Angol. – Proezas de Vallejo y Lisperguer.—Desaliento de los habitantes de Angol.—Va don Juan Rodulfo Lisperguer por refuerzos á Concepción, y

PÁGS.

los lleva.—Los indios junto á Concepción.—Victoria obtenida sobre ellos por don Luis de las Cuevas.—Victoria obtenida por Vizcarra.—Cruel tratamiento que éste dió á los prisioneros.—Indignación y desquite de los indios. —Terrible estado de la colonia al terminarse el gobierno interino de Vizcarra.—Injusticia con que sus sucesores lo culpan de las desgracias de su gobierno.—Noble conducta con que responde Vizcarra á sus detractores.—Vizcarra sigue siendo Teniente General hasta 1604........................ 89

Capítulo VII.

VENIDA Á CHILE DE DON FRANCISCO DE QUIÑONES.

Don Luis de Velasco y la guerra de Chile.—Don Luis Jufré en Lima.—El consejo del Virey.—Ofrécese don Francisco de Quiñones para venir á Chile.—Quién era el nuevo Gobernador interino.—Triste estado del Perú.—Pequeño socorro que puede enviar el Virey.—Sacrificios que Quiñones y sus hijas hacen para equipar los soldados.—Su viaje á Chile: furiosa tempestad; indomable energía del Gobernador.—Llegada á Talcahuano; cumplimiento de un voto.. 101

Capítulo VIII.

ESTADO DEL REINO A LA LLEGADA DE QUIÑONES.

Resumen hecho por Quiñones de las desgracias de la colonia. —Id. de la miseria del ejército y de los vecinos.—Generoso desprendimiento del nuevo Gobernador.—No había peores soldados que los venidos del Perú.—Los informes de Quiñones.—Aboga en favor de los pobres indios amigos. —Conspiración de los indios de Santiago y La Serena. —Cuan indefensas estaban estas ciudades.—Lo que pide el Procurador de Santiago.—Sacrificios que acababa de hacer la capital.—Los confiesa y agradece el Gobernador.—El ejército que pedía Quiñones para pacificar á Chi-

PÁGS.

le.—Motivos que debía tener presentes el Rey para acceder á su pedido..... 115

Capítulo IX.

QUIÑONES ENVÍA SOCORROS A ARAUCO Y LA IMPERIAL.

Quiñones no participa de las ilusiones que á todos infundió su llegada.—Lo único que cree poder hacer.—Sitian á Arauco los indios.—Envía socorro Quiñones al mando de Cárdenas y Añasco.-Extratajema para facilitar la entrada de ese socorro.—El último esfuerzo de los sitiados: audacia de Pedro Rodríguez Villa Gutiérrez.—Encuentra los barcos de Añasco.—Consigue entrar éste á la plaza.—Retíranse los sitiadores.—Refuerzos del Perú y de Santiago.—El mensajero de La Imperial.—Envía allá Quiñones á Pedro de Recalde.—Frústrase la expedición.—Envía el Gobernador otro barco, que debía llegar á Valdivia..... 129

Capítulo X.

INCENDIO DE CHILLÁN.

Rumores de conspiraciones de los indios.—Avísase á Quiñones que Millachine se ha retirado de Chillán para favorecer á los rebeldes.—¿Es cierta ó no esta noticia?—Versión de los españoles.—Versión de los indios.—Lo que parece probable en cada una de estas versiones.—Proyecto de sublevación de los amigos de Millachine en Chillán.—Precauciones que ordena el Gobernador.—No las cumple Jufré.—El amanecer del 13 de septiembre.—Incendio de Chillán.—Muertos y cautivos.—Doña Leonor de la Corte.—Ruinas de Chillán.—Segundo asalto de Chillán: es rechazado por los españoles.—Pedro Cortés y don Antonio de Quiñones mandan diversas expediciones contra los indios..... 137

Capítulo XI.

RUINA DE VALDIVIA.

PAGS

Importancia de la ciudad de Valdivia.—Ventajas que sus defensores obtuvieron sobre los indios.—Imprudente confianza.—Lo que eran para los españoles los indios de paz. —Denúnciase al Teniente Pérez un próximo ataque de los indios.—Precauciones que toma.—Llega Gómez Romero y desprecia los avisos recibidos.—Sorpresa y asalto de Valdivia en la noche del 24 de noviembre.—Destrucción completa de la ciudad.—Muerte de más de cien soldados españoles; cautiverio de más de cuatrocientos niños y mujeres.—Llega á las ruinas de Valdivia el Coronel del Campo.—Consigue rescatar á sus dos hijos.—Don Pedro de Escobar Ibacache resuelve volverse á Concepción para dar aviso á Quiñones de lo ocurrido. Impresión que causa la noticia.......... 151

Capítulo XII.

LOS CORSARIOS EN SANTA MARÍA.

La isla de Santa María.—Entra á ella un corsario.—Los temores de Recalde.—Justa alarma de Quiñones.— Envío de correos á Santiago y disposiciones que toma el Gobernador. — Los ingleses en América —Cuán fácil habría sido impedir el corso en el Pacífico.— Envía Quiñones á Antonio Recio á la isla de Santa María.—Comunica Recio con el corsario.—Inadmisible explicación de los del buque sospechoso.—Otro buque á la vista.—Temores y esperanzas.—Vuelve Recio á la isla.—Resuelve ir en persona á los buques fondeados en esa bahía.......... 163

Capítulo XIII.

VIAJE DE LOS CORSARIOS HOLANDESES EN EL ATLÁNTICO.

A imitación de los ingleses resuelven los holandeses enviar expediciones de corsarios á América.—La primera expe-

PÁGS.

dición holandesa: buques que la componían y capitanes que los mandaban.—Fuerza, armas y tripulaciones de los buques.—Mercancías que traían.—Salen de Holanda. —Primeros inconvenientes del viaje.—Encuentro que tuvieron junto á las costas de España.—Muere Jacobo Mahu, jefe de la expedición, y le sucede Simón de Cordes.—En alta mar Cordes declara el fin del viaje.—Después de ocho meses, divisan la tierra de América.—Entra la flota en el Estrecho de Magallanes.......... 173

Capítulo XIV.

LOS CORSARIOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES.

Los primeros días de navegación en el Estrecho.—La Bahía de Cordes —Los corsarios se detienen á invernar.—Primer encuentro con los naturales de América: mal augurio.—Opinión del piloto Adams.—Crudeza del invierno de 1599 en Magallanes.—Falta de vestidos y espantosa hambre.—Se vuelve á ver indios.—Comienzan á morir los tripulantes á consecuencia de los padecimientos.—Precauciones contra el pánico.—Salida de la Bahía de Cordes —Fundación de la órden *El Leon no Encadenado:* juramento de odio á España.—El amor patrio de acuerdo con el interés.—Síguese el viaje: salida al Pacífico.—Un fuerte viento dispersa las naves.—Aventuras de *La Fe:* vuelve al Estrecho; aprisionamiento de una india; dásele libertad, pero se le quita á su hijita: encuentro con Oliverio Van Noort.—Resuelve De Weert volver á Holanda.—Es el único que con su nave vuelve á ella.......... 183

Capítulo XV.

VIAJE Y AVENTURAS DE "LA ESPERANZA" Y "LA CARIDAD".

Instrucciones que tenían los capitanes para el caso de que se separaran las naves.—Rumbo que sigue la capitana.—La capitana en el archipiélago de Los Chonos.—Llega á la

PÁGS.

punta de Lavapié.—Los marinos quieren desembarcar y son rechazados por los araucanos.—Crítica situación de aquellos.—Su contento al ver que los indios van de paz. —Baja Simón de Cordes y es festejado por los indígenas. —Traición de éstos y muerte de Simón de Cordes y de más de veinte de sus compañeros.—Triste estado en que llegó la capitana á Santa María.—La almiranta en la Mocha.—Traición de los indios y muerte del capitán Beuningen y de veintisiete marinos.—Lo que los holandeses creían de estos ataques.—Lo que digeron á Recio en su visita.—¿Quién era el sucesor de Simón de Cordes? ¿Era su hijo y homónimo ó un suplantador?—La visita de Antonio Recio.—Curiosa carta del corsario á Quiñones.—Cree éste que aquél va á pelear á sus órdenes contra los indios: gozo general en la colonia.—Desvanécense las ilusiones: partida de los corsarios y fin que tuvieron... 195

Capítulo XVI.

"EL CIERVO VOLANTE".

Las órdenes de Quiñones en Santiago.—Parte un barco para el Callao.—Envíase á Valparaíso á Gerónimo de Molina. —Quién era este capitán.—Llega á Valparaíso *El Ciervo Volante.*—Sus trabajos desde que se separó de las otras naves—Muere su capitan frente á Quinteros.—Alimentos que traía *El Ciervo Volante.*—Recibimiento que á los corsarios prepara Molina.—Viene un bote con bandera blanca.—Emboscada y ataque de los españoles.—El capitán, herido, consigue salvar en el bote con todos sus compañeros; sin recursos y sin esperanzas.—Cambio de escena: los de tierra van en un bote con bandera blanca.—Conferencia en el mar.—Entrevista de los capitanes Geraldo y Molina.—Entrégase el primero: probables condiciones de la entrega.—Lo que acerca de ello dicen los tripulantes; valor de sus asertos.—Franca hospitalidad que en Santiago reciben los corsarios.—Lleva Diego de Ulloa el filibote y á seis de los holandeses al Callao......... 209

Capítulo XVII.

EL VIREY Y LOS CORSARIOS DE 1599.

PÁGS

Noticias que de Chile había recibido el Virey.—Escasos socorros enviados acá en cinco meses.—Reclutas que manda hacer don Luis de Velasco.—Llega al Callao el barco de Diego Saez de Alaisa.—Empeño del Virey y refuerzos que preparaba para Chile.—Sale para Valdivia el Coronel del Campo —Llega á Lima la noticia de los corsarios.—Profunda alarma que ella causó.—Desastrosas consecuencias que tuvo para el envío á Chile de refuerzos.—*El Ciervo Volante* en el Callao.—El Virey y los holandeses.—Noticias contradictorias.—El Consejo del Virey.—El Virey y la Audiencia de Lima.—Determinaciones tomadas.—Lo que debía quedar en Chile del refuerzo antes proyectado. —Trasládase la Audiencia al Callao.—No participa don Luis de Velasco de las ilusiones de Quiñones.—Mensajero enviado per tierra á Lima desde Concepción.—La armada que estaba á las órdenes de don Juan de Velasco.—Una real cédula viene á aumentar las malas noticias sobre corsarios.—Fin de *El Ciervo Volante*.... 221

Capítulo. XVIII.

PREPARATIVOS DE LA EXPEDICIÓN AL SUR.

Deseos de socorrer las ciudades australes é imposibilidad de hacerlo.—Conspiración de los indios contra la vida del Gobernador —La justicia de Quiñones.—Valor de una de las causas que alega para justificar su proceder.—Las fuerzas que había en Chile —Gran número de desertores. —Quiñones no podía llevar al sur más de doscientos hombres —Opónense á la expedición el Teniente General y el Cabildo de Concepción y cede Quiñones.—Tristes y alarmantes noticias del sur.—Pide refuerzos el Coronel —Niéganse los marinos á conducirlos al lugar que Francisco del Campo designa y no se le envían.—Lo que hizo el Gobernador por las ciudades australes.—Lo que, según

PÁGS

Quiñones, debiera haber hecho el Coronel.—Angustioso estado de los defensores de La Imperial.—Desesperación de don Francisco de Quiñones.—Llega, por fin, don Gabriel de Castilla.—Entrega al Gobernador doscientos veinticuatro soldados.—Buena voluntad de Castilla.—Noticias de un ataque á Angol.—La víspera de la partida.—¿Había pensado antes sériamente Quiñones en ir al sur? 233

Capítulo XIX.

VIAJE DE QUIÑONES A LA IMPERIAL.

Precipitada salida de la expedición.—El cautivo Francisco de Herrera.—Importantes noticias que comunica.—Encuéntranse en los llanos de Yumbel los dos ejércitos.—Ardid de los indios, impetuosidad de Quiñones y prudencia de Pedro Cortés.—Batalla de 13 de Marzo.—Completa derrota del enemigo y gran matanza que en él se hace.—Quién está en la verdad al calificar la batalla de Yumbel.—Paso del río de La Laja.—Quiñones en Angol.—Viaje á La Imperial.—Encuéntranse los ejércitos en el valle del Tavón.—Quién era el comandante de los indios.—Corta batalla y gran derrota de los indios.—El heroísmo de Quiñones, referido por él mismo.—Inmensa superioridad del español sobre el indígena.—Cómo procuraban éstos neutralizarla.—Correrías de Quiñones durante el viaje á La Imperial.—El 30 de marzo de 1600 en La Imperial.—En qué estado se encontraban los desgraciados habitantes.—Por qué no procedió inmediatamente á despoblarla don Francisco de Quiñones 247

Capítulo XX.

DESPOBLACIÓN DE LA IMPERIAL.

I.

Orden de Quiñones al Cabildo de La Imperial.—Estado en que se encontraba la ciudad.—Asalto de los indios, recha-

PAGS.

zados por los españoles.—El capitan Arévalo, el clérigo Guevara y el canónigo Aguilera.—Hacen una barca los de La Imperial.—Audaz excursión de Escobar Ibacache.—Construcción de una embarcación para ir al norte.—Viaje de Escobar Ibacache.—Expedición y muerte de Hernando Ortiz.—Ardid de los indios é imprudencia de los españoles.—Reúnese el Cabildo.—Pide la despoblación de la ciudad.—Cabildo abierto.—Adhiérese á la solicitud del Ayuntamiento.......... 255

Capítulo XXI.

DESPOBLACIÓN DE LA IMPERIAL.

II.

Pide Quiñones á los principales jefes su opinion.—Exclusión de don Antonio de Quiñones.—Parecer de los jefes.—Opinen "los capitanes de escolta" sobre los víveres que se han reunido.—Vuelva á considerarlo todo el Cabildo La Imperial.—Respuesta del Cabildo.—Traslada Quiñones su campamento á La Imperial.—Decreto de despoblación.—Ocúltese lo que no se pueda llevar.—El señor Lizarraga en Lima.—Lo que salvó la autoridad eclesiástica.—Lo que debe creerse de los milagros de La Imperial.—Despoblación de la ciudad.—Los eclesiásticos de La Imperial.—Al tomar los armas cumplieron su deber.......... 267

Capítulo XXII.

DESPOBLACIÓN DE ANGOL.

¿Qué era de Villarica?—¿Debería irse en su socorro?—Opinión de Antonio Recio.—Viaje á Angol.—Situación de esta plaza.—¿Sería posible mantenerla?—Víveres que en ella había.—Los defensores de Angol.—Juan Alvarez de Luna.—En busca de los víveres.—Cómo se lleva á un amigo.—Fuga del denunciante.—Respuesta del Cabildo.—Disgusto

PÁGS.

é insistencia de Quiñones.—Ceden el Cabildo y los vecinos.—Despoblación de Angol... 281

Capítulo XXIII.

OLIVERIO VAN NOORT.

Declaraciones de los prisioneros de *El Ciervo Volante*.—Naves que componían la expedición de Van Noort y sus comandantes —Quién era Oliverio Van Noort.—Salida de la expedición.—Van Noort en las costas de Guinea: combates y venganzas.—Lo que le cuesta llegar al Estrecho de Magallanes.—Insubordinación y castigos.—Horrible crueldad con los naturales.—Juicio y condenación de Jacobo Claerz.—Van Noort en el Pacífico: pérdida de *El Enrique Federico*.—Apresamiento de *El Buen Jesús*.—Los corsarios de Valparaíso: su ferocidad.—En el Huasco.—Fábula que refiere á Van Noort el negro Manuel.—El piloto Sandoval y el negro Sebastián.—Vuelta de Van Noort á Holanda.—Hace arrojar al mar á Juan Sandoval.—Fuga de Manuel y fusilamiento de Sebastián....... 293

Capítulo XXIV.

VILLARICA DESPUES DE LA MUERTE DE LOYOLA.

Situación é importancia de Villarica.—Sus inconvenientes como plaza militar.—Rodrigo Bastidas y Márcos Chavari.—El mulato Juan Beltrán—Precauciones tomadas por Bastidas al saber la muerte de Loyola.—Los tres soldados que salvaron de la derrota de Valiente.—Proyectos de sublevación.—Curimanque y Juan Beltrán.—Diversas opiniones acerca del plan de este último.—Expedición de Bastidas y Beltrán.— Muerte de los conspiradores.—Ataque de Villarica.—Incendio de la ciudad.—Crítica situación y heroísmo de sus defensores.—Larga resistencia al numeroso ejército de Camiñancu. Chavari y Beltrán despedazan á los indios en una salida.—Noticia de la ruina

PÁGS.

de Valdivia.—Pelantaro y Anganamón ante Villarica.—Los cautivos don Gabriel de Villagra y doña María Carrillo.—Inútil y corto sitio de la ciudad.—Terrible angustia.. 301

Capítulo XXV.

INCENDIO DE OSORNO.

El indio Chollol.—Sublevación de Libcoy.—Es derrotado y muere.—Otra sublevación.—Disuade de su intento á los sublevados el Corregidor de Osorno.—Resuelve el coronel del Campo ir en socorro de Osorno.—Mal camino que toma.—Su llegada á la ciudad.—Sorprenden los indios la ciudad é incendian el convento de San Francisco.—Correrías del coronel.—Va de nuevo á Valdivia y se provee de municiones.—Sabe que una gran junta se dirige contra Osorno y también va allá.—El 20 de enero de 1600 en Osorno.—Ataque é incendio de la ciudad.—La avanzada de los indios.—Da noticias de la venida del coronel.—Dispersión de los indios.—El clérigo Alonso Márquez.—Por qué no se persigue á los dispersos.—Llegada de Francisco del Campo.—Expediciones de los capitanes Figueroa y Rosa.. 309

Capítulo XXVI.

LAS RELIGIOSAS DE SANTA ISABEL.

Doña Isabel de Landa, doña Isabel de Palencia é Isabel de Jesús.—Fundación del beaterio de *Las Isabelas*.—Donación del clérigo Juan Donoso.—Vida y traje primitivo de las beatas.—Doña Elena Ramón y sus hijos.—La encomienda de doña Elena Ramón.—Aprobación del señor San Miguel.—Los capellanes del convento de Santa Isabel.—Prosperidad del convento.—La rejilla del confesonario.—Peligro que corrieron las Religiosas el 20 de enero de 1600.—Osorno después de este día.—Las religiosas de Santa Isabel en casa de Rodrigo Ortiz de Gatica.............. 321

Capítulo XXVII.

EXPEDICION DEL CORONEL A CHILOE.

PÁGS.

Construye del Campo tres fuertes.—Penosa situación.—Llega á Valdivia el barco de Martín Deynar.—Emprende su marcha á ese puerto el coronel.—Fugitivo español: falsa alarma y regreso á Osorno.—Los ingleses en Chiloé: órdenes del coronel.—Francisco del Campo en Valdivia.—Su vuelta á Osorno.—¿Pensó repoblar á Valdivia?—Opónese al proyecto el Cabildo de Osorno.—Funestas noticias de Chiloé.—El viaje del coronel á Chiloé.—Paso del Maullín y del canal de Chacao.—El indio amigo y su mensaje.—Lo que había quedado de los habitantes de Castro.—Penoso viaje del coronel.—El Coronel en Pichirine: reúnesele Pérez de Várgas con los fugitivos........................ 329

Capítulo XXVIII.

BALTAZAR DE CORDES EN CASTRO.

La Fidelidad en Chiloé.—Es perfectamente recibida por los indios.—Plan de ataque concertado con ellos.—Baltazar Ruiz de Pliego.—Rumores que llegan á Castro de proyecto de sublevación y del arribo del "inglés".—Llega á Castro *La Fidelidad*.—Pedro de Villagoya y Baltazar de Cordes.—Lo que Cordes pedía.—Engañado Villagoya, contribuye á engañar á los demás.—Segunda visita de Villagoya á Cordes.—Mentida alianza del corsario.— Acéptala Baltazar Ruiz de Pliego.—Principio de ejecución.—Tercera visita y prisión de Villagoya.—Degüello de seis capitanes españoles.—Todo el pueblo en la iglesia.—Inicuo asesinato de la guarnición de Castro.—La suerte que cupo á las mujeres.—Doña Inés de Bazán.—El Capitán Luis Pérez de Várgas.—Ataque del fuerte y libertad de siete mujeres.—Ejecución de Torres.—Hace el corsario azotar á doña Inés de Bazán.—Españoles muertos por los holandeses. 337

Capítulo XXIX.

FRANCISCO DEL CAMPO Y LOS HOLANDESES.

PÁGS.

No cree Baltazar de Cordes en la llegada de los españoles.—Fuerzas y posición del corsario.—Disposiciones para el asalto.—El ataque.—Denuedo de los indios.—Ceden los holandeses.—Consiguen llegar á *La Fidelidad*.—Francisco de Zúñiga.—El traidor Joannes.—Las mujeres de Castro: suerte que les reservaban los corsarios.—Carta del coronel y respuesta de Cordes.—Sale del Puerto *La Fidelidad*.—Imposibilidad en que se encuentra de emprender un largo viaje.—Síguenla en los canales las piraguas del capitán Pedraza.—Encaya *La Fidelidad*.—Resuelve Cordes entregarse á los españoles.—Desesperación á bordo. —El petrimetre Andrés Vásquez.—La alta marea.—Mensaje de Cordes á Francisco del Campo.—De nuevo emprende el viaje *La Fidelidad*.—Agustín del Salto y Baltazar de Cordes en Quinchao.—Viaje á las Molucas.—Prisión y muerte de un traidor.—Cordes y sus compañeros reducidos á prisión en las Molucas 349

Capítulo XXX.

EL CASTIGO DE LOS INDIOS EN CHILOÉ.

¿Debería despoblarse la ciudad de Castro?—Resolución negativa.—El Sargento Mayor Agustín de Santa Ana.—Luis Pérez de Várgas.—Investigaciones del Coronel para descubrir los culpados.—Lo que supo de la llegada de Cordes á Lacuy.—Imposibilidad de castigar á todos los culpados.—Los caciques de Lacuy.—Háceles quemar Francisco del Campo.—Vuelve al continente el coronel. —Manda á Pérez de Várgas que dé muerte á otros treinta caciques.—Ordena despoblar la provincia de Lacuy.—Francisco del Campo casamentero en Castro.—Revalidación de esos matrimonios.—Los dos Curas de Castro.—

PÁGS.

Grandes disturbios entre ellos y sus amigos.—El cadáver de Baltazar Ruiz de Pliego.. 361

Capítulo XXXI.

ÚLTIMOS DÍAS DEL GOBIERNO DE QUIÑONES.

Sale don Francisco de Quiñones en auxilio de Arauco.—Motivos que lo obligan á volver desde Bíobío.—La parálisis.—Lo que había hecho Martínez de Leiva.— Expedición marítima que lleva á Arauco.—Vuélvese una de las tres naves.—Los de otra no pueden desembarcar. —El soldado Diego de Huerta.—El salto de Huerta.—Vuélvese á Concepción la segunda nave.— Pérdida de la tercera: muerte de Leiva y de la mayor parte de sus compañeros.—El trompeta inglés.—Envía Quiñones otro buque al mando de su hijo don Antonio en socorro de Arauco.—Oportunidad del auxilio.—Nuevo peligro para la colonia: el hambre en Concepción y Chillán.—Imprevisión de Quiñones.—Los soldados se desertan y vienen á Santiago.—Peligro en que ponen á la capital.—Auméntase el peligro con la llegada de los portugueses.—Los indios amenazan á Concepción.—De nuevo se convierte en ciudadela el convento de San Francisco.—Correrías de los indios hasta el Maule.—Lo que habían servido las victorias de Quiñones.—El más desgraciado de los gobiernos.— Lo que pedía doña Grimanesa de Mogrovejo.—Llegada á Chile del sucesor de Quiñones.. 369

Capítulo XXXII.

PRIMEROS ACTOS DE ALONSO GARCÍA RAMÓN.

Quién era García Ramón: justo renombre de que gozaba.—El viaje.—García Ramón y los desertores y descontentos en Santiago.—Peligro de que se salva la colonia.—Los indios en Duao: muerte de Alonso de Salas y de Fray Cristóbal de Buiza.—Llegan á Peteroa.—Providencias

PÁGS.

tomadas por García Ramón.—Sus excursiones.—Injusta acusación á Quiñones.—Los vecinos de las ciudades despobladas; lo que antes pensaban y lo que dicen ahora.—Recomendaciones del Virey del Perú en favor de Quiñones.—Partida de Quiñones.—El cobre y el cáñamo de Chile.—Los proyectos de García Ramón. —Prueba de su sinceridad 381

Capítulo XXXIII.

LO QUE CHILE PEDÍA EN 1600 PARA SU DEFENSA.

Victorias desastrosas.—Lo que era La Serena en 1600.—Estado á que se veía reducida Santiago.— Las demás ciudades.—Los poderes del padre Bascones —Los vecinos de Santiago y Loyola y Quiñones. — Gobernador de experiencia.—Que venga Sotomayor de Virey ó, á lo menos, de visitador.—Si nó, que venga Alonso García Ramón en propiedad.—El número de soldados.—Los dos medios de reducir á los indígenas: optan en Chile por las excursiones.— Cómo proyectaban hacer estas entradas.— El situado.—Qué clase de gente y de dónde debe venir á Chile. —Los corsarios.— El remedio contra sus expediciones.— Acuerdo de todos en pedir una misma cosa 391

Capítulo XXXIV.

LOS VECINOS DE LAS CIUDADES DE CHILE Y LOS INDIOS.

La riqueza de los españoles en América.—El Padre Bascones pide la esclavitud de los indios de guerra.— Motivos de esta petición.—Vértigo general.—Don Melchor Calderón. —Cuán caro costó á un indio haber dicho ¡Jesús!—Distinguidos sacerdotes que están por la esclavitud.— Discusión sobre la justicia de esta medida.— Algo acerca de la inteligencia que se daba á la bula en que Alejandro VI donaba la América á los Reyes de Castilla.—Alonso García Ramón pide también la esclavitud de los indios de gue-

PÁGS.

rra; Alonso de Rivera va aún más lejos.— Que se aumenten en dos vidas las encomiendas; que se traigan á Chile dos mil negros.—Sentida descripción hecha al Rey por el Padre Bascones de la crueldad de los colonos.—Pide que se autorice á Chile para tener moneda y cuño propios: ley de esa moneda.. 403

Capítulo XXXV.

SE SABE EN CHILE LA VENIDA DE UN NUEVO GOBERNADOR.

Noticia de la venida del sucesor de García Ramón.—Cuán ajeno estaba éste de esperar semejante cosa.— ¿Quién era el sucesor?—Profundo descontento que ocasiona la noticia.—Cómo la recibió Alonso García Ramón.—Datos que envía á Rivera sobre el estado de Chile.— Lo que intenta hacer para esperarlo en Concepción.— Cómo describe á Rivera Gregorio Serrano el estado de Chile.—Sacrificios impuestos á vecinos é indios de Santiago para equipar cuatrocientos hombres. — Sale Alonso García Ramón para el sur.—Imposibilidad en que el Gobernador interino se encontró de hacer cosa alguna importante............. 413

Capítulo XXXVI

FIN DEL GOBIERNO INTERINO DE GARCÍA RAMÓN

Difícil viaje de García Ramón.— Sus correrías en los alrededores de Chillán.—Descubre una gran junta y vuelve presuroso á la ciudad.—Medidas para resguardar la ciudad y los alrededores. — Dispérsanse los indios y dan la paz. — Alonso García Ramón en Concepción.— ¿Cuál sería la suerte de Villarica? — Reune consejo el Gobernador interino para resolver si iría ó nó en socorro de las ciudades australes. — Resolución afirmativa del consejo; razones en que se apoya.—Lo que pide García Ramón al Cabildo de Santiago.—Lo que resuelve el Cabildo acerca de enviar recursos al sur.— Sale hacia el sur

